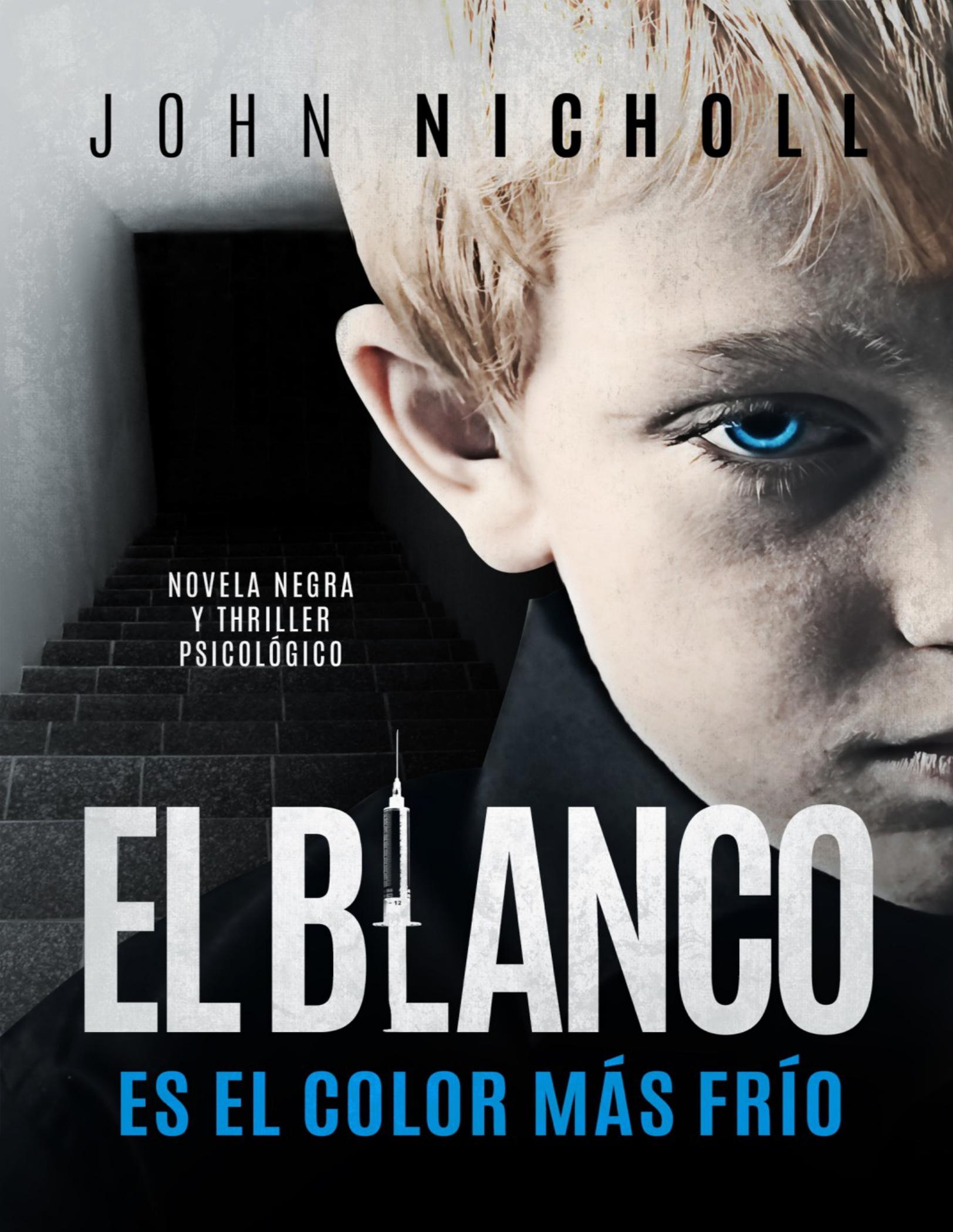


J O H N N I C H O L L

NOVELA NEGRA
Y THRILLER
PSICOLÓGICO



EL BLANCO

ES EL COLOR MÁS FRÍO

El blanco es el color más frío
novela negra y thriller psicológico

John Nicholl

Traducido por Rosina Iglesias

Copyright © 2018 John Nicholl
Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcubebooks.com

Traducido por Rosina Iglesias

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Ebook formatting por www.ebooklaunch.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción, copia, grabación en cualquier formato o medio ni la transmisión de ninguna parte de esta publicación sin el consentimiento previo de los titulares de los derechos de autor; del mismo modo, tampoco está permitida la divulgación con una cubierta o portada diferente a la de la presente publicación.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos comerciales, lugares, sucesos e incidentes son el resultado de la imaginación del autor o usados de modo ficticio. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con sucesos verídicos, es pura coincidencia.

Nota para el lector

El blanco es el color más frío es completamente ficticio; no obstante, recoge mis experiencias como oficial de policía y trabajador social, formador y agente para la protección de la infancia. A lo largo de mi carrera me he encontrado con un caso tras otro que me dejaba anonadado por los estragos que los depredadores sexuales infligen a sus víctimas. Este libro refleja esa realidad.

La historia está ambientada en 1992, una época más ingenua que la actual en la que a la mayoría se le hacía prácticamente imposible creer que un número significativo de adultos plantease una seria amenaza hacia los niños.

Esta obra incluye contenido que algunos lectores pueden encontrar angustiante desde un principio.

Está dedicado a todos los supervivientes.

Índice

[Nota para el lector](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

Capítulo 50

Capítulo 1

Jueves, 9 de enero de 1992

El vídeo mostraba a dos hombres maduros que no llevaban nada de ropa a excepción de unas capuchas de cuero negro de sadomasoquismo, que estaban agrediendo con afán a un niño de ocho años de melena castaño-rojiza que le llegaba hasta los hombros y con raya en el medio. Los golpes iban incrementando gradualmente en intensidad hasta que su víctima se desplomó inconsciente, desangrándose. Quedó allí colgada, suspendida de sus brazos retorcidos, con la cabeza caída hacia el suelo de baldosas blancas manchada de diferentes fluidos corporales intermezclados.

Cuando la película llegó a su final previsto de sangre salpicándolo todo, el doctor David Galbraith, de 58 años, se limpió con un pañuelo de papel que extrajo de una caja que tenía al lado del ordenador de sobremesa, arrojó el pañuelo sucio a la papelera que tenía a la derecha de su escritorio, apagó la televisión y expulsó la cinta del reproductor de vídeo VHS.

Volvió a su asiento, se colocó las gafas de leer de montura de oro en la punta de la nariz, abrió la carpeta de cartón color verde oliva sobre la mesa y se puso a leer el contenido con detenimiento... El sótano le servía como un estudio de producción excelente, ya que era tan funcional como estéticamente agradable. No era lo que se dice perfecto, por supuesto; la cocina de su casa no proporcionaba el punto de acceso ideal. Y tener que arrastrar el vestidor de roble de Gales a un lado en todas y cada una de las ocasiones en que necesitaba acceder a él era una necesidad incómoda. Así y todo, su implementación era algo de lo que sentirse orgulloso. Y utilizar solo ayuda profesional de contactos con ideas afines, que pagaba sin falta en efectivo, era completamente lógico. La seguridad lo era todo.

El revestimiento de las paredes de veinte centímetros de espesor de espuma para aislamiento acústico había sido en verdad una idea excelente y extremadamente efectiva. Ni siquiera los chillidos más desgarradores y prolongados se podían oír en el resto de la vivienda ni, por supuesto, en ningún otro lugar. Era totalmente práctico, como lo era la camilla médica de acero inoxidable. ¿En qué otro lugar iba a poder guardar las herramientas de su negocio?

Controló conscientemente su respiración y cerró los ojos durante uno o

dos segundos antes de abrirlos con lentitud y volver a centrarse en sus anotaciones... ¿Y sus juguetes? ¿Cómo había empezado con ello? Era importante identificar los detalles concretos. Era importante reconocer el preciso momento en que sucedió. Ah, sí, vio por primera vez al pequeño cabroncete en el orfanato de Gwyn y había decidido al instante que le proporcionaría material apto para su proyecto si se le presentaba la oportunidad. Y, por supuesto, el destino le había sonreído.

El doctor Galbraith siguió evocando recuerdos... Estaba conduciendo su Daimler en dirección a Caerystwyth, y, a pesar de la baja visibilidad, descubrió al mocosito caminando con la cabeza gacha en la dirección opuesta. Eso se merecía como mínimo una palmadita simbólica en la espalda.

Secuestrar o no a ese renacuajo no era una decisión fácil. Sabía que era arriesgado. Podría ser que quedase satisfecho y, como contrapartida, se jugase la libertad. ¿Y si lo pillaban? No merecía la pena pensar en eso.

El doctor se mordió con fuerza el labio inferior y resistió el impulso de gritar a medida que la presión de la cabeza empezó a aumentar exponencialmente: le palpitaba, parecía que le iba a explotar, se comprimía y el ruido que sentía lo hacía retorcerse y parpadear y contorsionarse y jadear intentando respirar... Una caza planificada con más tiempo habría sido una opción mucho más segura. ¿Por qué cojones se había desviado de un protocolo tan bien preestablecido y satisfactorio?

Apretó los puños y los relajó de forma repetitiva... A fin de cuentas, la oportunidad de hacer realidad su fantasía era demasiado buena para desoírla. Era razonable, ¿no? Sus acciones no habían sido del todo irresponsables. Había ofrecido entretenimiento a innumerables invitados a lo largo de los años sin suscitar la más mínima sospecha a la policía. Bien es cierto que nunca había secuestrado a un crío antes, que ese era el primero; sin embargo, no le había llevado más de uno o dos minutos sopesar los pros y los contras antes de entrar en acción. La carretera comarcal estaba tan tranquila como era de suponer. No se había encontrado con ningún vehículo en los últimos diez minutos por lo menos, y en el improbable caso de que apareciese alguno en el momento más inoportuno, ¿qué podría haber visto el conductor en unos pocos segundos de nada? Si el renacuajo ni siquiera se resistió.

El crío lo reconoció mientras frenaba, cambiaba de dirección y bajaba la ventanilla con un zumbido eléctrico. Parecía impresionado por el coche. ¿Y por qué no lo iba a estar? En realidad, también le ayudó el pésimo día que hacía. El pequeño cabroncete necesitó poca persuasión para subirse al asiento

de delante a pesar de su timidez habitual. Sí, algo sí que se quejó y se puso a hacer preguntas irritantes una vez que cayó en la cuenta de que no iban en la dirección del orfanato. No obstante, él era un hombre fuerte. No le fue difícil dejar inconsciente a aquel llorica de un puñetazo.

El doctor Galbraith se rio a carcajadas, con la cabeza hacia atrás, el cuello tenso y la manzana de Adán sobresaliendo... ¡Vaya momento más glorioso! Se había sentido omnipotente, como si pudiese salirse con la suya siempre. Y quién sabe, era probable que fuese así. No había lugar para la duda ese día. No existía ninguna incomprendible cacofonía invasiva dentro de su cráneo que pudiese hundirlo en la maldita miseria.

Haber pasado al mocoso al maletero del coche había sido una magnífica idea. Haber usado la alfombra persa para solucionar el problema del traslado del maletero a su sótano había sido el golpe maestro. Y Cynthia no sospechaba una mierda. Tampoco es que se pudiese haberse atrevido a realizar ninguna pregunta inoportuna de todos modos.

Transportar al pequeño renacuajo descendiendo los doce fríos escalones de cemento le pareció demasiado fácil. Arrojarlo al suelo de baldosas le resultó incluso natural. Solo le hizo falta un pequeño tortazo para espabilarlo un poco antes de administrarle un psicoactivo de acción rápida. Y fue rápido. Vaya si lo fue. Como siempre.

En tan solo veinte minutos llegó el viejo Sherwood. Lo único que había tenido que hacer es llamarlo y decir que tenía un invitado esperando. Acudió inmediatamente. El muy imbécil debía de haber conducido como alma que lleva el diablo. ¿En qué cojones estaba pensando?

Sherwood se detuvo un momento cuando vio el charco de sangre oscura alrededor de la cabeza del pequeño mocoso. ¿Por qué albergaba esas dudas tan patéticas? Con que solo hubiese aprendido a aceptar su verdadera naturaleza todo habría salido de forma muy distinta.

Galbraith frunció el ceño... Le tocaba hacer a él mismo casi todo el trabajo. Había tenido que levantar al renacuajo por el pelo y abofetearlo en la cara una y otra vez hasta que por fin recobró el sentido y pudo aguantar su propio peso. Luego tuvo que empujarlo con fuerza contra la pared del sótano y sujetarlo por el cuello. Tuvo que pedirle a Sherwood que sujetase las muñecas del niño en los grilletes de acero negro que este tenía encima de la cabeza. Mientras tanto, él tuvo que introducir la sonda de alimentación por una de sus fosas nasales y bajarla por la garganta hasta que le llegó al estómago. Ahora que lo pensaba, era él mismo quien llevaba a cabo la mayoría de las tareas

necesarias sin ayuda significativa. Estaba casi seguro de que podría realizar el proceso completo sin ayuda cuando la ocasión lo requiriese.

¿En qué cojones estaba pensando? Un hombre de su elevado prestigio e intelecto superior no debería rebajarse a hacer trabajos manuales. Ese era el papel que deberían desempeñar los seguidores, no los visionarios.

No obstante, ¿estaba siendo injusto con su evocación de Sherwood? Ese hombre no era del todo inútil. Había desnudado al niño y lo había lavado con la manguera de alta presión; le había sostenido la cabeza como una enfermera atenta, le había ayudado a ponerle la nutrición parenteral por vía intravenosa y la había enganchado en el soporte del suero. Además, luego había preparado café. Eso sí que era algo que se le daba bien a Sherwood. Puede ser que en un futuro no muy distante se plantease encontrar a un sustituto adecuado que fuese maleable. Valía la pena tenerlo en cuenta.

Una sonrisa iluminó el rostro de Galbraith. Sherwood se había decepcionado tanto cuando le dijo que tenía que esperar un día para que estuviese listo el primer vídeo... A pesar de ser un hombre de ciencia, aquel tipejo nunca entendía que era necesario redactar informes meticulosos de todo. Era otro de los fiascos estrepitosos de ese simplón.

Se le evaporó la sonrisa tan rápido como había aparecido. Le había supuesto una conmoción que el corazón del renacuajo hubiese fallado solo diez días después. Menos mal que había inmortalizado el proceso en vídeo para visionados futuros.

Sherwood no se lo había tomado bien, como era de imaginar. Parece que la culpa es una losa demasiado pesada para esos que se complacen con semejantes emociones inútiles. ¿Qué había dicho aquel día? Que pensaba que habían ido demasiado lejos. Creía que se habían pasado de la raya. Puede que tuviese razón. ¿De qué valía un niño muerto?

Descuartizar el cadáver resultó ser un procedimiento sorprendentemente laborioso. Aunque al menos las habilidades quirúrgicas adquiridas en la facultad de medicina le habían servido por fin de provecho. Y mantener a Sherwood a su lado había sido una tarea onerosa. Lo único que tenía que hacer ese imbécil era sostener la cabeza y las extremidades del crío para que no se moviesen. ¿Tan difícil era? ¿Era necesario, en verdad, estar vomitando constantemente y berrear como un bebé hambriento?

El suelo estaba tan manchado que era imposible reconocer el color original de las baldosas. ¡Y vaya pestazo! Al menos Sherwood limpió a conciencia después de haberse hartado de persuadirlo dándole ánimos: "¿Vas

a dejar de vomitar, hombre? Usa la maldita lejía, desatasca el desagüe, te has dejado algo. ¡Vamos, Richard, te has dejado algo!". Habría sido mucho más sencillo que hubiese limpiado y embolsado el cadáver él mismo.

Y luego vinieron las crudas secuelas: fantasía-culpabilidad-remordimiento, fantasía-culpabilidad-remordimiento, una pauta tristemente previsible. Sin embargo, en esa ocasión había sido diferente. Sherwood trató de minimizar su responsabilidad. Escupió gilipolleces sin sentido sobre que amaba demasiado a los niños. Ese hombre era puericultor, era un hombre sumamente inteligente, había leído todos los libros de texto destacados, entendía la teoría desde una perspectiva académica. Tenía que saber que todo eso era una mierda. Ni siquiera Sherwood podía ser tan iluso.

No obstante, había intentado ayudarlo a pesar de las molestias que le había ocasionado. Le había enseñado los cuatro vídeos, que, al fin y al cabo, hablaban por sí mismos. En realidad, ellos dos no eran tan distintos. Saltaba a la vista, pero, por alguna razón inexplicable, había que verbalizarlo. ¿Qué más podría haber hecho? Hasta le había comentado que él también sufría de vez en cuando dudas agobiantes en los inicios de su actividad delictiva, hacía muchísimos años. Vale, sus dudas tenían más relación con el temor a que lo arrestasen que con una crisis de conciencia y, durante un tiempo, al principio de su relación, esperaba que Cynthia lo pudiese cambiar. Quizá, si hubiese escogido a una mujer emocionalmente fuerte, esta lo podría haber llevado por un camino distinto. Quizá, si Cynthia hubiese engendrado niños en lugar de sus dos repugnantes mocosas, él habría comprendido lo que otros padres sienten por su prole. Pero no, que va, esa zorra no sabía hacer bien ni siquiera eso.

Resultaba totalmente inverosímil. ¿Cómo podía una mujer en apariencia inteligente ser tan increíblemente estúpida? Y Sherwood no era mucho mejor. Si un respetable médico como él podía abandonar todo rastro de remordimiento, aprender a aceptar con plenitud su verdadera naturaleza y percibir la vida y la muerte desde una perspectiva puramente darwiniana, ¿por qué cojones no podía hacer lo mismo Sherwood? Eso era lo que le podría haber salvado. ¿Era necesaria, en verdad, esa búsqueda interminable del alma autoindulgente? ¿Qué era lo que había dicho Sherwood sobre eso? Que el peso de la culpa era aplastante. Que no había forma de escapar del mundo tenebroso que había ayudado a crear. ¿De qué cojones iba?

A pesar de todo, había aprovechado sus conocimientos terapéuticos para intentar ayudarlo. Le había explicado por qué hacían lo que hacían. Por qué él mismo, Sherwood, hacía lo que hacía. Le había aclarado que se estaba

enfrentando a su verdadero yo por primera vez, sin dejar espacio para su racionalización habitual, para la decepción de sí mismo ni para la negación. Sin embargo, el remordimiento de Sherwood se fue afianzando cada vez más. Insistía en que la muerte de Gareth era un punto de inflexión. ¡Gareth! De hecho, utilizó el nombre del llorón y alegó que nunca más reincidiría a partir de su muerte.

Galbraith aporreó la mesa con la palma de la mano derecha. Afirmar que hablaría con las autoridades antes de volver a hacer daño a otro niño era abominable. Sherwood se convirtió en un lastre intolerable en aquel preciso momento. Había que hacer algo. En verdad, era así de simple.

Transcurrieron dos días y Sherwood todavía mantenía esa actitud ridícula. Incluso rechazó la oportunidad de asistir a una sesión de la banda. No había faltado a ninguna en años. Era una novedad demasiado significativa como para pasarla por alto. Hasta ahí habíamos llegado. Proporcionarle el paracetamol había sido un acto caritativo.

Sentó a Sherwood en aquel espantoso diván bohemio de cuero rojo que tenía, le sirvió un trago tras otro de whisky de malta a aquel desagradecido y le fue pasando un comprimido de cada vez. Había hecho eso por el hombre antes de fortalecer repetidamente sus sentimientos de culpa y remordimiento: "Has hecho cosas horribles, Richard. Jamás superarás la culpa. Harás daño a más niños, Richard. La muerte puede ser una liberación deseada. No tiene que ser doloroso, Richard". O algo por el estilo. De todos modos, cualesquiera que hubiesen sido sus palabras exactas, estas tuvieron el efecto deseado. Eso es lo que importaba. Y los daños hepáticos tampoco eran una mala salida, ¿no? ¿Por qué preocuparse? Sherwood estaba mejor muerto. No tenía mucho sentido seguir dándole vueltas a tales contradicciones.

Galbraith se quitó las gafas, cerró la carpeta de Gareth y regresó en ese instante al presente. Recorrió con la mano su pulcro cabello negro, se levantó con agilidad de la silla, se subió los calzoncillos y los pantalones e introdujo el faldón de la camisa por la cintura con ambas manos... Había pasado mucho tiempo, demasiado tiempo, y por muchas vueltas que le diese y por muchos planteamientos distintos que le dedicase, no tenía vuelta de hoja.

Extrajo una carta con un informe clínico de una médica de cabecera del bolsillo interior de su elegante chaqueta recta del traje azul marino hecho a medida que estaba colgada en el perchero detrás de la puerta de su despacho. Sacó la carta del sobre color marfil, regresó a su silla, la desdobló con

cuidado y la volvió a leer por sexta vez desde que la había recibido la mañana anterior. Aquel renacuajo era el pasado y era esencial un proyecto nuevo si quería que la presión de la cabeza volviese a ser por lo menos relativamente controlable.

Pestañeó una y otra vez cuando una gota de sudor le recorrió la frente y encontró su destino en el ojo izquierdo. Le parecía esperanzador. Su nuevo paciente era del sexo correcto y entraba en el rango de edad adecuado. Merecía la pena echarle un vistazo, ¿no?

Volvió a cerrar los ojos y asintió una vez, confirmando la conclusión de sus reflexiones. Sí, sí, por supuesto que la merecía. Los nuevos proyectos hacían que la vida mereciese la pena vivirla.

Capítulo 2

—¿Me lees algo, mami?

—Vamos, Anthony, es tarde y ya tenías que estar durmiendo. ¿Qué va a decir tu profesora mañana si te vuelves a quedar dormido en clase?

—Solo unas páginas, mami, porfi. Estoy triste.

—Acércate, cari, y dale un abrazo a tu mamá.

Anthony enterró la cabeza entre la cálida lana naranja del jersey de su madre.

Molly se liberó del abrazo de su hijo. —Y, ahora, cari, a la cama sin rechistar. Te arroparé para que estés bien calentito. Te he dejado tu peluche y una bolsa de agua caliente debajo del edredón.

—Solo unas páginas, porfi. No quiero quedarme solo.

—Bien, pero solo cinco minutos, que es hora de dormir.

Molly Mailer eligió un libro y empezó a leer.

—¿Va a venir papi a verme el sábado, mami?

Molly cerró el libro y lo colocó sobre el cristal superpuesto a la mesilla de noche.

—No, cari, papi no puede venir este fin de semana. —Le acarició la cabeza con cariño con la palma de la mano, se inclinó hacia él y lo besó en la frente—. ¿Quieres que te lea el cuento ahora?

—¿Por qué no puede venir, mami?

—Ya te lo expliqué, cari. Va a estar fuera el fin de semana.

—¿Con su nueva amiga?

—Sí, cari, con su nueva amiga.

Anthony se incorporó y frunció el ceño. —Es culpa mía.

Molly estrechó a su hijo entre sus brazos. —¿Cuántas veces te lo tengo que repetir, cari? No es culpa tuya. De verdad, de verdad, que no lo es. Mami y papi te quieren mucho. Papi todavía te quiere. Ahora métete debajo de las mantas. Me acostaré sobre la cama para hacerte compañía hasta que te quedés dormido.

Poco después, Anthony se hacía un ovillo, abrazaba a su osito de peluche contra el pecho y empezaba a roncar con suavidad.

Molly se levantó con rigidez de la cama a la vez que echaba pestes para sus adentros por los dolores de espalda, y salió de puntillas de la habitación, muy despacio, con mucho cuidado. "Por favor, no te despiertes, Tony. Por

favor, por favor, no te despiertes".

Apretó los dientes y gesticuló mientras se contemplaba en el gran espejo ovalado del cuarto de baño que estaba en la pared por encima del radiador toallero, y se fijó en los signos inevitables del envejecimiento que, con ensañamiento, resaltaba la luz fluorescente del techo, excesivamente radiante y viva. No le gustaba. Tenía aspecto de cansada, hastiada y parecía más vieja de lo que era. No serviría de nada negarlo, por muy tentador que le pareciese.

Tomó una inspiración profunda por las fosas nasales y exhaló despacio, poco a poco, por la boca medio abierta... Esas eran las consecuencias de criar sola a los hijos. La separación le había pasado factura.

Suspiró, se frotó los ojos somnolientos con el dorso de la mano y se dirigió a la planta baja. Cualquier intento de embellecimiento, por muy necesario que le pareciese, tendría que esperar.

Molly entró en la cocina arrastrando los pies con las piernas cansadas y enchufó el hervidor de agua... Anthony se había quedado dormido al fin y Siân había vuelto a salir. ¿Por qué no aprovechaba al máximo su tiempo libre mientras tenía la oportunidad?

Se derrumbó en una tosca silla de cocina, apoyó los codos en la mesa de madera de pino y acunó con las dos manos un gran tazón de té de menta, su preferido, endulzado con un chorro generoso de miel casera. Cerró los ojos e intentó relajarse sintiendo como ascendía el vapor y le calentaba la cara. ¿Debería irse a la cama para disfrutar de la lectura del último libro de Lesley Thomas? Le parecía tentador. No, tenía que quedarse levantada para esperar a abrirle la puerta a Siân. Eso si su hija se molestaba en regresar a casa...

Molly gimió y, para tranquilizarse, bebió un sorbo del líquido, que se enfriaba con gran rapidez. ¿Sería buena idea darle una copia de la llave a Siân? Sin duda alguna, se simplificaría la existencia a sí misma. Pero ¿era lo bastante mayor para tanta independencia? Sí. No. ¿Sí? ¿No? No resultaba fácil tomar decisiones cuando se tenía la costumbre de usar a la pareja como tabla de salvación. ¿Y si lo reflexionaba con la almohada?

Bostezó y luchó por mantenerse despierta, pero las buenas intenciones desaparecieron a los quince minutos, se rindió, apoyó la cabeza en la mesa y se quedó dormida.

Molly se despertó sobresaltada y miró fijamente el reloj de la cocina... Las doce y veinte. Oh, no, otra vez no, ¿qué se creía que estaba haciendo esa inconsciente? Solo tenía quince años, por amor de Dios.

Corrió hacia el pequeño vestíbulo de la casa con su viejo suelo deslucido de baldosas rojas, levantó el auricular del teléfono de pared que tenía al lado de la puerta de entrada y se sentó en el peldaño inferior de las escaleras, que crujió con estrépito bajo su peso. Molly se quedó quieta y escuchó con atención... No se oía movimiento en la habitación de Anthony. Gracias a Dios.

Después de uno o dos minutos de completo silencio, Molly se dispuso a marcar. Pero entonces cayó en la cuenta... ¿A quién iba a llamar? Siân hacía meses que no le hablaba de sus amigas. ¿Era una buena idea ponerse a llamar a unos padres al azar a las doce y media de la noche? Lo único que podía hacer era esperar, preocuparse y ser optimista.

Molly se volvió a dejar caer en la incómoda silla de la cocina y lloró. Sollozos intensos e incontenibles que provocaban que su pecho subiese y bajase repetitivamente cuando se quedaba sin aliento. ¿Y si llamaba a su madre otra vez? Sería una hora más tarde en Mallorca, pero necesitaba hablar con alguien a toda costa. ¿Por qué no? "A mamá no le molestará que la llame". Eso nunca ocurría.

Molly esperó lo que le parecieron años hasta que oyó al fin la voz familiar de su madre respondiendo "Hola" con su acento galés melódico, acompañado de un deje apenas reconocible, aunque inconfundible, de español.

—¿Molly? Debe de ser la una y media de la madrugada aquí. ¿Qué te sucede, mi amor?

—Lo siento, mamá, lo de siempre.

—Lamento oírlo, mi amor. Pero, ¿a la una y media? ¿No podríamos hablar por la mañana?

Hubo un momento de silencio antes de que Molly empezase a sollozar sin hablar.

—Vaya, Molly, ¿tan mal está la situación?

—No demasiado bien, para serte sincera, mamá. —Hizo una pausa y luego añadió—: Desearía que Mike no hubiese conocido a esa tipeja.

—Lo sé, mi amor. Lo sé. Dame un segundo. Tu padre está durmiendo. Voy al teléfono del salón.

"¿Hola, Molly?

—Sigo aquí, mamá.

—Muy bien, mi amor. Cuéntamelo todo.

—Siân ha vuelto a salir. Dios sabe dónde. Ojalá me contase adónde va o, al menos, me llamase para decir que está bien. No es mucho pedir, ¿no?

—Siân es una adolescente, mi amor; tú no eras muy diferente a su edad,

para serte sincera.

—Sí, me imagino que tienes razón, mamá. Pero no es fácil llevarlo todo estando sola.

—Lo sé, mi amor. Ahora cuéntame cómo le va a Anthony.

Molly negó con la cabeza despacio y frunció el ceño—. ¿Tony? ¿Por dónde empiezo?

—¿Tan mal?

Molly tragó saliva antes de responder. —Oh, mamá, ha cambiado. Se ha vuelto empalagoso y moja la cama casi todas las noches. Incluso ha vuelto a querer dormir con su osito de peluche, el señor Snuggles. ¿Te lo puedes creer? Tiene siete años, no cuatro. Creía que esos tiempos habían pasado hace mucho.

—Es fácil de entender en las circunstancias actuales, mi amor.

—Lo único que hace en todo el día es estar sentado en casa y jugar con el maldito Lego. Lo que sea para evitar relacionarse. —Hizo una pausa para respirar y continuó—: Me pregunta por Mike constantemente: "¿Va a venir papi hoy? ¿Podré ver a papi el sábado? ¿Vendrá papi a jugar al fútbol conmigo?". Intento tener paciencia, mamá, pero se dedica a hacerme esas malditas preguntas cada día sin excepción. Estoy haciendo lo que puedo, mamá. Ayer por la mañana arrojó al suelo el cuenco de los cereales, que se esparcieron por toda la cocina, cuando le dije que Mike no podría venir este sábado. ¡Vaya lío que montó! Y luego le dio un ataque de nervios: iba pataleando y corriendo por la cocina, llorando a moco tendido. Era como si hubiese regresado a los dos años, pero aún peor. Parece el cuento de nunca acabar.

—Es la edad, mi amor. Echa de menos a su padre. Ya sé que no es lo que quieres oír, pero estas cuestiones no se solucionan en dos días. Me encantaría estar ahí contigo, mi amor, pero con los problemas renales de tu padre...

—Lo sé, mamá.

—¿Le has contado a Mike todo esto?

—He intentado hablar con él, pero siempre acabamos discutiendo. Lo echo de menos, mamá. Él dice que lo siente y que quiere que volvamos a estar juntos, pero sigue viviendo con esa mujer. Me cabrea tanto...

—Lo sé, mi amor. Sin embargo, no renuncies a él todavía, ¿vale? Estuvisteis juntos durante mucho tiempo.

Hubo un momento de silencio mientras Molly se secaba las lágrimas.

—Hay algo que no te he contado, mamá. Los vi juntos.

—¿De verdad? ¿Cuándo fue eso, mi amor?

—Antes de que se fuese. Le había dado fotos en las que aparecía desnuda. Las encontré escondidas en el cajón de sus calcetines. Digamos que no dejaban nada a la imaginación. No había modo de escapar a la realidad después de aquello. Me decepcionó, mamá. Decepcionó a los niños. Me fiaba de él por completo. A veces, creo que lo odio.

—Lo sé, mi amor.

—Al principio, no le dije lo que había encontrado. Intenté vivir con ello por los niños, pero me carcomía por dentro. Un día, a la hora de la comida, me quedé en el exterior del banco en el que trabajan y esperé hasta que al final los vi salir juntos. Oh, mamá, es tan joven: con ropa que se le ajusta a la figura, y con la melena y el maquillaje impecables, las piernas largas, tacones altísimos y minifalda cortísima. Y tan hermosa. Me hizo sentir que yo sobraba.

—Debe de haber sido horrible, mi amor, pero tú no eres ningún cero a la izquierda.

—Pasaron por delante de mi coche y se adentraron en el callejón Merlin. Los seguí un par de minutos después y los encontré en el Scala. Ya sabes, mamá, ese restaurante griego tan acogedor al que solíamos ir en las ocasiones especiales.

—Lo recuerdo, mi amor.

—Estaba sentado enfrente de ella a una mesa para dos dándome la espalda. —Molly se rio a su pesar—. Y yo que me sentía afortunada si me traía una bolsa de patatas fritas... Al principio, me quedé allí y solo los observé sin abrir la boca; pero entonces Mike se inclinó por encima de la mesa y la besó. Y... —Hizo una pausa, evocando el pasado—. El muy cerdo protestaba cuando intentaba darle la mano en público.

—¿Y cómo reaccionó, mi amor?

—Las típicas chorradas del tipo: "No es lo que parece". Le arrojé un vaso de vino tinto en la cara y le dije que se largase de casa. Pocos días después me dijo que se había ido a casa de la otra aquella misma tarde. Lo más difícil fue explicárselo a Anthony.

—¿Por qué no me lo habías contado hasta ahora, mi amor?

—Es que, de algún modo, parece como si lo sucedido no hubiese sido real hasta que una habla de ello.

—Sí, sé a qué te refieres.

"¿Se lo cuento? Sí, ¿por qué no? No tengo nada que perder". —Te encantará saber que puede que haya una luz al final del túnel, mamá.

—¡Gracias a Dios, mi amor! Explícamelo.

—La profesora de Tony me llamó. Me dijo que había retrocedido.

—De momento, no puedo decir que me suene optimista, mi amor.

Molly sonrió, pero la expresión abandonó su rostro con rapidez. —Hablé con la doctora Procter, mamá. ¿Te acuerdas de ella?

—Por supuesto, fue mi médica de cabecera durante años.

—Creía que le iba a recetar a Tony algo que le alegrase un poco. Sin embargo, lo que ha hecho es consultar su caso con el centro de psicopedagogía infantil. Dijo que tiene buena reputación. Yo creía que podrías desaprobalo.

—Claro que no, mi amor. ¿Tienes idea de si es muy larga la lista de espera?

—Ni idea, mamá, pero ya sabes como está la sanidad pública. Podrían pasar meses.

—Bueno, al menos estáis en la lista, mi amor. Son buenas noticias. Pero deberías poner a Mike al corriente de lo que está ocurriendo. Llámalo y trata de tranquilizarte. Cuéntale lo de la cita y dile que todavía te importa. Porque es así, ¿tengo razón?

Molly sonrió con timidez. —Supongo que tienes razón, mamá. Gracias por la charla. Dile a papá lo mucho que lo quiero. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, Molly. Dale un beso a los niños de mi parte. Es muy tarde. Intenta dormir un poco.

Capítulo 3

Cynthia Galbraith se levantó el viernes 10 de enero a las 5:30 de la mañana, como hacía todos los días que su marido trabajaba. Se duchó, se puso un vestido blanco de seda immaculado, se peinó con sumo cuidado el cabello castaño claro y se aplicó con habilidad el maquillaje, asegurándose de quedar perfecta. Sospechaba que sus esfuerzos no servirían de nada a ojos de su marido, debido a la completa indiferencia que le mostraba; no obstante, se recordó que tenía que seguir intentándolo.

Después de echarse una última ojeada de inquietud en el espejo del tocador, se dio prisa para bajar a la planta inferior, asegurándose de no hacer el más leve ruido que pudiese perturbar el sueño de su marido de forma prematura. Hasta las siete en punto, no estaría listo para levantarse y ella necesitaba cada segundo que tenía a su disposición para estar preparada para su ulterior aparición.

Cynthia entró apresurada en la cocina y se dispuso a preparar el desayuno de acuerdo a las exigencias concretas de su marido, el doctor Galbraith. Al sumo detalle...

Colocó un surtido de dos tipos de cereales ricos en fibra sobre la enorme mesa de roble natural, alineando los dos paquetes de modo que cada uno estuviese exactamente paralelo al otro. Añadió una vajilla de porcelana francesa de Chantilly, de gran finura, que se componía de taza, platillo, escudilla y cuenco, además de una cuchara de plata pura, una jarra de leche entera, el azucarero con azúcar moreno sin refinar y una fuente de plata dorada, en la que pondría en el momento exacto las tostadas de pan blanco preferidas de su marido. A continuación, sirvió zumo frío de naranjas recién exprimidas en una copa de vino de cristal del siglo XIX y lo situó con exactitud a dos centímetros y medio a la derecha del platillo. Cynthia usó para ello una regla de precisión de acero inoxidable que medía 30 centímetros, de modo que se aseguraba medir con exactitud las distancias, que comprobaba una y otra vez... Lo decepcionaría si lo hacía mal. Ello conllevaría un castigo, y la regla tenía un filo cortante.

Salió al vestíbulo y se puso tensa inconscientemente al oír el tono estridente del despertador de su marido penetrando en el ambiente... Se estaba levantando. No tardaría mucho en bajar. Tenía que ponerse en marcha.

Volvió con prisa a la cocina y encendió la tostadora, comprobó dos veces

que estaba regulada para el punto exacto que le exigía... Poco hecha o demasiado hecha y, en el mejor de los casos, solo se negaría a comerla.

Hizo una nueva revisión general para asegurarse de que todo estaba sobre la mesa y en su posición correcta. Tenía que estar perfecto. Era lo mínimo que le exigiría. ¡Una servilleta de lino blanco! ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Con rapidez sacó una del cajón del aparador y la sostuvo a contraluz frente a la ventana de la cocina para comprobar que estaba limpia y sin la más minúscula arruga. Inspiró hondo, aspirando el oxígeno hasta el fondo de sus pulmones... Gracias a Dios, estaba immaculada. ¿Seguro que eso sería suficiente?

Encendió la cafetera de filtro y echó el café colombiano molido, el favorito de su marido. Por último, sacó dos huevos de corral, tres lonchas de beicon danés sin ahumar, tomates de pera orgánicos y champiñones de la nevera, que estaba en la despensa contigua a la cocina de alta gama, y los colocó sobre la brillante encimera de granito negro.

Se desplazó hasta el centro de la sala y dio una vuelta con lentitud pasando revista a toda la cocina con ojos expectantes... Tenía que haber algo que no había hecho correctamente. Siempre lo había...

Comprobó la hora del reloj por enésima vez esa mañana... El tiempo volaba a una velocidad alarmante. Tenía que empezar a cocinar.

El doctor Galbraith se despertó de buen humor, lo que resultaba extraño en un hombre al que no le gustaban precisamente las mañanas. Apartó el edredón de pluma de pato, saltó de la cama con una agilidad que contrastaba con su edad y se quedó parado un momento en el rellano de camino al cuarto de baño para apreciar el glorioso y tentador aroma del beicon y café de gran calidad que ascendía por las amplias escalinatas transportado por el aire... ¿Merecía la pena bajar a desayunar? Tenía que reconocer que Cynthia era una cocinera excelsa, aunque, por supuesto, jamás se lo diría. Tenía hambre, ese era un hecho ineludible; sin embargo, ¿quería ver a esa detestable zorra con todo lo que conllevaba? ¿Le convenía ese estorbo? Barajaba otras opciones, por supuesto. Podía echarla de la cocina, y comer a solas y en silencio. Merecía la pena tenerlo en consideración. Sin embargo, seguro que se habría esmerado para preparar todo de acuerdo a sus instrucciones. La muy zorra siempre lo hacía. Sería divertido pasar por alto sus esfuerzos y comprar un sándwich de camino al trabajo.

Se rio con burla solo con pensarlo, pero rechazó la idea casi al instante...

¿En qué cojones estaba pensando? Necesitaba una alimentación adecuada que lo mantuviese en marcha en una jornada tan importante.

El doctor Galbraith se extendió sobre el suelo del baño y empezó a hacer flexiones: una, dos, tres, cuatro... La desintegración psicológica de esa zorra había sido un triunfo glorioso.

Sonrió y se secó el sudor de los ojos con el reverso de la mano: quince, dieciséis, diecisiete... ¿Dónde? ¿Dónde se habría quedado aquella feliz jovencita que estudiaba Derecho? Le había llevado más tiempo del previsto quebrantarle el espíritu por completo. Pero no debería ser tan duro consigo mismo. Había jugado con ventaja debido a la infancia de malos tratos que había sufrido su esposa; no obstante, se había encontrado con numerosos obstáculos que quizá había subestimado. Cuando salieron juntos por primera vez, Cynthia había mejorado su vida social, en la que era muy activa, y tenía un gran círculo de amigos, además de diversas aficiones e intereses. Eso había representado un reto impresionante. Y además poseía tesón. Había cortado con él más de una vez durante los primeros años de su relación, aunque siempre la convencía para que volviese con él con promesas siempre incumplidas. Eso nunca era fácil, sobre todo, al tratarse de un sujeto con gran inteligencia. Sin embargo, con complicaciones o sin ellas, su método había dado resultado. Eso era lo que importaba. Y era algo de lo que enorgullecerse.

Miró de reojo y admiró su reflejo en los azulejos brillantes como un espejo: ochenta y cuatro, ochenta y cinco, ochenta y seis... Las críticas constantes, la interminable búsqueda de defectos, la negación de placeres y los castigos físicos esporádicos habían demostrado ser una estrategia extremadamente efectiva.

Noventa y ocho, noventa y nueve y ¡cien! Se sentó erguido sobre el suelo del baño... ¿Cómo podría describir en su tesis la desaparición de la autoestima de su esposa y sus consecuencias? Tendría que usar las palabras precisas, las frases correctas, para que sus colegas pudiesen apreciar sus observaciones en todo su esplendor.

El psiquiatra apoyó el mentón sin afeitar en la palma de la mano mientras visualizaba el texto que aparecería en el documento. Pero luego una nueva reflexión le impactó en las tripas como si hubiese recibido un puñetazo... Esa era una tarea importante, sin duda, pero podía en verdad disponer de parte de su tiempo en este momento tan crucial? ¿No debería estar centrando toda su atención en Anthony Mailer? ¡Por supuesto! ¡Pues claro! La tesis tendría que esperar. Esa zorra no se iba a ir a ningún sitio.

Se metió en la ducha y se dio el lujo de disfrutar del placer sensual del agua caliente sobre la piel... "Venga, hombre, céntrate, céntrate. Que se te echa el tiempo encima".

Salió de la cabina de la ducha y se secó con rapidez con una gran toalla esponjosa de color rosa, antes de arrojarla al suelo al lado del bidé... "Así, venga, venga. Es hora de afeitarse".

Se quedó de pie de frente al lavamanos, miró la imagen que se reflejaba en el espejo de aumento iluminado y usó una navaja de nácar victoriano para dar la forma precisa a las patillas ligeramente canosas que enmarcaban un rostro bien proporcionado. A continuación, utilizó un peine con forma de caparazón de tortuga y montura de plata para conseguir que su corte de pelo a la moda se quedase donde él quería, y para hacer una raya al lado perfecta a la que aplicaba copiosamente gomina blanca brillante de la marca más cara del mercado. Siguió quieto, mirándose a través del espejo durante unos tres minutos y admirando su reflejo... "¡Venga, hombre, espábilate, date prisa". Ya había perdido bastante tiempo.

El doctor regresó a su pomposo dormitorio para vestirse. Se puso calzoncillos azul oscuro, calcetines largos de ejecutivo de color negro y escogió una camisa blanca de algodón fabricada en Italia de entre la selección de seis camisas que había planchado a la perfección Cynthia la tarde anterior. A la camisa le siguió un traje gris oscuro hecho a medida compuesto de chaqueta recta y chaleco para su contorno pectoral de 111 centímetros y pantalones a juego que se ajustaban a su cadera de 80 centímetros. Los huecos de los bolsillos del pantalón eran lo bastante grandes para que cupiese la mano entera. Ese traje era solo uno de los muchos de altísima calidad de la sastrería Savile Row que estaban colgados en su espacioso vestidor... Las prendas de ropa de los comercios no llegaban a la calidad que él exigía.

A continuación se puso un par de zapatos de piel sin cordones adornados con hebillas de plata pura, que estaban relucientes, además de un par de gemelos de oro certificado de dieciocho quilates con forma de esposas de policía, que le resultaban simpáticos. El toque final consistió en una corbata de seda con un dibujo infantil de colores en la parte externa. Se ajustó el nudo Windsor multitud de veces hasta que decidió que había quedado perfecto... La corbata era un toque de genio absoluto. Él era un genio. ¿Qué otra explicación podría existir?

Hizo un último arreglo innecesario al nudo... Todo lo que sirviese para engatusar a esos pequeños renacuajos y ganarse su confianza, por

insignificante que pareciese, era una avance indiscutible.

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina, donde se encontró a Cynthia delante del fogón de la reputada marca británica AGA dando los toques finales a su desayuno. Ella se giró, se topó con la mirada desafiante de su marido y se obligó a sonreír con apatía mientras entraba en la sala.

—¡Buenos días, querido!

—¿Lo son? ¿Estás segura, Cynthia? ¿En serio? ¿Estás segura?

—¡Lo siento, querido!

Él sacó un guante de algodón de color blanco immaculado de un cajón situado al lado del fregadero y se paseó por toda la cocina rozando con el dedo índice sobre la superficie de los muebles... Impoluto. Estaba aprendiendo. La muy zorra estaba aprendiendo.

—¿Está todo bien, querido?

—¿Por qué cojones no está listo mi desayuno?

—Toma asiento, querido. Te echaré el café y te serviré el desayuno inglés en un segundo.

—¿Por qué supones que quiero café?

—Siempre tomas café, querido.

—¿Estás segura?

—Bueno, pensé...

—¿Pensaste? ¿En serio crees que esa es una buena idea?

Cynthia abrió la boca para hablar, pero la cerró al ser incapaz de saber qué responderle.

El doctor Galbraith la observó con una sonrisa sarcástica que hizo estremecer el espíritu frágil de su esposa. —Tú dedícate nada más que a servirme el beicon y los huevos, mujer. Tal vez, consigas hacer al menos eso bien.

Ella dio un paso atrás con piernas temblorosas y bajó la mirada para ver el charco de orina amarilla que se formaba en las baldosas alrededor de sus pies.

Capítulo 4

El doctor Galbraith desbloqueó las puertas de su sedán Daimler de color negro metálico y subió al asiento del conductor con expresión de autocomplacencia en su rostro anguloso. Se tomó un momento para apreciar el interior lujoso del coche y sonrió de oreja a oreja antes de encender el motor. Se lo había ganado... Era justo lo que se merecía: un cálido y suntuoso paraíso de suave cuero gris y madera refinada de nogal. Un hombre de su talento y de su elevada posición en la sociedad merecía esos lujos.

Giró la llave de arranque y el motor V12 de 4,5 litros rugió al despertar... Era un buen sonido, un sonido tranquilizador que le agradaba.

A medida que conducía los veintinueve kilómetros entre su casa y su consultorio en el departamento de psiquiatría infantil, juvenil y de familia de Gales del Sur, donde tenía un puesto como psiquiatra infantil, anticipaba con satisfacción la preparación de la primera cita con Anthony... Las expectativas eran parte del placer. Era cierto que no tanto como lo habían sido al principio, pero aún seguía sintiendo regocijo. La espera se le hacía cada vez más pesada; eso debía reconocerlo. No obstante, no debía apresurarse esta vez, por muy fuerte que fuese la tentación. Ya había cometido ese error una vez.

Agitó la cabeza con agresividad y tamborileó repetidamente con los dos índices en el volante. Puede que no tuviese tanta suerte la próxima vez...

De repente, la cabeza se le llenó de un violento ruido vibrante que le hizo estremecerse. Cerró los ojos durante un momento fugaz mientras trataba de repeler el dolor, y los volvió a abrir con rapidez, consciente bruscamente del tráfico... "Venga, hombre. Contrólate".

Aporreó con fuerza el parabrisas con el puño cerrado y se sintió algo mejor. "Céntrate, hombre, céntrate, cíñete al plan. Cíñete al puñetero plan". Acabaría poniendo las manos encima de ese mocososo. Solo tenía que tener paciencia.

Galbraith exhaló despacio todo el aire con un silbido. Si no quería mandarlo todo a la mierda, tenía que proceder en base a su propia experiencia, recordar lo que había aprendido en todos esos años y poner en funcionamiento sus habilidades. Había llegado muy lejos desde sus primeros delitos sexuales, que habían sido impulsivos y apresurados, con la inevitable ansiedad que eso acarrearía. Cada llamada a la puerta, cada vehículo que pasaba, cada llamada

de teléfono lo ponían al borde del pánico en sus primeros tiempos, hacía un montón de años. El temor a ser arrestado había llegado a ser absorbente. Había luchado contra sus instintos básicos e incluso, durante un tiempo, había sopesado bloquearlos. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué cojones le había pasado por la cabeza?

Se encogió de dolor y se masajeó con una mano con fuerza el cuero cabelludo, que sentía palpitar, mientras conducía con la otra... ¿Por qué se molestaba en reflexionar sobre la evolución de sus inclinaciones? Tanta investigación y ninguna conclusión significativa. Tantos libros. ¡Vaya pérdida de tiempo y dinero! Como psiquiatra infantil, en teoría, comprendía el daño insuperable que los hombres de su calaña infligían a sus víctimas. Claro que lo sabía. ¿Y qué importaba? Ya no sentía preocupación alguna por su sufrimiento. Ahí estaba el meollo. Si se había convertido en una criatura inmoral, desprovista de remordimientos, empatía y ética, ¿qué cojones importaba? Disfrutaba con su pasatiempo y el asunto era digno de estudio científico. Eso era lo que contaba. No había espacio para el sentimentalismo. ¿Qué más tenía que saber? Lo importante era mantener en silencio a las víctimas, ocultar con efectividad cualquier prueba y no dejarse atrapar.

El doctor chilló como una animadora demasiado entusiasta a medida que el bullicio discordante de su cabeza se apagaba poco a poco... ¿Acaso no lo había hecho bien? Había conseguido que no lo detuviesen durante casi treinta años y no hacía falta cambiar nada. Tenía que atañerse a su *modus operandi* probado, al que debía aferrarse con servilismo. ¡Ni un mísero cambio!

Estacionó en el apacible aparcamiento de la clínica al lado del viejo Mini Clubman rojo de su secretaria y apagó el potente motor de su Daimler... Vaya. Esa maldita zorra había llegado temprano.

Se le tensó el cuerpo y sintió calambres... Como siempre. La muy zorra tenía esa costumbre tan irritante. ¿De qué iba esa mujer?

Se quedó inmóvil, enfocó los ojos azul plomizo en el espejo retrovisor y se habló a sí mismo en el tono en que lo haría un entrenador de deportes macho alfa o un instructor militar para un combate cuerpo a cuerpo: —Cara de póquer. Ponte la máscara. Venga, hombre, ponte la máscara.

El psiquiatra intentó con desesperación calmar la presión y el bullicio atronador que le resurgía en el cráneo mientras cerraba la puerta del coche y cruzaba el aparcamiento con aire despreocupado, por si acaso ella lo estaba mirando. Se detuvo en la entrada un instante antes de entrar en la clínica, e inspiró intensas bocanadas de aire helado de la mañana galesa hasta lo más

hondo de los pulmones... Estaba acumulando demasiada ira. No sería fácil, pero tenía que controlarla. La maldita zorra estaría allí: sentada a su mesa, fofa y sudorosa, apestando a olor corporal rancio, disimulado bajo cualquier perfume barato, y soltando cualquier gilipollez sin pensar tan pronto abriese la puerta. ¿Cómo cojones iba a conseguir soportarla esta vez? Para él, sería terapéutico darle un puñetazo en esos repugnantes dientes amarillentos y hacer que se los tragase.

Sonrió con sarcasmo... Eso le haría sentir bien. Algún día haría sufrir a esa zorra. Sin embargo, y muy a su pesar, ese momento no había llegado.

Hizo una mueca cuando un repentino dolor cortante le sacudió el cerebro mientras entraba en la pequeña recepción, que también era la oficina de su joven secretaria. Él había estado embaucando con éxito a todos durante años. ¿Por qué cojones iba a ser diferente ahora?

—Buenos días, doctor.

—Buenos días, Sharon. —Se detuvo, ladeó la cabeza a un lado con un ángulo aproximado de cuarenta y cinco grados y la observó un par de segundos—. Te has hecho algo diferente en el pelo, ¿a qué sí, mi querida niña?

Ella bajó la mirada a su escritorio para evitar su escrutinio—. No, nada especial, doctor. Solo me lo lavé antes de venir a trabajar y me puse los rulos.

—Bien, fuese lo que fuese, mi querida niña, se te ve maravillosa.

Ella sonrió con afecto y, con coquetería, se atusó el flequillo con los dedos rechonchos.

El doctor Galbraith la miró de arriba abajo... La maldita zorra era tan maleable como masilla caliente. —Veamos, Sharon, lo primero es lo primero, esta mañana no hay consulta, según recuerdo; no hay pacientes por los que preocuparnos. ¿Por qué no preparas un café para los dos?

—¿Una cucharada de Nescafé, un chorrito de leche semidesnatada y un azucarillo?

—Exactamente igual que siempre, mi querida niña. Estaré en mi oficina.

Mientras se alejaba, Sharon le preguntó en voz alta. —¿Y una galleta?

Resopló con desdén... Esa zorra tragona buscaba cualquier excusa para rellenar su repugnante cara aun más. Tal vez un abrevadero sería un regalo de cumpleaños adecuado. —Yo no quiero, gracias, mi querida niña. He disfrutado de un excelente desayuno. Tómate tú una, si quieres.

Sharon encendió el hervidor de agua y frunció el ceño taciturna, cabizbaja... ¿Se había olvidado de su cumpleaños? No parecía propio de él.

Echó café en dos tazas, añadió leche y, a continuación, azúcar: una

cucharada al ras para el doctor, como siempre, y tres bien colmadas para sí misma mientras esperaba a que el agua empezase a hervir.

El doctor Galbraith entró en su aparentemente ordinario despacho en tonos magnolia, ajustó su recién adquirida silla giratoria de cuero negro, y se sentó ante el moderno escritorio barnizado que había ubicado directamente contra la pared trasera para evitar cualquier barrera entre él y sus potenciales víctimas. Apartó un cactus navideño en flor y levantó el marco de plata con la foto en blanco y negro de su esposa y sus dos hijas pequeñas. Lo sostuvo frente a él con ambas manos, lo contempló durante varios segundos y sonrió satisfecho... Debía asegurarse de que el retrato estuviese a la vista en la primera cita con el pequeño cabroncete y su tan necesaria familia.

Volvió a colocar la fotografía sobre el escritorio y, con lentitud, escrutó toda la sala con ojos expectantes... ¿Estaba todo en su sitio? ¿Cada objeto estaba donde debería estar? El cartel que cubría el panel de vidrio de la puerta de su oficina parecía necesitar algo más de adherencia. Esa era tarea para Sharon. Seguro que esa maldita incompetente podría ser capaz de hacer algo tan fácil.

Agitó con fuerza la cabeza... Era alucinante. ¿Por qué cojones todas las mujeres de su entorno eran tales estorbos?

Se desplazó hasta el centro de la sala sentado en su silla y examinó la única ventana de la sala... La chusma aquella del centro de jardinería había sabido realizar el trabajo a pesar de su juventud y sus evidentes limitaciones. El arbusto *elaeagnus* había crecido mucho más rápido de lo que había esperado y las espinas formaban una excelente barrera. Realmente no pudo haber tomado una mejor elección.

El psiquiatra se levantó del asiento, empujó la silla en la dirección del escritorio con una pequeña patada, se acercó a la ventana, apartó las cortinas y oteó el exterior... Seguía teniendo una panorámica razonable del aparcamiento sin temor de posibles mirones externos que pudiesen inmiscuirse. En algún momento acabaría necesitando recortar el arbusto con pericia, pero eso aún podía esperar casi con seguridad hasta la primavera.

Se apartó de la ventana, inspeccionó una última vez la sala y sonrió... Había triunfado, sin duda. Otra cosa más de la que sentirse orgulloso.

A continuación, se sentó a la mesa, abrió la carpeta con el expediente de Anthony Mailer y leyó despacio, tomándose su tiempo e interesándose a fondo por cada término usado... El maldito renacuajo se culpaba a sí mismo de la

ruptura del matrimonio de sus padres y había contraído varios problemas de comportamiento a causa de ello. Su madre había aceptado el consejo de su médica de cabecera para solicitar ayuda de los especialistas.

Se reclinó en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza antes de bajarlos con lentitud, deliberadamente... No era un caso complicado. Todo lo contrario, en realidad; si su intención fuese ayudar, podría hacerlo. Por supuesto que podría. Si ese cabroncete fuese una niña, le proporcionaría un excelente servicio terapéutico. Si fuese un poco mayor, también lo haría. Era lo más lógico, ¿no? Por supuesto que lo era. ¿Qué más daba si utilizaba unos pocos niños para sus propios intereses?

Sentía incrementar una renaciente presión en la cabeza... ¿Por qué cojones tenía que esforzarse en ocultar a todo el mundo su verdadero carácter? Ayudaba a la gran mayoría de los niños que trataba. Eso le honraba. La gente debería estar agradecilla por ello.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de repente cuando su joven secretaria llamó a la puerta con la puntera del zapato escarlata y entró en el despacho con una taza de café en una mano y la agenda con las citas de la clínica en la otra.

—Pasa, mi querida niña. Pasa y acomódate. Fui un desconsiderado al no haberte deseado un feliz cumpleaños antes, así que lo hago ahora. ¿Cuántos cumpleaños este año, dieciocho o diecinueve?

Ella sonrió con timidez. —Usted sabe que soy mucho mayor.

Hizo una mueca... Esa zorra asquerosa aparentaba los cuarenta más que los veinte. —Será así, pero no lo parece, mi querida niña. Ahora, a lo nuestro, ¿cuándo tenemos el próximo hueco?

Sharon se sentó a su lado, abrió la agenda, pasó páginas adelante y atrás, se detuvo, continuó y luego se volvió a detener. —Me temo que no hay ninguno hasta el veintisiete, doctor.

Galbraith bajó la mirada fugazmente al suelo y la levantó con lentitud, con una expresión intensa en los ojos que la joven no consiguió descifrar. —¿No hay nada antes?

¿Había un punto de ansiedad en el tono de voz de su jefe? Volvió a abrir con apremio la agenda y frunció el ceño. —Echaré otra ojeada, doctor, pero creo que no debería excederse. Tiene aspecto cansado últimamente y ha estado sufriendo esos horribles dolores de cabeza. ¿No había mencionado tomarse unas vacaciones?

"Contrólate, hombre, contrólate, dale una satisfacción a esta zorra

impertinente". —Eso no es algo de lo que debas preocuparte, jovencita. Los niños son más importantes. Ya lo sabes. Si yo no les ayudo, ¿quién lo va a hacer? —Toqueteó el escritorio repetidas veces con el índice derecho—. Vamos, vamos, la agenda.

Sharon suspiró... Era un hombre tan bondadoso. Ojalá hubiese más como él. —Hay una cancelación el viernes diecisiete, doctor. A las diez y media, dentro de una semana; pero recuerdo que usted mencionó que tenía cita en el dentista.

Galbraith se relajó visiblemente... Una semana era demasiado. Pero no parecía que hubiese otra alternativa. —No, no, Sharon, tendrá que valer. Tendrá que valer. Por favor, asegúrate de que la carta de la cita salga esta misma mañana por correo urgente. Este niño en especial tiene una crisis. La familia Mailer requiere mi ayuda inmediata. —Se puso de pie, señaló la puerta y sonrió con encanto—. ¿Me oyes, niña? Hazlo, por favor.

Sharon salió del despacho con presteza. El cuerpo le temblaba como gelatina rosa a cada paso. Si el doctor se podía entregar tanto, también podría hacerlo ella.

El doctor Galbraith abrió por segunda vez esa mañana la carpeta de Anthony y repasó la carta de la médica de cabecera una y otra vez antes de apartarla a un lado pocos minutos después... ¿Cómo podía llevarle tanto tiempo a esa maldita inútil mecanografiar unas tristes líneas de texto?

Se aclaró la garganta y gritó: —¿Está lista la carta para la familia Mailer, Sharon?

—Está casi acabada, doctor. ¿Quiere que asista toda la familia?

Por amor de Dios, era la primera cita del renacuajo. ¿Por qué cojones tenía que preguntárselo siempre? —Sí, por favor, Sharon, el modelo de carta para la primera cita: la madre, el padre y los dos hijos.

—Estará lista en cinco minutos, doctor.

Se frotó el mentón con la mano... Un maldito chimpancé podría mecanografiar más rápido. —Gracias, mi querida niña.

Sharon negó con la cabeza cuando empezó a teclear... ¿Qué prisa había? A veces, el doctor se pasaba en su entrega a los pacientes.

El psiquiatra resopló y torció el gesto. —¿Dónde cojones está, Sharon?

—Tecleo tan rápido como puedo, doctor.

"Céntrate, hombre, céntrate. Demasiado severo, demasiado duro, apacigua a la zorra".

Hizo lo posible por calmarse antes de salir del despacho. —Perdóname por lo iracundo que estoy esta mañana, mi querida niña, pero es que no podría ser más urgente.

Sharon acabó de teclear unos segundos después, con su rollizo pecho balanceándose por el esfuerzo. —¡Ya está! ¡Lista!

—Gracias, querida. La revisaré en mi despacho.

Galbraith se sentó a su mesa y sostuvo la carta delante la cara, ajustó su hipermetropía en vez de ponerse las gafas de leer. Empezó la lectura, pero no conseguía concentrarse a pesar de que el contenido le fascinaba... Estaba haciendo lo correcto, ¿no? Era una pregunta justa bajo tales circunstancias. Por lo general, se empeñaba en evitar a los niños que disfrutaban de lazos familiares cerrados. ¿Por qué cojones iba a ser diferente esta vez?

Se rascó el cuero cabelludo e intentó, con desesperación, pasar por alto las señales intensas que le invadían la mente... ¿Era en verdad una maniobra inteligente? El riesgo era alto. ¿Y si el mocoso le contaba algo a la persona incorrecta? ¿Y si alguien, de hecho, le escuchaba e investigaba sus acusaciones? Ni siquiera merecía la pena pensar en ello.

Pestañeó con intermitencia, sufrió contracciones nerviosas y empezó a sudar y a caminar de un lado a otro a medida el estruendo de la cabeza iba en continuo aumento y amenazaba con apoderarse de él... Había hecho excepciones en el pasado. Claro que sí. Cuando le había convenido. Había corrido riesgos, pero eran riesgos asumibles. Esa era la condición esencial. Un hombre de su inteligencia y experiencia podía controlar tales complicaciones. Claro que podía. Y el cabroncete bien valía un esfuerzo adicional.

De repente, se sintió más calmado... Lo único que tenía que hacer era planear todo al detalle y ceñirse al plan. Confundir al pequeño mocoso sería demasiado fácil. Eso se le daba bien y eso era digno de recordar. Solo era cuestión de cómo hacerlo. Era evidente que su vulnerabilidad estaba en su padre. Y si eso fallaba, que parecía poco probable, existían otras opciones viables. Claro que las había. Había asumido esa tarea en numerosas ocasiones sin que surgiese ninguna complicación significativa. ¿Cuántos niños iban en el último recuento? ¿Eran noventa y siete o noventa y ocho? En cualquier caso, era para enorgullecerse. ¿Por qué cojones se preocupaba tanto? Sus métodos habían funcionado antes y lo harían de nuevo.

Regresó a su asiento justo cuando Sharon llamaba a la puerta y entraba sin

esperar a que le diese permiso. —¿Desea que lleve la carta para los Mailer al correo a la hora del almuerzo, doctor?

El doctor Galbraith sonrió con satisfacción. —Eso no será necesario. Has hecho un trabajo excelente. Gracias, mi querida niña.

Ella se puso colorada. —¿Está seguro, doctor? Antes dijo...

—Te estoy agradecido, mi querida niña. Extremadamente agradecido, pero estoy a punto de salir hacia una reunión. Ya la envió yo de paso.

Sharon sonrió contenta cuando lo vio extraer una cartera de piel de cocodrilo de imitación del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió de manera teatral y le entregó un billete de diez libras nuevecito.

—Feliz cumpleaños, mi querida niña; por favor, tómate algo apetitoso en la comida. Y no te apresures en regresar. Te lo mereces.

La joven le contestó con entusiasmo y decidió pasar por alto el hecho de que no había nada apuntado en su agenda... Era un jefe maravilloso e increíblemente generoso. Su mujer era, de veras, una mujer afortunada. —¿Lo veré después de la reunión, doctor?

Deseaba que le contestase que sí, pero no recibió respuesta. El doctor Galbraith hacía gestos ostensibles mientras se apresuraba a salir de la clínica y se dirigía a su coche. Tenía la mente centrada en otros asuntos.

Capítulo 5

La agente de policía Jane Pritchard miró con complicidad a Alan Garret, el asistente social del departamento de protección de menores que colaboraba con ella en ese caso, y volvió a centrarse en el niño de nueve años con algo de sobrepeso, claramente nervioso, al que estaban levantando atestado y grabando en vídeo en una de las dos salas de entrevistas de los servicios sociales del condado, en la que llevaban casi una hora.

Después de un momento de silencio, se inclinó hacia el niño y tomó la iniciativa siguiendo las pautas de su formación en investigaciones bilaterales. —Solo para que nos quede claro, Dewi. ¿Estás diciendo que te agredió sexualmente un médico además de tu padre?

El niño miró fijamente al suelo y permaneció en silencio unos segundos antes de asentir con reticencia y responder afirmativamente con voz entrecortada.

—¿Cuántas veces ocurrió?

—So... solo la vez que les he dicho.

Alan Garret asintió. —Lo estás haciendo muy bien, Dewi. No fue culpa tuya. Es importante que lo recuerdes.

La agente de policía Pritchard se llevó la mano a la frente, se apartó un mechón de pelo castaño-rojizo de los ojos y sonrió. —Está bien, Dewi. Sé que no es fácil pero es importante. ¿Necesitas un pañuelo antes de continuar? —Sacó un paquete de pañuelos de papel del bolso, pero apartó la mano al ver que no los quería—. ¿No?

El niño se secó las lágrimas con la manga del jersey gris y negó con la cabeza.

—Vale, entonces, seguimos. ¿Cuándo ocurrió?

—El ve... verano pasado, antes de que me llevaran a la casa de acogida.

—¿Sabes qué mes era?

El niño sacudió la cabeza... ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Fue al principio de las vacaciones escolares, hacia la mitad o al final?

—Al principio, creo.

—¿Pero no estás seguro?

—No.

—¿Dónde sucedió?

—En una habitación blanca.

—¿Una habitación blanca? ¿Nos puedes decir algo más de ella? Cualquier detalle podría sernos de utilidad.

—Estaba cubierta de baldosas blancas, como un baño.

La policía frunció el ceño, sin darse cuenta. —¿Nada más?

—No había ventanas.

—¿Cómo? ¿Ninguna?

—No.

—¿Estaban tapiadas o algo así?

—No, no las había.

—¿Habías visto antes esa habitación?

—No.

—¿Te volvieron a llevar allí?

—No.

—Esta es una pregunta importante, Dewi. Por favor, piénsalo bien antes de responder. ¿Sabes dónde está la habitación?

—No.

—¿Podrías describir el edificio en el que estaba?

—No, no lo vi.

La agente de policía se quedó en silencio un momento, buscando la pregunta adecuada... No estaba yendo bien. El niño parecía preparado para salir corriendo por la puerta. —Vale, si no viste el edificio, ¿cómo llegaste a la habitación?

—Me llevó papá.

—¿Y no viste el edificio?

El niño se frotó la cara con la manga de lana húmeda... "No me cree. ¿Por qué no me cree?". —Papá me tapó los ojos al entrar en el coche.

La policía se relajó visiblemente y suavizó el gesto... Quizá debería transmitir más confianza al niño. —Ya lo entiendo. ¿De dónde salisteis?

El niño parpadeó repetidamente... A lo mejor le creía, después de todo. —Estaba en la cama, papá me despertó y me llevó al coche.

—¿Sabes qué hora era?

Debía de creerle sino no le preguntaría la hora—. No.

—¿Había amanecido o estaba oscuro?

—Oscuro.

—¿Te acuerdas de cuándo duró el trayecto?

El niño levantó la mano y se tapó los ojos. —No, solo recuerdo que estaba asustado.

—¿Fue un viaje corto o largo?

—Largo.

—¿De más de una hora o de menos?

"¿Por qué me lo sigue preguntando? Por favor, que pare". —Menos, creo.

El cuerpo de Dewi se tensó sin querer, por lo que la agente decidió dejar el tema. —Eso nos sirve de mucho, Dewi, pero debo hacerte más preguntas sobre el hombre.

—¡Ya he dicho lo que me hizo!

Estaba a punto de entrar en pánico. ¿Quién no lo estaría? ¿Cómo se sentiría ella en su lugar? —No es necesario hablar otra vez de eso. Pero necesito que nos cuenten cualquier cosa que nos ayude a descubrir quién es ese hombre para que podamos arrestarlo.

Dewi se relajó un poco y su voz sonó más tranquila cuando respondió: —Vale.

—¿Por qué piensas que es médico?

—Papá lo llamó ‘doctor’.

La agente de policía se quedó en silencio... ¿Sería mucho pedir? —¿Tu padre mencionó también su nombre?

—Sí.

Trató de enmascarar su entusiasmo. —¿Cuál era, Dewi? ¿Lo recuerdas?

—El médico me obligó a beber un jarabe en cuanto llegamos. Me dio sueño.

—Intenta recordar. Tómame el tiempo que necesites, por favor.

Quería la respuesta. Al menos, podría intentarlo. —Creo que era algo como ‘Dr. Griffiths’.

—¿Estás solo un poquito seguro o muy seguro?

Parecía decepcionado, incluso desanimado. —No recuerdo bien qué pasó, pero estoy seguro de que su nombre empezaba por G.

—¿Seguro por G?

—Eso creo.

La agente hizo lo posible por ocultar su decepción. —¿Sabes qué clase de médico era? —Se arrepintió de haber hecho esa pregunta tan pronto la soltó, con lo que no le sorprendió la respuesta negativa del niño con cara de desconcierto.

—Está bien, Dewi. Ya casi estamos acabando. ¿Cómo era el hombre? Empecemos con el pelo. ¿De qué color lo tenía?

El niño estrechó los ojos. —Oscuro.

—Negro o castaño, ¿es eso?

—Sí, pero no sé cuál de los dos, lo siento.

—Así está bien, Dewi. Lo único que queremos es que nos cuentes lo que recuerdes y nada más. ¿Cómo lo tenía de largo?

Esa sí que se la sabía bien. —Corto, como el mío.

La agente sonrió. —Eso nos es muy útil, Dewi; ¿cómo era de estatura?

—Más alto que papá.

El trabajador social de mediana edad y flaco como un lápiz se puso de pie. —Yo mido un metro ochenta y ocho. ¿El hombre era más bajo, más alto que yo o de la misma estatura?

—De la misma estatura, pero parecía mucho más fuerte.

Alan Garret se volvió a sentar y la agente de policía sonrió un momento a pesar de la evidente tensión o quizá debido a ella. —¿Por qué crees que parecía más fuerte que Alan?

—Era más grande, como los luchadores de la tele.

—¿Grande de gordo o grande de musculoso?

El niño levantó los brazos, como si flexionase los bíceps. —Grande de musculoso.

—Eso nos es muy útil, Dewi. ¿Hay algo más que nos puedas contar del hombre? Cualquier cosa.

—No.

—¿Cómo tenía los ojos? ¿Recuerdas de qué color eran?

—Azules.

—¿Estás seguro?

¿Por qué se lo preguntaba otra vez? Ya había respondido a esa pregunta. —Creo que eran azules.

—Pero no estás seguro.

El niño negó con la cabeza.

—¿No?

Se le estaba agitando la respiración. —No.

En silencio, se amonestó a sí misma... Demasiada presión; lo estaba forzando demasiado. —Si no estás seguro de la respuesta, es mejor decirlo. Solo di: "No lo sé". No intentes adivinarlo.

—Vale.

—¿Alguna vez hablaste con alguien de ese hombre antes de contárselo anoche a tu madre de acogida?

—No, nunca.

—¿Ni siquiera a tu madre?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y su rostro mofletudo se puso rojo. — Sabía todo lo que me hacía papá y nunca me ayudó. Nunca le dijo que parase. ¿Por qué se lo iba a contar?

La agente echó una ojeada a su reloj y miró al trabajador social, que asintió en silencio... El niño ya había sufrido lo suficiente. Era hora de ir acabando. —Muy bien, Dewi, lo entiendo. Casi hemos acabado, pero tengo una última pregunta que hacerte. ¿Te parece bien?

"No, Dios, más preguntas no". —Supongo que sí.

La agente de policía sonrió con dulzura y asintió. —Dewi, tengo que preguntarte por qué no nos hablaste de este hombre la última vez, cuando nos contaste lo que te había hecho tu padre.

—Tenía demasiado miedo.

—¿Estás diciendo que tenías más miedo de ese hombre que de tu padre?

El niño miró al suelo y respondió: —Sí.

Jane Pritchard frunció el ceño. —¿Por qué? Con todo lo que te hizo tu padre.

—Pa... papá me dijo que el doctor me mataría si se lo contaba a alguien.

Era demasiado tarde para parar. Tenía que preguntárselo. —¿Le creíste?

El niño sacó del bolsillo del pantalón un inhalador Ventolin para el asma y aspiró dos veces con ansia el medicamento antes de contestar: —Sí.

¿Qué podía responder a eso? ¿Qué pasaba por la cabeza de esa gente?—.

A veces, los adultos dicen cosas para asustar a los niños y que, de ese modo, no busquen la ayuda que necesitan. Ahora estás a salvo, Dewi. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Toda la gente se empeñaba en decirle que estaba a salvo. Quizá fuese cierto. —Sí.

No parecía convencido. ¿Por qué iba a estarlo? Durante toda su vida lo habían defraudado. —Me gusta que digas eso, Dewi. ¿Hay algo más que nos quieras contar o algo que nos quieras preguntar a cualquiera de los dos antes de que demos por finalizada la entrevista?

Dewi se levantó del puf en el que había estado sentado y se ajustó el cinturón de los pantalones. —¿Podemos ir a comer algo de camino a la casa de mis papás de acogida? No les importará.

La agente de policía Pritchard se dirigió con la mirada al asistente social... ¿Por qué no iban a ofrecerle lo que deseaba después de lo que le habían hecho sufrir? Tal vez, ella también debería hacer lo mismo. —¿Te

importa llevarlo, Alan? Yo tengo que etiquetar las grabaciones y empezar a transcribirlas lo antes posible.

Alan Garret se puso de pie, sonrió de oreja a oreja y guio al niño hacia la puerta. —Vamos, jovencito, llamaré a tus padres de acogida para preguntarles si quieren quedar con nosotros en el McDonalds para comer una hamburguesa.

Cuando iban hacia las escaleras, Pritchard los llamó. —Alan, ¿te parece bien si uso tu despacho para llamar al inspector? Me vendría bien algo de privacidad.

—Sin problema, Jane, nos vemos.

Jane Pritchard remató las tareas que debía seguir según dictaban los procedimientos relativos a las pruebas y se dirigió a continuación a la cocina de la planta inferior para prepararse un café rápido antes de hacer la llamada... Había sido un día extenuante, y dedicarse unos minutos a sí misma era un pequeño lujo que tenía intención de aprovechar al máximo.

Sacó un bizcocho de frutas de una lata decorada con un típico paisaje montañoso, le dio un mordisco y saboreó la deliciosa textura de la mantequilla mientras empezaba a hervir el agua. Se sentó ante la pequeña mesa de formica e intentó pensar en cualquier cosa que no fuese protección a la infancia; cualquier cosa valía, pero su conciencia, como era natural, aplastó su deseo de disfrutar de un rato de relajación. Juró para sus adentros, se tragó el resto del bizcocho y dejó la taza antes de dirigirse hacia el despacho desordenado de Alan Garret, cubierto por todas partes con pilas de revistas sin leer de *Social Work Today*.

Solo tuvo que esperar unos segundos al teléfono hasta que respondió una policía en el control de mando, cuya voz no reconoció.

—Hola, soy la agente 458, ¿podría ponerme con el despacho del inspector Simpson, por favor?

—Sin problema, Jane. Creo que está por aquí.

—Soy el inspector Simpson. Dígame.

—Buenas, inspector. Soy Jane Pritchard. Lamento molestarle.

—No me molesta, agente. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito que me aconseje sobre algo, inspector.

—¿Cómo no se lo pide a Grav? Es el inspector de su comisaría.

—El inspector Gravel está de permiso, señor. Y tengo entendido que es usted el responsable en materia de protección de menores en nuestra jurisdicción.

Trevor Simpson se rio. —Ah, sí, Grav me comentó algo de que iba a Bournemouth con su esposa para celebrar sus bodas de plata. —Se rio de nuevo—. Creo que la suegra iba con ellos. —Comprobó la hora en su reloj de pulsera—. Está bien. ¿En qué puedo ayudarla?

—Acabo de realizar una entrevista en presencia del servicio de menores a un niño de nueve años llamado Dewi Williams.

—Sí, conozco el caso. Grav me lo mencionó. ¿Ha habido algún avance?

—Sí, el niño nos ha contado que en una ocasión durante el verano su padre le vendó los ojos y lo llevó en coche a un lugar desconocido donde fue agredido sexualmente por un hombre que cree que es médico. Nos ha dado una descripción imprecisa del agresor y del paradero, pero lo que dice de la habitación suena raro.

—Ha hecho lo correcto al informarme, agente. No obstante, ¿el niño le parece un testigo fiable?

—No tengo ningún motivo en absoluto para pensar que se lo ha inventado, inspector. Ha sido digno de confianza hasta ahora. Lo llevaron a algún sitio, de eso estoy segura, pero, por lo que nos ha contado, es bastante probable que lo hubiesen drogado.

—Muy bien. Transcriba la entrevista completa y pásame una copia esta tarde. Le echaré un ojo. Hable con su sargento para que se ponga en contacto con sus homólogos en las otras dos unidades de protección a la infancia. Pregúnteles si han oído mencionar a algún médico o si hay algún niño más al que hayan llevado a un sitio que se ajuste a la descripción de ese niño. Llame a todos los grupos de protección de menores y hágales las mismas preguntas. Si consigue algún resultado, hágamelo saber. No sería mala idea que le hiciese yo una visita a su padre a la penitenciaría de Swansea. Grav mencionó que está tratando de apelar la duración de la condena. Eso me proporciona cierta ventaja. Lo discutiré con Grav en cuanto regrese y le incitaré para que acelere el proceso si considero que tenemos algo.

—Gracias, inspector. Así lo haré.

Capítulo 6

Molly recibió tres cartas el lunes 13 de enero. Se sentó en las escaleras, apartó los dos sobres marrones y, con prisa, abrió el blanco... ¿Sería una cita de la clínica? Deseaba que lo fuese. ¡Pero seguro que no! Después de todo, solo habían pasado unos días desde que había hablado con la doctora Procter.

Molly desdobló la carta y la sostuvo delante de los ojos, aprovechando la claridad impropia de la estación invernal que se filtraba por el vidrio emplomado de la puerta principal... "Departamento Psiquiátrico para la Infancia, la Adolescencia y la Familia". Era una cita. ¡Increíble!

Cruzó los dedos de la mano derecha mientras leía con detenimiento... ¿Cuánto tendrían que esperar? Un montón de semanas deprimentes, con suerte, aunque sería más probable que fuesen meses. Pero no, era alucinante, solo faltaban cuatro días.

Molly sonrió, se levantó del escalón con una energía renovada que no había sentido en mucho tiempo y bailó haciendo círculos pequeños con la carta en la mano por encima de la cabeza... ¡Genial! La médica de cabecera había dicho que el doctor Galbraith era bueno. Daba la impresión de que tenía razón.

Para no perderla, dejó la carta de la cita médica sobre el aparador de la sala de estar, apoyada contra un marco plateado con una copia de una pintura *art decó*, y subió las escaleras para despertar a sus hijos. Anthony había dormido toda la noche por primera vez en bastantes semanas y ya estaba despierto. Molly examinó la cama, intentando que no fuese evidente... Estaba seca. ¡Qué alivio! ¿Debería hacérselo notar? ¿Era buena idea dirigir su atención hacia ello? Sí, le parecía lo correcto.

Molly se giró hacia Anthony, encontró su mirada y sonrió con amplitud—. Muy bien hecho, cari. Estoy orgullosa de ti. Haré una parada en el Spar para comprarte golosinas para cuando regreses del cole.

Anthony se puso la ropa que su madre había dejado a los pies de la cama esa misma mañana: sus vaqueros favoritos, una camiseta de algodón amarillo fosforito y un jersey calentito de lana verde y blanco con un dibujo de un enorme dragón rojo en el pecho. Después corrió al baño para vaciar la vejiga. Estuvo a punto de conseguirlo, pero no fue así. Cuando gritó con evidente ansia "¡Mamá!", Molly entró con prisa en el baño y vio la mancha oscura de humedad en los pantalones. Se mordió el labio determinada a no decir nada de

lo que se arrepentiría más tarde y sonrió sin ganas—. No te preocupes, cari. No es culpa tuya. Debería haberte dicho que fueses al baño antes de vestirte.

Anthony asintió cabizbajo, pero no respondió... El breve triunfo de la cama seca se había volatilizado.

Los ojos de Molly se empañaron mientras dejaba ropa limpia sobre la cama de Anthony por segunda vez esa mañana. Lo ayudó a quitarse los pantalones, calzoncillos y calcetines mojados, se secó las lágrimas de la cara con la manga y trató de recobrar la calma—. Date una ducha caliente, cari, te hará sentir mejor. Pero date prisa. Siân querrá usar el baño cuando hayas acabado.

Molly escuchó el reconfortante sonido de la caldera eléctrica antes de dirigirse al dormitorio de Siân. Levantó la mano para llamar, pero, antes de que tuviese oportunidad de hacerlo, oyó la voz de su hija gritando. —Ya estoy levantada, mamá, no es fácil dormir con el follón que montáis Tony y tú.

Molly pensó "la misma cantinela de siempre", pero solo respondió: —Perdona, cariño. Te espero abajo... —No tenía sentido provocar una discusión.

Después de vestirse, Anthony siguió a su madre para que le diese el desayuno. Se sentó a la mesa de la cocina y decidió no hacer caso de su hermana mayor cuando entró un par de minutos más tarde. Siân nunca estaba precisamente comunicativa por las mañanas y ese día no era diferente, por lo que se sentó en completo silencio y se comió un cuenco de cereales sin azúcar.

Anthony levantó la mirada de su desayuno preferido, los Sugar Puffs, y se volvió hacia Molly, que estaba de pie untando mantequilla en una tostada integral sobre la encimera próxima al fogón eléctrico. —¿Viene papi esta noche, mami?

Molly resopló... "Ya estamos de nuevo". —Esta noche no, cari, pero lo verás seguro este viernes. Va a acompañarnos al médico. Lo llamaré para organizarnos en cuanto os vayáis al colegio.

Anthony sonrió de oreja a oreja y se puso a comer los cereales con renovado entusiasmo.

Siân no hizo ningún comentario sobre el asunto, pero se dio prisa en irse de la cocina para refugiarse en la soledad de su dormitorio de adolescente mientras no llegaba el autobús escolar... Existían asuntos más importantes en la vida que las reuniones familiares obligatorias.

Siân fue la primera en salir de la cabaña y gritó con desgana un "Hasta luego", antes de cerrar la puerta principal y acelerar por el sendero hasta el

autobús, que se estaba a punto de irse sin ella.

Molly pensó "Una menos, falta el otro" y animó a Anthony a que se acabase su segundo cuenco de cereales mientras comprobaba la cartera de su hijo para asegurarse de que llevaba todo lo que le haría falta en el colegio... No le apetecía ponerse en contacto con Mike, pero no le quedaba más remedio.

Molly incitó a su hijo a darse prisa mientras le agarraba la mano y se dirigían a la parada de autobús, que estaba prácticamente delante de la puerta de su casa y en el mismo lado de la carretera. Era una luminosa mañana invernal, pero, a pesar de estar despejado, el penetrante frío de enero los hizo estremecerse sin control mientras esperaban juntos en la titilante calzada recién asfaltada. Casi al instante, un rugido familiar de motor diesel penetró en el ambiente cuando apareció por el cruce el autobús escolar a medio llenar de escandalosos niños de primaria, que iban charlando y riendo.

Molly le frotó la coronilla a Anthony y sonrió. —Muy bien, cari. Sube. Tus amigos ya están en el autobús. Hasta luego. Que tengas un buen día. —Lo siguió de cerca, le dio una palmadita en el trasero para animarlo a subir y se despidió de él agitando la mano hasta que desapareció el vehículo de su vista.

Molly regresó corriendo a casa, agradecida por el calor del interior que la recibió al entrar por la puerta. Se quedó quieta un momento en el vestíbulo mientras se decidía a descolgar el teléfono, pero decidió prepararse otra bebida caliente que la reconfortase antes de hacer la llamada. Enchufó el hervidor, colocó una bolsita de té en su taza favorita y echó una cucharada colmada de miel casera; a continuación, vertió el agua hirviendo y removió con tal fuerza que salpicó parte del líquido por la encimera. Molly blasfemó en voz alta... Las tareas de casa podían esperar.

Encendió la radio y se sentó a la mesa de la cocina creyendo que la música y el parloteo de los locutores la ayudarían a relajarse. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que solo estaba retrasando lo inevitable. Se acercó al fregadero, añadió unas gotas de agua fría del grifo al té y se bebió toda la taza de golpe, saboreando la intensa dulzura del fondo... Parafraseando las sabias palabras de su madre: era el momento de agarrar al toro por los cuernos.

Molly descolgó el auricular, marcó la extensión del despacho de su marido y, mientras esperaba, se tiraba una y otra vez de la melena castaña con la mano libre... ¿Cómo abordar la conversación? Quizá lo mejor era un enfoque firme. ¿O tal vez no? Puede que fuese más aconsejable ser persuasiva que intransigente. A fin de cuentas, le diese el enfoque que le diese, a Mike le

sorprendería el simple hecho de que lo llamase.

Estaba a punto de colgar el teléfono para llamar más tarde, pensando en darse tiempo para tener otra catártica conversación con su madre, cuando oyó al otro lado de la línea el tono de voz alegre que su descarriado marido ponía al teléfono y que tanto la irritaba. —Dígame, Mike Mailer a su disposición.

—Hola, Mike. Soy Molly, tenemos que hablar.

—Molly, ¿qué ocurre? ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Le ha pasado algo a alguno de los niños?

—Tranquilízate. No es nada de eso, no hace falta que te alteres. Sin embargo, sí que tiene que ver con los niños.

—Por un momento, me habías preocupado, Mo. Estoy bastante liado en este momento, a decir verdad. ¿Te importa que te llame yo al salir del trabajo?

—Venga ya, Mike, ¿cuándo fue la última vez que te llamé al banco? De veras que necesito que te molestes en perder tu valioso tiempo para hablar ahora. Son hijos tuyos tanto como míos. ¿O es que ya lo has olvidado?

Mike aferró el auricular. —Dame un segundo. Voy a cerrar la puerta.

—Hazlo.

—Hola, Mo. ¿Qué ocurre, mi amor?

—¿Mi amor? Creo que ese barco zarpó cuando te fuiste a vivir con esa tipa.

—Déjalo, Molly. No tengo tiempo para estas mierdas en este momento. Si tienes algo importante que decir, por favor, escúpelos.

Molly inspiró y se tragó sus palabras... "Intenta tranquilizarte, no entres en el terreno personal y dile que todavía te importa". ¿No era ese el consejo de su madre?

—¿Molly? ¿Sigues ahí?

—Bien. Empecemos de nuevo. No tengo ganas de discutir. Ya lo hemos hecho lo suficiente por lo que nos resta de vida. Tampoco voy a fingir que no estoy cabreada contigo, pero esta vez los niños van a tener prioridad, para variar.

—Me parece justo. Estoy de acuerdo. ¿De qué va esto, mi amor?

Decidió hacer caso omiso de la perogrullada... ¿Por dónde empezar?

—¿Molly? Tengo trabajo. ¿Vas a contarme de qué va esto o no?

—Sí, claro que sí. Para eso he llamado. La situación no ha ido bien desde que te largaste. Le hizo mucho daño a los niños. Te echan de menos, sobre todo Tony. Siân va a su bola. Lo cierto es que casi ni la veo desde hace un tiempo. Sin embargo, Anthony... Es como si estuviese llorando tu muerte.

—¿Y qué quieres que haga?

Hubo un momento de silencio... ¿Debería decírselo? ¿Cómo reaccionaría? Sí, ¿por qué no? ¿Qué tenía que perder? —Yo también te echo de menos. A pesar de todo lo que me has hecho, todavía te quiero, por amor de Dios.

—Mo, lo siento. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? Si pudiese dar marcha atrás en el tiempo, lo haría. Lo haría, sin dudarlo. Pero es imposible, ¿no?

—¿Por quién me tomas? Sigues viviendo con esa maldita mujer. Corta con ella, trasládete y quizá de ese modo podamos hablar del futuro.

—Gracias, Mo. Es un alivio saberlo.

—No creas que va a ser fácil. Si vas en serio, necesito que reacciones, sin más palabras huecas. No creo que te des cuenta de lo mal que está la situación por aquí. No estás aquí para verlo, día sí y día también, como yo. Necesito ayuda. Toda la familia necesita ayuda.

—Te escucho.

Molly inspiró hondo... Era ahora o nunca. —He hablado con la doctora Procter sobre Anthony. No sabía qué otra cosa podía hacer.

—¿Sí? ¿Le puede recetar algo?

—¿Recetarle algo? No es tan fácil. La doctora ha conseguido que nos citen en la clínica de psicología infantil. "Nos" significa tú, yo y los niños. La carta con la cita llegó esta mañana.

Mike maldijo para sus adentros. —¿Estás segura de que quieren vernos a todos, mi amor?

—Sí, estoy segura. ¡Segurísima! No podría estarlo más. Así es como funciona. Tienes que recogernos a las diez en punto el viernes por la mañana. ¡Este viernes! Si quieres demostrarme que vas en serio en lo de volver a estar juntos en algún momento del futuro, tendrás que hacer esto por mí.

Mike suspiró... Lavar la ropa sucia delante de un pseudocientífico desconocido no era su idea de diversión. Pero, al fin y al cabo, si había la más mínima oportunidad de reconciliación, no se podía permitir echarla a perder.

—Muy bien, mi amor, llegaré a tiempo, te lo aseguro.

—No quiero llegar tarde. Es importante.

—Te he dicho que llegaré a tiempo, y lo haré. Déjalo ya, por favor.

Molly colgó el teléfono y se dirigió al salón, perdida en sus pensamientos... Se había salido con la suya, como había imaginado, eso era ciento. Sin embargo, por alguna razón, le parecía una victoria fútil.

Se sentó en el sofá-cama marrón de piel de imitación mirando hacia la

ventana del recibidor que daba al descuidado jardín de su terreno y se secó una lágrima que le resbalaba por la mejilla... Mike era un inútil, pero sería su inútil. Quería que volviese, no podía negárselo a sí misma. No obstante, no iba a resultar fácil volver a confiar en él. Si, de veras, dejase a esa tipeja en lugar de hablar de hacerlo, sería un punto a su favor.

Una sonrisa fugaz le cruzó el rostro... Le podría ir mejor en la vida. Mucho mejor, pero al menos ahora Anthony iba a tener la ayuda que tanto necesitaba.

Capítulo 7

Sentado a su mesa, el doctor Galbraith pasaba de modo frenético las páginas de su agenda personal: 14 de enero, martes. El 14 de enero... No, Dios, otra vista de revisión de procedimientos judiciales de protección de menores no. ¿Por qué cojones dedicaba el sistema tantísimo tiempo y esfuerzo en una tarea tan tediosa? ¿En qué estaban pensando esos pobres infelices? Esa era una pregunta que no podía contestar; lo que sí sabía era que suponía una terrible pérdida de su valioso tiempo. ¿Dónde cojones había puesto la convocatoria?

Abrió el cajón del escritorio y revolvió el contenido... ¿Dónde la había dejado? Ah, sí, sí, en la bandeja de la correspondencia. Todavía estaba en su bandeja.

El doctor desdobló la carta con la convocatoria y la documentación que la acompañaba y las desplegó en el escritorio. Sacó las gafas de leer del bolsillo interior de la chaqueta de su traje de raya diplomática gris oscura y examinó el contenido... Gemelas de cuatro años; presunto abuso sexual; sin pruebas médicas inequívocas que respaldasen las declaraciones en vídeo de las niñas; una madre inútil como blanco fácil de un depredador pedófilo con el que había entablado amistad, profesor de música de secundaria antes de su arresto; la madre respaldaba al presunto agresor. Sin sorpresas, había sabido elegirla bien. Parecía un caso bastante sencillo, nada inusual. ¿Cómo era el nombre del presunto agresor? ¿Gary Davies? ¿Gary Davies? Ese nombre le sonaba de algo.

Cerró los ojos y rebuscó en su mente ajetreada... Ah, sí, Davies. Era miembro de su red de pedófilos. Un miembro insignificante, era verdad, pero un miembro al fin y al cabo. Tenía que tenerlo en cuenta. Había coincidido con él en varios encuentros a lo largo de los años.

Sacó una libreta de notas bastante manoseada de su maletín de cuero marrón y volvió a ojear la carta... ¿Quién presidía? Mel Nicholson, director de los Servicios Sociales de Protección de Menores.

Abrió la libreta y consultó sus anotaciones... ¿Nicholson? ¿Nicholson? Ah, sí, se había topado con ese metomentodo, con ese maldito entrometido, en un curso hacía unos años. Era uno de esos imbéciles imparciales, salvadores del mundo, que todo lo veían en blanco o negro, y sermoneaban sobre el bien y el mal.

El doctor pasó la página y siguió leyendo... Nicholson se había trasladado

a Devon para trabajar en el NSPCC, la Sociedad Nacional para Prevención de la Crueldad contra los Niños, un par de años antes. Por lo visto, había regresado a Gales. Lo más probable, con un ascenso. Debería anotarlo.

¿Y quién más asistía? El deprimente populacho habitual, sin duda. Otros simplones ofuscados que consagraban su existencia a un empeño completamente inútil.

Examinó la lista de asistentes... Ah, sí, el inspector de policía Roy Thomas. ¿No estaba la zorra de su mujer preñada la última vez que había hablado con él? Buscó en la agenda: R-S-T... Sí, ahí estaba: Roy Thomas. Tenía razón, como siempre; sin sorpresas. El mocoso debía de tener unos tres meses en ese momento.

El doctor Galbraith miró la hora... Debería haberse concedido más tiempo para sí mismo. Su organización ya no era lo que había sido. Era hora de ponerse en marcha.

Metió la libreta en su maletín, lo cerró con llave y, a continuación, guardó la llave en el bolsillo interior de su chaqueta para que estuviese en lugar seguro. A medida que recorría su despacho de camino a la recepción empezó a dolerle la cabeza y a sentir una creciente opresión; por lo que tuvo que recordarse una y otra vez que tenía que mantenerse engañado a sí mismo si quería que su plan se hiciese realidad... Cada vez era más duro; cada día se le hacía más difícil.

Sonrió de mal humour a su secretaria. —Voy a asistir esta mañana a una vista de revisión de procedimientos judiciales de protección de menores en el Centro de Servicios Sociales de Caerystwyth, mi querida niña. Dejo la clínica es tus competentes manos. La doctora Rosie Higgins vendrá a lo largo de la mañana para ayudarme con la carga de trabajo. Está muy capacitada y estoy convencido de que te gustará. Te veré mañana, mi querida niña. Que tengas un buen día.

El doctor dejó aparcado el Daimler con dos ruedas sobre la acera y corrió a la entrada del centro de servicios sociales para interceptar a Mel Nicholson, que estaba a punto de entrar en el edificio. —Mel, ¿eres tú, de verdad, mi querido niño? ¡Qué alegría volver a verte! Estabas en Devon, ¿no? En la Sociedad Nacional para Prevención de la Crueldad contra los Niños, ¿o estoy equivocado?

Nicholson agitó la mano del doctor con firmeza. —Me alegro de verlo, doctor. En Plymouth, estuve en Plymouth.

—Me encanta tenerte de vuelta a bordo, viejo amigo. Ellos pierden y nosotros ganamos, por así decirlo. ¿Te han ascendido?

—Sí, dirijo los servicios de protección de menores del Ayuntamiento. Es agradable estar de vuelta en Gales.

—Genial, genial. —Se subió la manga de la chaqueta y miró su reloj de oro de Cartier—. Será mejor que nos movamos, viejo amigo. No he tenido oportunidad de echar un ojo a la documentación. Ya sabes acumulación de trabajo... ¿Tienes idea de quién preside la mesa?

—Soy yo.

—Este es un mundo horrible, mi querido niño, horrible, pero estoy seguro de que harás un magnífico trabajo.

El doctor Galbraith entró en la sala como si fuese una estrella de cine sobre la alfombra roja: saludos con la mano a unos, sonrisas a otros. Se acercó al inspector de policía Thomas y le dio una palmada enérgica en el hombro. —¡Enhorabuena, viejo amigo! ¿Es niño o niña?

El inspector sonrió de oreja a oreja. —Un niño, Gareth, por el jugador de rugby, pero, por favor, no se lo diga a mi esposa.

El doctor se rio a carcajadas. —Será nuestro secreto, viejo amigo. —Levantó el brazo con la mano abierta—. Ah, veo que el presidente de mesa quiere empezar. Será mejor que me vaya a mi sitio antes de que me eche la bronca.

Nicholson, como hacía siempre, arrancó la reunión presentándose y pidiendo a los asistentes que hiciesen lo mismo. Explicó que el objetivo de la reunión era decidir si las niñas estaban en peligro y, de ser así, crear un proyecto que englobase a las distintas instituciones de protección de menores. Antes de empezar con las aportaciones individuales, recordó a Davies que seguía bajo custodia policial. Todo lo que dijese se podría usar como prueba contra él.

Con la mención de la policía, Davies se revolvió incómodo en su asiento y miró furtivamente en la dirección del doctor Galbraith, tratando una y otra vez de que se cruzasen sus miradas. El doctor la apartaba a propósito... ¿Qué demonios creía ese idiota que estaba haciendo? ¡Demasiado evidente, demasiado descarado! Lo ayudaría, claro que lo haría. Es lo que se esperaba de él como miembro de la red. Pero ese no era el momento. Ya habría oportunidad de sobra cuando tuviese la cita con la imbécil zorra de la madre para prestar sus servicios terapéuticos a sus repugnantes hijas.

Nicholson presidió la vista con la efectividad que transmite la experiencia. En menos de una hora los nombres de las niñas se habían incluido en el registro de delitos de violencia familiar. Se había aprobado que regresarían al cuidado de su madre con la condición de que no volviesen a tener contacto con Davies. Se llevaría a cabo una evaluación exhaustiva del riesgo por los asistentes sociales y él mismo les proporcionaría la terapia adecuada.

El doctor amagó una carcajada... Si esos cretinos pensaban que las niñas estaban protegidas de forma apropiada, es que eran unos verdaderos pardillos.

Galbraith se acercó a Davies, que se dirigía cabizbajo hacia el aparcamiento a grandes zancadas hacia su coche familiar. El psiquiatra se presentó con arrogancia, como si viese por primera vez a Davies, le estrechó la mano y le entregó una tarjeta de visita con unas palabras de consuelo escritas en la parte posterior en tinta azul. Le hizo a Davies un gesto de complicidad y sin dilación se giró para acercarse a la madre de las niñas, que estaba esperando unos metros más atrás e intentaba pasar desapercibida.

El doctor se dirigió a ella con tranquilidad, con un tono de voz artificial que transmitía calma. —Hola, querida mía, no es necesario que se preocupe: estas sesiones no siempre salen como deberían. Los motivos por los cuales las niñas dicen semejantes cosas son demasiado complicados para que una persona cualquiera lo pueda comprender. Puede que hayan visto algo inapropiado en la televisión o que estén relatando sus pesadillas.

"Y, si quiere que sea sincero, tampoco es raro encontrarse asistentes sociales bien intencionados, aunque ofuscados, metiendo ideas raras en la cabeza de los niños. En ocasiones, hacen preguntas capciosas, como la policía. Y es tan fácil llegar a conclusiones equivocadas... Eso puede ser lo que ha sucedido en relación a sus hijas. Tráigamelas esta tarde a mi casa a las cuatro y media. Si se han cometido errores, como sospecho, se las podré llevar de vuelta antes de que se dé cuenta. Le he entregado al señor Davies mi tarjeta con mi dirección y la información de contacto.

La mujer dejó la mirada fija en el suelo mientras le respondía y solo la levantó un breve instante antes de volverla a centrar en el asfalto. —Gracias, doctor. No me podía creer que Gary hubiese hecho esas cosas tan horribles que contaron las niñas. Él es lo mejor que me ha pasado en mucho mucho tiempo. Todo lo que quiero es tenerlas de nuevo en casa. Los dos lo queremos así, ¿a que sí, Gary?

Davies asintió de forma demasiado entusiasta.

El doctor Galbraith le tomó la mano y le dio un suave apretujón. —Así será, mi querida señora. Así será. Ahora debo ponerme en marcha. Solventaremos este desafortunado malentendido antes de que se dé cuenta. — Sonrió con efusividad—. Las estaré esperando esta tarde.

Capítulo 8

La agente de policía Jane Pritchard llegó temprano a su turno el miércoles 15 de enero y, después de mucho buscarlo, localizó al inspector Trevor Simpson en la cafetería de la comisaría, donde estaba entablado una conversación mundana de las que minan la moral con un subordinado. Con la taza de té de aspecto poco apetecible que le sirvieron en la barra, se aproximó despacio hacia la mesa donde estaban los dos hombres. —Buenos días, inspector. ¿Tiene cinco minutos? He finalizado la investigación que me solicitó.

—Tome asiento, agente. ¿Conoce al sargento Halfpenny?

—Sí, inspector, estuvimos juntos en la academia de policía.

—¿Cómo te va todo, Jane?

—No mal del todo. Gracias, Joe.

El inspector Simpson bebió un sorbo de su café caliente y frunció el ceño. —Adelántese e investigue el atraco en Wilson, Joe. Yo intentaré ponerme al corriente a lo largo del día.

—A sus órdenes, inspector.

—¿Qué noticias me trae, Jane?

—He hablado con todas las partes interesadas y parece ser que se ha descrito una habitación blanca en un mínimo de tres investigaciones a lo largo de los años.

—Y ha conseguido todos los datos, supongo...

—Sí. He encontrado a un niño que tenía seis años en agosto de 1984. Prácticamente la misma historia: denunciaba que un tío suyo lo había llevado a una habitación blanca.

—¿Aparece alguna mención a un médico?

—No, inspector, aunque el caso no prosperó. No había pruebas forenses y la declaración del niño tenía contradicciones significativas. En aquella época un psiquiatra infantil rechazó como falsas las alegaciones afirmando que habían sido pesadillas, y ahí se acabó todo. Aunque... ¿podría reabrirse con lo que sabemos ahora?

—Podría ser. ¿Tiene alguna idea de quién era aquel psiquiatra?

—No, lo siento, inspector. Sin embargo, estoy segura de que si ahondo en el expediente podría descubrirlo.

—No, no se moleste. No tiene gran trascendencia. ¿Qué más casos hubo?

—Un niño de cinco años en junio de 1987 y otro de cuatro en mayo del 89.

—¿De diferentes familias?

—Sí.

—¿Todos varones?

—Sí.

—¿Algo que nos sea de utilidad?

—Lo cierto es que no, inspector, nada que nos ayude a identificar la ubicación. A los hombres se los consideró sospechosos de agresiones sexuales y los nombres de los niños se incorporaron al registro de protección de menores. La misma cantinela de siempre: pruebas inconsistentes para entablar acción judicial en lo que respecta a la fiscalía.

—Creo que deberíamos volver a entrevistarlos a todos, Jane. Yo no creo en coincidencias. ¿Los tres niños eran de la zona?

—Sí, todos residen en un radio de nueve kilómetros a la redonda de Caerystwyth.

—No me extrañaría que la habitación blanca se encontrase también en la zona. Perdón, solo pensaba en alto. ¿Hay algo que aún no me haya contado?

—El de seis años comentó que lo estaban grabando en vídeo.

—Eso tiene sentido.

—Eso pensé, inspector.

—¿Alguna mención a un médico?

—Me temo que no.

—Quiero que redacte un informe completo y me lo entregue lo antes posible, agente. Hay algo que se nos escapa.

—Hoy lo tendrá, inspector.

El inspector Simpson negó con la cabeza. —¿Qué le ocurre a esta gente?

—Espero que no le moleste que le haga una pregunta, inspector, ¿no dijo que deberíamos hablar con el padre de Dewi?

—Eso déjelo de mi mano, agente. Tráigame ese informe lo antes posible.

Capítulo 9

A Anthony no le gustaban las mañanas de los martes, ya que le tocaba inglés, galés y matemáticas: tres asignaturas que no le entusiasmaban demasiado. En cierto modo, la profesora Larkin hacía que las clases de inglés y galés fuesen soportables, pero los números le parecían inaguantables. Anthony escuchaba con atención al principio e intentaba comprender aquellos conceptos complejos, pero al rato decidía que su profesora debía de estar parloteando en una lengua extranjera que no conseguía entender. Desviaba la mirada una y otra vez al reloj que se hallaba sobre la puerta a medida que avanzaba la clase y se preguntaba por qué las manecillas se movían tan despacio. Cuando, por fin, llegaba la hora de la comida, sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima, y sonreía por primera vez desde que había llegado al colegio por la mañana.

Ese martes, Anthony eligió salchicha de cerdo, habichuelas cocidas y patatas fritas: una de sus comidas favoritas. Y, por primera vez desde que su padre se había ido, lo engulló con ganas para ir rápido al patio de recreo a jugar al fútbol con sus amigos. El partido salió bien: metió un gol, lo que no era habitual en él, y su equipo ganó. Cuando sonó el timbre, Anthony regresó al aula pensando que los martes no eran, al fin y al cabo, tan malos.

Las clases de música y de manualidades de la tarde le parecían mucho más divertidas que las tediosas de la mañana. Para su sorpresa, había descubierto recientemente que cada vez se lo pasaba mejor dibujando y pintando. No sabía el motivo, pero esparcir pintura por todo el papel le hacía sentirse mejor. Ese día pintó a su familia: su madre, su padre, su hermana y él mismo de pie delante de su casa en un día veraniego soleado y caluroso. Por alguna razón que no comprendía, pintó a su padre con un tamaño muy superior y con colores más vivos que al resto de la familia. La profesora Larkin se lo hizo ver y le preguntó por qué el hombre de su dibujo era tan grande. Anthony contestó sin añadir nada más: —Es papá.

La profesora Larkin suspiró aliviada cuando sonó el timbre que indicaba el final del día escolar, que solía retumbar con estridencia bastante antes de la hora y se oía en todo el moderno edificio, que carecía de tabiques. Se situó erguida al frente del aula inspeccionando sus dominios con evidente orgullo —. Levantaos, recoged las pinturas, echad el agua sucia al fregadero y lavad los pinceles antes de iros a casa. —Una vez hubieron finalizado todas las

tareas, sonrió y repitió las mismas instrucciones de todas las tardes—: Salid caminando, sin correr, y acordaos de los deberes.

Anthony estaba ansioso por llegar a casa para enseñarle a su madre la pintura, y comprobó por segunda vez que seguía a salvo en su cartera antes de salir del aula a un ritmo al que no se podía denominar correr, sino caminar lo más rápido posible. La gran mayoría de los niños lo hacían y ya estaban todos en el exterior hablando animadamente con sus amigos. Sin embargo, Anthony esperó a solas y en completo silencio a que llegase el autobús. Cuando al fin apareció cinco minutos más tarde, entró en último lugar y se sentó en primera fila, en vez de unirse al resto de los niños en la parte de atrás.

Molly estaba mirando por la ventana de la cocina cuando apareció el autobús por su calle por entre la capa de gases negros que emitía su propio tubo de escape. Salió por la puerta principal en cuanto empezó a frenar con suavidad, y saludó con la mano a Anthony mientras descendía sujetando con firmeza la cartera con una mano y el dibujo con la otra.

Molly se abotonó la chaqueta de lana marrón al sentir el frío invernal y se encontró con Anthony a medio camino de la pista entre la parada de autobús y su casa. —Ven, cari. Te he preparado un enorme tazón de chocolate caliente.

Anthony siguió a su madre a la cocina, se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla. Dejó la cartera del colegio en un rincón y tomó su dibujo con las dos manos mostrándoselo a su madre.

—Qué dibujo más bonito, cari. ¿Me dejas verlo?

Anthony sonrió de oreja a oreja y le dio el dibujo. Molly lo miró con detenimiento... Era un retrato de los cuatro, era evidente, pero ¿por qué había pintado a Mike tan grande? ¿Tendría algo que ver con que echaba de menos a su padre? Podría ser. Tal vez debería consultárselo al psiquiatra.

—¿Te gusta, mami?

—Vete a por el celo que está en el cajón, cari.

Molly sonreía mientras Anthony le pasaba el rollo de celo. Pegó el dibujo en la puerta de la alacena elogiando las dotes artísticas de su hijo, aunque al tiempo meditaba sobre las repercusiones que tenía sobre toda la familia la infidelidad del degenerado de su marido... Anthony requería más ayuda de la que ella era capaz de ofrecer. La cita en la clínica era un ansiado rayo de esperanza.

Siân llegó a casa diez minutos más tarde y fue directa a su dormitorio sin dirigir la palabra a su madre ni a su hermano. Molly le dio un respiro antes de llamarla desde el recibidor. —El té ya está casi listo, cariño. Vamos a comer

todos juntos a la mesa para variar. Debo hablar con los dos.

Siân no respondió, pero acudió a la cocina justo cuando su madre ponía sobre la mesa tres platos con espaguetis a la boloñesa recubiertos de abundante queso cheddar gratinado. Molly le sonrió y le apartó una silla mientras le decía: —Siéntate, cariño. ¿Quieres agua?

Siân asintió con desgana.

—¿Y tú qué quieres, Tony, leche o zumo?

—Zumo de naranja, por favor, mami.

Molly dio a cada hijo la bebida que le habían pedido y se sentó a la mesa —. Os quería recordar a ambos que mañana por la mañana vamos a la clínica.

Siân frunció el ceño con gesto de adolescente enfadada. —¿Por qué tengo que ir, mamá? ¡Es Anthony el que tiene los problemas, no yo!

—Ya lo hemos hablado, Siân. El médico nos quiere ver a todos. Por favor, cariño.

Siân decidió no responder, pero Molly tomó nota mental de que no se había negado.

Anthony sonrió avergonzado cuando le cayó un espagueti de la boca al pantalón. —¿Puedo ir a ver la tele ya, mami?

—Antes acábate todo lo del plato, Anthony. Estoy segura de que eres capaz de esperar.

El niño no respondió, pero devoró el resto de la cena a velocidad de vértigo.

Molly agitó la cabeza y sonrió débilmente. —Os podéis ir. Ya friego yo hoy, pero mañana quiero que colaboréis.

Molly acostó a Anthony algo más temprano de lo habitual y le estuvo leyendo durante unos veinte minutos antes de decirle: —Debo llamar a tu padre, cari. Duérmete. Mañana será un gran día.

—¿Seguro que viene papi con nosotros, mami?

—Sí, cari, seguro.

Anthony sonrió con satisfacción. —Hoy marqué un gol, mami. Mañana se lo contaré a papi.

—¿Lo hiciste, cari? ¡Es genial! A papá le encantará saberlo. Dentro de poco podrás volver a los entrenamientos de rugby, si quieres.

La sonrisa de Anthony desapareció.

—Y ahora, cari, cierra los ojos y duérmete. Te dejaré encendida la luz del rellano solo por esta noche. Buenas noches, Tony.

—Buenas noches, mami.

Molly se sentó en el peldaño inferior de las escaleras y marcó el número de Mike. Esperaba con toda su alma que no le respondiese Tina cuando oyó la voz de Mike. —Dígame.

—Mike, soy Molly. Solo quería asegurarme de que no te habías olvidado de la cita de mañana.

—Claro que no me he olvidado, Mo.

—Por favor, no se te ocurra retrasarte. Tenemos que estar allí antes de las diez y media. Es la primera cita y quiero dar una buena impresión.

—Ya lo sé, mi amor. Yo...

—Me prometiste hablar con Siân. El doctor quiere vernos a todos. Ya te lo expliqué.

—Frena, mi amor. Te dije que hablaría con ella y lo haré. ¿Está por ahí?

—Ha vuelto a salir. Tengo la esperanza de que decida regresar. Le diré que te llame si se le da por pasar por aquí. Hasta mañana. Por favor, no te retrases.

Molly colgó el auricular antes de que tuviese tiempo de responderle y agitó la cabeza con pesar... "Ten más paciencia, idiota. ¿Qué te dijo tu madre? Mantener una conversación es lo opuesto a soltar un monólogo". Era un consejo sensato. Mike lo estaba intentando. No lo suficiente, pero sí que lo intentaba.

Al final, Siân llegó a casa justo cuando Molly había tomado la decisión de dejar de esperarla y meterse en cama. Molly se cruzó con ella en la puerta trasera y se relajó al ver que estaba sobria y, lo que era un milagro, incluso comunicativa. Por esa vez, decidió que era mejor no mencionar la hora a la que llegaba... Tenía asuntos más importantes que atender.

—Hola, mamá.

La sonrisa de Molly fue fugaz. —Hola, cariño, papá quería que lo llamas antes de acostarte.

—¿Es por lo de mañana, mamá?

Molly asintió. —Sí, cariño.

—Iré si quieres que vaya. Tony me preocupa. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé, cariño.

—Perdóname por lo de antes, mamá.

En esta ocasión, la sonrisa de Molly fue sincera. —Gracias, cariño. Acércate y da a tu vieja un abrazo.

Y, por una vez, Siân no la rechazó.

Capítulo 10

Trevor Simpson asomó la cabeza en el despacho desordenado del inspector Gravel y sonrió. —¿Qué tal por Bournemouth?

El gesto desolado de Grav dejaba ver con claridad la nula necesidad de proseguir con el asunto; no obstante, el inspector Simpson optó por insistir. — Espero que tu suegra lo haya pasado bien.

—Mira, Trevor, a menos que tengas algo útil que decir, te sugiero que saques el culo de mi despacho y me dejes ponerme al día en mi trabajo.

El inspector Simpson se rio a carcajadas y decidió no atormentar más a su amigo, a pesar de que se sentía tentado a hacerlo. —Ahora en serio, hay algo importante que te tengo que contar.

—Pasa, Trevor. Acércate una silla. ¿Tienes tiempo para un café?

—Té, por favor, con leche y un azucarillo.

Grav se giró con la silla, se agachó y enchufó el calentador de agua que tenía en un rincón a su espalda. —Muy bien. ¿Qué tienes para mí?

—¿Ya sabes que me van a asignar la dirección del departamento de protección de menores de la comisaría?

—Lo sé. Y, para serte sincero, me alegré al ver que los altos mandos no me lo asignaban a mí.

—Sí, te entiendo. Precisamente, mientras estuviste de vacaciones, insté a Jane Pritchard a que realizase unas investigaciones para mí.

—Creía que el tuyo no era un cargo de servicio.

—Y no lo es, pero ¡qué se le va a hacer! Como Jane necesitaba consejo y tú no estabas disponible, me puse con ello.

—Muy bien, Trevor, ¿y qué ha estado investigando?

—Entrevistó a un niño al que, según sus propias palabras, lo llevaron a una habitación blanca. Sostiene que allí abusó sexualmente de él un hombre que cree que es médico.

—¿Podría ser un centro hospitalario abandonado o algo similar?

El inspector Simpson asintió—. Podría ser, es una posibilidad. Fue Dewi Williams, llevaste tú el caso.

—Así es.

—Parece ser que su padre no fue el único.

—¡No, por el amor de Dios!

—He tenido a Jane hurgando para averiguar si aparecen menciones a una

habitación blanca o a algún médico en los casos similares.

—¿Y ha habido suerte?

—Sí, aunque no hay nada concluyente, puede que nos sea de utilidad. Querría seguir indagando con la ayuda de Jane, si estás de acuerdo.

—Sin problema.

El inspector Simpson se puso de pie y apuró el resto del té. —Tenía previsto ir hacer una visita al padre de Dewi a la cárcel de Swansea esta misma tarde.

—¿A Simon Williams? ¡Qué tengas suerte! Era un cabrón asqueroso en sus mejores momentos. ¿Sabías que ha apelado su sentencia?

—Sí, me lo dejaste caer antes de irte. Quizá nos sea de utilidad.

—Al menos habrá que intentarlo. Mantenme informado.

Poco más de una hora le llevó al inspector Simpson el trayecto de sesenta kilómetros a la prisión de Swansea, ciudad costera de Gales en el condado de Sandfields y que estaba en plena expansión. Estacionó su Mondeo rojo en la vía Oystermouth, justo bajo los altos muros de granito victoriano, abrió la puerta y se dirigió con rapidez a la entrada principal en el preciso instante en que unas nubes grises cada vez más amenazadoras cubrían el cielo con una llovizna helada que prometía convertirse en nieve en cualquier momento.

El robusto vigilante de la entrada, de mediana edad y eufórico, comprobó con rapidez el nombre del inspector en la lista de las visitas previstas y le permitió el paso con un gesto entusiasta en lugar de detenerse a realizar todos los tediosos procedimientos de control de seguridad que solían acompañar a dichas visitas.

El inspector Simpson recorrió los pasillos familiares de la prisión hacia la sala de interrogatorios número tres, como le habían indicado, y esperó con creciente impaciencia mientras un oficial de prisiones corpulento escoltaba desde la unidad de delincuentes sexuales a Simon Williams, que se mostraba reacio en extremo y entorpecía su avance a gritos.

Simpson permaneció sentado tras una mesita rectangular hasta que al fin entraron los dos hombres en la sala iluminada en exceso. Hizo un gesto invitando al prisionero a sentarse enfrente de él. Mientras esperaba a que un taciturno Williams se sentase, el inspector se giró al funcionario de prisiones que se había quedado justo bajo el dintel de la puerta. —No es necesario que se quede, gracias. Pegaré un grito cuando haya acabado, si a usted no le importa.

—Sí, sin problema. Toque el timbre de la pared que está a su espalda cuando haya finalizado.

El inspector apoyó las palmas de las manos sobre la sobada mesa y miró fijamente a Williams, quien le sostuvo la mirada un instante antes de apartarla de repente. —Ha llegado a mis oídos que no está disfrutando su estancia en este lugar, Simon. ¿El servicio de habitaciones no alcanza su nivel de exigencia?

Williams se revolvió inquieto en su asiento. —¿Qué cojones quiere?

—¿Tal vez esperaba contar con servicio de habitación, comida *gourmet* o instalaciones de *spa*?

—¡Vaya al puto grano!

—Necesito respuestas y necesito que me las dé usted.

—¡Que le jodan!

—Me han informado de que ha apelado la duración de su condena. Sería una pena que el Tribunal de Apelaciones tuviera la sensación de que no colabora con la policía.

—Sé de sobra que no me va a ayudar, cuente lo que le cuente.

—En eso lleva razón. Lo cierto es que no me tomaría la molestia ni siquiera de mearle encima si se prendiese fuego. Pero hay algo que sí le puedo prometer: haré todo lo que esté en mi mano para hacerle la vida imposible si no regreso con la información que he venido a buscar.

Silencio.

—¿Hablamos el mismo idioma, Simon?

Silencio.

El inspector hizo una mueca burlona—. Ya veo por dónde va... ¿Quiere que lo saquemos del ala de los delincuentes sexuales y comprobar, de ese modo, cómo es la vida entre el resto de los reclusos? Ya sabe a qué me refiero: hombres rudos que no pueden estar en sus casas para proteger a sus hijos de escoria como usted.

Silencio.

—Hemos vuelto a hablar con su hijo. Esta vez nos ha contado detalles muy interesantes sobre cargos por los que no ha sido juzgado aún.

El poco color que le quedaba a Williams en el rostro debido a su estancia en la prisión, se le evaporó. —No pueden hacer eso.

—Ya verá como sí que podemos. ¿A que ya ve desvanecerse ante sus propios ojos la posibilidad de una pronta liberación? ¡Magia potagia! Es bastante más probable que le sumemos a la condena otros cuatro o cinco años.

—¿Qué cojones quiere, maldito cabrón?

—No hace falta ponerse así.

—Me está haciendo perder el tiempo.

—Usted llevó a su hijo a una habitación blanca. ¿Lo recuerda?

Silencio.

—En esa habitación, lo agredió sexualmente un hombre al que usted mismo llamó ‘doctor’. ¿Qué me puede contar sobre eso?

—Qué les jodan a todos.

—Hay vídeos grabados.

—Y una mierda.

El inspector lo miró con incredulidad. —¿A qué viene negarlo? Sabemos que ocurrió. Usted lo sacó de casa, le vendó los ojos durante el trayecto en coche y a posteriori lo drogaron. Deje de intentar engañarme. Por lo visto, quiere pasarse aquí otros diez años más...

Williams tenía aspecto de estar a punto de vomitarlo todo en cualquier momento. —¿Qué quiere que le diga?

—¿Necesita que se lo delectee? ¿Dónde está la habitación? Dígame quién es el tal doctor.

—¡Ni de coña!

—Así que me confirma que existen.

—¡Váyase a la mierda! Yo no he dicho eso.

—Claro que sí, Simon. Lo ha hecho.

—No tengo nada más que decir.

—¿Quién es el doctor? ¿Dónde está la habitación? Dos preguntas sencillas. Con que me dé dos simples respuestas, desapareceré de su vida para siempre. Sin más cargos ni más entrevistas inútiles con jueces y se librará de los reclusos corrientes, que le odiarán y le harán la vida imposible a la mínima oportunidad. A mí me parece un buen trato.

Una lágrima solitaria cayó por la mejilla de Williams mientras miraba fijamente hacia el techo.

—¿Así que prefiere permanecer aquí mucho más tiempo antes que proporcionarme la información que le pido?

Williams cerró los párpados con fuerza y asintió tres veces despacio. —Y lo haría encantado incluso diez años más antes de delatar a ese cabrón.

—¿Está seguro de que es eso lo que quiere? Piénselo bien. La decisión que tome en este momento condicionará su futuro a largo plazo.

—Quiero volver a mi celda.

—Le voy a conceder una última oportunidad. No se confunda conmigo. No volveré por aquí a no ser para acusarlo formalmente de nuevos delitos.

Simon Williams se puso de pie y gritó con los nervios a flor de piel y voz temblorosa: —¡Quiero volver a mi puta celda!

El inspector Simpson giró la silla y se estiró para alcanzar al timbre de la pared que tenía a la espalda. Se levantó para marcharse. —Tenga cuidado con lo que desea. Esta va a ser para usted una estancia muy larga. Si cambia de parecer, descuelgue el teléfono. Ya sabe dónde encontrarme.

Capítulo 11

La radio reloj despertador de Molly Mailer sonó a las siete en punto de la mañana el viernes 17 de enero. Escuchó de pasada como anunciaba el locutor el siguiente tema musical con un entusiasmo que se hacía extraño a esas horas de la mañana, y se dio la vuelta mientras se arrebujaba y enroscaba completamente en el cálido edredón para evitar la penetrante helada matutina. Cerró los ojos un breve instante, intentando convencerse de que otros cinco minutos más en cama no le harían ningún daño, pero poco después aceptó lo inevitable y con desgana salió de la cama a rastras sintiéndose cansada. Se estiró, bostezó con exageración y corrió al baño para despejarse antes de que se levantase su hija... Si entraba Siân en el baño antes que ella, la espera iba a ser larga y frustrante.

Molly se lavó las manos y la cara con un jabón suave y sin aroma, se limpió los dientes durante dos minutos y se pasó el cepillo por la melena color castaño enredada durante la noche. Después de un par de segundos de mirarse fijamente en el espejo, se aplicó con poca pericia un pintalabios rosa pálido, en un intento valiente aunque desafortunado de animar a su flaqueante autoestima. Lo que más feliz le haría en ese momento sería regresar a la cama para escapar de la realidad, pero una vocecilla interna le insistía en que tenía que dejar de sentir lástima por sí misma y ponerse en marcha... Tenía por delante un día muy importante. Anthony necesitaba ayuda. Todos la necesitaban. Deseaba que el doctor Galbraith fuese la persona que se la proporcionase.

Decidió disfrutar de su taza de té de hierbas antes de despertar a sus hijos... Podía darse ese breve respiro, y tampoco les haría ningún daño dormir un ratito más. ¿Por qué no encendía la radio de la cocina y se preparaba una bebida caliente?

Puso una bolsita de té de menta en un tazón, vertió agua hirviendo y echó un chorro generoso de miel, la removió y apretó la bolsita con una cucharilla desgastada. Luego, echó unas gotitas de agua fría del grifo mientras miraba el reloj de la cocina. Se lo bebió a grandes sorbos y, con desgana, apartó el tazón cuando tomó la decisión, muy a su pesar, de que ya no podía demorar más ir a despertar a sus hijos.

—Es hora de levantarse, niños. Papá vendrá a recogernos dentro de una hora. Tendréis el desayuno preparado en la mesa en cinco minutos.

—Gracias, mami —gritó Anthony justo antes de salir corriendo de su dormitorio ya vestido. Molly decidió pasar por alto las previstas quejas de su hija adolescente refunfuñando desde su habitación... La reacción de Siân podría haber sido mucho peor dadas las circunstancias.

Molly le concedió a Siân diez minutos más antes de regresar a la planta superior y llamar a su puerta con insistencia—. ¿Estás levantada, cariño? El baño está vacío.

—¿Seguro que tengo que ir, mamá?

Molly inspiró hondo y contó hasta diez... "Paciencia, Molly, ten paciencia". —El doctor quiere ver a toda la familia junta, cariño. Ya lo hablamos anoche, ¿no te acuerdas? No tenemos tiempo para discutirlo ahora.

—¡Vale, vale! Mensaje recibido.

Molly introdujo cuatro rebanadas de pan en la tostadora, enchufó el hervidor de agua por segunda vez esa mañana y colocó dos cajas de cereales y un cartón de leche fresca sobre la mesa de la cocina. A Anthony le encantaban los cereales azucarados, pero Siân había empezado a comer muesli con leche desnatada para desayunar, como promesa de año nuevo, para perder un peso que no le sobraba.

A continuación, llenó un vaso con agua del grifo y trató de serenarse mientras se bebía un buen trago refrescante... ¿Debería llamar a Mike? ¿Y si respondía la otra? Era lo que menos le apetecía esa mañana. ¿Sería capaz Mike de olvidarse de una cita tan importante?

Se bebió otro sorbo de agua... En ocasiones se portaba como un capullo. Solía pasar si estaba pensando en lo que no debía.

Esperó y esperó al teléfono hasta que al fin oyó la voz familiar de Mike: —Dígame.

Molly cerró los ojos y agradeció en silencio que no hubiese respondido Tina. —¿Recuerdas que tienes que venir a recogernos para ir a la clínica a las diez?

—No me he olvidado, Molly. Me estaba preparando cuando llamaste.

—¿Así que esta mañana soy Molly, eh? ¿Qué ha pasado con ‘Mo’ o ‘mi amor’? Supongo que está escuchando esa maldita tiparraca. No querría meterte en problemas.

—Por favor, Molly, no es el momento. Le hablaré de lo nuestro, te lo juro.

—Perdona, no te oí lo último que dijiste. Daba la impresión de que estabas susurrando.

—¡Molly, déjalo ya! Hablaremos más tarde, después de la cita, si así lo deseas. ¿Hace falta que lleve algo?

—No, solo que por primera vez en tu vida seas puntual.

—A ver, vosotros dos. ¿Ya habéis acabado de desayunar?

Anthony se había comido su segundo tazón de Sugar Puffs y estaba disfrutando del vaso de zumo de piña helado recién sacado de la nevera a pesar del frío invernal que hacía. —¿Puedo ver un rato la tele, mami?

—Sí, pero solo un ratito, cari, papá nos viene a recoger dentro de poco para ir al médico. ¿Y tú qué, Siân, te apetece un té?

Siân se levantó de la mesa y echó una bolsita de té sin abrir la boca.

Molly se fijó en la longitud de su minifalda... Esa era otra batalla que no debería librar ese día. Siân estaba colaborando y, por ahora, era suficiente. —Guarda lo que necesites para el colegio, cariño, papá te llevará en cuanto salgamos de la consulta.

—¿Y qué se supone que va a hacer el doctor, mamá?

Molly se quedó pensativa antes de responder. —Lo cierto es que no lo sé, cariño. La doctora Procter no me lo explicó. Pero de lo que sí estoy segura es de que el doctor Galbraith solucionará nuestros problemas. Venga, cariño, acaba de prepararte. Papá llegará en unos diez minutos.

Siân tenía la mirada perdida en el suelo. —No vendrá con él la tipa esa, ¿verdad, mamá?

Molly no puedo evitar sonreír. —No, cariño, la tipa no viene.

Mike Mailer detuvo su deportivo Ford Escort XR 3 reluciente y recién comprado, una berlina descapotable de color blanco, a la entrada de la típica casita galesa de piedra con tejado de pizarra en la que había residido con su mujer e hijos. Había pedido un crédito en el banco en el que trabajaba para pagar el coche aprovechando el tipo de interés preferencial que se le concedía a los empleados, después de que Tina le insistiese que era hora de que concediese más importancia a sus prioridades que a las de Molly y los niños. Él había dudado desde el principio y ahora se lamentaba de haber transigido... ¿Qué demonios iba a decir Mo cuando viese el coche por primera vez? No se había mostrado tan generoso con los críos como debería

desde que tenía que hacer frente a las cuotas del préstamo. Dijese lo que dijese Molly, no sería bueno. ¿Y qué le podría responder? ¿Qué podría decir? Se había equivocado. Era del todo evidente.

Mike apagó el motor... ¿Debería ir a llamar a la puerta o pegar un bocinazo y esperar?

Se dispuso a abrir la puerta del vehículo, pero cambió de opinión al instante y pulsó el claxon tres veces con fuerza... No se atrevía a entrar en la vivienda que había sido su hogar durante tanto tiempo.

A los pocos segundos salió Molly de la casa seguida de Anthony y Siân, que iba de última arrastrando los pies con desgana. Mike sentía que la espada de Damocles pendía sobre él a medida que su familia recorría el tramo de cemento cuarteado de camino a su nueva extravagancia. Salió con celeridad y abrió las dos puertas apremiando a sus hijos a entrar en los estrechos asientos posteriores. Inspiró hondo... Quizá se libraría de la bronca, pero lo dudaba. ¿A quién estaba tratando de engañar? Se avecinaba tormenta y le iba a salpicar de mierda. —Estáis todos muy guapos esta mañana.

Anthony sonrió, Siân no respondió y Molly lo miró fijamente con un gesto acusador que no dejaba ninguna duda respecto a cómo se sentía... En algún momento en un futuro no muy lejano iba a tener que aguantar el chaparrón. A la larga no podría evitarlo, pero sí que podría hacerlo en ese momento.

Mike giró la llave, el motor revivió y empezaron el trayecto con todo el mundo sentado en un incómodo mutismo. Trató en repetidas ocasiones de entablar conversación con sus hijos, pero parecía que ninguno tenía ganas de hablar. Les llevó unos veinte minutos tensos llegar a su destino. Solo había dos coches en el aparcamiento, con lo que tenía espacio de sobra para el deportivo. Mike lo dejó al lado del coche de lujo del doctor Galbraith e intentó bromear en un fallido último intento de aligerar la deprimente atmósfera. —Bonito buga, apostaría a que es del médico.

Ninguno se movió ni un centímetro hasta que habló Molly. —Arrancad de una vez. No queremos llegar tarde. Venga.

Desde la ventana de su despacho, el doctor Galbraith observaba a los Mailer mientras cruzaban el aparcamiento. Veía a toda la familia, pero en realidad solo miraba a Anthony. Se centraba en su víctima potencial como si estuviese contemplando la panorámica más hermosa de toda su vida... Cabello corto de color castaño claro, algo en cierto modo desalentador. Pero no, no, el corte de pelo era idóneo. Y era alto para su edad. Y delgado. Esas

eran buenas cualidades, ¿no? Sí, sí, claro que lo eran. Era perfectamente válido.

Aplastó la cara contra las cortinas con la nariz pegada al cristal... "Venga, pequeño cabroncete. Pasa para adentro. Eres el siguiente. Te toca".

Molly abrió con suavidad la puerta pesada que daba a la recepción de la clínica excesivamente iluminada, y se aproximó con timidez a la recepción, con el resto de su familia siguiéndola a pocos pasos. Sharon Breen, que ejercía de secretaria y recepcionista, se irguió tras la mesa y sonrió con calidez. —Ustedes deben de ser la familia Mailer. Por favor, tomen asiento. El doctor Galbraith no tardará. No le gusta hacer esperar a los pacientes.

Molly respondió. —Gracias.

El breve intercambio de palabras se acabó y el silencio reverberó por la sala.

Cinco minutos después los Mailer seguían esperando, cada uno de ellos con un grado distinto de ansiedad. Sharon levantó la mirada de su escritorio con sonrisa de disculpa sincera. —Les pido mil disculpas. No debería retrasarse mucho más. Debe de tener algo muy importante que hacer.

Molly aceptó sus disculpas con una sonrisa forzada que desapareció al instante, pero no dijo nada.

En realidad el doctor Galbraith estaba ocioso, simplemente esperando y mirando cómo pasaban los segundos en el reloj de pared que tenía frente a su escritorio. Había decidido no recibir a ninguna familia hasta exactamente diez minutos después de la hora de la cita... Aborrecía cada minuto, que se le hacía insostenible; no obstante, eso reforzaba su estatus y, por tanto, su autoridad. Valía la pena el sacrificio, estaba casi seguro.

Comprobó que la hora del reloj de pared coincidía con la de su Cartier, se ajustó la corbata con motivos infantiles, se subió la cremallera de los pantalones, esperó a que disminuyese su erección y se lamentó de la persistente punzada de la cabeza... Solo habían transcurrido ocho minutos, ¿conseguiría esperar otros dos? ¿Por qué le estaba costando tanto esperar? En el pasado controlaba mejor la expectación. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué cojones no lo conseguía ahora?

Parpadeó repetidamente y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa, con lo que dejó manchas de humedad en el puño... ¿Estaba perdiendo

su toque? No, no, por supuesto que no.

Se peinó pasando la mano por el corto cabello negro y se levantó... Le resultaba igual de complicado esperar dos minutos que dos horas. Este cabroncete era especial. Tenía que ser por eso. No había otra explicación.

El psiquiatra cerró los ojos un instante en una meditation silenciosa... "Venga, hombre. Céntrate. Ponte en tu papel".

Abrió la puerta del despacho, se puso de frente a la familia, sonrió, se presentó y les estrechó la mano a todos, uno tras otro. —Sean muy bienvenidos. Me encanta que hayan venido todos. Por favor, acepten mis disculpas sinceras por mantenerlos a la espera. Pero me temo que ha sido inevitable: era una emergencia. No obstante, estoy convencido de que Sharon ha estado pendiente de ustedes. Por favor, pasen a mi despacho. Seguro que será una mañana muy productiva.

Observó atentamente y con expectación cómo entraban en su despacho... La zorra de la madre había tomado la delantera, como a la llegada. Era digno de tener en cuenta. Sin duda, tenía que aprovecharse de ello de algún modo.

Galbraith se sentó en una silla que había colocado en el centro de la sala e hizo señas a la familia para que se sentasen en unas sillas que formaban un semicírculo, dispuestas de modo que todos lo mirasen a él de frente. La silla del doctor era más grande y alta que las demás.

Molly se sentó en la que estaba más a la izquierda del doctor y Anthony se sentó en la siguiente. El niño juntó al instante su silla a la de su madre y se aferró a su brazo. Mike se sentó a la derecha del doctor y Siân a su lado. Cuando vio que todos se habían sentado, el doctor Galbraith empezó a hablar, vocalizando claramente cada palabra. —Ya deben de haber visto que hay cámara de vídeo y micrófonos. —Señaló con efusividad hacia la cámara situada en una esquina de la sala y luego hacia los dos micrófonos negros, cada uno en una pared distinta—. Es sumamente útil grabar todas las citas y la mayoría de las sesiones de terapia. Tengo una instalación similar en la consulta, pero ya se la mostraré más tarde. Es una parte esencial del tratamiento. ¿No tienen nada que objetar en contra de ello? —Su tono sugería sin duda alguna que no era una pregunta sino una decisión tomada.

Los miembros de la familia se miraron entre sí con timidez, pero no dijeron nada.

—Señora Mailer, ¿he de suponer que está de acuerdo?

Molly asintió con resignación.

El doctor Galbraith sonrió... Claro que no había perdido su toque. ¿De

qué cojones se preocupaba? Todo estaba yendo por el camino que él trazaba.

Permaneció en silencio unos segundos antes de revelar lo que estaba pensando. —Ya que hemos decidido continuar, empecemos. Señor Mailer, siéntese al lado de su señora. Siân, quédate donde estás, mi niña. Anthony, siéntate más cerca de mí.

A los padres les pareció una forma muy extraña de empezar la cita, pero no verbalizaron lo que estaban pensando: Mike por simplificarse la vida y Molly porque no quería que pareciese que no colaboraba de algún modo en el bienestar de su hijo.

Anthony miró fijamente a su madre con ojos llorosos: —Mami, yo quiero estar a tu lado.

Molly le riñó con poco convencimiento. —Está bien, cari. Escucha al doctor. Estoy aquí, al lado de papá.

Cuando Molly se puso de pie para tratar de consolar a su hijo, que estaba sentado al borde de su silla llorando a moco tendido y empapando su cara pecosa, el doctor Galbraith levantó la mano derecha como si fuese un oficial de policía enérgico que estuviese deteniendo el tráfico. La echó hacia atrás, abrió un cajón de su escritorio y sacó una bolsa blanca de papel con caramelos de limón. Se puso de pie delante de Anthony y le ofreció un caramelo. Este apartó la mirada, la cruzó con la de su madre, y negó con la cabeza a regañadientes. El doctor se volvió a sentar, adelantó un poco la silla y sacó un caramelo de la bolsa, lo desenvolvió con calma, se lo lanzó a la boca y chupó de modo exagerado, lo que provocó que Anthony sonriese a pesar de sus sollozos.

—¡Mmm..., delicioso, absolutamente delicioso! —Sacó la bolsa por segunda vez—. Vamos, toma uno. No te arrepentirás.

Anthony lo sacó, pero no lo abrió.

El médico sacó otros tres caramelos de la bolsa y le dio uno a Molly, otro a Mike y el último a Siân. —Vamos, comámoslos. Yo no puedo resistir la tentación. —Se sentó y no habló hasta que cada miembro de la familia abrió su caramelo, lo colocó en la boca y empezó a chuparlo. Luego, apoyó la mano abierta sobre el hombro de Anthony y la mantuvo allí durante uno o dos segundos—. ¡Así me gusta! ¿Qué me dices, Anthony? ¿Está rico?

El niño asintió y sonrió por primera vez desde que habían llegado a la clínica.

El doctor lo imitó. —¿Y qué me dice, mamá? ¿Está rico?

Molly miró a su hijo... Sonreía. Ahora estaba a gusto. Parecía evidente

que le gustaba el médico. Este extraño psiquiatra con sus métodos poco convencionales parecía saber lo que hacía.

—¿Señora Mailer?

Molly sonrió. —Exquisito.

Galbraith se rio. —Tiene mucha razón, mamá, mucha razón.

Ni Mike ni Siân sabían qué pensar de todo eso y se quedaron callados.

El doctor Galbraith sonrió a cada uno de los miembros de la familia. — Bien, pongámonos a ello. Empecemos de una vez. Su médica de cabecera, la doctora Procter, me ha pedido que reciba a su familia porque Anthony necesita mi ayuda. Y necesita mi ayuda con urgencia. Se deben de estar preguntando por qué, si ese es el caso, les he pedido que acudiesen todos esta mañana. — Hizo una pausa de un par de segundos como si estuviese escogiendo las palabras más adecuadas—. La experiencia me ha enseñado que, en la gran mayoría de los casos, lo mejor es conocer en persona a la familia más cercana del paciente para obtener una correcta comprensión de los verdaderos problemas del niño. Si comprendo a la familia en su plenitud, con su complejo dinamismo, comprenderé al niño. —Hizo una nueva pausa y, de una forma forzada que tenía la intención de hacer ver que sus palabras no eran trascendentes, añadió—: Por supuesto, tendré que ver a Anthony de forma individual en un futuro cercano para que la terapia sea efectiva.

La angustia que le produjo a Molly esa propuesta se le reflejó claramente en el rostro.

—No nos preocupemos ahora por eso, señora Mailer. No hay de qué preocuparse, nada en absoluto. Puede estar segura de que antes de llegar a ese punto ya nos conoceremos como es debido.

Molly siguió sin responder, pero era claramente evidente por su gesto de angustia que no había conseguido mitigar su preocupación de manera adecuada.

El doctor Galbraith la miró a los ojos y sonrió de oreja a oreja—. Oh, Molly, Molly. ¿Le parece bien que la llame Molly?

Molly asintió sin convencimiento... Estaba empezando a sentir afecto por el médico atractivo y sus métodos poco convencionales.

—Prosigamos. He leído el volante médico de la doctora Procter con gran interés y ya tengo una noción básica de lo que ocurre. No obstante, sería sumamente provechoso que cada uno de ustedes me describiese los motivos que les han traído hasta mi puerta. Con sus propias palabras, por así decirlo.

A lo largo de la hora siguiente, el psiquiatra le hizo a cada uno las

preguntas que estimó más oportunas, con las que fue acumulando información que le ayudó a adquirir un historial completo y detallado de los sucesos que llevaron a los trastornos de conducta de Anthony. Cuando la conversación llegó a un punto muerto y amenazaba con acalorarse, limó las asperezas con sonrisas, palabras de sosiego y otra ronda efusiva de caramelos.

Para concluir la consulta, el doctor Galbraith se levantó y sonrió, centrándose sobre todo en Molly. —Gracias a todos por su colaboración. Lo han hecho estupendamente. Se deberían sentir orgullosos de ustedes mismos. Señor Mailer, ¿puedo llamarlo Mike? Me doy cuenta de que no te agradan mis métodos. Tú estás en el punto de mira, por así decirlo. La culpabilidad nunca es fácil de soportar. —Se rio—. Teniendo en cuenta tus comentarios verbalizados, tu forma de gesticular sin verbalizar y tu expresión facial, tengo la firme sospecha de que dudas de la utilidad de la psiquiatría y que estás presente hoy aquí más por agradar a tu esposa que para desear implicarte a fondo en el tratamiento terapéutico. No te preocupes, no tiene mayores consecuencias. Que hayas acudido dice mucho en tu favor.

Mike soltó una sonrisa vergonzosa y asintió... El doctor había dado en el clavo. Quizá servía para algo más de lo que pensaba.

—Molly, mi querida niña, creo que a ti la mañana te ha servido para, de algún modo, purificarte. Gran parte de ti ha disfrutado contando tus impresiones, arrancándolas de tu pecho, por así decirlo. No tiene nada de malo, mi querida niña, nada en absoluto. Te han hecho daño, de eso no tengo duda alguna. Has tenido que lidiar con sentimientos emotivos de abandono, ira y decepción, además de tener que hacer frente a los traumas de tus hijos. Eso nunca resulta sencillo. Dice mucho en tu favor que estés dispuesta a perdonar a tu marido bajo ciertas condiciones, por supuesto. Y esas condiciones aún no se han cumplido. —Sonrió—. El perdón conlleva una gran capacidad de curación incluso en las situaciones más complicadas. Tu evidente compromiso para con el bienestar de Anthony y su tratamiento tan necesario te reportará indiscutibles dividendos a su debido momento. Muchas gracias, mi querida niña.

"Siân, mi querida jovencita, estoy seguro de que estás de acuerdo conmigo si te digo que a tu edad los padres tienen tendencia a dejarte en evidencia en todo momento. Todo este asunto tan personal debe de haber sido verdaderamente insoportable para ti. Quieres que tu hermano se ponga bien, eso lo tengo claro, pero no dudo de que estarás encantada si te digo que no hace falta que vuelvas. Haberte tenido hoy aquí ha sido muy provechoso, de

verdad. Gracias, mi querida jovencita.

El doctor sonrió a Anthony, le ofreció otro caramelo y habló a toda la familia.—El caso de Anthony es sumamente complejo. Cuando los padres toman la decisión de separarse, un niño pequeño se puede sentir, a menudo, como si su mundo particular estuviese patas arriba. Y, por supuesto, así ha sido. Es un padecimiento al que yo suelo llamar ansiedad por separación. Anthony está en una edad en la que la desintegración familiar tiene tendencia a ser especialmente traumática. Sigue luchando para aceptar el abandono del padre del domicilio familiar. Eso es algo que todos tenemos claro. Lo que más necesita en estos momentos es exteriorizar su frustración con una figura de autoridad de confianza en un entorno seguro que encuentre sentido a sus aflicciones. Yo seré esa figura que le ayude. Lo que tenéis que comprender es que Anthony tiene sentimientos encontrados que lo confunden y yo le facilitaré la exploración en un entorno terapéutico seguro.

"Molly, mi querida niña, sin duda te encantará saber que estás haciendo lo correcto. Anthony se siente seguro con tus cuidados y, a causa de ello, eres la receptora inevitable de su comportamiento desordenado. Intenta no preocuparte por eso. Es más fácil decirlo que hacerlo, lo reconozco. No obstante, a medida que avance el tratamiento irá mejorando lo demás. En todo caso, es bastante probable que aparezca un deterioro en su comportamiento a corto plazo. De ser así, no hay de qué preocuparse.

Molly sonrió nerviosa y se movió con inquietud en su silla.

El doctor Galbraith le devolvió la sonrisa y adoptó una expresión pensativa. —¿Cómo os lo podría explicar? Ah, sí, sí. Sería como agitar una botella de un refresco efervescente y quitarle el tapón. —Se rio—. Al principio será un caos, pero luego las cosas se calmarán por completo. Estoy seguro que eso será lo que ocurra con Anthony. Llevará tiempo, por supuesto. No tengo dudas al respecto. No obstante, es imperativo que Anthony complete el tratamiento. Eso quiero que quede perfectamente claro.

El psiquiatra se volvió hacia el niño. —Perdona todo este rollo de adultos, jovencito. No tienes de qué preocuparte. ¡Nada de nada! Lo has pasado muy mal, jovencito, pero todo mejorará a partir de ahora. Piensa en mí como un amigo, como alguien con quien puedes hablar sobre todo lo que te preocupa. Tendremos nuestras citas aquí mismo, y puede que algunas en mi casa.

Molly se tensó y buscó su mirada. —¿En su casa?

Galbraith se giró para responderle. —Cito a mis pacientes en mi casa en

contadas ocasiones cuando considero que necesitan más tiempo conmigo del que permite la apretada agenda de la clínica. Puede que sea necesario en el caso de Anthony o puede que no.

Molly asintió por los nervios... ¿Sería Tony uno de ellos?

El doctor volvió a centrarse en Anthony, que estaba cada vez más aburrido a medida que avanzaba la sesión. —Así que ya ves, Anthony, vamos a conocernos a la perfección.

Galbraith hizo una pausa breve y sonrió. —En un momento os mostraré la sala de terapias, pero hay otro asunto sumamente importante que deseo abordar antes. —Agarró una carpeta de cartón gris de su escritorio y le entregó una copia de una hoja mecanografiada a cada uno—. Lo que tenéis delante es un contrato para realizar la terapia en la que todos confirmamos nuestro compromiso para comprometernos de lleno en el tratamiento por el bien de Anthony. Os lo leo en voz alta:

1. El Sr. y la Sra. Mailer garantizarán que Anthony acuda con puntualidad a cada cita;
2. Las citas de Anthony tendrán prioridad sobre todo lo demás;
3. El Sr. y la Sra. Mailer están de acuerdo en seguir el tratamiento;
4. El Sr. y la Sra. Mailer están de acuerdo en que las sesiones de terapia se graben en vídeo cuando Dr. Galbraith lo considere apropiado;
5. El Sr. y la Sra. Mailer están de acuerdo en que Anthony tenga sus citas en cualquier emplazamiento que Dr. Galbraith considere apropiado;
6. El Sr. y la Sra. Mailer se asegurarán de que Anthony complete el tratamiento propuesto;
7. El Dr. Galbraith se compromete a tratar terapéuticamente a Anthony hasta el límite de sus capacidades.

"Lamento que parezca demasiado formal, pero la experiencia me ha demostrado que es imprescindible que todos entendamos correctamente la trascendencia del procedimiento. He tenido casos en el pasado en que los padres no se habían comprometido al cien por cien en el procedimiento, con trágicas consecuencias en algún caso. —Sonrió de oreja a oreja—. Después de la charla de esta mañana, estoy seguro de que vosotros no seréis una de esas desdichadas familias. ¿Lo habéis comprendido bien? Es ahora el momento preciso para decirme si ha quedado todo perfectamente claro.

Molly y Mike hicieron un gesto de asentimiento a la vez.

—Muy bien. Parece que todos bailamos al mismo ritmo, por así decirlo.

Devolvedme las copias y firmaremos todos en el contrato original. —Le entregó a Molly un portapapeles y un bolígrafo—. Firma tú primero, mi querida niña, y luego que lo hagan los demás.

Molly estuvo a punto de firmar, pero le surgieron dudas.

Galbraith parpadeó repetidamente cuando la presión de la cabeza aumentó de repente y le hizo encogerse de dolor... ¿Qué cojones se estaba pensando la zorra esa?—. ¿Hay algo que te preocupe, mi querida niña?

—Me preguntaba qué quiere decir con ‘cualquier emplazamiento’.

—Bah, no es algo de lo que debas preocuparte, mi querida niña. Puede que tenga que ver a Anthony en el colegio, por ejemplo, o en la consulta que tengo en mi casa, como ya mencioné antes. Y, una vez al año, en los meses de verano, cuando hace más calor, me llevo a un grupo de niños de acampada con otros colegas míos tan concienzudos como yo. Es una terapia que denominamos ‘tratamiento de integración’. Se ha comprobado lo increíblemente efectiva que es, además de que nos lo pasamos de maravilla. No obstante, no deberíamos preocuparnos por eso tan pronto, ¿no crees? —Se rio a carcajadas—. No vamos a ir de acampada durante el invierno galés. Hace demasiado frío.

Molly firmó y, a continuación, lo hicieron Mike, Siân y, por último Anthony, que escribió su nombre con trazos sueltos.

Galbraith tomó el portapapeles y el bolígrafo de la mano del niño y firmó el contrato con una floritura exuberante. —Gracias, Anthony. Lo has hecho muy bien, jovencito. Le pediré a Sharon que haga una copia para cada uno de vosotros. Y ahora, por fin, os mostraré la sala de terapia antes de concertar una nueva cita.

En cuanto lo dijo, se puso en pie y, con el fin de que no pusieran objeciones, se dirigió a la sala, situada a pocos pasos de donde habían estado sentados. Cuando estaban todos apelotonados en la entrada, Galbraith señaló hacia una solitaria luz roja que había sobre la puerta—. Cuando estemos en medio de una sesión de terapia, no se nos debe interrumpir bajo ninguna circunstancia. Eso quiero que quede perfectamente claro.

Después de una pausa para hacer hincapié en su última revelación, como solía ser habitual en él, por fin abrió la puerta. La colorida sala estaba pintada de un acogedor amarillo pálido y las cuatro paredes estaban decoradas con dibujos animados en todos los colores. Los asientos eran enormes pufs de color azul marino y había juguetes esparcidos por el suelo. Una cámara de vídeo de alta gama se hallaba preparada en una esquina de la sala, y había una

televisión y un reproductor de vídeo en la pared que estaba justo de frente a la puerta. La visita guiada solo duró dos minutos, pero sirvió para su fin último: concluir la sesión de forma abrupta y así evitar posibles preguntas incómodas.

La familia Mailer siguió al doctor Galbraith a la recepción, donde se encontraba Sharon trabajando en su escritorio. Esta subió la mirada y sonrió. —¿Qué puedo hacer por usted, doctor?

Este irguió su metro ochenta y ocho centímetros de estatura. —Sharon, mi querida niña, Anthony necesita una cita lo antes posible.

Sharon pasó bastantes páginas de la agenda de citas. —Me temo, doctor, que no hay ningún hueco hasta el 31 de este mes a las diez y media.

El doctor agitó la cabeza enérgicamente, intentando despejar la mente a la desesperada para poder pensar con más claridad... "Céntrate, hombre, céntrate. Recupera el puto control".

Intentó forzar una sonrisa creíble. —No nos sirve. No nos sirve en absoluto. —Miró a Sharon con ojos suplicantes—. Tiene que haber otro hueco antes.

Sharon se encogió en su asiento con gesto de sobresalto en el rostro.

"Muy ansioso, hombre, pareces demasiado ansioso". La atmósfera de la sala se había alterado. Se palpaba una tensión innegable en el ambiente. Sharon estaba visiblemente tensa. Eso no era bueno. No era bueno en absoluto. Estaba a punto de pifiarla. Tenía que decir algo. Tenía que recuperar el control. "Di algo, hombre. Vamos, di algo". —Lamento haber parecido algo histérico... —"No es un mal comienzo".

Sonrió con ansiedad, lo que le dio un aspecto algo maniaco. —Anthony necesita mi ayuda. Necesita mi ayuda urgente... —"¿Eso no lo había dicho ya? ¡Céntrate, hombre, joder, céntrate!"—. No quiero demorar el inicio de la terapia, a poder ser. No le convendría a Anthony. Vuelve a echar un ojo, por favor, Sharon. No podemos dejar colgado a este jovencito. —Se relajó gracias a que la presión de la cabeza remitió un poco... Lo había solventado bien. Había encauzado la situación.

Sharon pasó las páginas con apremio. —Lo siento mucho, doctor. No hay ningún hueco libre. Me temo que está todo cubierto.

El psiquiatra hizo un mohín al contraérsele los músculos faciales sin querer por culpa de un dolor semejante a una puñalada que le atravesaba la cabeza... Dos malditas semanas era demasiado tiempo. Era excesivo.

Se secó la frente con un pañuelo blanco de lino limpio que sacó del bolsillo del pantalón, y sintió el corazón bombeando en el pecho y la sangre

recorriéndole las venas... Seguro que los demás también lo oían. No, no tenía sentido. Se le estaba cayendo la máscara. Sería mejor que se fuesen. Tenían que largarse lo antes posible. —En ese caso, Sharon, nos tendrá que valer el día 31. Nos tendrá que valer. Estoy seguro de que vigilarás muy de cerca a nuestro paciente hasta ese día, ¿lo harás así, mamá?

Molly sonrió y asintió con renovado entusiasmo... Si al doctor le parecía tan urgente, quizá Tony necesitaba más ayuda de la que ella había creído.

El doctor habló una vez más cuando la familia estaba a punto de irse. — No es necesario que vengáis todos la próxima vez. Molly, ven tú sola con Anthony: os quiero ver juntos un momento y después sería extremadamente importante que Anthony y yo pasásemos un rato a solas. Nos vemos dentro de dos semanas.

Molly pasó el brazo por los hombros de su hijo y lo guio hacia la salida. —Gracias, doctor. Hasta ese día.

Galbraith sonrió una vez que el estruendo absorbente de su mente se redujo a un latido casi imperceptible... No había perdido su toque. Iba bien encaminado. Él tenía el control. La zorra de su madre no sospechaba una mierda. —Estaré encantado de verte, querida mía. Esperemos que así sea.

Sorprendentemente, había poco tráfico en el viaje de vuelta. Mike dejó a Siân delante de su instituto de enseñanza secundaria, como había previsto y poco después ya estaba aparcando el descapotable justo delante de la casa familiar. Cada uno había estado centrado en sus propias reflexiones a lo largo del camino, y se habían mantenido callados a excepción de Anthony, que estaba encantado de tener a sus padres a la vez en el mismo sitio.

Mike salió primero del coche y lo rodeó rápido para abrir la puerta de los acompañantes... Cuanto antes se pusiese en camino, menos oportunidades tendría de hacer enfadar a Mo una vez más. Era probable que no se saliese con la suya, pero merecía la pena intentarlo. —Venga, salid. Tengo que irme a trabajar.

Molly se dio cuenta de lo que estaba haciendo, pero decidió dejarlo ir... Ya se apuntaría ese tanto en otro momento. El día ya había sido lo suficientemente estresante de por sí.

Capítulo 12

—Ya sé que en alguna ocasión hemos grabado en vídeo las entrevistas contigo, Donna, pero aun así voy a resumirte en pocas palabras qué vamos a hacer. Tenemos que hacerte más preguntas debido a lo que le contaste a Alan en tu casa de acogida. ¿Hay algo que quieras preguntarnos a cualquiera de los dos antes de que empecemos?

La niña de ocho años, Donna Bevan, sacudió la cabeza mientras respondía. —No.

—Muy bien, Donna. Ven conmigo y con Alan a la sala y ponte cómoda. Voy a encender el equipo de grabación de la sala de control que ya te enseñé la última vez y me uno a vosotros dentro de un par de minutos. ¿De acuerdo?

Donna asintió sin convencimiento y entró en la pequeña sala rectangular pintada de azul en la que había una cámara de vídeo en la pared y micrófonos autorregulables. Se sentó en un enorme puf de color púrpura relleno de bolitas de poliestireno.

Alan Garret se sentó de frente a la niña, percibió que estaba temblando y le sonrió con dulzura... Ningún niño debería pasar por estas mierdas. —No tardará en venir. A estas alturas, ya sabes cómo funciona. En cuanto venga Pam, dirá, para la grabación, quiénes estamos presentes y luego te preguntaremos por lo sucedido. Es importante que no te sientas presionada y no intentes responder a ninguna pregunta cuya respuesta no sepas. Solo di: "No lo sé". Es lo correcto. En el juzgado puede que te hagan preguntas sobre lo que nos cuentas hoy, si encausamos a alguno de los hombres. ¿Lo entiendes?

Los músculos faciales de la niña se tensaron al ceñir el entrecejo. —Sí, ya me acuerdo.

La agente de policía Pam Forsyth entró en la sala, cerró la puerta tras ella y se sentó al lado del curtido asistente social en el sofá negro de dos plazas de baja gama. Procuró cruzar la mirada con Donna, le sonrió y asintió. —Muy bien, Donna. Si estás lista, podemos empezar.

La niña de ocho años se movió nerviosa en el puf y forzó una débil sonrisa. —Vale —respondió en voz queda y con claro eco de intranquilidad.

—Son las 15:23 del viernes 17 de enero de 1992. Estamos presentes la agente de policía Pam Forsyth, el médico forense y asistente social en el departamento de protección de menores. Alan Garret, y la declarante, Donna Bevan, con fecha de nacimiento 11 de enero de 1985. ¿Hay algo que quieras

preguntarnos antes de que empecemos, Donna?

La niña cerró los ojos y los volvió a abrir al instante. —No, gracias.

—Si dijese que llevo puesto un vestido rojo, ¿sería verdad o mentira?

—Mentira.

—Y si dijese que llevo un jersey azul, vaqueros y zapatillas de deporte, ¿sería verdad o mentira?

La niña sonrió de nuevo, esta vez con mayor convencimiento. —¿Sería verdad!

—Es muy importante que todo lo que nos cuentes hoy sea verdad, Donna. ¿Lo entiendes?

Asintió y respondió: —Sí.

—En ese caso, empecemos. ¿Es cierto que ayer por la tarde, a eso de las siete y media, le contaste a Alan que te agredieron sexualmente varios hombres más aparte de tu padre?

La respuesta de la niña fue casi imperceptible.

—Es importante que hables un poco más alto. ¿Has respondido afirmativamente?

Su respuesta fue algo más alta esta vez. —Sí.

—Eso está mucho mejor. Esta vez he podido oír tu respuesta alto y claro.

—Vale.

—Más tarde nos tendrás que dar detalles de lo que te hicieron, Donna. Pero, antes de nada, quiero hacerte otras preguntas sobre lo que ocurrió. Si en algún momento necesitas tomarte un descanso, solo tienes que decirlo.

—Vale.

—¿Recuerdas cuántos hombres abusaron de ti?

—¡Mogollón!

Alan Garret inspiró hondo, atónito por la expresión de angustia de la niña... ¿Sería capaz de continuar? —Tómate el tiempo que necesites. Sé que no es fácil.

Pam Forsyth cruzó la mirada con ella. —Alan tiene razón, Donna. Debes pensarlo bien. No hay prisa. Podemos tomarnos todo el tiempo que haga falta.

La respiración de la niña se volvió más irregular. —Vale.

—¿Cuántos crees que eran?

—No sé.

—¿Menos de cinco o más de cinco?

Subió las rodillas y agachó la cabeza, con lo que aún parecía más pequeña. —¡Más de cinco!

—¿Menos de diez o más de diez?

Se abrazó a las rodillas con fuerza y cerró los ojos. —Más, creo.

—¿No estás segura?

—No.

—Perdona, Donna, no te he oído.

—¡No!

—¿Y cuándo ocurrió?

—Me lo hicieron desde que puedo recordar. Solo paró cuando me fui a vivir con mis padres de acogida.

—¿Qué edad tenías cuando ocurrió por primera vez?

—No lo recuerdo. Desde muy pequeña, creo.

La agente de policía frunció el ceño. —¿Con qué frecuencia ocurría?

—¡Mogollón!

—¿Cada semana, cada mes o cada año?

—Depende.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A veces sucedía cada semana cuando venían hombres a casa. Pero nos llevaban a la granja dos o tres veces al año.

—Cuando dices "nos" ¿a quiénes te refieres?

—¡A mí, a mi hermanito y a mi hermanita y a muchos niños más!

La agente de policía inspiró profundamente. —Volveremos a eso más tarde, Donna. Pero antes necesito entender algo mejor qué era lo que ocurría. ¿Te parece bien?

Agitó la cabeza, abatida. —Supongo.

—¿Puedes contarnos algo más de la granja?

—Papá solía llevarnos al club de mascotas.

¿A dónde iba a llevar todo eso? —¿Club de mascotas?

—Así es como nos pidió el doctor que lo llamásemos. Todos lo llamaban así.

—¿Quién es ese doctor?

Silencio.

—¿Te sabes el nombre del doctor, Donna?

Donna miró al suelo y susurró: —Sí.

—¿Cómo es?

—¿Tengo que decirlo?

"Vamos, niña. Es importantísimo". —Nos sería de gran utilidad.

—¿Y si descubre que os lo he dicho?

"La pobre cría está totalmente aterrorizada". —Estarás bajo protección policial, Donna.

—No estoy segura.

—¿No estás segura de su nombre o no estás segura de si deberías decirlo?

La niña movió la cabeza de un lado a otro despacio y con determinación. Apartó la mirada cuando el sol del atardecer asomó entre las nubes e iluminó la sala con su luz invernal. —No estoy segura de si debería decirlo.

La agente de policía cerró las cortinas azul marino. —Es muy importante, Donna.

Tardó unos segundos en responder y luego susurró con voz demasiado baja. —Doctor Galbraith.

—¿Has dicho "Doctor Galbraith"?

Silencio.

—Tenemos que estar seguros de lo que has dicho.

Silencio.

—¿Tú oíste lo que dijo Donna, Alan?

—No, ¿podrías repetir el nombre?

Silencio.

La agente de policía se echó hacia adelante y acarició a la niña en el hombro. —Di el nombre otra vez, por favor.

La pequeña se llevó los puños a la cara y cerró con fuerza los ojos.

¿Debería seguir presionándola? ¿Debería repetir la pregunta? No, podría cerrarse del todo. —¿El doctor estaba en la granja?

Donna bajó las manos, pero siguió con los ojos cerrados. —Sí, siempre, le decía a los demás lo que tenían que hacer.

—¿Como un jefe?

—Sí, como un jefe.

—¿Era uno de los hombres que te agredieron sexualmente, Donna?

Abrió los ojos y agitó la cabeza enérgicamente. —No, él solo hacía daño a los niños.

Merecía la pena intentarlo. —¿Sabes el nombre de pila del doctor?

Silencio.

—¿Nunca oíste a nadie llamarlo por su nombre?

—No, todos lo llamaban doctor.

—¿Podrías describírmelo?

Puso mala cara. —Pu... puede que sí.

Hora de cambiar de tema. Corría peligro de echarlo todo a perder. —Muy

bien, Donna, ya hablaremos de eso más tarde.

—Vale.

—¿Quiénes más estaban en la granja?

—¡Mogollón de gente mayor y niños!

—¿Eran hombres y mujeres o solo hombres?

—Casi todo hombres.

—¿Sabrías decirnos quiénes eran los adultos? ¿Sabes sus nombres?

—Sé los nombres de algunos.

—Está bien, te los iré preguntando uno a uno dentro de un rato, pero antes quiero hacerte otras preguntas. ¿Te parece bien?

—Sí, creo que sí.

—¿Conoces a alguno de los demás niños?

—Mi hermanito y mi hermanita también estaban allí.

—¿También les hacían cosas malas a ellos?

Mientras respondía afirmativamente, una lágrima le recorría la mejilla.

Alan Garret se sentó en el borde del sofá. —¿Necesitas tomarte un descanso, Donna?

—No, quiero acabar.

Pam Forsyth asintió—. De acuerdo. Seguiremos durante un rato y luego haremos una pausa para merendar cuando tú quieras. ¿Te parece bien?

—¿Vais a hablar con mi hermanito y mi hermanita igual que conmigo?

—Antes tendremos que hablar con mi sargento y con la directora del equipo de Alan. Aunque lo más seguro es que hablemos con ellos mañana o el domingo.

—Vale.

—Has dicho que había más niños en la granja.

—Sí.

—¿Sabrías decirnos sus nombres?

—Algunos.

—Nos vendría muy bien; te los preguntaré dentro de un momento y haremos una lista.

—Vale.

—¿Sabes dónde está la granja?

—No.

—¿Cómo llegabáis hasta allí?

—Nos llevaban en la parte de atrás de una furgoneta o de un camión grande.

—¿Sabes qué tipo de furgoneta era?

—Era blanca.

—¿Sabrías decirme algo más?

—No.

—¿Cómo era el camión?

—Solo lo vi por dentro y siempre se quedaba a oscuras cuando cerraban la puerta.

—¿De dónde salíais?

—Papá nos ponía una venda en los ojos antes de llevarnos en coche a donde estaban los demás.

—¿Y no sabes dónde empezabais el viaje?

—No.

—Así que vuestro padre os llevaba hasta un sitio y luego os metía dentro de una furgoneta o un camión con los demás niños. ¿Es así?

—Sí, íbamos como sardinas en lata. Era horrible.

—¿Te quitaste alguna vez la venda de los ojos durante el viaje?

—Sí, una.

—¿Viste a dónde ibais?

—No.

—¿Por qué?

—En la furgoneta, todas las ventanillas estaban tapadas y en la parte de atrás del camión no había ninguna.

—Ah, ya lo entiendo. ¿Cuánto tiempo llevaba llegar a la granja?

—No estoy segura, pero era un viaje largo.

—¿Cuánto tiempo, más o menos?

—Creo que media hora.

—¿Qué ocurría cuando llegabais a la granja?

—Uno de los hombres abría las puertas y nos mandaba salir.

—¿Os mandaban a ti y a los demás niños a salir de la furgoneta o del camión?

—Sí, y nos pegaban y nos gritaban si no lo hacíamos rápido.

—Vas muy bien, Donna. Cuéntanos qué pasaba después.

—Nos llevaban a un edificio grande.

—¿Qué clase de edificio?

—Lo llamábamos ‘granero’.

—Muy bien; ¿reconocerías el granero si lo volvieses a ver?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

La agente de policía Forsyth se sintió turbada... Esa pregunta era insensible. Tenía que elegir sus palabras con más cuidado. —No te preocupes, no volverás allí nunca más, Donna. Lo que necesito saber es si reconocerías el lugar en fotografías para usarlo como pruebas judiciales cuando localicemos el emplazamiento.

La niña se secó las lágrimas de las mejillas. —Sí, creo que sí.

La agente se recriminó en silencio por el uso de jerga policial, algo que no debía hacer. —¿Recuerdas que en la última entrevista te expliqué qué es una prueba judicial?

—Sí.

—Muy bien, solo te voy a hacer una pregunta más antes de tomarnos un descanso.

—Vale.

—Esta te va a parecer una pregunta muy rara. ¿Alguna vez te llevaron a una habitación blanca?

La niña la miró con cara de sorpresa y respondió: —No.

—¿No? ¿Nunca?

—Nunca.

—Muchas gracias, Donna. Hagamos un descanso ahora para ir abajo a merendar.

Capítulo 13

Helen Frost, la oficial administrativa, vivaracha y eficiente, de Mel Nicholson, reconoció al instante la voz aguda con acento cantarín del oeste de Gales de la mujer que llamaba. —Hola, Karen, soy Helen. Espera un momento. Anda por aquí.

—Gracias, Helen.

Esta asomó por la puerta de la oficina y gritó para que se la oyese al fondo del pasillo. —Mel, ¡Karen al teléfono!

Nicholson, que estaba en la cocina preparando café, le respondió. —Dile que espere. Voy en dos minutos.

Helen suspiró. —Viene en un momento.

Karen Smith, la directora de equipo del departamento de protección de menores en los servicios sociales, tenía una entonación extrañamente furiosa. —Lo he oído. Dile que se ponga ya. Es urgente.

Helen pasó el mensaje y su jefe llegó corriendo del fondo del pasillo. Conocía a Karen lo bastante bien como para saber que debía respetar sus opiniones... Si ella decía que era urgente, es que era urgente. —Karen, soy Mel. ¿Qué ocurre?

Se hizo el silencio durante un breve lapso antes de que hablase Karen. —No te lo vas a creer. Creo que tenemos una red de pedofilia en la zona.

Nicholson tragó saliva. —¿Crees que tenemos una red de pedofilia en nuestro territorio?

—De acuerdo. Si quieres ponerte quisquilloso, tenemos una red de pedofilia en nuestro territorio. ¿Te ha quedado bastante claro?

—Tranquilízate, Karen. —Se volvió hacia su ayudante, que estaba archivando expedientes en una estantería gris metálico que había al lado de su mesa—. Helen, tengo que hablar en privado. Sal y cierra la puerta, por favor.

La administrativa se dio cuenta de que ocurría algo grave y se fue sin quejarse y sin hacer ningún comentario al respecto.

—Karen, ¿Estás sola?

—Sí.

—¿Qué es exactamente lo que tienes para mí?

—¿Estás sentado?

—Suéltalo ya.

—¿Veías el programa infantil Jackanory de ese presentador pederasta?

—¡Karen!

—Perdona, Mel, estoy intentando mantenerme cuerda en este mundo de locos. Estamos trabajando con una familia con tres hijos: dos niñas de ocho y seis años y un niño de cuatro. Los hemos puesto bajo custodia por la denuncia de violación de la niña de ocho años hacia su propio padre. Dijo que su madre también estaba implicada. Los tres niños están con una familia de acogida a la espera de los trámites del auto de tutela.

—¿En dónde está el padre ahora?

—Está en prisión preventiva en Swansea a la espera de juicio.

Nicholson se rascó la cabeza. —Cuando dices que la madre estaba implicada, ¿a qué te refieres exactamente?

—Es horrible, Mel. La niña de ocho años nos explicó que su madre la sujetaba para facilitar la agresión sexual de su padre. Era incluso quien le proporcionaba los condones.

—¿Cómo lleváis la investigación? ¿Avanza?

—Hemos mantenido las entrevistas con los tres niños por separado en colaboración con la policía. Todos nos describieron que abusaban de ellos muchos adultos: unas veces estaban ellos solos y otras, muchos niños más.

—¿A los tres?

—Sí, eso me temo.

—¿Y el agresor no fue únicamente el padre?

—Hablan de sus padres, varios miembros más de su extensa familia y otros.

—¿Otros?

—Amigos de la familia, conocidos e, incluso, desconocidos.

—¿Os pudieron dar nombres de alguno de los demás niños y de los agresores?

—Así es, Mel. Unos cuantos, por lo visto. Llevamos ya unas cuantas semanas con la investigación, pero acabamos de darnos cuenta de la magnitud de la trama y lo organizada que está la red. Nos costó que los niños se sintieran lo bastante confiados y empezasen a darnos detalles. Si lo piensas, no te sorprende. La red sigue aumentando constantemente. Es muy grave. Ahora veo que debería haberme puesto en contacto contigo hace tiempo.

Nicholson respondió con un tono susurrante que fue apenas audible. —No digas nada más ahora, Karen. Me tendrás en tu despacho en veinte minutos.

Nicholson condujo los veinticinco kilómetros que lo separaban del

despacho de la jefa del equipo muy por encima de la velocidad máxima permitida, a pesar de que había empeorado el tiempo invernal. Había una taza caliente de café solo esperándolo cuando entró en el despacho de Karen.

— Toma asiento, ¿por dónde quieres que empiece?

—No tengo ninguna prisa, Karen. Tómate el tiempo que necesites. Cuéntamelo todo en detalle.

—Es espantoso. Nunca había oído nada similar. Una vez que los tres niños de los Bevan empezaron a hablar, lo soltaron todo. Alan Garret, mi médico forense, y Pam Forsyth, de la policía, se centraron en un principio en el padre, aunque luego los niños mencionaron a un tío. Sin embargo, el viernes llegamos a un punto crítico. La mayor de los tres empezó a hablar de otros adultos y, posteriormente, sus hermanos pequeños nos confirmaron sus declaraciones a lo largo del fin de semana. Si lo que cuentan es cierto, y no tenemos ningún motivo para dudar de ello, son un montón de víctimas y agresores los que están implicados. No se parece a nada de lo que me haya tenido que enfrentar hasta ahora. Ya tenemos los nombres de diecisiete niños. Y esos son solo los niños que conocía los Bevan por su nombre.

—¿Y nos han dado nombres de agresores?

—Algunos, sí. A otros los describieron.

—¿Nos suena alguno?

—Sí. He repasado los expedientes antiguos. Algunas de las familias implicadas tienen antecedentes en nuestro departamento. Ahora las piezas empiezan a encajar. A decir verdad, no entiendo como se nos pudo pasar durante tanto tiempo.

—No te flageles, Karen. En retrospectiva todo suele parecer mucho más evidente que cuando no se tenían los datos necesarios.

—Mel, hay algo más que tengo que tratar contigo.

Nicholson se rio, aunque su expresión reflejaba inquietud. —Justo cuando creía que ya lo había oído todo.

—¿Conoces a David Galbraith, el psiquiatra?

—¿Al doctor Galbraith? Claro que sí. ¿Quieres que trate a los niños de los Bevan? Puedo ponerme en contacto con él, si lo necesitas.

—Los dos hermanos mayores lo han mencionado.

—¿Que lo han mencionado?

—Es parte de la red.

—¿Qué? Eso no me parece muy creíble.

—Es un violador, Mel. Los niños lo han mencionado. Y han dado la

descripción exacta. Tenemos la narración de los abusos que sufrieron muchos de los niños. Es un maldito sádico, por lo que se ve.

—¿Galbraith?

—¡Sí, Mel, Galbraith!

—Joder. Ya he oído demasiado. Es la última persona de la que habría sospechado.

Karen se levantó de la silla. —¿Quieres otro café?

—Por favor.

Nicholson se reclinó en la silla esforzándose por serenarse... Creía que ya nada podía sorprenderlo. Se había equivocado. Pero, le gustase o no, él era el responsable del servicio de protección de menores del condado. Había llegado el momento de redoblar sus esfuerzos y ponerse en cabeza del operativo por muchas dudas que siguiese teniendo.

Karen regresó pronto con una bandeja de publicidad de Guinness vieja y abollada en la que traía en equilibrio precario dos tazas de café y un plato con galletas integrales de chocolate. Nicholson se lo agradeció efusivamente, devoró dos de las galletas y trató de desprender una confianza que estaba lejos de sentir.

—Muy bien, Karen, lo que vamos a hacer es lo siguiente: en primer lugar, y esto es importante, esta es una investigación estrictamente confidencial. No se la menciones a nadie a menos que lo hayamos decidido previamente entre los dos. Pondré al corriente al director ahora mismo y a continuación a Trevor Simpson. ¿Lo conoces?

Karen negó con la cabeza y cogió otra galleta del plato.

—Es mi homólogo de la policía. Es una persona sensata que sabe lo que se trae entre manos. Necesitamos que se implique en la investigación.

—Perfecto.

—Debemos organizar una primera reunión de planificación que tenga lugar lo antes posible. Coge un bolígrafo. Vamos a decidir quién debería estar presente.

Karen tomó entre las manos un Bic azul y se quedó pensativa con la mirada perdida hacia su jefe.

—Serían los de siempre: un representante de la policía, de educación, salud, justicia, nosotros mismos y otros organismos directamente implicados. No quiero que acudan los centros de acogida. No sería apropiado dadas las circunstancias.

—Tiene sentido, Mel.

Este se puso de pie y le contestó con el mayor sosiego que le fue posible. —Lo dejo en tus manos, Karen. Podemos celebrar la reunión en el centro de recursos para la infancia. Es un sitio tan bueno como cualquier otro. Cítalos para las tres de la tarde; más tarde de las tres, si antes resulta imposible, o mañana como muy tarde. Di a todos que es urgente y llámame si alguno no puede asistir. En ese caso, hablaría en privado con quien no pueda hacerlo. Manténme informado de todo. Pongámonos en marcha.

—Así lo haré. Gracias.

—De nada. Hablamos.

Nicholson consiguió una sala libre y llamó al director de los servicios sociales incluso antes de salir de las oficinas de protección de menores. La jornada se iba a poner cada vez más interesante. Contestó a la llamada Sheila Hoyle, la secretaria entrometida e incluso a menudo despótica, que se arrogaba ella misma el papel de guardiana entre su jefe y el resto del planeta. Era un papel que desempeñaba con total brillantez, por lo que le llevó a Nicholson dos largos minutos convencerla de que su llamada no podía esperar... ¿Cuántas veces se le tenía que repetir que el asunto era urgente?

El director respondió al principio de malas formas, pero cambió de actitud con rapidez cuando le explicó Nicholson a qué se debía la llamada tan inesperada.

Aproximadamente veinticinco minutos después estaba de vuelta Nicholson en la sede de los servicios sociales, llamando con desgana a la puerta del director. Roy Evans estaba repantigado en una silla giratoria de cuero marrón tras un enorme escritorio victoriano de madera de nogal en el momento en que entró Nicholson en aquel despacho demasiado amplio. Fue directo al grano. —Parece algo muy grave, Mel. Explícame de qué va todo esto.

A medida que Nicholson le contaba a grandes rasgos los sucesos más relevantes, al director se lo veía claramente menos relajado a cada nueva revelación. —Muy bien. Tienes toda mi atención, ¿cómo vamos a plantear el asunto?

—Ya estamos organizando una reunión para hoy mismo. Karen Smith es quien está preparando los trámites necesarios. Va a ser una investigación complicada, pero cuanto antes empecemos, mejor. Hay muchos niños que requieren nuestra protección.

Roy Evans ladeó la cabeza ligeramente y apoyó la barbilla sobre la mano derecha. —Me parece bien como lo estáis llevando, Mel. No obstante, quiero

que crees un equipo que se dedique exclusivamente a esta investigación y nada más. Quiero que Phillip Beringer lo dirija por nosotros. Tiene la experiencia necesaria y la cabeza lo bastante fría para este trabajo. Ponte tú en contacto con él en mi nombre y llévalo contigo a la reunión. Entre los dos debéis decidir cuántos asistentes sociales vais a necesitar. Podemos trasladarlos de sus puestos actuales según los vayamos necesitando. Reflexiona quiénes serán los más adecuados y pásame una lista provisional para que yo la apruebe. Debes implicarte hasta donde veas adecuado, pero mantente ojo avizor. Quiero que se me ponga al día a las cuatro de la tarde todos los días sin excepción. Yo no tengo tanta experiencia como tú en protección de menores, pero llevo suficiente tiempo trabajando para saber que este caso determinará nuestra trayectoria laboral para bien o para mal. No quiero que nos convirtamos en otro caso como el de Cleveland. Asegúrate de mantenerme informado. No quiero sorpresas de ningún tipo. —Se rascó la nariz con una uña perfectamente limada—. ¿Has hablado ya con la policía?

Nicholson hizo una pausa momentánea para aclarar la mente antes de responder. —Aún no, pero en cuanto me vaya iré directo a mi despacho para hacer unas cuantas llamadas.

—Está bien, Mel, lo dejamos aquí. Ponte a ello.

Nicholson llegó corriendo a su despacho situado en el otro extremo del edificio de cemento de 1960, y despegó precipitadamente un *post-it* amarillo de la pared enfrente de su mesa. Entrecerró los ojos, hasta parecer bizco, tratando de descifrar la pésima letra de Helen. Sonrió... Eran buenas noticias. Avanzaban con rapidez. Ya estaba organizada la reunión de planificación para las tres de la tarde y todos los que querían que estuviesen en ella habían confirmado su asistencia.

"¡Vamos, Trevor! Levanta el maldito auricular".

—Inspector Simpson.

—Trevor, soy Mel. Tengo algo para ti.

—Hola, esperaba tu llamada. Tenía intención de hacerte una llamada en algún momento del día. Esto se está caldeando.

Nicholson se rio. —Es una forma de verlo.

—Cuéntamelo todo, Mel, y luego yo te digo lo que sé por mi parte.

El inspector escuchó con paciencia mientras Nicholson le explicaba la

situación a grandes rasgos. Cuando acabó de hablar, el inspector Simpson permaneció en silencio un momento, absorto en sus pensamientos, antes de responder. —Ya he recibido prácticamente las mismas informaciones por mi equipo, Mel. Pero ¿David Galbraith? Pam parece bastante segura de que la niña Bevan dijo su nombre, pero he escuchado la grabación y no he conseguido oír el nombre. A mí me parece una buena persona, para serte sincero. ¿De verdad piensas que le debemos dar credibilidad?

—Eso parece, Trevor. Los hermanos pequeños corroboraron las acusaciones de Donna el domingo.

—Son muy pequeños, Mel; no quiero que basemos las pruebas en ellos.

—Esperemos a ver qué dicen los demás esta tarde.

Nicholson tuvo que hacer otras tres llamadas antes de conseguir localizar a Phillip Beringer en un curso de formación de protección de menores que se celebraba en un hotel local, donde daba una charla sobre evaluación del riesgo. Beringer escuchó atentamente mientras su amigo le resumía los sucesos de esa mañana.

—¿El director quiere que yo lo dirija?

Nicholson se rio para aligerar la tensión que se había creado. —Así es. Ni puta idea de por qué tú. Traté de sacárselo de la cabeza, pero insistió. —Hizo una pausa para esperar una respuesta que no llegó—. ¿Sigues ahí, Phil? ¿Te sientes preparado para hacerlo?

Beringer se pasó la mano por la escasa mata de pelo gris... Ya no podría dar más cursos en mucho tiempo. Negarse tampoco era una opción. No lo era si se tomaba en serio un ascenso en el futuro y una pensión mejor. —No veo por qué no, aunque tampoco es que tenga muchas otras opciones.

—Menos mal, Phil, por un momento, pensé que salías por patas.

Esta vez fue Beringer quien se rio. —No creas que no lo he pensado. ¿Vas a moderar tú esta tarde?

—Sí, le voy a dar un descanso a Helen; ella se encargará de levantar acta. Me imagino que puedo pasar a recogerte. Tengo que asegurarme de algún modo que no te escaqueas.

—Gracias, voy a intentar hacerme con un casco por lo que pueda pasar. Hasta luego.

Capítulo 14

Nicholson abrió la reunión de planificación con las debidas presentaciones, más que nada para ayudar a Helen a levantar acta, e informó a los asistentes sobre lo que se iba a tratar. Después de una larga discusión que provocó que muchos de aquellos profesionales desearan estar en cualquier otro sitio, se acordó el método de trabajo. Phillip Beringer encabezaría el equipo de investigación de servicios sociales que se iba a crear, y tendría la responsabilidad de su gestión diaria. El inspector de policía Simpson encabezaría un equipo policial similar y colaboraría directamente con Beringer para ponerse de acuerdo en las acciones a llevar a cabo siempre que se estimase necesario y en el momento acordado. Asimismo, Beringer colaboraría con la abogacía del municipio y con dos pediatras locales. Simpson haría lo mismo con la fiscalía. Nicholson actuaría de asesor, como tabla de salvación y consejero para cualquiera de los implicados.

Cuando llegó el punto de discutir la presunta implicación del doctor Galbraith, la tensión de la sala era virtualmente palpable. Varios de los asistentes expresaron una preocupación acuciante y alegaban que deberían alertar a las autoridades sanitarias de la provincia de Gales del Sur del problema con vista a que lo suspendiesen. El inspector Simpson aguantó en silencio las apasionadas discusiones un rato antes de ponerse de pie. Levantó las manos con las manos abiertas, y gritó: —No quiero que Galbraith esté sobre aviso. No quiero que tenga la oportunidad de avisar al resto de los sospechosos. No quiero dar a esta gente la oportunidad de destruir las pruebas. Tampoco quiero que tengan la oportunidad de hacer callar a los testigos. Comprendo las inquietudes de todos ustedes, de verdad que lo hago, pero esta es una investigación criminal muy compleja y de alto riesgo. ¡Una investigación criminal! Si nos precipitamos, corremos el peligro de echarla a perder. Si sucede eso, serán muchos más los niños que sufran las consecuencias al final. —Hizo una pausa y cruzó la mirada con cada uno de los que parecían discrepar—. Que quede bien claro: si alguno de ustedes viola la confidencialidad, si alguno de ustedes suelta una sola palabra que de algún modo ponga en riesgo las pesquisas, yo mismo lo arrestaré por intento de obstrucción a la justicia. Señores y señoras, esta es una tarea en la que correremos grandes riesgos y nos sentiremos muy presionados. ¡Acéptenlo!

Después de un rato de completo silencio, una pediatra preguntó lo que

muchos de los asistentes estaban pensando: —¿Y si los vigilamos?

El inspector Simpson sonrió con suficiencia. —Es una gran idea, pero imposible de realizar. Tenemos a unos trescientos sospechosos solo en nuestro condado. Y eso teniendo en cuenta que no conocemos a todos los que forman parte de la trama; el número aumenta continuamente. Por mucho que quisiéramos, no podemos vigilarlos a todos. Y, aunque vigilásemos a Galbraith, ¿qué veríamos realmente? No podremos vigilarlo cuando esté en su casa con sus hijas. No podremos vigilarlo cuando esté con sus pacientes. No podremos vigilarlo cuando esté en casa de sus amigos. No tenemos ni la más remota idea de dónde se reúnen ni cada cuánto tiempo. Podrían pasar meses hasta la próxima reunión. ¿De qué nos serviría la vigilancia, aunque tuviésemos los medios para ella? ¡Y, a propósito, no los tenemos! Nos haría sentirnos un poco mejor, pero ahí se quedaría todo. Piénsenlo. Tenemos los nombres de veintiséis niños y niñas y cada vez tendremos más, sin duda alguna. Hay un gran número de adultos involucrados. Voy a necesitar a todos y cada uno de mis agentes. Va a llevar tiempo si queremos hacerlo bien. Si intentamos meter prisa y sobrecargamos de trabajo al personal, sin duda alguna, cometeremos errores. Nadie quiere eso. Yo, por lo menos, no. Cuando arrestemos a estas personas, quiero que esté todo atado y bien atado. No tiene ningún sentido detenerlos y dejarlos irse sin cargos. No ganaríamos nada con eso. En el mismo instante en que tengamos pruebas suficientes para llevar a cabo un proceso judicial con éxito, los arrestaremos en sus casas. Se lo garantizo.

Capítulo 15

Phillip Beringer sorbió la espuma de su cuarta jarra de Guinness y le dio a Mike Mailer otra pinta de la marca local que le gustaba, la cerveza amarga de Buckleys. Ambos quedaban cada miércoles sin falta para jugar una partida demasiado competitiva de *squash*, a la que seguía siempre una hora o dos en un bar de la localidad. El club de rugby de Caerystwyth era uno de sus abrevaderos favoritos. Beringer había sido el padrino en la boda de Mike y Molly, y pocos meses después le habían ofrecido ser el padrino de Siân. Se sintió halagado y accedió encantado sin dudarle a pesar de su falta de fe.

Beringer sonrió. —Toma, que parece que vienes de un entierro.

—Salud, Phil.

—¿Sabes una cosa, Mike? Anoche vi un documental sobre los presos del corredor de la muerte en Texas. Ninguno estaba tan tristón como tú. ¿Qué te pasa?

Mike sacó el último cigarrillo del paquete, lo encendió con una cerilla y succionó el filtro con ansia, saboreando la dosis de nicotina a medida que sus componentes letales le llenaban los pulmones. —¿Quién puñetas te crees que eres?, ¿mi madre?

Beringer soltó una carcajada. —Uno de las muchas desventajas de ser asistente social, y créeme cuando te digo que son unas cuantas, es que personas que son completas desconocidas se creen que tienen el derecho divino de desahogarse contigo cuándo y dónde quieran. Y, sin embargo, nosotros dos somos amigos desde hace años y no me cuentas una mierda. ¿Por qué no dejas esa actitud machista de mierda y me cuentas qué problema tienes?

Mike Mailer agitó la cabeza con desagrado y se bebió la pinta de un trago. —¿Cuánto tiempo tienes?

—El que haga falta. Todo el que haga falta.

Mike se aproximó a la barra, pidió dos pintas más para ser capaz de soltar la lengua y regresó a su sitio. —Es por el problema con Molly y los críos. Me trae de cabeza. Si quieres que te diga la verdad, a menudo desearía no haber conocido a Tina.

—Pero lo hiciste. Es lo que pasa cuando se piensa con la polla.

—¡Eso me ayuda mucho! ¿Alguno de tus clientes regresa para una segunda cita?

Beringer sonrió. —Tienes que decidir qué es lo que de verdad quieres.

Tienes que pensarlo detenidamente, sopesar los pros y los contras, o seguir tu instinto. Conociéndote como te conozco, me imagino que la última opción es la que te parece más segura.

—Es difícil, Phil. En primer lugar, nunca tuve intención de dejar a Molly. Y tampoco tuve intención de irme a vivir con Tina. Simplemente ocurrió.

—¡Vaya gilipollez! Las cosas no ocurren *simplemente*. Tú no eres como los restos de un naufragio que están sujetos a las corrientes marinas y a las mareas. Tomas decisiones a cada momento y ahora mismo estás tomando una decisión.

—Sí, pero si Molly no se hubiera enterado...

—¡Joder, Mike! Se enteró y punto. Tienes que echarle huevos y aceptar la responsabilidad de lo que has hecho. Si vas en serio con Tina, díselo a Molly. Déjasele claro como el agua, y que así pueda seguir con su vida. Por el contrario, si te tomas en serio lo de intentar regresar con Molly, haz algo para demostrarlo.

—Ya le he dicho a Molly que lo siento una y otra vez.

—A veces me pregunto en qué mundo vives. ¿Qué dirías si fuese al revés? ¿Y si fuese Molly la que estuviese viviendo con otro tipo y te estuviese diciendo lo mucho que lo siente?

—¿Pero tú has visto a Tina? Está buenísima. Va a ser duro dejar de tener relaciones sexuales con ella.

—¿La amas?

Mike apagó la colilla, juntó las manos como si estuviese rezando y apoyó los codos sobre la mesa mientras meditaba la respuesta sin prisa. —Es lujuria. No la amo.

—¿Amas a Molly?

Mike se acabó la cerveza. —Sí, claro, eso creo.

—¿Sabes qué quiere decir lo de que no se puede estar en misa y repicando?

Mike se puso rojo como un tomate y se rio a carcajadas. —Sí, lo sé, que me he portado como un imbécil.

—No vas a conseguir que contradiga esa deducción tan acertada. Molly es una mujer impresionante y tenéis dos hijos adorables. ¿No te parecía suficiente?

—Entiendo que debería haberlo sido, pero...

—No hay peros, Mike. Ya no eres un crío de instituto. Eres un padre con responsabilidades. Tu familia no se merece la mierda que les has echado

encima. ¿Cómo puñetas esperas que Molly piense que vas en serio en lo de volver a estar juntos si sigues viviendo con la mujer por la que la dejaste? Piénsalo, joder, piénsalo.

—Si ya lo sé. Lo sé de sobra.

—Pues entonces haz algo ya. Deja de portarte como un maldito inútil.

Mike movió la cabeza a los lados. —Lo haré.

—¿Cómo están los niños?

—¿Te apetece otra pinta?

—No escurras el bulto. ¿Cómo están los niños?

—Dan bastante guerra, ya que insistes. Molly consiguió que fuésemos a un psiquiatra, como si sirviera para algo.

—¿Qué? ¿Vosotros dos y los niños?

—Sí, por supuesto, nosotros y los niños. Es un psiquiatra de niños.

Beringer sintió como se le tensaban los músculos faciales mientras fruncía el ceño. —¿Quién es ese doctor?

—¿Te encuentras bien? De repente, estás hecho una mierda.

—Su nombre, por favor.

—Galbraith, David Galbraith, ¿qué pasa?

—¿Ya ha visto a Tony?

—Sí, este viernes tendrá la segunda cita, por lo visto. Va sola Mo con él esta vez. Yo solo hago de taxista. Como ya sabes, yo no veo para qué le puede servir un loquero. Mo me dijo que Tony parece ser el mismo de antes. Yo solo me dejo llevar para apuntarme un tanto a mi favor.

Beringer se empezó a sentir mal mientras le daba vueltas a la cabeza. ¡Piensa! Si a Anthony le había mejorado el carácter es que no era demasiado tarde. Aún no había pasado nada, pero lo haría, sin duda. ¿Qué puñetas podía decir sin traicionar la confianza y posiblemente poner en riesgo la investigación?

Se levantó sin decir una palabra, salió corriendo del pub y vomitó contra una pared en un rincón oscuro del aparcamiento... ¿Qué podía decir? Tenía que pensarlo con calma. Necesitaba más tiempo para pensar.

Beringer volvió a entrar pocos minutos después, pálido y apesadumbrado, con los ojos llorosos. —Me encuentro fatal. Debe de ser algo que comí. Voy a tener que pirarme, amigo. —Se bebió el resto de la cerveza para eliminar el sabor del vómito de la boca—. Mira, Mike, antes de que me largue, solo quería decirte que es bastante probable que el carácter y el comportamiento de Tony hayan mejorado solo porque Molly y tú habéis vuelto a hablaros. Joder,

no tiene nada que ver en absoluto con el médico. Tony necesita tiempo, no un psiquiatra.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo. ¿Hay algo que no me estás contando?

¿Debería decírselo? Siân y Anthony eran sus ahijados, después de todo. No, era un suicidio profesional en potencia. —Los críos quedan marcados, Mike. Esas cosas pueden perseguirles a lo largo de sus estudios. Lo que él necesita es a su familia. Así de sencillo. Si por mí fuera, me pensaría seriamente saltarme la cita. Quiero lo mejor para Tony, nada más.

—Yo no te lo discuto, Phil. Pero, ¿Mo?

—¿Quieres que hable yo con ella?

Mike asintió con entusiasmo. —Sí, gracias. Me parece una gran idea. Te lo agradecería. A mí no me va a hacer ni caso. —Miró el reloj—. Son todavía las diez menos veinte. ¿No te apetece otra pinta antes de irte?

—No, gracias, amigo. Es hora de que me vaya directo al sobre. Te llamaré en un par de días para preguntarte cómo va todo.

Beringer condujo hasta casa a una velocidad excesiva a pesar de superar con mucho la tasa máxima de alcoholemia permitida. Cuando llegó por fin a su piso situado en la tercera planta de un bloque de viviendas del centro de la localidad, se preparó un tazón de café soluble con leche entera y echó dos cucharadas grandes de azúcar refinado, en un intento efímero de que se le pasara la borrachera. Se sentó a la mesa de la cocina para intentar aclararse las ideas... ¿Sería capaz de convencer a Molly de que ir a la clínica no era una buena idea? Cuando quería, era una mujer increíblemente tozuda. Le iba a costar convencerla, pero merecía la pena intentarlo. No tenía nada que perder y mucho que ganar. Haría todo lo que estuviese en su mano.

Beringer entró tambaleándose en el salón y descolgó el teléfono antes de marcar el número de Molly... No se lo perdonaría a sí mismo si Galbraith abusaba sexualmente de su ahijado. Para él, la amistad estaba por encima de todo lo demás.

El tono de llamada sonó durante una eternidad antes de que Molly levantase el auricular. —Dígame.

—Hola, Molly. Soy Phil. ¿Tienes un ratito para charlar?

—¿Estás borracho?

—¡Vaya pregunta! Yo también estoy encantado de hablar contigo. Vale, para serte sincero, me he tomado un par de cervezas con Mike, pero nada más.

—Si esto es un intento patético de ejercer como consejero matrimonial e interceder por ese amigote tuyo tan voluble, ya le puedes ir diciendo que deje a esa tipeja antes de hablarme del futuro. Se debe de creer que soy imbécil del todo.

—Por lo que parece, él quiere volver contigo, Molly. Pero te llamo por la cita de Anthony con Galbraith.

—¿Qué pasa con eso?

—Sabes que yo quiero mucho a Tony, ¿verdad?

—Estoy agotada, Phil. Si tienes algo que contarme, suéltalo ya y déjame seguir viendo la televisión.

—No creo que sea una buena idea. Sinceramente no creo que Tony necesite ese tipo de intervención médica.

—No tienes ni la más remota idea de cómo se ha comportado. Necesita ayuda. El psiquiatra le está dando prioridad a su caso.

Beringer expelió todo el aire de los pulmones con un silbido casi inaudible. —Trabajo con niños como Tony todo el tiempo, Molly. Es lo que hago día sí y día también. Lo que él necesita es cierta regularidad y percibir un futuro tranquilo. Sería mejor que eso lo recibiera de vosotros dos y no de un extraño, por muy cualificado que esté. Me gustaría que eso te quedase claro.

—No estoy segura, Phil. La primera cita fue mucho mejor de lo que había esperado. He visto cambios positivos en Tony. No tengo ni idea de qué hizo el psiquiatra exactamente, pero fuese lo que fuese parece que funciona.

Beringer cerró los ojos para pensar en una respuesta adecuada... No le estaba yendo como deseaba. —Dudo de que tenga algo que ver con la clínica. Si la actitud y el comportamiento de Tony han mejorado tanto como me ha dicho Mike, es evidente que no tiene nada que ver con la cita del psiquiatra. Mike y tú parece que estáis dirimiendo vuestras diferencias, por fin. Yo estoy convencido de que Tony está reaccionando ante eso. Solo tienes que darle tiempo. Es todo lo que necesita.

—No estoy tan segura como tú. A mí tampoco me hacía mucha gracia al principio, pero parece que le está funcionando, en serio. El doctor parece un tipo muy agradable. Es un poco raro, o eso me parece, pero creo que se preocupa sinceramente por sus pacientes. ¿Qué daño le puede hacer otra cita más?

—Prométeme que te lo vas a pensar, por favor.

—No sé qué te pasa. Pero, si significa tanto para ti, sí, me lo pensaré. Ahora vete a dormir la borrachera.

Capítulo 16

Eran las seis y media de una mañana invernal gélida típica de Gales en la vivienda de la familia Mailer y la calefacción central aún no se encendería hasta media hora más tarde. Molly tiritó de frío y se puso a toda prisa un jersey viejo y ajado de Mike, que imitaba a la camiseta oficial del equipo de rugby local, y por encima se puso una chaqueta rosa de punto pasadísima de moda que había comprado entre las gangas del mercadillo la semana anterior. Cruzó con sigilo el rellano con las zapatillas de deporte en la mano y, después de hacer la visita matinal al baño, bajó a la planta inferior para prepararse el desayuno que tanta falta le hacía. Molly había dormido intranquila a causa de la llamada de Beringer y decidió que se merecía un buen tazón de té de menta con mucha miel y un cuenco de cereales azucarados de Kellogg's, dadas las circunstancias.

Se sentó a la mesa de la cocina intentando no pensar en la cita de la mañana siguiente ni tampoco en la llamada de su amigo para tratar de relajarse.

A pesar de ello, no consiguió evitar que le rondase en la mente... ¿Habría presionado Mike a Phil para que la llamase? Mike nunca había tenido en alta estima a la psiquiatría ni a la gente que acudía a ella. "Psicoverborrea para pelagatos", eso es lo que decía cuando uno de sus compañeros de trabajo acudía a un psicólogo después de un atraco. Pero, aunque así fuese, ¿por qué había estado Phil tan dispuesto a apoyarlo? Él también era terapeuta, ¿no? No era exactamente un médico, pero sí algo similar. ¿Habría algo más que no le había contado? Tenía que haberlo, seguro. A ella le había parecido sincero. ¿Le estaba dando demasiadas vueltas? Iba a se acabar convirtiéndose en una paranoica. Solo tenía una forma de saberlo y no podía esperar.

Molly agarró el auricular y marcó el número de Mike... ¿Por qué se lo estaba pensando? No le importaba despertar a su marido y a su nuevo amorcito.

Maldijo para sus adentros cuando oyó el soniquete alegre y juvenil de la voz de Tina al otro lado de la línea. Hizo un mohín y apretó los dientes. Habló intentando parecer segura de sí misma y tajante. —Tengo que hablar con Mike. Soy su esposa.

—Está durmiendo. Le diré que te llame más tarde. ¿Te parecen horas de llamar? Es demasiado temprano.

Molly se mordió la lengua para evitar la tentación de insultarla de todos los modos posibles... ¿Cómo podía ser alguien tan irritante?

—Es urgente. Ponme con él. Ahora, por favor.

—¿Molly?

—Buenos días a ti también. Tina sonaba un poco cabreada. Espero no haberme cargado la armonía de vuestro hogar.

—¿Para qué has llamado?

—Anoche me llamó Phil para hablarme de Tony. ¿Fuiste tú quien se lo pidió?

—¿Qué? ¡No! Jugamos una partida de *squash* después de trabajar, como siempre, pero no mencionamos a Tony.

—Jamás se te ha dado bien mentir. Podrías intentar ser sincero por una vez en tu maldita vida. Estaba claro que estaba pedo cuando llamó. ¿Te piensas que soy estúpida? No hace falta que respondas a esto, por cierto.

—Solo nos tomamos un par de pintas después de la partida. Eso fue todo.

—¿Seguro? ¿Un par? Ya, seguro que sí. Venga, dime lo de Anthony.

Mike escuchó con atención un par de segundos y, cuando se aseguró de que Tina estaba en la ducha, habló en susurros. —Mira, Mo. Le conté a Phil lo de la clínica.

—¿Y por qué lo acabas de negar?

Mike resopló. —Noté a Phil seriamente preocupado. ¡Esa es la verdad! Lo que no quería es que pensases que llamó por que yo se lo haya pedido.

—¿Y qué fue exactamente lo que te dijo?

—Um... algo de que los niños quedan marcados. Dijo que les puede perseguir cuando llegan a secundaria.

—¿Algo más?

—Que las mejoras en la actitud de Tony no se pueden deber a una cita en la clínica. Y, si quieres que te diga la verdad, estoy de acuerdo con él, Mo. Al fin y al cabo, ¿qué hizo el médico? Habló, hizo preguntas y repartió caramelos. ¿Qué se consigue con eso?

—¿Y nada más?

"¿Debería decírselo todo? De todos modos, probablemente Phil ya se lo habrá dicho. Por supuesto que sí". Le estaba haciendo preguntas para las que ya tenía las respuestas. —Me dijo que Tony se encontraba mejor porque nos volvemos a hablar.

—Sí, eso también me lo dijo. Pero no me convence. ¿Por qué ese cambio

tan repentino en Tony? Cuanto más lo pienso... El médico tiene que haber hecho algo. ¿Qué otra explicación puede haber? Parece otro niño. No digo que Tony sea el niño perfecto desde la cita, aunque tampoco lo desearía, pero se lo ve más feliz. Y mucho. Además, el doctor Galbraith parecía creer que necesita más ayuda, no menos. Dijo que era urgente. ¿Por qué iba a decirlo si no fuese cierto? ¿Y si lo cancelo y Tony empeora otra vez? Está claro que le gustó el médico, así que ¿por qué no darle otra oportunidad?

—Mira, Mo. Phil sabe más de estos temas. Pero si tú crees que es una buena idea, estoy dispuesto a apoyarte.

—Estás evitando, una vez más, las decisiones difíciles, ¿no?

Mike se rascó la cabeza... Había dado en el clavo, como siempre. ¿Era tan previsible?. —No es eso, sino que confío en tu criterio, cariño.

—Deja de tocarme las narices. Simplemente ven a recogernos mañana por la mañana si crees que vale parte de tu preciado tiempo. Y que no se te ocurra retrasarte.

—Joder. No lo haré. Te veo por la mañana.

Capítulo 17

El jueves 30 de enero, Phillip Beringer no consiguió salir de la cama hasta las 8:40 de la mañana. Despotricó contra todo, arrojó con enfado la caja de pastillas para dormir del herbolario al otro lado del dormitorio y bajó a la planta inferior para pedir un día por enfermedad por primera vez en tres años, fingiendo una fuerte migraña.

Después de una visita rápida al baño, se dirigió a la cocina para prepararse el desayuno y se sentó en el salón comedor con su pijama de franela rayado. Bebió la leche semidesnatada directamente del cartón, y mordisqueó un trozo de tostada rancia y a medio hacer que embadurnó de mayonesa de la marca Marmite, cuyo inconfundible frasco de vidrio redondeado se hallaba en precario equilibrio sobre el reposabrazos mugriento de su butacón.

Se bebió el resto de la leche de un trago, lanzó con desgana los trozos sobrantes de la corteza hacia una papelerera cercana a la estufa de gas del otro lado de la sala y se levantó con rigidez del sillón para encender la televisión. Se quedó de pie delante de la pantalla, presionó varios botones y pasó por todas las cadenas disponibles antes de decidir que nada de lo que estaban poniendo iba a distraerlo por mucho tiempo. La volvió a apagar y levantó el auricular del teléfono... Se había pasado años escuchando los problemas de los demás. ¿Dónde se metían todos cuando era él quien necesitaba alguien con quien hablar?

Devolvió el auricular a la base... ¿Para qué llamar, de todos modos?

Beringer se balanceó durante unos cinco minutos en el taburete de tres patas que tenía delante del teléfono intentando decidirse... ¿Y si Molly decidía llevar a Anthony a la cita a pesar de su consejo? La posibilidad de que ocurriera era significativa. No parecía en absoluto convencida con sus argumentos. ¿Debería volver a intentarlo con Mike? No, sería una pérdida de tiempo. Era Molly quien llevaba las riendas en lo que se refería a los hijos. Había hecho lo que estaba en su mano. Pero ¿habría sido suficiente? ¿Era una opción válida no hacer nada más y quedarse a la expectativa?

Se levantó y le dio una patada al taburete con el talón descalzo... "¡Y una mierda!".

Volvió al teléfono y tamborileó con la base en el muslo... Ya había descartado a Nicholson. Hablar con alguien del entorno sería, en todo caso,

potencialmente peligroso para la investigación y, por supuesto, para su carrera. ¿Y alguno de sus antiguos amigos de la época universitaria? Todavía seguía en contacto con un par de ellos.

Sopesó las escasas opciones que tenía... ¿Qué tal Bernie? Trabajaba en protección de menores en el norte de Inglaterra. Era un tipo muy campechano con experiencia dilatada. Se habían emborrachado juntos unas cuantas veces en los viejos tiempos de jóvenes cuando eran felizmente inconscientes de la realidad futura de la vida profesional que habían elegido tan a la ligera. Merecía la pena hablar con él. ¿Por qué no? No parecía haber aparentemente ningún candidato más.

Fue a por su agenda de teléfonos a la repisa de la ventana del salón y pasó las páginas manoseadas hasta que localizó el número de teléfono del trabajo de Bernard Gormley.

—Buenos días, ¿podría ponerme con el señor Gormley, por favor?

—Le puedo pasar con el asistente social de guardia, si le vale.

—Es una llamada personal. Soy un viejo amigo de Bern.

—¿Quién le digo que le llama?

—Phillip Beringer.

—Gracias, señor Beringer. Veré si está disponible.

—Hola, Phil, soy Bern. ¡Vaya fregonazo del pasado!

—Sí, ha pasado el tiempo, Bern. ¿Cómo les va a tu mujer y a tus hijos?

—Bien, gracias. ¿Y tú sigues con tu vida de soltero?

—Me temo que sí, colega. ¿Quién me iba a aguantar?

—Ahí le has dado.

—Perdona, Bern, no es una llamada de cortesía.

Bernard Gormley se rio. —Sí, ya lo había adivinado. ¿En qué te puedo ayudar?

—Me vendría bien que me aconsejaras. ¿Tienes unos cinco minutos libres?

—Todo el tiempo que te haga falta.

—Bern, este es un asunto estrictamente confidencial, ¿de acuerdo?

—No hace falta ni que lo menciones.

—Estamos investigando una red de pedofilia. Es algo gordísimo. Estamos todos bajo una gran presión.

—¿Y?

—La policía quiere coordinar los arrestos para un futuro no muy lejano.

Estamos haciendo lo imposible para tratar de que los sospechosos no se enteren de nada. No hace falta que te explique los motivos.

—Y tenéis que aguantar que varios niños corran peligro mientras dura la investigación. Está claro que no es fácil.

—No lo es. Pero se ha convertido en algo demasiado personal.

—¿A qué te refieres?

—Uno de los sospechosos es un psiquiatra infantil.

—No, joder.

—Es aún peor, Bern. El hijo de uno de mis mejores amigos tiene una cita mañana con ese cabrón. Yo soy el padrino del niño.

—No pinta bien. ¿El niño encaja con el perfil de las víctimas?

—Eso parece.

—¿Y no le has dicho nada a ninguno de los padres? Yo no creo que pudiese quedarme quieto mirando cómo transcurren los acontecimientos.

—No me estoy quieto, joder. Por eso te tengo al maldito teléfono. Ya he tratado de influir en los padres para que cancelasen la cita, pero la madre no parece dispuesta a hacerlo. Es una de esas mujeres a las que es difícil hacer cambiar de opinión una vez que han tomado una decisión. Ya sabes a qué me refiero. Y ahora ya no sé qué puñetas hacer, de verdad. Me encantaría poder decírselo claramente, pero si el psiquiatra tuviese el más mínimo indicio de que existe esta investigación, las consecuencias podrían ser nefastas.

—Tienes razón, pero...

—¿Pero qué?

—Usa la imaginación, amigo. Sé creativo.

—Me he pasado casi toda la noche intentando ser creativo.

—¿En qué van a ir a la cita?

—En coche, pero ¿qué puñetas tiene que ver con lo que te he dicho?

—¿Cuántos tienen?

—¿Cuántos qué? ¿coches?

—Sí, eso es lo que te he preguntado.

—¡Solo uno!

—Desmonta el motor, rómpete el parabrisas, déjalo sin gasolina. Haz algo, joder. Hagas lo que hagas es mejor que quedarse de brazos cruzados.

—¿En serio? ¿Me estás aconsejando que le destroce el coche?

—Eso es justo lo que te estoy diciendo.

—¿Y qué voy a conseguir con eso? Aunque no lleguen a tiempo, lo más seguro es que la madre pida una nueva cita.

—No te estoy diciendo que vaya a resolver el problema a largo plazo.
Pero te puede hacer ganar tiempo.

Beringer negó con la cabeza. —¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Sí, eso es lo mejor que se me ocurre.

Capítulo 18

El viernes 31 de enero, Galbraith se despertó sobresaltado. Se había pasado la noche durmiendo a ratos en el sillón reclinable en un rincón de su estudio cerca de un radiador averiado y se encontraba helado, tenso y cansado. Se puso de pie, levantó los brazos para estirar la espalda, bostezó y sonrió... ¿Sería hoy el día? Podría ser. Al menos era uno de sus objetivos. Pero tenía que ser cauto y no precipitar los acontecimientos.

Se duchó y se afeitó antes de echarse al suelo del baño para hacer setenta y cinco flexiones rápidas, lo que simplemente le provocó un leve cambio de ritmo respiratorio. Se levantó con un salto atlético y admiró su reflejo en el espejo de aumento para afeitarse antes de ir a vestirse a su suntuoso dormitorio.

Optó por ponerse un traje a cuadros estilo príncipe de Gales hecho de lana de cordero de excelente calidad, una camisa blanca de algodón de Egipto inmaculada y un par de zapatos negros de cuero de cordones tipo Oxford relucientes. Remató su atuendo con sus gemelos de oro favoritos y una vistosa corbata de dibujos de colores con una insignia deportiva, que consideró le gustaría a Anthony, sin duda alguna. Se miró fijamente en el espejo enmarcado colgado de la pared que tenía al lado de la cama de matrimonio extragrande bajo la luz de la ventana y se arregló el pelo, poniendo todo su empeño en colocar cada parte en su sitio. Por último, se limpió pelusa inexistente de ambos hombros con un cepillo de madera de cerezo. Se miró en el espejo una última vez, se extasió con su propia imagen y decidió que tenía un aspecto magnífico. Salió del dormitorio, cerró de un portazo, cruzó el pasillo a zancadas con paso decidido y bajó los peldaños de las escaleras de tres en tres.

Galbraith se sentó a la mesa de la cocina, desairando a propósito a Cynthia, que estaba al lado de los fogones limpiando una y otra vez la encimera de granito inmaculada. Seguía limpiándola cuando acabó de desayunar veinte minutos más tarde.

El médico se levantó y dirigió la mirada a la coronilla de su esposa. —En un principio creí que habrías conseguido hacer un trabajo decente por primera vez en tu maldita vida al preparar el desayuno.

Ella se tensó y se giró con lentitud para mirarlo de frente. —¿"En un

principio", cariño?

—La posición de mi vaso estaba dos milímetros fuera de su sitio.

—Lo he comprobado dos veces, cariño. Usé la regla. Estoy segura de...

Dio un paso hacia ella. —¿Me estás llamando mentiroso?

—No, claro que no, cariño. Yo nunca...

—Dos milímetros no es aceptable. A estas alturas no tendría que tener que decírtelo.

Cynthia trató de controlar los temblores del cuerpo; trató de controlar la vejiga y también de encontrar una respuesta, cualquier respuesta que lo pudiese apaciguar... "Di algo, Cynthia. Di algo". —Lo... lo siento, cariño. Mejoraré. Te prometo que lo haré mejor. ¿Ti... tienes to... todo lo que necesitas para el tra... trabajo, cariño?

Él se acercó a su esposa despacio, dejó la cara a milímetros de la de ella y escupió las palabras salpicándole la cara con saliva amarilleada por la mantequilla. —¡No finjas que te preocupas por mi trabajo, zorra!

—Pero sí que me preocupo, cariño.

Galbraith giró la cabeza hacia la puerta. —Estoy oyendo llorar a tus malditas mocosas. Ya te he avisado de sobra que tienes que llamarlas al orden antes de que sea yo quien lo haga.

Las dos hijitas de la pareja estaban de pie, con la cara lívida y llorando en lo alto de las escaleras cuando llegó su madre al rellano. Ninguna abrió la boca, pero Cynthia sonrió con dulzura y les hizo gestos para que se acercaran. Ambas caminaron en su dirección y la abrazaron estrechamente con ansia. Su madre las apretó hacia sí para protegerlas del mundo cruel, hasta que oyeron un portazo en la puerta principal uno o dos minutos después. Cynthia hizo lo posible por sonreír y habló en susurros nerviosos. —No es culpa de papi, niñas. Debo esforzarme más. Todas debemos hacerlo.

Galbraith se acomodó en el asiento del conductor con la cara enrojecida y resollando con fuerza. Inspiró y espiró despacio, profundamente y con plena consciencia al crecer la presión de la cabeza... "Piensa, hombre, piensa. Imagina el escenario: el maldito mocoso colgado, indefenso y a tu merced. Eso es, eso es, haz algo grande, haz que brille y resuene".

Se retorció de dolor, sufría espasmos y sudaba mientras intentaba relajarse hasta que la palpitación empezó a disminuir y se volvió soportable... "Ya está,

ya está. Ahora lo que tienes que hacer es que la fantasía se convierta en realidad".

Se secó la frente con la manga de la chaqueta... "Sé optimista, hombre, sé optimista". Ahora, al menos, podría seguir adelante con su proyecto. No tan rápido como desearía, eso estaba claro, pero seguiría en marcha seguro. El maldito mocoso estaría pronto bajo su control. Aunque solo fuese durante una hora y con la insoportable zorra entrometida de su madre merodeando por los alrededores como un olor pestilente. Este no iba a ser el día en que disfrutaría de sus mayores fantasías, tenía que reconocerlo. No obstante, sí que le acercaría al gran momento. Y eso era algo que debía agradecer. Algo para celebrar y de lo que sentirse orgulloso. Una tristeza dulce, por así decirlo. Ese día, por muy frustrante que fuese, tendría que sentirse satisfecho con lo que pudiese conseguir.

Llegó al aparcamiento vacío de la clínica mucho más temprano de lo habitual. Cerró el vehículo con el seguro presionando un botón, y sonrió mientras recorría el estacionamiento... Al menos sabía que la estúpida zorra de su secretaria no había llegado aún.

Entró a zancadas en la recepción de la clínica y pulsó el código de cuatro dígitos en la alarma antirrobo con una prisa innecesaria... Le gustó la sensación de estar de pie en la sala vacía y haber eludido el ritual diario de saludos y demás cumplidos rutinarios desagradables con su necesaria secretaria. Algún día le soltaría a esa maldita zorra todo lo que pensaba de ella.

Apretó los puños y luego, conscientemente, volvió a relajar las manos... Algún día, sí, algún día.

El psiquiatra pasó como una flecha por todas las salas, para comprobar, una y otra vez, que estaba todo listo: cámara de vídeo, sí; grabador de vídeo, sí; cinta de vídeo vírgen, sí; televisión, sí, y micrófonos, sí... Cada uno en su lugar y funcionando a la perfección. Todo iba bien encaminado. Solo le quedaba una cosa más para colocar en su sitio.

Se acuclilló en el suelo de la sala de terapia y colocó con cierta obsesión varios vídeos infantiles en la estantería inmediatamente inferior a la televisión. Se aseguró de que todos excepto uno fuesen adecuados para niños muy pequeños: *Pat el cartero*, *Noddy*, *El oso Paddington*, *Play School*, y otros parecidos... Sí, sí, eran perfectos.

Elegió una recopilación de *Los mejores goles*, arrojó a su espalda la cinta

de vídeo para deshacerse de ella más tarde, y, después de sacar otra sin etiquetar de su maletín, la introdujo en la funda y la situó en la estantería con los demás vídeos. Se relajó un instante y sonrió... Era una táctica tan simple. La había usado cientos de veces a lo largo de los años. No obstante, nunca se era lo bastante meticuloso. Siempre habría algún riesgo y no había lugar para la complacencia. Permanecer centrado era imperativo.

Más tarde, el psiquiatra se sentó a la mesa de su despacho y analizó mentalmente el plan con reiteración, punto por punto, una y otra vez... ¿Seguir el procedimiento tantas veces analizado y probado le estaba dando una ilusión pasajera de autocontrol que ya no poseía? Tenía que asegurarse de que todo iba bien. Tenía que prever cualquier posible contratiempo. "¡Piensa, hombre, piensa!".

—Buenos días, doctor, cuánto ha madrugado hoy.

Este miró el reloj... No, joder. La zorra había llegado temprano. ¿Por qué justo ese día?

Se la imaginó desangrándose y muriendo, y sonrió... "Cara de póquer. Vamos, hombre, pon cara de póquer". —¡Buenos días, mi querida niña! ¿Estrenas blusa?

Sharon rio coqueta como una adolescente tímida. —¿Qué? ¿Este trapito viejo? Que va, lo tengo desde hace siglos.

—Pues te sienta genial, querida niña.

Sharon se puso colorada.

"Maldita crédula". —Voy a necesitar que me hagas un recado en breve, mi querida niña. Después de que recibas a Anthony y a su encantadora madre y los llesves a mi consulta. No será nada extenuante, no te preocupes. Lo único que tendrás que hacer es entregar un informe urgente en los servicios sociales de Swansea. No creo que te lleve más de una hora.

—¿Cuándo quiere concretamente que lo entregue?

El doctor sonrió y adoptó una actitud relajada, sentándose en una esquina de la mesa de su secretaria. —No te preocupes por eso ahora, mi querida niña. Ya te lo diré en su momento. ¿Por qué no preparas para los dos un café para que empecemos bien la jornada?

Sharon frunció el ceño... Algo no marchaba bien. No hacía precisamente calor en la recepción, así que ¿por qué sudaba su jefe? La camisa se le había pegado al cuerpo. ¿Y por qué tenía un tic en el ojo izquierdo? Siempre era dueño de sí mismo. ¿Se lo comentaba o lo pasaba por alto? Sí, claro que tenía

que decírselo. Después de todo, eran amigos. —¿Se encuentra bien, doctor? Tiene la cara enrojecida. ¿Quiere que le traiga algo?

"Contrólate, hombre. La zorra sospecha algo". —Es muy amable de tu parte haberte dado cuenta, mi querida niña. No es nada preocupante. Ya sabes que no me gusta quejarme. Sospecho que mis niñas trajeron algún virus invernal del colegio. Es inevitable en esta época del año, me temo.

—Debe cuidarse más, doctor.

"Sí, sí, vas bien. Sigue así, sigue así". —Toda la familia ha pasado por ello. La pobre Cynthia se encontraba fatal cuando me fui de casa esta mañana. Odio dejarla sola así. Pero ahora, ¿te importa ir a preparar ese café para los dos?

—Siéntese ahí y trate de relajarse, doctor. Los Mailer no tardarán mucho en llegar. —Levantó el bolso y lo abrió—. ¿Quiere paracetamol? Estoy segura de que tengo por aquí.

—No, gracias, mi querida niña. Con la taza de café será suficiente.

El doctor se hundió en su silla mientras contemplaba el reloj de pared y vigilaba la manecilla de los segundos, queriendo que se desplazase más deprisa. Fantaseó, pero esta vez no le sirvió para mitigar su creciente angustia. Se arañó la nuca con las uñas perfectamente recortadas y se tapó las orejas con las manos ahuecadas... Si no conseguía poner pronto las manos encima a ese maldito mocososo, las consecuencias para su propio bienestar podrían resultar insuperables.

Capítulo 19

Mike Mailer había aprovechado la oportunidad para remolonear y salió sin ganas de la cama a las 9:12. Se puso los mismos calzoncillos, calcetines, camisa y corbata del día anterior y uno de sus trajes baratos de supermercado, antes de pasarse la maquinilla de afeitar eléctrica de camino al baño.

Comprobó la hora en el reloj sumergible de Seiko que le había regalado Molly por Navidad dos años antes... Eran casi las nueve y media. Tenía tiempo para un café rápido y una tostada untada con mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa, si se daba prisa.

Salió del piso veinte minutos después, sabiendo a ciencia cierta que iba a contrarreloj... Bueno, como siempre. Él era así y no había nada de malo en ello.

Metió la mano en un bolsillo del pantalón y luego en el otro y, por fin, encontró las llaves del coche en el bolsillo interno de la chaqueta de poliéster de raya diplomática... Era la ley de Murphy. ¿Por qué siempre estaba en el último bolsillo en el que buscaba?

Apretó las llaves en el puño y se puso a correr el trecho que le quedaba hasta el coche sobre la acera brillante por la humedad hasta el lugar donde había conseguido encontrar una plaza adecuada para su XR3 la tarde anterior. Cuando se estaba acercando a su coche, vio que tenía un neumático desinflado y luego vio otro, otro y otro... ¡Malditos vándalos! Se los habían rajado. Iba a salirle por una pasta. Los neumáticos de un deportivo no eran precisamente baratos.

Miró la hora... ¡Joder!

Dio la vuelta sobre sus talones y regresó corriendo al piso.

"Venga, Mo, responde al maldito teléfono, mujer".

—Buenos días.

—Hola. Soy Mike.

—¿Dónde demonios te has metido?

—Algún capullo envidioso me ha rajado todos los neumáticos.

—¿Entonces no estás de camino?

—Lo acabo de descubrir hace cinco minutos, cariño.

—Si este es un intento patético de eludir tus responsabilidades, te las verás conmigo.

—No, en serio, Mo. Estoy hecho polvo.
—Vale, ¿y qué demonios esperas que haga ahora? Ya no hay forma de que lleguemos a tiempo a la cita de Anthony, ¿o sí?
—Lo siento de veras. Pero ¿qué quieres que haga?
—Piensa en algo.
—¿Por qué no llamas a un taxi?
—¡Estoy sin blanca, Mike!
—Te doy yo el dinero.
—Vaya, no me esperaba algo así de ti.
—No seas así, Mo. Hago todo lo que puedo. ¿Por qué no llamas a la clínica y explicas que vais a llegar tarde? En todo caso podrás concertar una nueva cita, si hace falta. Quizá haya suerte.
—Bien. Yo llamo a la clínica y tú pides un taxi y te plantas aquí lo antes posible.
—¿Quieres que vaya en taxi desde aquí?
—Sí. A mí me quedan cincuenta céntimos en el monedero. Ponte en marcha ya, por favor.

Mike buscó el número de un servicio de taxis local en las páginas amarillas mientras Molly llamaba a la clínica y trataba de parecer lo más sosegada posible cuando respondió Sharon con un alegre : —¡Buenos días!

—Buenos días, soy la señora Mailer, Molly Mailer, la madre de Anthony. Lamento informarle de que vamos a llegar tarde. Tenemos un taxi de camino, pero no nos va a ser posible llegar a tiempo a la cita.

—Lo siento mucho, señora Mailer. El doctor ha hecho lo imposible por hacerle un hueco a su hijo. ¿No querría que le busque una nueva cita?

—Perdóneme. De verdad que lo siento. Ya deberíamos haber llegado, pero algún idiota le reventó los neumáticos al coche de mi marido. Como ya le dije, está a punto de llegar un taxi para llevarnos ahí. ¿Le importaría preguntarle al doctor si todavía nos puede recibir?

—Perdone, pero no creo que deba...

—Por favor, pregúnteselo. Se lo agradecería muchísimo.

—Bien, voy a intentarlo por esta vez. Hablaré con él y le devolveré la llamada.

—Muchísimas gracias. Pero ¿le importaría que me quede a la espera? El taxi podría llegar en cualquier momento.

—Seré tan rápida como pueda, señora Mailer. Pero no puedo garantizarle

nada.

El doctor Galbraith estaba de pie frente a la ventana cuando entró Sharon en su despacho. No sabría concretar dónde estaba el problema, pero se notaba una tensión en el ambiente que casi se podía palpar cuando su jefe se dio la vuelta y le preguntó: —¿Quién ha llamado?

—Los Mailer van a llegar tarde, doctor. ¿Quiere que les dé una nueva cita?

De repente, se sintió aturdido y la sala se transformó en un borroso cuadro impresionista de colores tenues. —Has dicho que van a llegar tarde. Eso implica que tienen intención de acudir.

Sharon se acercó a él con precipitación y le agarró del brazo. —Creo que debería sentarse. Se ha quedado completamente pálido.

El psiquiatra se sentó y se movió con intranquilidad en su asiento, cerró los ojos y presionó el puente de la nariz con fuerza entre el índice y el pulgar. —¿Va a venir o no va a venir el niño de los Mailer hoy?

—Bueno, sí, están haciendo lo posible por venir, pero...

El alivio del psiquiatra fue abrumador y luchó por contener la creciente excitación antes de responder: —Les pasaré consulta en cuanto lleguen, Sharon. Por favor, llama a los siguientes pacientes que tenga para más tarde y cancela las citas.

El taxi rojo de Citroën modelo BX entró en el aparcamiento de la clínica unos veinticinco minutos más tarde y se detuvo justo al lado del Daimler del facultativo. Mike bajó rápido la ventanilla de la puerta de copiloto mientras se bajaban Molly y Anthony. —¿Quieres que entre con vosotros? Por mí, no hay problema. —Esperó la respuesta conteniendo la respiración... "Por favor, di que no, Mo. Por favor di que no".

Molly se lo pensó uno o dos segundos y decidió sin demora que todavía no había llegado el momento de desplegar la alfombra roja. Se dio la vuelta para mirarlo de frente y negó con la cabeza. —Relájate. El doctor solo quiere que vayamos Tony y yo en esta ocasión. Pero te quiero aquí, sin falta, con el taxi dentro de una hora exacta. ¿Está claro?

—Es perfecto. Hasta luego.

Molly sonrió con tristeza... Mike era de lo más previsible.

Galbraith observaba por detrás de las cortinas de su despacho, al igual que dos semanas antes... "No, no, no, ¿a qué demonios ha venido el padre?"

Se apartó de la ventana y resistió las ganas de vomitar... No, no se le podía torcer todo ahora. Precisamente ahora no, cuando estaba tan cerca.

Abrió de sopetón la puerta y salió disparado del despacho en dirección al aparcamiento, lo que dejó a su secretaria anonadada. Salió bruscamente al sol brillante del invierno justo cuando el taxi se marchaba con Mike arrellanado en el asiento delantero. Frenó en seco, dándose perfecta cuenta de lo absurdo de su conducta y la impresión negativa que estaría provocando... ¿Qué cojones estaba haciendo? ¿Qué iba a decir ahora? ¿Qué explicación podría dar esta vez?

El facultativo cerró los ojos, los abrió al instante y gritó para sí mismo: "¡Contrólate, hombre!". —¡Vaya, qué lástima! Me gustaría haber hablado un momento con el señor Mailer antes de que se fuera.

Molly soltó una sonrisa nerviosa. —Regresará en una hora, si todavía necesita hablar con él.

El doctor dio una palmada a Anthony en la espalda con la mano derecha... ¿Había resultado creíble? Eso parecía. —No te preocupes. ¿Cómo estás jovencito? He estado esperando tu llegada. Tengo una caja enorme de bombones en el cajón de mi despacho que tienen tu nombre, si a tu madre no le importa. ¿Qué me dices, mamá? ¿Puede comer Anthony unos cuantos bombones?

Molly respondió afirmativamente y siguió al psiquiatra a la recepción de la mano de su hijo.

—Por favor, poneos cómodos en mi despacho mientras le comento un par de cosas a Sharon. Ahora mismo estoy con vosotros.

"Sharon, mi querida niña, el informe que te comenté antes está en la bandeja del correo. Este sería el momento perfecto para entregarla.

—Se puede enviar por correo urgente, doctor.

—¡Creía haberte dejado perfectamente claro que había que entregarlo hoy! La secretaria desvió la mirada y se levantó para marcharse.

El doctor Galbraith sonrió... "¡Qué pena que necesite a esta zorra!". — Valoro mucho tu esfuerzo, Sharon. No hace falta que vuelvas hasta que hayas comido. Te lo mereces, mi querida niña. Ahora, vete. No lo demoremos un minuto más.

Sharon intentó sonreír, guardó el documento y se dirigió a la salida.

Galbraith se abrochó la chaqueta del traje para ocultar su creciente erección antes de unirse a Molly y Anthony en su despacho color magnolia. Se sentó de frente a ambos, pero hablaba directamente a Molly. —Me encanta que hayas venido de nuevo, mi querida niña, pero no hay ninguna necesidad de que te quedes. Anthony estará bien bajo mi cuidado. Perfectamente bien. Puedes venir a por él dentro de una hora exacta.

El psiquiatra se puso de pie, abrió el cajón de su escritorio y sacó la ya mencionada caja de bombones. Dejó que Anthony eligiese uno y después devolvió su atención a Molly, que estaba a punto de irse. —Llévate un puñado, mi querida niña. Vamos, elige los que quieras. ¿Por qué no te das ese gusto? ¿Tú qué dices, Anthony? ¿Quieres que mamá se lleve unos cuantos bombones antes de irse?

Anthony sonrió y asintió dos veces... Si pasar una hora hablando con el médico significaba comer dulces y que su papá volviese a casa, lo haría encantado.

Molly eligió uno redondo relleno de dulce de leche y envuelto en papel brillante de celofán plateado y dorado y apoyó la mano sobre el hombro de Anthony para reconfortarlo cuando se preparaba para marcharse. —Todo irá bien, cari. El doctor va a tener una charla contigo y yo estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

El niño sonrió sin entusiasmo, y Molly insistió. —Te veré dentro de una hora, cari. A lo mejor, papá nos puede llevar más tarde a comer una hamburguesa.

—Vale, mamá.

Molly se despidió de su hijo con gesto nervioso y salió rápido de la clínica sin mirar atrás.

El doctor Galbraith la siguió hasta la puerta exterior, y la observó mientras cruzaba el aparcamiento, demasiado espacio para su gusto... Ya era hora. La zorra se había ido al fin.

Cerró la puerta con llave, se olvidó de conectar la alarma y volvió con prisa a la recepción... Tenía una hora, solo una hora; pero tenía que mantener el control, a pesar de la presión, a pesar de la tentación.

—Anthony, mi querido niño, siento haberte hecho esperar. Creo que tu madre se ha ido a dar un paseo agradable por el sol. Al parque, me imagino. ¿Por qué no? Hace un día precioso para pasear. Tengo que hacer un par de cosas antes de que hablemos. ¿Por qué no vas a la sala de terapias y eliges una cinta de vídeo? Estoy seguro de que un chaval tan listo como tú sabe encender

la televisión y el reproductor de vídeo, ¿verdad?

Anthony se puso de pie mientras asentía.

Galbraith pasó el brazo alrededor de sus hombros y lo guio con suavidad hacia la puerta. —Claro que sí. Claro que sí. —Se detuvo de repente justo cuando iba a abrir la puerta—. Nos hemos olvidado de algo. ¿Sabes qué es, jovencito?

Anthony subió la mirada a la cara del médico y agitó la cabeza con inquietud.

Galbraith se rio a carcajadas. —Los bombones. No nos podemos olvidar de los bombones.

Anthony se relajó inmediatamente y sonrió.

El médico fue a por la tentadora caja roja y azul con los bombones más caros del mercado y se la entregó con una sonrisa de complicidad. —Vamos, jovencito. Elige una película, ponla y cómete todos los que quieras mientras me esperas.

Una sonrisa cruzó el rostro de Anthony. —Vale.

El doctor removió el pelo corto y pelirrojo del niño con la palma de la mano. —Te veré dentro de un par de minutos, mi querido niño. Busca un vídeo que te guste.

Anthony desenvolvió dos bombones, se los metió a la vez en la boca y se sentó en el suelo para revisar las cintas de vídeo. Mientras tanto, Galbraith apartó una foto enmarcada de sus dos hijas de una pared y miró por un agujero pequeño perforado en el tabique para ese propósito.

El psiquiatra miró la hora, maldijo entre dientes y se agarró la cabeza con ambas manos... "Vamos, maldito mocososo. Vamos. Enciéndelo. Enciende el puto cacharro".

Anthony descartó todos los vídeos con rapidez, excepto el de los mejores goles. No podía creer la suerte que había tenido... Una joya entre un montón de basura.

Encendió la televisión, sacó la cinta de vídeo de la funda, la introdujo en el aparato de VHS. Presionó el botón de encendido antes de sentarse en un puf de pana azul marino que estaba muy cerca del aparato de televisión y esperó a que empezase la reproducción. Cuando por fin aparecieron imágenes en pantalla se quedó helado y dejó caer la caja de bombones al suelo, sin conseguir apartar la mirada... ¡Eso no era fútbol! ¿Por qué esos hombres no llevaban ropa? ¿Por qué tenían máscaras? ¿Qué le estaban haciendo al niño?

Empezó a llorar sin control. —¡Mami! mami! ¡Quiero a mi mamá!

El psiquiatra sudaba, sufría espasmos, jadeaba y salivaba al tiempo que el cuerpo se le inundaba de adrenalina... "Así, así, maldito mocososo. ¡Eso es lo que quiero!".

Volvió a mirar la hora... "Dale tiempo. Dale tiempo a ese mocososo; no te apresures".

Comprobó la hora una vez más... Las manecillas se movían muy rápido. ¡Demasiado rápido! ¿Debería entrar ya? ¿Ya estaba el pequeño mocososo lo bastante angustiado? Sí, sí, claro que lo estaba. El tiempo volaba. Era el momento de acelerar la situación.

Entró en la sala y permaneció inmóvil durante un momento sin hablar.

Anthony se giró hacia él y siguió llamando a su madre.

—¿Te ha pasado algo, mi querido niño? ¿No había ninguna película que te gustase?

—¿Dónde está mi mamá? Quiero a mi mamá.

El doctor se acercó a la televisión y la miró durante unos segundos antes de estirar el brazo y apagarla. —No deberías haber visto esa película, Anthony. Eso no está bien, no está nada pero nada bien.

—Quiero a mi mamá.

Galbraith se cernió sobre Anthony, adoptó una postura de concentración como si estuviese reflexionando con cuidado su respuesta. —Dios, se me acaba de ocurrir algo horrible. ¿Qué dirán tus padres si descubren algún día lo que has visto? Tu padre ya no volvería a casa nunca más. —Negó con la cabeza con tristeza—. ¡Nunca más!

Las lágrimas de Anthony se convirtieron en sollozos profundos e incontrolables que hacían que le agitase el cuerpo cuando intentaba respirar. Se hizo un ovillo en el suelo y se quedó en posición fetal chupándose el pulgar.

El psiquiatra se sentó en el suelo al lado de su víctima ya predispuesta y le empezó a acariciar la cabeza con suavidad. —Tu madre estará a punto de volver y te va a preguntar por qué estás disgustado. Y cuando lo haga ¿qué le puedo contar? ¿Qué piensas que va a decir cuando le cuente lo que has hecho?

Anthony sacudió la cabeza en silencio con gesto de inquietud en el rostro.

—Va a estar muy pero que muy enfadada.

Silencio.

Galbraith no dijo nada más durante un rato, pero siguió acariciándole la cabeza. —La verdad es que yo se lo debería contar todo a tu madre, pero soy tu amigo. ¿Qué crees, Tony? Los amigos no se chivan, ¿a que no?

Anthony volvió a sacudir la cabeza.

—Si me prometes que vas a ser un niño bueno, no me chivaré. Será nuestro secreto. Eso es lo que hacen los buenos amigos, Anthony. Se guardan los secretos. ¿Qué vamos a hacer ahora hasta que regrese tu madre?

Molly estaba sentada en un banco del parque justo enfrente del estanque artificial contemplando a dos patos reales y evocando los picnics del pasado. Sonrió mientras recreaba la escena: juegos de pelota, niños divirtiéndose, carcajadas, el calor del sol acariciándole la piel, árboles de un verde intenso y flores veraniegas de múltiples colores que alegraban los sentidos; agua brillante, gran actividad de fauna silvestre y los insectos de los lagos... Fue una época más feliz y ese lugar le traía gratos recuerdos.

No sabía de dónde le había llegado la idea, pero, mientras rememoraba el pasado, empezó a sentirse cada vez más intranquila por haber dejado a su hijo a solas con el psiquiatra... Seguro que no había nada de qué preocuparse. Después de todo era médico y tenía una magnífica reputación. Eso es lo que le había dicho su médica de cabecera. ¿Estaba portándose como una tonta? Además, no podría ser más agradable. Entonces, ¿por qué estaba tan preocupada? ¿Sería por la llamada de Phil? ¿Habría algo que no le había contado? Por su bien, más le valía que no fuese así.

Molly empezó a caminar a grandes zancadas hacia la clínica y llegó en la mitad del tiempo que le había llevado recorrer esa distancia en el sentido contrario. Se quedó a la entrada del edificio intentando recuperar el resuello y giró la manija de la puerta. No se abrió. La giró de nuevo, esta vez con desesperación, y trató de forzar la puerta con el hombro para que se abriera... ¿Estaba cerrada con llave? Era imposible, no podía estar cerrada con llave.

Molly aporreó la puerta con los nudillos, una y otra vez, cada vez con más insistencia y fuerza... ¿Por qué no contestaba nadie?

Rodeó el edificio corriendo... ¿Habría otra puerta? Tenía que tener una puerta trasera. Sí, la había, ¡gracias a Dios! Giró la manilla. ¡También cerrada con llave! ¿Qué estaba pasando? ¿Y si algo marchaba mal? Algo iba mal. Vio una ventana. Era pequeñísima, pero al menos estaba abierta.

Molly se quedó pensativa... ¿Debería subir a la ventana o se estaba portando como una histérica? ¿Estaba exagerando? Probablemente sí. Pero, ¿y si Tony la necesitaba?

Levantó el ventanuco haciendo palanca hasta que hizo tope y, sin saber muy bien cómo, se introdujo por un hueco demasiado pequeño para su cuerpo,

se rasgó una pernera de los vaqueros y se arañó el muslo izquierdo en el proceso. Una vez dentro, se halló en una especie de cocina pequeña y vieja en una parte del edificio que no había visto antes. Salió corriendo de la sala a un pasillo excesivamente iluminado y se tranquilizó cuando vio al fondo la sala de recepción que ya conocía. Corrió los últimos pasos, trastabilló y se cayó al suelo, golpeando la superficie enmoquetada con un ruido sordo y estrepitoso.

El doctor Galbraith estaba inclinado sobre Anthony: intentando no seguir sus impulsos, luchando por mantener el control y maldiciendo el estruendo de la cabeza cuando oyó el ruido inesperado que venía de la recepción... Sharon no regresaría hasta dentro de al menos una hora. Tenía que ser la zorra de la madre. Había cerrado con llave. Estaba seguro de que lo había hecho. ¿Cómo demonios había entrado?

Se agachó al lado de Anthony y acercó la cara a milímetros de la del niño. Lo miró directamente a los ojos presos del pánico y le susurró: —Recuerda lo que te he dicho, chaval. Si tu madre y tu padre se enteran, discutirán. Y, si discuten, nunca jamás volverán a estar juntos. ¿Lo entiendes? ¡Nunca jamás! Y sería culpa tuya. ¿Lo entiendes?

Anthony asintió con ansiedad.

Galbraith se puso de pie y ayudó al niño a levantarse. —Vamos, jovencito, arriba. Y deja de lloriquear. No querrás decepcionar a tu madre, ¿verdad?

—¡No!

El psiquiatra dirigió a Anthony hacia recepción y se topó con Molly, que entraba corriendo en su consulta sin llamar... La zorra sospechaba. Definitivamente, sospechaba. —Molly, querida mía, estoy encantado de que ya estés de vuelta. Me alegra poder decirte que hemos avanzado muchísimo. Tony se disgustó un poco cuando hablamos de tus dificultades de pareja, pero era de esperar.

Anthony se apartó de él, corrió hacia su madre y se aferró a ella sin decir nada.

Molly abrazó a su hijo y miró al médico. —¿Por qué estaba cerrado con llave?

"Céntrate, hombre, céntrate. Tiene que ser creíble"—. Como ya te había explicado en la primera cita, es imprescindible que no se sufran interrupciones en las sesiones terapéuticas. Sharon es quien lo controla, pero ha tenido que salir, como ya sabes.

Molly frunció el ceño... ¿Era realmente necesario encerrarse bajo llave?

Podría ser. Alguien podría haber entrado y entorpecido el tratamiento de Anthony. Quizá cerrar con llave era la mejor opción bajo esas circunstancias.

Se lo estaba tragando. La zorra se lo estaba tragando. —¿Qué te ha pasado en la pierna, mi querida niña? Parece que sangras con profusión. Deja que le eche un ojo.

Molly cambió el peso, incómoda, de un pie al otro... ¿Por qué narices se había preocupado tanto? ¿Qué podía decir ahora? —No es nada. Resbalé en el hielo del parque. No es nada, de verdad.

El doctor Galbraith señaló hacia la silla giratoria y sonrió... La zorra estaba a la defensiva. Pero él había recuperado el control. —Por favor, deja que sea yo quien lo juzgue, jovencita. Siéntate y permíteme que te examine la pierna.

Molly se sentó como le había indicado, con Anthony pegado a ella con la mirada perdida y la cara pálida y sucia de manchas de lágrimas.

El doctor se agachó con una rodilla en el suelo como si se estuviese declarando y despegó con suavidad la tela vaquera desgarrada de la abrasión ensangrentada... Un día se las pagaría esta maldita zorra. —Todo va a ir bien, querida mía. Quédate aquí uno o dos minutos mientras voy al botiquín a por algodón, alcohol y esparadrapo.

Anthony daba tirones al brazo de su madre con insistencia. —Quiero ir a casa, mami.

—No hace falta, doctor. De verdad que estoy bien.

"Algún día sí que estarás bien, zorra. Algún día estarás bien". Ya llegaría su momento. —Haz lo que te pido, jovencita. No querrás que se te infecte, ¿verdad? No me llevará nada de tiempo.

Galbraith regresó con rapidez con su agenda de citas en la que llevaba, haciendo equilibrio, un poco de algodón empapado en desinfectante, medio vaso de agua tibia y el esparadrapo. Se arrodilló otra vez y posó todo en el suelo al lado de la rodilla... "Zorra crédula". —Relájate, mi querida niña. Te va a picar un poco.

—Gracias, doctor.

Dio unos ligeros toques a la herida con el algodón empapado. —Bien, ya está limpio y desinfectado. Te lo voy a secar rápido para ponerte un poco de esparadrapo.

—Gracias.

—Ya está, jovencita, hemos acabado —sonrió—. Pero me temo que no sé arreglarte los pantalones.

Molly trató de sonreír, nerviosa. —Gracias de nuevo, doctor.

El psiquiatra se puso de pie y apoyó la mano derecha sobre el hombro de Anthony. —Buscaremos una nueva cita para este jovencito. Tengo un par de días libres la próxima semana, por lo que creo que sería una buena idea que la siguiente cita con Anthony fuese en mi casa. ¿Qué me dices, jovencito?

Anthony intentó subirse al regazo de su madre.

Molly sonrió con desgana y miró hacia el suelo con vergüenza... Eso era un poco violento. —Vamos, cari. Ya eres un poco mayor para eso. ¿En qué día está pensando, doctor?

Galbraith acercó una silla, se sentó de lado mirando hacia ella y empezó a pasar las páginas de la agenda. —¿Os viene bien el martes a las diez de la mañana? Es decir, el cuatro de febrero. ¡Cómo vuela el tiempo!

—¿Tan pronto?

—No quiero preocuparte, mi querida niña. De verdad que no, pero Anthony es uno de mis casos más urgentes.

—¿Anthony? ¿Seguro?

El psiquiatra tomó una hoja en blanco de su escritorio y apuntó la dirección de su casa y su número de teléfono con su caligrafía rimbombante y con florituras. —Te estaré esperando el martes por la mañana, jovencito. Hay espacio suficiente para que tu madre aparque en mi calle, pero no será necesario. Simplemente déjalo delante de mi casa y ven a recogerlo de nuevo cuando acabe el tratamiento.

Molly se levantó y asintió con docilidad.

Galbraith dio golpecitos sobre la agenda con el bolígrafo y adoptó una expresión contemplativa... ¿Debería arriesgarse? Sí, ¿por qué no? La posible recompensa que obtendría merecía la pena que corriese ese pequeño riesgo. —Creo que deberíamos reservar dos horas para esta cita. Tenemos mucho trabajo por delante si queremos que Anthony vuelva a ser el de antes.

Molly se lo pensó y respondió: —De acuerdo. Pero ¿lo cree de veras necesario?

"Por supuesto que es necesario, zorra". —Me temo que sí, mi querida niña.

Galbraith las acompañó hasta el aparcamiento, donde estaba Mike esperando con impaciencia en el mismo taxi rojo. A Molly le costó entrar en el asiento de atrás porque tenía a Anthony pegado como una lapa al brazo. Mientras el conductor maniobraba para salir a la calle, ambos se mantuvieron estrechamente abrazados, en silencio, con la cabeza de Anthony apoyada en el

hombro de su madre.

Mike se giró en el asiento de delante, echó una mirada acusadora a su mujer e hijo y suspiró. —¿Va todo bien, Mo? Tony parece asustado. Es evidente que está temblando. Estaba feliz como una perdiz cuando llegamos hace una hora. ¿Qué ha pasado?

Molly le apretujó la rodilla a Anthony y sonrió con tristeza... Mike tenía razón. Decidió que necesitaba tiempo para pensar. Quizá había estado equivocada y la terapia no era una buena idea, después de todo. —Lo cierto es que no sé qué decirte. Dejémoslo por ahora. Ya charlaremos cuando llegemos a casa.

Anthony apretó la cabeza contra el hombro de su madre y empezó a llorar otra vez. —Qui... quiero irme a casa.

—¿Qué te pasa, cari?

—Qui... quiero irme a ca... casa, por favor, mami. ¡Me duele mucho la tripita!

—¿No quieres ir a comer una hamburguesa?

—Quiero ir a casa, mami.

—Está bien, cari. Nos vamos a casa.

Capítulo 20

—Tengo que hablar a solas con papi, cari. Vete a jugar a tu habitación un rato. Te llevaré un tazón de chocolate caliente y tus galletas preferidas, las Jammy Dodgers, en un par de minutos. ¿Quieres la bolsa de agua caliente para la tripita?

Anthony empezó a subir las escaleras con desgana. —Sí, mami, gracias.

—Sube rápido, cari. Estaré contigo antes de que te des cuenta.

Anthony rebuscó bajo su cama y en su armario por si había alguien escondido antes de sacar un álbum de pegatinas de fútbol del cajón de su mesilla de noche y abrirlo encima del edredón. Pero no conseguía concentrarse a pesar de la fascinación que le producía siempre su colección... Estaba bien tener a papi en casa, eso seguro. Pero ¿de qué iban a hablar?

Agachó la cabeza y las lágrimas saladas empezaron a caer sobre las páginas abiertas... ¿Y si se enteraban de lo que había visto? El médico dijo que papi no volvería a casa nunca más. ¿Y si pasaba eso? Sería por su culpa.

Anthony tiró el álbum al suelo y se hizo un ovillo sobre la cama mientras esperaba a su madre.

Molly apareció en la puerta de la habitación pocos minutos después, sujetando el tazón blanco y negro de los seguidores del Swansea City con el escudo del equipo lleno a rebosar de cacao caliente y un plato generoso de las galletas azucaradas favoritas de Anthony. Lo dejó tdo con cuidado sobre la mesilla de noche, retiró el álbum caído y recogió las pegatinas sueltas desparramadas por la alfombra, antes de sentarse en la cama de su hijo. — ¿Qué te pasa, cari? Con lo contento que estabas esta mañana. ¿Es por algo de lo que hablaste con el médico? ¿Te dijo algo que te haya disgustado?

—¡No!

—¿Qué te pasa entonces? Algo te tiene que haber asustado.

—Me duele la tripita.

Su madre le acarició el hombro con cariño. —Vamos, cari, métete en la cama y bébete el chocolate. Volveré con la bolsa de agua caliente en cuanto haya hablado con papá. Pero primero deja de llorar. Te traeré más almohadas para que te puedas sentar cómodo y disfrutar de la merienda.

Anthony forzó una sonrisa fugaz y asintió con desgana.

Molly preparó un café con leche bien cargado para Mike y un té de menta para ella, antes de unirse a él en la salita, donde estaba viendo un programa matutino sobre inmuebles en una televisión anticuada que ya había pasado sus mejores años. Le dio su taza, apagó la tele y se sentó a su lado en el sofá de tres plazas.

—¿Cómo le va?

—La verdad es que no demasiado bien. Estoy empezando a preguntarme si Phil tenía razón, después de todo. Quizá la terapia no era tan buena idea.

Mike bebió un sorbo del café y se secó el bigote sucio de leche del labio superior con el reverso de la mano. —¿Qué te ha pasado en la rodilla?

—No cambies de tema, Mike. Quiero saber qué piensas de verdad. No se te ocurra salir con tus típicas excusas de mierda.

Mike se movió con incomodidad en el asiento... No podía evitar responder, por muy tentador que fuese.

—Hablando con franqueza, he tenido mis dudas desde el principio. Estoy convencido de que Phil tiene razón. Lo que necesita Anthony es que nosotros dos dejemos de pelearnos por todo y volvamos a juntarnos lo antes posible.

Lo miró con extrañeza. —¿De veras?

—Sé de sobra que todo esto es por culpa mía, Mo. Por favor, dame la oportunidad de solucionarlo.

—Este no es el momento. Cuando hayas dejado a la tipeja esa en lugar de conformarte con hablar de hacerlo, puede que empecemos a hablar de volver a estar juntos, pero no antes. Métete eso en tu dura mollera. De momento, centrémonos en el tratamiento de Tony, por favor. Tiene otra cita para dentro de pocos días y tenemos que tomar una decisión ahora mismo. ¿Crees que debería cancelar la cita del martes o no?

Mike quedó extrañado. —¿El martes? ¿Por qué tan pronto?

—Al psiquiatra le parece un caso urgente.

—No sabría decir qué es mejor, Mo. Parecías encantada después de la primera cita.

—Madura de una vez, ten cojones y di lo que de verdad piensas por primera vez en tu vida.

Mike desvió la mirada y apuró la taza para ganar tiempo... "¡Allá va!". — A mí no me parece buena idea lo de la terapia. Como muy bien sabes, eso es lo que siempre he pensado. No me fío de la psiquiatría, lo sabes. Y mira el

estado en el que está hoy el pobre chaval. Eso nos dice algo, ¿no?

—Tenemos que estar completamente seguros. Tony parecía haber mejorado tanto desde la última cita. No es una decisión que debamos tomar a la ligera. Yo estaba segura de que la terapia lo estaba ayudando. El doctor es un buen hombre y hace lo que puede. Lo sé. Y tienes que admitir que ya nos había dicho que podría empeorar después de haber mejorado.

—Sí, lo dijo, pero sigue sin convencerme.

—Supongo que es posible que estemos en esa etapa, pero no había previsto que fuese a estar tan disgustado. Quizá deberíamos cancelar la próxima cita y ya volveríamos a pedir una nueva si vemos que es necesario.

—Estoy seguro que tienes razón, pero ¿quieres que vuelva a hablar con Phil?

—No, gracias. ¿De qué valdría? Ya sabemos exactamente lo que piensa. Nos lo dejó perfectamente claro a ambos. Le daré más vueltas al asunto durante el fin de semana y llamaré a la clínica el lunes si decido cancelar la cita.

—Eso tiene sentido, mi amor. Voy a echar un ojo a Tony antes de irme, si te parece bien.

—Sí, claro, sin problema. Se disgustaría si te vas sin despedirte de él.

—Gracias, Mo. Te llamaré durante el fin de semana para ver cómo va todo.

—Vale, Mike. Gracias por lo de hoy. Hablaremos pronto.

Mientras se alejaba de casa, Mike tomó la decisión de que era hora de dejar de mentirse a sí mismo... Molly tenía razón. Tenía que madurar. La relación con Tina había llegado a su fin. Era el momento de cortar con ella y darle prioridad a su familia, para variar. Era lo que su familia quería. Era lo que él quería. ¿Por qué no se decidía? Tina era todo apariencia y vacía de contenido. ¿Tan estúpido era? ¿Como era posible que un polvo que se habían tirado borrachos en la parte de atrás del coche hubiese acabado en una aventura amorosa?

Se rio para sí mismo... ¿Qué era lo que le había dicho Phil sobre eso? Que pensaba con la polla. Jamás había dicho nada tan acertado.

Mike hizo lo posible para evitar encontrarse con Tina cuando llegó al trabajo, y se fue temprano con la excusa falsa de una cita con la dentista,

después de haber llamado a un taller cercano para ir a recoger su XR3 con sus cuatro neumáticos nuevos, extremadamente caros y de alto rendimiento. Cuando llegó en taxi al taller Highgrove, su deportivo ya estaba en la rampa, y solo tuvo que esperar media hora para pagar la indeseada factura y salir conduciendo apesadumbrado.

Miró la hora... Solo tenía veinte minutos hasta que llegase Tina al piso.

Corrió de habitación en habitación, amontonando con desesperación sus escasas pertenencias en una bolsa de deporte roja de Puma y en dos bolsas grandes de basura de color negro que sacó del cajón de la cocina. Echó los tres bultos en el asiento posterior del descapotable y volvió rápido al piso para comprobar que se llevaba todo y para dejarle una apresurada nota explicativa a Tina... Se estaba portando como un cobarde; estaba tomando la salida fácil de nuevo, lo sabía de sobra. Pero ya había sufrido suficientes fatalidades ese día.

Redactó a toda prisa un mensaje corto explicando que echaba de menos a sus hijos y que a quien amaba era a su mujer, no a ella, y la dejó sobre la estrecha encimera de la cocina apoyada en el hervidor de agua, antes de salir como un rayo.

Mientras se alejaba pisando el acelerador a fondo, los neumáticos del descapotable chirriaron con estridencia y dejaron fragmentos de caucho negro sobre el asfalto. Bajó la velocidad al pasar por dos calles oscuras bordeadas de casas adosadas y se metió por una calle secundaria poco transitada por la que sabía que Tina era poco probable que pasara con su coche al volver a casa del trabajo. Detuvo el coche al lado de una cabina telefónica roja y trató de pasar por alto el hedor a orina rancia que penetraba en sus fosas nasales mientras marcaba el número de Molly. Respondió en pocos segundos, pero, incluso antes de que pudiese saludar, Mike estaba gritando al receptor: —Lo he hecho, Mo. La he dejado. ¿Puedo volver a casa, mi amor?

Molly dio un puñetazo al aire en señal de triunfo, pero se amonestó al instante y adoptó un tono sombrío. —¿De veras crees que va a ser tan fácil? ¿Has pensado en algún momento en todo por lo que nos has hecho pasar a mí y a los niños? ¿Tengo que refrescarte la memoria? Nos echaste mierda por encima. Hubo momentos en que habría estado encantada de no volver a verte la jeta nunca más. Tienes que entenderlo.

—Lo siento mucho. De verdad que lo siento, pero ¿adónde esperas que vaya?

—Ese no es mi problema, pero si te vuelves a acercar a esa tipeja, nuestra

ruptura será definitiva. No te daré más oportunidades. Si te entra esto en tu dura mollera, pásate por aquí mañana por la tarde para hablar de nuestro futuro.

—Eso está genial, ¿a qué hora?

—Sobre las siete. Tendremos que establecer unas reglas mínimas para que haya alguna opción de que funcione.

—Gracias, Mo, de verdad. Nos vemos mañana. Te amo. Dale saludos a los niños.

Molly se secó una lágrima que le bajaba por la mejilla. —Como se te ocurra volver a mirar a otra mujer, te cortaré las pelotas con un cuchillo de los buenos.

Capítulo 21

Mike llegó a la casa de su madre, una vivienda semiadosada de protección oficial construida en 1950, justo cuando la temperatura exterior bajaba de cero grados. La anciana negó con la cabeza una y otra vez cuando se lo encontró a la puerta sujetando sus insignificantes posesiones, pero decidió guardarse para sí su opinión... Él la conocía lo suficiente para saber que lo desaprobaba. ¿Para qué molestarse en decirlo? Tendrían tiempo de sobra para hablar.

Mike subió sus cosas al pequeño cuchitril que había sido su dormitorio de pequeño y se sentó en el sofá cama de una plaza... Vaya vueltas que daba la vida.

Decidió no molestarse en deshacer el equipaje y se fue directamente a la planta inferior a tomar una taza de té y dejar que su madre le echase la bronca inevitable... Cuanto antes, mejor.

Estuvieron sentados en la sala de estar con mobiliario barato y anticuado pero immaculado durante unos diez minutos hasta que June Mailer apartó la mirada de la televisión y la dirigió a su hijo con gesto de profunda exasperación. —Arregla tus problemas con Molly, Mikey, aunque solo sea por los niños.

—Ya lo estoy haciendo, mamá.

—Me alegra saberlo, hijo. Enciende el hervidor. Una taza caliente de té de Rosie nos animará un poco.

Durante los veinte minutos siguientes estuvieron en completo silencio, bebiendo té en tazas de porcelana mientras veían en la HTV un concurso familiar que los enganchó, pero que en el fondo era absurdo. Mike se puso de pie en cuanto empezaron las noticias de la tarde y se giró para hablar con su madre. —¿Te parece bien que use el teléfono, mamá? Ya pasan de las seis y es una llamada local.

June miró la hora en su viejo reloj de pulsera de oro blanco de Rotary y se relajó. —Por supuesto que puedes, Mikey. No hace falta que lo preguntes.

Phillip Beringer tardó en responder unos treinta segundos. —Dígame.

—Hola, Phil, soy Mike. ¿Te apetecen un par de pintas?

—Sí, ¿por qué no? ¿En el club de rugby a las ocho? Hoy debería estar relativamente tranquilo; hay partido en campo contrario por la mañana.

—Me gusta el plan. Te daré otra paliza a los dardos, si te apetece jugar.

—Sí, sí, sigue soñando. Hasta luego.

Cuando entró Mike en el bar del club de rugby, que estaba mucho más vacío que de costumbre, Beringer estaba de pie frente a la barra manteniendo una conversación animada con una camarera de mediana edad entrada en carnes pero bien proporcionada, con exceso de maquillaje y rubia de bote. Pidió dos pintas: una Buckleys amarga y una Guinness, y pidió prestados los dardos incluso antes de molestarse en saludar con retraso a Beringer. Este le devolvió el saludo, aceptó encantado la cerveza y tomó asiento en una zona tranquila en la parte más alejada de la sala y detrás de la mesa de billar desgastada. Mike colocó los tres dardos metálicos sobre un posavasos húmedo con publicidad de cerveza y, a propósito, eligió un sitio con buenas vistas a la camarera y su escotada blusa muy bien rellena.

Beringer se fijó en su amigo y resopló. —No me jodas, Mike. ¿No piensas cambiar? ¿Crees que te vas a conseguir concentrar en lo importante durante unos minutos y contarme cómo le va a Anthony? —Su gesto se volvió más serio—. ¿Qué decidió Molly al final sobre la clínica?

—Ha tenido hoy otra cita, pero ya está pensando en cancelar la siguiente.

—¿Qué? ¿No me dijiste que tenías problemas con el coche?

—Molly insistió en que llamase a un taxi.

Beringer frunció el ceño con inquietud. —¿Qué tal le va a Anthony?

—Como ya te había dicho, se comportó genial después de la primera cita, pero hoy ha salido hecho una mierda.

—¿Estuvo Molly con él todo el tiempo?

—No, Tony se quedó con el psiquiatra a solas esta vez. ¿Pero por qué me lo preguntas? Joder, espero que no haya nada grave en este asunto que me estés ocultando, Phil.

Beringer apuró su pinta e hizo lo posible por mantener contacto visual. —No, ya te dije que no hay nada raro. Lo que pasa es que no creo que sea una buena idea. ¡Nada más! ¿Quieres que vuelva a hablar con Molly?

—No, no hace falta. Se lo puedo decir yo mismo. De todos modos, creo que ya ha llegado a la misma conclusión que nosotros. Hay algo que no te he contado... Vamos a volver juntos.

Beringer sintió que le quitaban un gran peso de encima... Podría ser ya demasiado tarde, pero tenía esperanzas de que no. —¿Y Molly también lo sabe?

—Claro que lo sabe, capullo. Me he trasladado a casa de mi madre por

ahora.

Beringer se rio a carcajadas hasta que le dolió el pecho y le cayeron lágrimas por la cara arrugada. —¿Y qué tal lo llevas?

—La verdad es que esperaba quedarme una temporada contigo.

—¿Estás de coña? —Levantó los dos vasos vacíos y rio—. Busca el lado positivo, estoy seguro de que tu madre está encantada de tener a su pequeñín en casa de nuevo. Ahora te jodes. Tú te lo has buscado.

—Sí, es probable que tengas razón. Disfrutemos de las cervezas.

Capítulo 22

Molly se pasó un buen rato buscando el pijama y la ropa de cama húmedas de Anthony y lo encontró todo escondido en un hueco del armario de su hijo debajo de la caja del Scalextric. Lo juntó con varias piezas de ropa y un par de zapatillas de deporte empapadas de orina y lo llevó entre los brazos a la planta inferior. Luchó por reprimir las lágrimas mientras bajaba las escaleras hacia la lavadora ya sobrecargada.

Molly introdujo todo el fardo a excepción de las zapatillas en el cargador frontal, echó detergente en polvo del paquete medio vacío y se lavó las manos a conciencia antes de prepararse una bebida caliente. Luego se dejó caer a la mesa de la cocina para darse un breve aunque necesario indulto. Dio un sorbo a la bebida caliente y suspiró... La vida parecía que se burlaba de ella. Era como si un gran titiritero en el firmamento estuviese moviendo los hilos y jugando con sus frágiles emociones solo para divertirse. Un paso para adelante y dos para atrás. Daba la impresión de que así funcionaba todo últimamente. Tony había estado genial después de la primera cita, ¿pero cuánto le había durado? Se había pasado todo el fin de semana pegado a ella y a punto de llorar en todo momento. Y ahora volvía a mojar la cama. La situación estaba tan mal como antes. ¡O incluso peor! Si iba a cancelar la cita del día siguiente, tenía que hacerlo ya. El médico era un hombre atareado y probablemente tenía que ocupar el hueco con otro paciente.

Molly encendió la radio para ahogar el zumbido incesante del traqueteo de la lavadora, y se preparó otra taza de té de menta. Mientras derramaba una cucharada colmada de miel clara prensada en frío, reconoció para sí misma que, como siempre, estaba retrasando lo inevitable... Ya había tomado una decisión. Debería haberle hecho caso a Phil cuando la llamó.

Molly marcó el número de la clínica y solo esperó unos segundos antes de oír la alegre voz de Sharon al teléfono, fácilmente reconocible. —Buenos días, al habla la secretaria del doctor Galbraith. ¿En qué le puedo ayudar?

—Hola, Sharon. Soy la señora Mailer, Molly Mailer, la madre de Anthony.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Mailer?

—Quisiera cancelar la cita de Anthony, por favor.

—Si no le viene bien el horario, puedo buscar en la agenda otro día que le vaya mejor a usted.

—No, no se moleste. Dele las gracias al doctor por todo, pero Anthony no

volverá a la consulta.

—¿De verdad? ¿Está segura de que es lo más acertado? El doctor Galbraith estará hoy en una conferencia en la sede del Ministerio en Gales en Llandrindod Wells durante todo el día, pero lo llamaré mañana a casa a primera hora para informarlo. Me imagino que querrá hablar con usted en persona.

—No, de verdad que no hace falta. No querría que perdiese más tiempo.

Molly colgó el teléfono lo más rápido que pudo antes de que Sharon tuviese la oportunidad de discutirsele... Anthony no iba a volver nunca más. Era así de simple.

Capítulo 23

El martes 4 de febrero a las 7:15 de la mañana Galbraith estaba de regreso en su estudio actualizando el expediente de Anthony y comprobando la hora una y otra vez en su reloj de pulsera, mientras intentaba contener su excitación creciente. Se encontraba algo mejor de la cabeza. Hoy era el día. Había llegado, por fin, y la agónica espera acabaría en breve. ¿Por dónde iba a empezar? ¿Llevaba al maldito mocoso directamente al sótano? Sí, ¿por qué no? ¿Por qué no aprovechar todo el tiempo? Se tenía que asegurar de no dejarle marcas, eso por descontado. Eso no le sería fácil. Implicaría que, lamentablemente, tendría que reprimirse un poco. No obstante, le gustase o no, eso era necesario. ¿Estaba todo listo? ¿Había puesto una cinta virgen en la cámara de vídeo?

Contrajo el rostro cuando un dolor punzante le atravesó el cerebro... No tendría que ser él quien se ocupase de semejantes pequeñeces. Esas tareas le correspondían a los Sherwood de este mundo. ¡A los mindundis! Él debería centrarse en la perspectiva general. Quizá debería haber dejado que Sherwood siguiese vivo a pesar de sus múltiples fracasos.

Torció el gesto... "¡Contrólate, hombre!". Era completamente inútil darle vueltas a semejantes asuntos. Sherwood había muerto, eso no tenía remedio, y el tiempo volaba.

Se puso de pie y le dio tal puñetazo a la pared forrada de madera de roble que se raspó los nudillos... Tenía que revisarlo todo él mismo. No le quedaba más remedio.

Sonó el teléfono justo cuando estaba saliendo del estudio y caminando en dirección a la cocina. Cynthia lo descolgó antes de que le diese tiempo a él y reconoció inmediatamente la voz de Sharon. Apartó el teléfono todo lo lejos que le permitió el brazo y habló rápido antes de que él llegase a su altura. — Es Sharon, necesita hablar contigo.

Le quitó el teléfono sin responderle... ¿Qué querría ahora esa asquerosa zorra? — Sharon, qué alegría tener noticias tuyas, mi querida niña. ¿En qué te puedo ayudar?

— No quise molestarlo mientras estuvo en la conferencia, doctor. La señora Mailer llamó ayer. Anthony no acudirá a la cita de esta mañana.

Galbraith apretó con fuerza el auricular del teléfono con ambas manos y fue bajando despacio hasta que quedó sentado en el suelo del vestíbulo antes

de volver a hablar. —¿Te explicó por qué? ¿Pidió otra cita? ¿Lo veré de nuevo?

—¿Se encuentra bien, doctor? Parece disgustado.

Le palpitaba la cabeza... ¿Lo podía oír ella? Seguro que esa zorra lo podía oír.

El psiquiatra cerró los ojos y empezó a sufrir contracciones incontrolables.

—¿Sigue ahí, doctor?

—¿Otra cita? ¿Le pusiste otra cita?

—No, no quiso, doctor. Yo le insistí...

El doctor estaba a punto de llorar. —¿El número de teléfono?

—¿Perdón?

—El número de teléfono de los Mailer. Dame el puto número.

Le costó tres intentos marcar el número correcto por culpa del temblor en las manos... "Contesta, zorra. Contesta el puto teléfono".

—Hola, habla con Molly Mailer.

—¡Buenos días, Molly, mi querida niña! Soy el doctor Galbraith. Me he quedado algo sorprendido al enterarme de que has cancelado la cita de Anthony.

—Agradecemos su ayuda, doctor. De verdad que sí. Pero creo que el tratamiento no está ayudando a Tony.

"¡Malditas madres! ¿Por qué narices siempre sentían la necesidad de entrometerse? Elige tus palabras con cuidado, hombre. Elígelas con cuidado"... —Deberías recapacitar urgentemente, mi querida niña. Como ya te he explicado, es imprescindible que Anthony complete el tratamiento. Debes recordar que firmasteis un acuerdo a ese efecto.

—Lo he discutido detenidamente con mi marido, doctor. No es una decisión que hayamos tomado a la ligera. Ambos estamos de acuerdo en que lo mejor es que Tony no asista más. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

—¿Es usted experta en estos asuntos, señora Mailer?

—No, claro que no, pero...

—¿Es su marido, acaso, profesional de atención a la infancia, señora Mailer?

Molly frunció el ceño... Esto estaba empezando a parecerle irritante.

—Por favor, escúcheme atentamente, señora Mailer. Es crucial que reconozca que, a pesar de que le dé la impresión contraria, Anthony ha hecho

un progreso significativo. Debe recordar mi analogía de la botella agitada: si continúa la terapia, el trauma emocional remitirá al final y su conducta mejorará drásticamente. Será otra vez un niño feliz. Estoy seguro de que deseas eso para tu hijo, ¿a que sí, Molly?

—Supongo, pero...

—No, Molly, no hay lugar para la duda en lo que concierne al bienestar de los niños. Le pediré a Sharon que te envíe una nueva cita lo más urgente posible.

—Me lo voy a pensar y lo volveré a hablar con mi marido; pero, por favor, no me envíe ninguna cita de momento. No querría hacerle perder más tiempo, ya que lo considero valioso. Si llegamos a la decisión de que Anthony necesita verlo de nuevo, hablaremos previamente con la doctora Procter.

—Está usted cometiendo un grave error de criterio, señora Mailer.

—Lo lamento, doctor. Lo reflexionaré, pero no tengo nada que añadir.

Capítulo 24

El miércoles 5 de febrero el doctor Galbraith se despertó de un sorprendente buen humor, a pesar de la amarga decepción del día anterior... Había que ponerse en acción. Era el momento de abordarlo desde un prisma diferente y más radical. No había tiempo para obsesionarse con los fracasos del pasado. Su objetivo primordial era demasiado importante para eso.

Renunció a su rutina de ejercicios matutina de todos los días para regalarse un desayuno prematuro, del que disfrutaría si no tenía que interactuar con Cynthia de ninguna forma posible... Ese día tenía muchos asuntos importantísimos a los que dedicarse. Asuntos significativos que requerían de su total atención sin distracción alguna.

Llamó a Sharon a las 8:45 de la mañana y le ofreció una extensa, aunque inconsistente, disculpa en la que citó varias razones para su enajenación mental del día anterior, como él mismo la llamó. Le informó a su secretaria de que se tomaría unos días de baja médica por una lamentable causa de fuerza mayor y le pidió que cancelase todos sus compromisos profesionales. Sharon llegó a la conclusión de que era una enfermedad, o más concretamente fiebre alta, lo que mejor explicaba su sorprendente salida de tono del día previo... Había estado tan fuera de lugar. ¿Qué otra explicación podría haber?

Galbraith hizo otra llamada más para encargar un gran ramo de rosas rojas y blancas a una floristería cercana a la clínica para que se lo entregasen a Sharon a media mañana. Las acompañaría un mensaje simple de disculpa y afecto. Sonrió por su excesiva generosidad... Valía la pena derrochar unas míseras libras por mantener a esa asquerosa zorra de su parte.

Después de pasarse una hora o algo más mirando otra vez sus vídeos y recordando el pasado con ilusión, centró la atención en planear el secuestro de Anthony con la que él consideraba precisión militar. Sacó un bloc de notas y una estilográfica de un cajón de su escritorio y empezó a anotar en el papel todo lo que se le iba ocurriendo: en primer lugar, en el momento más oportuno, pediría prestado un vehículo adecuado a uno de sus contactos de la red de pedofilia.

A continuación, dedicaría todo el tiempo que fuese necesario a vigilar a la familia Mailer con el fin de determinar el mejor momento y lugar para apoderarse de su presa.

Una vez encerrado Anthony en el sótano ya tendría tiempo de hacer la

crónica de cada instante en vídeo y en papel.

Por último, cuando el pequeño mocoso le hubiese servido a su propósito y ya no le fuese de utilidad, maximizaría el sufrimiento de la zorra de su madre enviándole copia de los vídeos.

El psiquiatra cruzó los dedos por detrás de la nuca, se imaginó la escena y se relajó. Cuando, por fin, estuvo listo para dejar ir la fantasía, guardó los apuntes con sus planes en el expediente de Anthony para que estuviese a buen recaudo, y para consultas futuras.

De repente se incorporó y se puso tenso... ¿Quién cojones le ayudaría con las nimiedades? Sherwood le había sido útil de vez en cuando en ese sentido: cargaba con el material, ayudaba con la grabación y hacía la limpieza que siempre acarreaban sus actividades. En breve, le haría falta un nuevo cómplice maleable con ideas afines que cumpliera todas sus órdenes. ¿Qué tal Gary Davies? Davies se lo debía. Eso era cierto. Pero ¿no sería demasiado arriesgado? ¿Debería descartarlo en base a la atención policial reciente? ¿Por qué cojones le costaba tanto llegar a decisiones definitivas, mucho más que a lo largo de los años? ¿Por qué pensar le daba dolor de cabeza? ¡Qué cojones! Davies tendría que valer. Davies era la opción más evidente.

Capítulo 25

A las 8:00 en punto de la mañana siguiente, el doctor Galbraith se encontraba enfrente del domicilio de la familia Mailer dentro de una furgoneta blanca y vieja Ford Transit que había pedido prestada a uno de sus contactos, un delincuente sexual que tenía en propiedad una chatarrería en una pequeña ciudad industrial cercana. Ese hombre era uno de los miembros de la red y estaba encantado de ayudar sin hacer demasiadas preguntas indeseadas.

El psiquiatra alzó los prismáticos militares Zeiss Jena DF 7x40 a la altura de los ojos y comprobó cada habitación por turnos. Los movía de una ventana a otra: desde la planta baja a la superior, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, y vuelta a empezar. Vigiló y esperó, repitiendo el proceso constantemente, hasta que al fin vio a Anthony salir de casa alrededor de media hora más tarde... "Vamos, pequeño mocosito. Acércate. Acércate".

Anthony recorrió el paseo de cemento hasta la acera de la mano de su madre, subió al autobús y se sentó delante de todo en lugar de juntarse con los niños de su edad, que decían que 'molaba' sentarse al fondo. Molly lo despidió con la mano con entusiasmo exagerado hasta que el autobús se perdió de vista.

Galbraith maldijo en silencio la existencia de Molly, arrancó el motor diesel descuidado de la furgoneta al tercer intento y siguió al autobús con precaución a cierta distancia, ciñéndose estrictamente a los límites de velocidad para evitar cualquier maniobra imprudente que pudiese atraer la atención de la policía o de cualquier viandante hacia la furgoneta.

Salieron nubes ahogadas de humo negro del tubo de escape medio roto de la furgoneta cuando adelantó al autobús al llegar a su destino unos quince minutos después. Galbraith frenó y apagó el motor después de aparcar a unos cincuenta metros en la misma calle para observar por el espejo retrovisor a los niños apeándose del autobús escolar... "Así no va bien. No va bien en absoluto".

El psiquiatra se aferró el volante con fuerza con ambas manos, se inclinó hacia adelante y se dio un cabezazo contra el parabrisas... Una zorra ayudaba a los mocosos a cruzar el paso de cebrá y otro capullo, un profesor, los estaba observando desde la entrada del colegio. Era imposible.

El doctor estaba de regreso en el exterior del colegio a las 15:20 después

de decidir que valía la pena echarle un segundo vistazo antes de desestimar esa opción por completo, aunque no le iba a resultar un punto de secuestro posible. Aparcó en el lado opuesto de la carretera en un sitio que había elegido previamente y observó los acontecimientos sin pestañear... La misma zorra encargada de ayudar a los niños a cruzar, el mismo capullo de antes, el profesor de la chusma; ese sistema tan sencillo parecía funcionar bien, por mala suerte.

Siguió al autobús en el viaje de regreso, más con anhelo que con esperanza y se apartó al arcén detrás de él mientras Anthony se apeaba justo delante de su casa. Durante dos gloriosos segundos, creyó que se le ofrecería una oportunidad. Pero, no... Ahí estaba la zorra de su madre. Delante de la puerta. Observando cada paso que daba el pequeño mocoso como una gallina obsesionada con sus polluelos. ¿Qué le pasaba a esta gente?

Insultó de forma grosera en voz alta mientras daba violentos puñetazos al volante con el puño, luego adelantó al autobús y condujo todo lo rápido que el motor chisporroteante le permitió... Había llegado el momento de tener en cuenta otras opciones.

Aparcó prácticamente enfrente del trabajo de Mike Mailer a las 16:44 y lo observó mientras salía de la oficina unos veinte minutos más tarde. Estaba pensando en si debería seguirlo conduciendo o a pie cuando Mike se detuvo al lado de su descapotable, lo abrió y se subió al asiento del conductor. Galbraith consiguió poner en marcha la furgoneta en el cuarto intento, cuando Mike se iba, y logró mantener el deportivo a la vista a pesar de su rendimiento infinitamente superior, gracias al colapso de tráfico de la hora punta.

El psiquiatra no se detuvo al llegar a la vivienda de protección oficial de June Mailer, aunque redujo la velocidad mientras pasaba por delante para observar a Mike saliendo de su coche y recorriendo el camino que llevaba a la puerta principal. Hizo una nota mental del nombre de la calle y el número de la vivienda... Eso era prometedor. ¿Un obstáculo menos del que preocuparse? Podría ser, pero tenía que asegurarse.

Pisó a fondo el acelerador y se dirigió hacia la taberna de Ceffyl Du, por la que había pasado unos minutos antes de entrar en el barrio de viviendas protegidas. Ya había previsto dejar la seguridad del anonimato que le daba la furgoneta en algún momento del día, y se había preparado en consecuencia. Llevaba puestas unas gafas de carey de pasta gruesa falsas, con cristales marrones sin graduar y ligeramente ahumados; un gorro de lana con pompón verde botella sucio que se había calado hasta ocultar las cejas

meticulosamente recortadas; unos pantalones grises de peto de basurero manchados de grasa, y un par de botas de goma negras decrépitas y dobladas por la parte superior. Salió de la furgoneta y admiró su reflejo en el cristal de uno de los dos enormes ventanales de la planta baja del pub... Era un conjunto efectivo con el cual no sentía el menor temor de que alguien lo reconociese. Incluso un familiar cercano tendría problemas para identificarlo por mucho que lo intentase.

Ceff, diminutivo por el que la conocían afectuosamente los vecinos, era una tasca galesa típica de la clase trabajadora. Galbraith abrió la puerta empujándola con el pie y, antes de entrar, esperó en la entrada unos segundos mientras esperaba a que se le ajustase la vista a la luz tenue del interior. Incluso en la atmósfera lúgubre, entre nubes asfixiantes de humo de tabaco que formaba remolinos, consiguió vislumbrar que toda la clientela eran tres ancianos desaliñados que sostenían cigarrillos entre los dedos amarillentos, además de un borracho algo más joven, al que era incapaz de determinar la edad ya que el alcohol le había provocado estragos, que trataba de mantenerse en pie en la barra mientras hablaba al mesonero obeso, que no podría haber parecido menos interesado por mucho que lo hubiese intentado. En una gramola de pared se oía el martilleo de una canción de los Rolling Stones que el doctor no conocía o no conseguía discernir.

Galbraith saludó al propietario con un acento de Glasgow bastante convincente mientras se acercaba a la barra y pedía un whisky de malta.

—Solo tenemos un tipo de whisky de mezcla, si le parece bien.

El facultativo estaba acostumbrado a licores de lujo, pero respondió con fingido entusiasmo: —No hay problema. —Se lo bebió de un trago con un movimiento rápido de la muñeca—. Póngame otro y tome uno conmigo.

—Es muy amable de su parte. Por estos lares es muy raro que le inviten a uno, se lo aseguro.

—De nada.

El dueño del local se rio jovialmente y señaló hacia los alcohólicos habituales. —Ya ni me acuerdo cuando fue la última vez que alguno de estos cabrones agarrados me invitó a beber con ellos. —Sirvió whisky para los dos y sonrió, dejando entrever una dentadura podrida—. No lo he visto por aquí antes. ¿Qué le trae a esta parte del mundo?

El doctor se inclinó de modo despreocupado sobre la barra, mostrando de forma proactiva una actitud relajada. —Andaba buscando a un viejo amigo: Mike, Mike Mailer. ¿Tiene idea de dónde lo podría encontrar?

El tabernero se rascó la protuberante cabeza parcialmente calva y frunció el ceño. —Debería. Tengo este local desde hace casi treinta años, pero no caigo.

—Estoy casi seguro de que vive por aquí cerca.

El hombre pensó un rato hasta que la mirada socarrona desapareció de repente de su rostro. —Ah, se refiere a Mikey, el chaval de June. —Se rio a carcajadas haciendo que su abultada barriga cervecera temblase como un postre de gelatina—. Ha vuelto a casa de su madre, el muy merluzo. Su señora le dio la patada después de que le pusiese los cuernos con una putilla.

Galbraith se rio con su alegre tabernero. —¡Qué! ¿Ya no está con la tal Tina por la que dejó a su mujer e hijos?

—No, da la casualidad de que estuve hablando con June justo ayer. Cortaron, pero su mujer no lo quiere en casa. —Se rio de nuevo y continuó—. El muy merluzo... June está hecha polvo. —Se alejó para servir al borracho otra cerveza rubia alemana.

—¿Así que seguro que ha vuelto con su madre?

—Sí, seguro, ella misma me lo contó.

El doctor se despidió y se dirigió a casa... Era una pequeña victoria, pero una victoria después de todo. Algo empezaba a salirle bien, por fin.

Esa tarde se dedicó a evaluar su progreso, mejor dicho, su falta de progreso, sentado en el templo de su estudio. Exceptuando que sabía dónde vivía ahora Mike Mailer, el resultado había sido decepcionante. Tenía que aceptar la realidad. No era sorprendente que le doliera tanto la maldita cabeza. Tenía mérito que, a pesar de todo, pudiese pensar. Había descartado muchas opciones y no se le ocurría nada más. Así no iba bien. Tenía que hacer algo útil para hacer progresos. Penetrar en la vivienda de los Mailer era una opción, eso ya lo había asumido, pero era peligroso. ¿Era de verdad peligroso estando el patético padre fuera de escena? Abordaría el problema de ese modo solo como último recurso. Lo dejaría en reserva por si todo lo demás le fallaba.

Examinó con detenimiento el expediente de Anthony por enésima vez, buscando desesperado que le llegase la inspiración que tanto necesitaba... "Entrenamiento de rugby". ¿Y qué tal en el entrenamiento de rugby? ¿No había comentado la zorra de su madre que el maldito mocoso iba a entrenar los viernes?

Revisó sus notas: a las seis y media los viernes; pero no había acudido

desde hace tiempo. ¿Valía la pena tenerlo en cuenta? La zorra lo estaba animando para que asistiese. Lo había dejado perfectamente claro.

La palpitación de la cabeza se calmó un poco, y se reclinó en la silla con los ojos cerrados, intentando relajarse... Barajaría esa posibilidad.

Se puso de pie y caminó de un lado a otro... Lo había hecho bien. Claro que sí. Se merecía una recompensa. Sacó un vídeo de un cajón del escritorio, se bajó la cremallera de los pantalones y encendió el VHS.

Capítulo 26

El doctor Galbraith observaba, desde el anonimato que le proporcionaba la furgoneta Transit, a tres niños de la edad de Anthony vestidos con ropa de deporte de colores brillantes dirigiéndose a la puerta principal de la vivienda de los Mailer a las 18:16 el viernes 7 de febrero. Molly salió a la puerta e inmediatamente desapareció dentro de la casa. Mientras tanto, los niños, que habían declinado con imprudencia infantil su invitación para esperar dentro en el calor de la vivienda, estaban de pie temblando de frío en la escalinata.

El psiquiatra se fijó en cada niño por turnos, los miró de arriba abajo, considerando su potencial como proyectos futuros. Pero lo descartó con prontitud cuando volvió a escalar la presión de la cabeza... ¿Qué cojones le pasaba? Tenía que centrarse en un proyecto de cada vez si quería evitar errores imprevistos.

Se obligó a fijar la mirada en la puerta y nada más... "Sal de una vez, pequeño mocososo. Sal. Sal".

Molly apoyó las manos sobre los hombros de Anthony y trató de que la frustración creciente no se reflejase en su gesto. —Venga, Tony, tus amigos te están esperando. Ya tienes toda la equipación puesta. Te he limpiado las botas. Vete, te lo pasarás genial en cuanto llegues.

—Ya iré la semana que viene, mamá.

—Cuando más tardes en volver a empezar, más te va a costar hacerlo, cari. Papá estará muy orgulloso de ti si vas hoy.

—¿Sí?

—Sí, claro que lo estará. Vete ya. Te tendré la cena lista esperándote cuando llegues a casa.

Anthony recorrió el camino hacia la puerta de entrada como si lo estuviesen llevando al patíbulo, pero se le subió la moral inmediatamente y sonrió en cuanto se juntó con sus amigos en la semioscuridad del exterior. Molly exhaló un suspiro de alivio al ver a los cuatro niños recorrer el camino hacia la acera y cerró la puerta una vez que los perdió de vista.

Galbraith dejó la furgoneta y siguió a pie a los niños a poca distancia con la cabeza gacha para evitar que le viera la cara cualquier posible peatón o vecino, hasta que por fin llegaron al campo de deportes unos quince minutos después. Ya se hallaban allí muchos otros chicos jugando al *touch rugby* bajo la luz brillante de los reflectores. Los recién llegados se unieron al juego

improvisado sin esperar a que los invitaran. Dos hombres en ropa informal — que el doctor supuso que serían padres atentos al juego— y un tercer hombre en chándal rojo, que resultó ser un entrenador joven, charlaban animadamente en la línea de banda cercana a la línea veintidós. El facultativo rodeó el borde del campo, y se quedó de pie en el lado opuesto con el gorro de lana calado para taparse la cara el máximo posible.

El hombre del chándal acabó la conversación, hizo una carrera ligera hacia el centro del campo y sopló tres veces un estridente silbato. La experiencia había enseñado a los niños que tenían que reaccionar con rapidez cuando se los llamaba y se juntaron inmediatamente alrededor del entrenador formando un semicírculo para esperar esperando sus instrucciones con ansia. Este levantó la pelota ovalada y empezó a gritar a la vez que la lanzaba una y otra vez hacia arriba lo más alto que podía y la recuperaba con facilidad con una sola mano—. ¿Dónde te metiste la semana pasada, Mailer, capullo?

Anthony puso mala cara cuando los demás niños se rieron a carcajadas. Estaban acostumbrados a los métodos poco convencionales del entrenador y estaban aliviados de no ser ellos el objeto de burla. Los dos padres que estaban en la línea de banda parecieron encontrar tan divertida como los niños la actitud del entrenador y también se rieron a carcajadas. El entrenador era un antiguo jugador de rugby de primera división, muy popular y respetado, que había jugado en una ocasión en el equipo de Gales contra el rival de siempre, Inglaterra, en el torneo anual de las cinco naciones, lo que le proporcionaba un estatus una fracción inferior a Dios a ojos de los lugareños.

Galbraith contempló la sesión de entrenamiento con gran atención hasta que el entrenador la dio por finalizada justo una hora después. Los niños salieron del campo apelotonados charlando y riendo, para dirigirse cada uno a su casa, con el doctor Galbraith siguiendo los pasos de Anthony a poca distancia. Anthony y sus amigos eran conscientes del hombre que caminaba detrás de ellos, pero le dieron poca —o más bien ninguna— importancia. Anthony echó un vistazo atrás una vez y le pareció reconocer al hombre de algún sitio, pero no se dio cuenta de dónde.

El doctor vigiló con atención y esperó una oportunidad que no se materializó. Anthony no se quedó a solas en ningún momento del recorrido, ya que, al llegar a casa lo recibió su madre, que salió antes de que el niño hubiese tenido la oportunidad de llamar a la puerta.

Galbraith se retiró al anonimato de la furgoneta y arrancó el motor agotado. Mientras maniobraba para salir a la carretera silenciosa para

dirigirse a la calle Eden insultó a los amigos de Anthony, insultó a Molly Mailer e insultó a la constante y repetitiva vibración del motor de diésel que parecía mofarse de la palpitación de la cabeza.

Capítulo 27

El doctor Galbraith vociferó—. ¡Café! —Y cerró de un portazo la puerta de su estudio con tal intensidad que el ruido reverberó en la enorme mansión de estilo georgiano. Cynthia preparó a su marido el café tan rápido como era humanamente posible, pero, mientras lo llevaba al otro lado de la vivienda, las manos temblorosas provocaron que parte del líquido negro endulzado se derramase por el borde de la taza de porcelana y salpicase el platillo blanco... ¿Qué hacer? ¿Regresar a la cocina y lavar el platillo o volver a echar el café derramado en la taza? Tenía que decidirse. Tenerlo esperando nunca era buena idea.

Cynthia echó el café del plato en la taza y lo limpió con la manga de la rebeca de cachemir azul pálido mientras caminaba. Llamó a la puerta del estudio con reticencia y esperó, conteniendo el aliento, las órdenes de su marido. Cuando este gritó: "¡No entres, déjalo fuera de la puerta!", lo colocó con cuidado sobre las baldosas del suelo, lo desplazó un milímetro y otro más, antes de retirarse con rapidez y subir a la planta superior para cambiarse... Era importante estar siempre impecable.

Galbraith se sentó a la mesa del escritorio y sorbió el exquisito café colombiano mientras reflexionaba con detenimiento su próxima jugada... Era el momento de tomar una acción decisiva, fuese de alto riesgo o no.

Inspiró hasta el límite de capacidad de los pulmones y se concentró... Raptaría a Anthony en su casa, eso estaba decidido, pero ¿cuándo y cómo? Tenía que hacerlo bien a la primera y debía prepararse como era debido. Había mucho que planear. Y, por supuesto, necesitaría un ayudante. Esa era una certeza. Ese tipo de asuntos se podían resolver con rapidez, ¿no? Sí, sí, claro que sí. ¿Por qué esperar? Solo necesitaría un día de preparación. La madrugada del domingo era un momento tan bueno como cualquier otro.

Sacó un bloc de notas de un cajón y balanceó la plumilla de oro de su estilográfica sobre el papel artesanal durante unos segundos, sopesando la mejor forma de abordarlo antes de reflejar sus reflexiones por escrito... Tendría que encontrar un punto de acceso adecuado fuera de vista de posibles miradas indiscretas, y forzar la entrada en silencio.

Empezó a sentirse como si le estuviesen apretando la cabeza con un torno de carpintero: se la exprimían, se la estrujaban, más y más, tratando de aplastarle el cerebro... La zorra de la madre gritaría pidiendo ayuda si tenía la

mínima oportunidad. El silencio era un requisito imprescindible para asegurarse el éxito.

Tendría que localizar rápido el dormitorio de ese maldito mocoso y dejarlo inconsciente antes de que emitiese el más leve sonido. Pero ¿cuál era la mejor forma de hacerlo? Una inyección de ketamina posiblemente. Era de acción rápida y se podía administrar a través del pijama si hacía falta. Sí, eso tenía sentido. La furgoneta le proporcionaría el medio de transporte más adecuado, eso era evidente, pero ¿podría llevar él al mocoso desde la casa hasta el vehículo sin ayuda? ¿En qué cojones estaba pensando? Él era el cerebro, no la fuerza bruta.

Agitó la cabeza una y otra vez... ¿Por qué no se ponía en contacto con Gary Davies por la mañana? Davies no es que fuese muy inteligente, eso era cierto. No era tan digno de confianza como el veterano Sherwood, lo que lamentaba en cierto modo dadas las circunstancias actuales. Pero tendría que valer. Le gustase o no, tendría que valer.

El doctor dio golpecitos con su estilográfica sobre el escritorio y frunció el ceño... ¿Qué necesitarían para llevar a cabo su plan? Tenía sentido hacer una lista, ¿no? Sí, sí, tener un listado era esencial para asegurarse el éxito. Existían tareas prácticas que no podían pasar sin ella.

Asintió con la cabeza confirmando la conclusión a la que había llegado y empezó a escribir:

- dos petos de papel desechables con capucha;
- dos pares de guantes quirúrgicos;
- un instrumento para cortar cristal;
- una linterna de goma de gran potencia;
- una jeringuilla con aguja hipodérmica;
- y tres viales de ketamina.

Dejó la pluma estilográfica sobre la mesa y repasó los resultados de sus reflexiones... ¿Algo más? Tenía que haber algo más. Ah, sí, tendría que asegurarse con antelación de que había suficiente gasóleo en la furgoneta. Eso no era un problema; era fácil de hacer. Lo había mirado desde todas las perspectivas, ¿no era así? ¿Cómo podría fallar el plan?

El doctor Galbraith cerró los ojos, visualizó el proceso de principio a fin, y sonrió... ¿Seguro que había pensado en todo? Sí, sí, por supuesto. El plan era de lo más inspirado.

Apartó las notas a un lado de forma despreocupada y se relajó... Pronto

sus fantasías se convertirían en la tan anhelada realidad.

Capítulo 28

Gary Davies dejó que sonara el teléfono durante un buen rato el sábado ocho de febrero hasta que finalmente aceptó que el pesado que llamaba tan temprano no tenía intención de abandonar con tanta facilidad. Echó a un lado las mantas y empezó a soltar todos los insultos que conocía mientras se dirigía a la planta baja y localizaba el teléfono en el salón desvencijado y desordenado de su compañero de vivienda. —¿Qué hostias quiere a estas horas de la mañana?

—¿Davies? ¿Eres tú?

—¿Quién lo pregunta?

—Soy el doctor Galbraith.

—Perdone, doctor, lo siento, no tenía ni idea...

—¿Qué cojones estás tratando de decir?

—No he tenido la oportunidad de hablar con usted desde que me ayudó en la vista judicial. Quería agradecerle todo lo que hizo. No tengo palabras para recalcar lo mucho que aprecio su ayuda.

—No es tu agradecimiento lo que necesito. Me debes tu libertad. ¿Me oyes bien, Gary? Me la debes. Sería inteligente por tu parte que lo recordases.

—No hace falta que me lo diga, doctor. Si hay algo en mi mano que pueda hacer para devolverle el favor, lo único que tiene que hacer es pedírmelo.

—Espero que no sean palabras huecas, Gary. Me hace falta tu ayuda para una pequeña tarea que he planeado.

—Dígame qué hay que hacer, y me pondré a ello, si me es posible.

—¿Si te es posible? Espero que no estés tratando de escurrir el bulto para no tener que ayudarme, Davies. Esa no sería una buena idea.

—En absoluto. Por favor, suéltelo.

—¿Estás lloriqueando, Gary?

—Por favor, doctor, solo le estoy pidiendo que me diga lo que quiere que haga.

—¿Concéntrate, hombre! ¿Tienes bolígrafo y papel?

—Deme un segundo.

—¿Davies? ¿Estás listo, hombre?

—Sí, doctor, por favor, empiece.

—Bien, compra hoy sin falta lo siguiente: una linterna de goma; una herramienta para cortar cristal y dos petos de papel desechables con capucha.

Asegúrate de que todo es de buena calidad y paga en efectivo. ¿Me oyes, Gary? ¡En efectivo! Estate delante de mi casa a las dos de la madrugada. A las dos en punto. Ni a menos cinco ni a y cinco. ¡A las dos en punto! Más te vale asegurarte de que traes todo lo que te he dicho. Supongo que aún tienes mi dirección.

—Sí, doctor, pero ¿por qué?

—Me parece que estás un poco angustiado, hombre. No te pongas así. Si sigues todas mis instrucciones, no hará falta que te preocupes por nada. Te veré a las dos en punto. Más te vale que te fijes en que las suelas de tus zapatos sean blandas para que no hagan el más leve sonido al caminar.

Gary Davies llamó reticente con los nudillos a la imponente puerta principal negra y esmaltada de la mansión de los Galbraith a la 1:57 de la madrugada el domingo nueve de febrero. Estaba deseando, en gran medida, no recibir respuesta, pero el doctor abrió la puerta al cuarto toque y le hizo pasar al vestíbulo con un gesto exagerado de la mano después de comprobar que en la calle no hubiese ningún posible testigo.

—¿Has visto a alguien mientras entrabas en el recinto?

—No lo creo.

—Joder, Davies, concéntrate, hombre.

Davies miró hacia atrás. —No, no, no vi a nadie.

—Esa es una buena señal, Gary, doy por descontado que traes todo lo que te pedí.

Davies levantó la bolsa de deportes blanca y negra con el logo de Adidas, que aferraba con firmeza con una mano y replicó: —Sí, doctor, todo según sus instrucciones. ¿Puedo preguntar para qué lo necesitamos?

—Todo a su debido tiempo, hombre. Todo a su debido tiempo.

Galbraith inspeccionó el contenido de la bolsa, manifestó su aprobación incondicional y dirigió a su nuevo cómplice hacia la cocina.

Se sentó a la mesa de la cocina y le hizo señas a Davies para que se sentase a su lado. Davies lo hizo inmediatamente como un cachorro obediente y consiguió forzar una débil sonrisa mientras esperaba a que el doctor rompiese el silencio cada vez más inquietante. Observó con aprensión como Galbraith abría una carpeta de cartón y la ponía sobre la mesa delante de él, pero su curiosidad sobrepasó a su reticencia de repente. —¿De qué va todo esto, doctor? ¿Por qué estoy aquí?

Galbraith hizo una mueca de enfado y gruñó: —Ten paciencia, hombre. —

Empezó a pasar páginas y le fue explicando cada aspecto de la estrategia que tenía preparada en un lenguaje tan sencillo que incluso un hombre de escaso intelecto como Davies pudiese comprender.

Davies escuchaba con atención y se iba poniendo cada vez más nervioso con cada nuevo detalle que le ofrecía el doctor... Davies no sentía reparos en agredir sexualmente a los niños, eso no le representaba ningún problema. No obstante, ese plan sonaba arriesgado. ¿Y si los pillaban *in fraganti*? Las probabilidades de que los descubriesen y arrestasen parecían altas, y secuestrar a un niño conllevaba una probable condena en prisión de larga duración.

Davies quería, con desesperación, decir "no". Quería gritar "¡NO!". Sin embargo, no se atrevía a pronunciar esa palabra. Clavó los ojos en la mesa para evitar la mirada del doctor y murmuró: —Para ser sincero, me parece arriesgado.

Durante un rato, el psiquiatra cerró los ojos mientras reflexionaba en silencio... ¿Era esa una crítica implícita? ¿Le estaba contradiciendo un pelagatos? ¿Cómo se atrevía?

Se puso de pie de un salto y empezó a gritar como un loco, salpicando una miríada de gotas minúsculas de saliva sobre la cara de un aterrorizado Davies. —Vas a hacer exactamente lo que te estoy pidiendo que hagas, ingrato gusano. ¿Me oyes, mequetrefe? Todo lo que te pida. Me lo debes, Davies. Te aconsejo que no lo olvides.

Davies descubrió una frialdad de reptil en los ojos del facultativo que lo estremeció.

Con apremio, se apartó de la mesa, a punto de perder el equilibrio en el proceso, y escupió las palabras que estaba seguro que el doctor Galbraith quería oír: —De acuerdo, no hay problema. Me parece una idea descabellada, pero lo haré.

Visiblemente relajado, el doctor se volvió a sentar y sonrió con satisfacción. —Buena respuesta. Has tomado una decisión inteligente.

El alivio de Davies era casi tangible. —Cuando acabemos, ya no le deberé nada, ¿verdad?

Su interlocutor lo miró a los ojos y asintió sin titubear. En realidad, no tenía la más mínima intención de respetar el acuerdo.

Unos minutos más tarde, Galbraith llevó a su cómplice, que cada vez iba más a regañadientes, por las escaleras de cemento que llevaban al sótano. Davies no podía creer lo que veían sus ojos... La entrada secreta, la puerta

maciza de seguridad de acero, la habitación de color blanco brillante con el equipo de tortura y los aparatos de vídeo: como una escena de una película de terror de Hammer.

A Gary Davis se le ocurrían miles de preguntas que le habría gustar hacerle, pero su instinto le dijo que ese tipo de indagaciones serían extremadamente inoportunas y potencialmente perjudiciales para su seguridad.

Galbraith vio la incertidumbre en el gesto de Davies y se rio a carcajadas. —Aprecio tu ayuda. Todo se aclarará, mi querido niño. Todo se aclarará. Pero en este momento no tenemos tiempo para eso. —Miró la hora en su reloj de pulsera de Cartier y frunció el ceño—. Se nos echa el tiempo encima. Tenemos que ponernos en marcha.

Galbraith ordenó a Davies que se pusiese uno de los petos y un par de guantes de látex antes de hacerlo él también, y volvió a cotejar su listado y comprobar que tenían todo el instrumental... Estaba todo preparado.

Davies siguió al doctor de regreso del sótano por las escaleras de cemento a la cocina gigantesca y el vestíbulo enorme, y salieron al exterior por la puerta principal a la noche invernal gélida, húmeda y oscura típica de Gales.

Galbraith abrió la furgoneta con las llaves y se subió al asiento del conductor, con ganas de evitar la intermitente llovizna helada que parecía emanar de todas las direcciones a la vez. Se les había hecho un poco tarde a pesar de su prisa inicial, por lo que condujo a gran velocidad aunque las condiciones de conducción iban empeorando con rapidez. El trayecto transcurrió en casi completo silencio, pero cuanto más se acercaban a la calle de los Mailer más se animaba el psiquiatra. No había abierto la boca, pero parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas, se le formaban múltiples gotas de sudor en la frente a pesar del frío invernal, y el cuerpo se contraía de arriba abajo cada pocos segundos, como si estuviese sufriendo de síndrome de abstinencia severo. Davies empezó a pensar que el propio psiquiatra podría ser un demente... ¿Estaba loco o era perverso? Era difícil saberlo. Quizá un poco de todo.

Unos quince minutos fue lo que les llevó a ambos hombres el trayecto de dieciocho kilómetros por las calles oscuras hasta que llegaron a la vivienda de los Mailer. Llegaron a su destino justo cuando la llovizna glacial se congelaba y transformaba los múltiples charcos en finas pistas de hielo. El doctor Galbraith apagó el motor a doscientos metros de su destino y dejó que el vehículo se deslizase el resto del camino para evitar todo ruido innecesario que pudiese despertar a la familia Mailer o llamar la atención de posibles

testigos en las viviendas colindantes. Escogió el momento oportuno y detuvo la furgoneta del todo delante del camino de entrada a la casa. Puso el freno de mano y se giró para mirar directamente a Davies... Ojalá estuviese vivo Sherwood para ayudarlo en lugar de este infeliz: un hombre al que casi no conocía y en el que no confiaba. Pero esos pensamientos no llevaban a ninguna parte. Richard Sherwood estaba muerto. Era hora de ponerse manos a la obra.

Galbraith habló a Davies en susurros. —Haz solo lo que te pida. Quédate detrás de mí a menos que te dé la orden contraria, y espera mis instrucciones. No digas nada hasta que tengamos al maldito mocoso encerrado en el vehículo y hayamos arrancado. ¿Entiendes mis instrucciones?

Cuando Davies asintió con reticencia, Galbraith le apretó la cara con fuerza entre el pulgar y los demás dedos de una mano. —Bien, Davies. Es la hora, gusano. Haz todo en silencio. ¿Me oyes?

—Sí, doctor.

Galbraith miró con ferocidad a los ojos de su cómplice indeciso y bajó su tono del susurro anterior a un siseo. —Esto es importante para mí, Gary. No podría serlo más. No tengas la más mínima duda de que si haces algo que lo joda todo, te mataré.

El doctor fue el primero en bajar de la furgoneta y recorrió el camino de cemento cuarteado que llevaba a la puerta principal de los Mailer, con Davies pisándole los talones. Al llegar a la vivienda, corrió rápido hacia el lateral derecho del edificio, que tenía la ventaja clara de ser menos visible desde la carretera, aunque no tuviese un punto de acceso viable. Se desplazó con rapidez y descubrió un sendero estrecho que rodeaba la casa por la parte posterior. La habían construido delante de un altísimo terraplén formado por roca y tierra recubierto de diversos matorrales y árboles pequeños de distintos tamaños, y que dejaba solo una hendedura de entre unos 60 y 90 centímetros entre el terraplén y la pared posterior del edificio de piedra. El doctor juraba entre dientes mientras estrujaba el cuerpo musculoso por el espacio estrecho bajo la luz intermitente de la luna en cuarto menguante que irrumpía entre las nubes de lluvia, que se iban dispersando poco a poco.

Llegaron juntos a un ventanuco opaco en el centro de la pared posterior en la planta baja. Galbraith hizo una pausa breve mientras inspeccionaba con cuidado el lugar antes de mirar de soslayo a Davies y señalarle insistentemente el ventanuco con un dedo. Incluyó la cabeza sobre la oreja derecha de su cómplice y susurró con evidente impaciencia: —Ábrelo.

Davies estaba en buena forma física para ser casi un cincuentón, pero

estaba al borde del pánico. Recobró la compostura lo mejor que pudo y se puso a la tarea. El ventanuco era de doble cristalera aunque estaba mal diseñado. El cristal estaba sujeto al marco blanco de PVC por una moldura externa. Davies se dio cuenta al instante de que no iba a necesitar el cortavidrios, después de todo. Dejó la bolsa de deportes sobre el terreno húmedo a medio congelar y rasgó un agujero en su peto de papel lo bastante grande para sacar una navaja suiza roja del bolsillo delantero de sus vaqueros desgastados. Desplegó la cuchilla más larga y levantó sin problemas la moldura negra de goma haciendo palanca en una esquina del marco, antes de agarrar la unidad de doble acristalamiento y extraerla por completo, con lo que quedó espacio de sobra para que pudiesen trepar por el hueco que daba al aseo de la planta baja.

Galbraith dio un toque a Davies en el hombro y señaló hacia la repisa estrecha de azulejo blanco de la ventana, en la que había varios productos de higiene y artículos de tocador, y luego a la parte más alejada del sendero que rodeaba a la vivienda. Davies comprendió al momento y fue sacando cada objeto con los dedos cada vez más helados y entumecidos. Estiró el brazo y consiguió alcanzar un espejo cromado de afeitarse de mano situado en la esquina más distante de la repisa. Sin embargo, su triunfo fue efímero. Davies no lo sujetó bien y provocó que el espejo se volcase hacia el lavamanos situado justo bajo la ventana, con un estruendo metálico. Mal que bien, el doctor consiguió mantenerse callado, pero le apretó el hombro a Davies con agresividad y lo miró con una expresión que le dejó la absoluta certeza de que había fracasado clamorosamente. Davies masculló la palabra ‘perdón’ para intentar apaciguar a su compinche, y esperó ansioso una nueva orden.

El psiquiatra se abalanzó sobre él y lo empujó a un lado, antes de meter la cabeza por el hueco de la ventana. Escuchó atentamente durante un largo minuto hasta que remitió su sobresalto inicial... No había ningún sonido de movimiento. Solo silencio, glorioso silencio. Debían continuar con su tarea nocturna.

El doctor sacó de la bolsa de deportes un estuche marrón de cuero que contenía la droga sedativa, la jeringuilla y la aguja hipodérmica, y bajó la cremallera de su peto de papel para esconder el estuche en la parte posterior de la cinturilla de los pantalones de sastrería. Entró con la cabeza por delante apoyándose en la repisa e impulsó el resto del cuerpo por el hueco: milímetro a milímetro, con precaución. Se agarró con firmeza al lavamanos e hizo fuerza hacia adelante hasta que su peso le sirvió de punto de apoyo, pero se cayó

hacia delante y aterrizó con pesadez en las baldosas duras y frías del pequeño lavabo. Se puso de pie con rapidez con la ayuda de un toallero calefactor de acero inoxidable y escuchó con inquietud por segunda vez. Para su alivio, no se despertó nadie.

Señaló hacia la bolsa de deportes que estaba fuera sobre el suelo y que se iba congelando cada vez más, y, sin vocalizar, dijo: —La linterna. —En cuanto su compinche se la pasó, el doctor le indicó por gestos que entrase como había hecho él. Davies subió con aparente facilidad y al instante estaba detrás del doctor en el espacio estrecho del aseo.

Cuando percibió que la visión se le ajustaba a la penumbra, Galbraith levantó una toalla blanca que se había caído al suelo al lado del lavamanos y la usó para tapar la linterna antes de encenderla, y sonrió... De ese modo daba la luz justa para ver sin correr el riesgo de llamar la atención indeseada de los vecinos o de algún improbable peatón madrugador.

Abrió la puerta del aseo con cautela y salió despacio al pequeño pasillo que llevaba a la vieja cocina familiar barnizada en color roble. Davies lo siguió vacilante, con miedo de vomitar en cualquier momento por la desgana con la que se exhortaba a sí mismo a continuar.

El doctor apuntó la linterna hacia abajo en un ángulo de unos 45 grados y cruzó la cocina y el comedor hasta llegar al recibidor de baldosas rojas del que una escalera vieja de madera llevaba a un rellano en el que había tres dormitorios y el cuarto de baño grande. Apoyó un pie en el primer escalón, lo que provocó que crujiese de forma alarmante, y retiró la pierna con rapidez, aliviado al no oír ningún movimiento en los dormitorios. Volvió a apoyar el pie derecho en el primer escalón, pero esta vez lo puso en un extremo, casi rozando la barandilla pintada de blanco. Lento pero seguro, procedió a subir las escaleras con cautela mediante ese método improvisado aunque efectivo hasta llegar arriba.

Davies esperó temeroso al fondo de la escalinata hasta que el doctor Galbraith llegó a la planta superior. Tenía un dilema mientras miraba fijamente los escalones... ¿Tenía que subir? ¿Tenía que seguir al doctor? ¿O debía quedarse donde estaba y esperar?

El psiquiatra hizo gestos con la mano cada vez más intensos reclamando que subiese. Mientras ascendía con exagerada precaución, Davies experimentó niveles de ansiedad completamente nuevos para él. El doctor vio indicios de pánico en sus ojos y, temiendo que su cómplice se cargase la operación, le señaló con vehemencia hacia el extremo de cada escalón con los brazos

abiertos como los asistentes de vuelo marcando la situación de las salidas de emergencia durante las instrucciones de seguridad previas a un despegue. Para su alivio, tuvo el efecto deseado. Davies levantó las piernas que le parecían de plomo, despacio, escalón a escalón, hasta que por fin llegó al rellano con el gozo de un escalador que acaba de alcanzar la cima del Everest. Se quedó tieso en la parte superior de las escaleras con la mirada fija en el suelo, incapaz de moverse.

Cuando el doctor le volvió a hacer señas con la mano, esta vez indicando que buscarse en la primera habitación, Davies permaneció estático con lagrimones corriéndole por la cara taciturna. Había perdido el control de los intestinos como muchos criminales antes que él, y podía sentir las cálidas heces sueltas corriéndole por ambas piernas hasta llegar a los zapatos. Se cayó de rodillas cuando el olor rancio a excremento humano impregnó el aire.

Galbraith se mordió el labio superior con la fuerza suficiente para cortarse la piel. Se agachó y, por el bien de la misión, refrenó la irresistible tentación de dar una paliza a su compinche, y pegó la boca al oído de este. — Contrólate, Gary. Joder, ¡contrólate! Solo diez minutos más y ya habremos acabado. Ponte de pie de una puta vez.

Davies, que era incapaz en ese momento de pensar por sí mismo, sintió alivio cuando le dio órdenes directas... Lo único que tenía que hacer era seguir las instrucciones. Solo eso.

Se levantó y siguió al doctor mientras este se aproximaba a la puerta de la primera habitación y la abría con suavidad, lo que les proporcionó una vista panorámica de todo el dormitorio. Mientras se removía y se daba la vuelta bajo el grueso edredón invernal soñando con épocas más felices, Molly era completamente ajena a los intrusos vestidos de forma extraña que habían invadido su hogar. Galbraith resistió la tentación de atacarla; luchó contra el impulso de infligirle un sufrimiento horrible... Tenía que concentrarse en el propósito inicial de la noche. "Mantén el control, hombre. Céntrate. Cuando sea el momento oportuno, habrá llegado su hora".

El médico se dio la vuelta y cruzó el rellano hacia el segundo de los tres dormitorios. La puerta estaba ligeramente abierta y permitía echar un vistazo a la habitación casi sin obstáculos. Cuando hizo un barrido con el haz de luz de la linterna por todo el dormitorio, se le tensó el pecho de repente y la cabeza le empezó a palpar... La cama estaba vacía. La puta cama estaba vacía.

Volvió a mirar, con más atención esta vez y los ojos saltando de un lugar a otro... "Céntrate, hombre, céntrate". No había juguetes infantiles. El edredón

era rosa. Había un vestido de tela vaquera sobre una silla. No estaba todo perdido. Era evidente que ese no era el dormitorio del renacuajo. Todo iba a salir bien, muy bien.

Galbraith se quedó totalmente quieto durante un instante, controlando la respiración entrecortada, y se giró para acercarse a la tercera y última habitación... ¿Estaría allí? ¿Estaría allí el pequeño mocoso? Claro que tenía que estar allí.

El doctor atisbó en la oscuridad con Davies pegado a su hombro, y una vez más tuvo la precaución de tapar el haz de luz de la potente linterna con la toalla... La tulipa era del equipo Swansea City y los *posters* de las paredes, de estrellas del deporte. Este sí que tenía que ser el dormitorio del renacuajo. ¿No le encantaban los deportes a todos los críos de siete años? Sí, ahí estaba. ¡Ahí estaba!

Le remitió la palpitación de la cabeza inmediatamente, y la respiración se le relajó... Ya casi estaba hecho. Pero tenía que ser precavido. No había lugar para el error. No cuando estaba tan cerca de la meta.

Davies observó desde la penumbra del rellano como el doctor cruzaba la habitación en dos zancadas, desplazaba hacia un lado con el borde del pie una caja de plástico que contenía coches de juguete y un muñeco Action Man con el equipo completo de buceo, y se quedaba erguido con aire triunfante al lado de Anthony. Galbraith sonrió y resistió el impulso de reír a carcajadas... Ahora era él quien tenía el control. ¿Dónde estaba la zorra de su madre cuando más la necesitaba su hijo? El pequeño mocoso estaba, por fin, a su merced.

El psiquiatra se bajó la cremallera del peto y sacó el estuche del sedante. Apoyó la jeringuilla encima del edredón a los pies de la cama, rompió el envoltorio de la aguja hipodérmica y agarró la jeringuilla para colocar la aguja en su sitio con cuidado. Mientras sujetaba la inyección con una mano, sacó del estuche el vial que contenía el fármaco, y rompió la parte superior con un chasquido casi inaudible que lo hizo estremecerse. Insertó la aguja con precisión en la boquilla del vial, y succionó despacio el líquido transparente al cuerpo de la jeringuilla. Finalmente, presionó un poco el émbolo con el pulgar para expulsar el aire hasta que una minúscula gota del líquido incoloro salió disparada sin obstrucción de la punta de la aguja... Ya estaba preparado.

Inspiró hondo y levantó despacio una esquina del edredón blanco y negro de Anthony, de modo que tenía destapada toda la parte izquierda del cuerpo. Mientras Davies lo miraba boquiabierto, Galbraith clavó la aguja en el glúteo de Anthony a través de los pantalones del pijama y le administró una dosis de

adulto del fármaco para asegurarse unos resultados rápidos. El dolor agudo y repentino de la inyección despertó a Anthony un instante, aunque casi al momento lo dejó inconsciente.

El doctor apartó el edredón de Anthony de su cuerpo inerte y lo tiró al suelo al otro lado de la cama individual sobre una caja roja y blanca de Lego. Se giró hacia su compinche y mediante mímica le instruyó para que se diese prisa en levantar a su víctima y cargárselo al hombro como si fuese un bombero. Por un segundo, Davies dudó, como si el pánico lo hubiese dejado helado en el sitio, pero Galbraith no estaba por la labor de permitirle poner en peligro el secuestro cuando ya estaban tan cerca del éxito. Dio un paso hacia adelante y le hundió el dedo en el pecho a Davies antes de señalar con insistencia al niño de siete años con el dedo índice. Davies se tensó de repente, aspiró una bocanada de aire y levantó el pulgar para dar su aprobación... Cuanto antes saliese de la vivienda, más feliz sería.

Galbraith se apartó para dejarle suficiente espacio y Davies levantó de la cama el cuerpo aletargado de Anthony sin esfuerzo, a pesar de que era un peso muerto, y se lo echó al hombro con facilidad. El doctor señaló la puerta del dormitorio y siguió a Davies hasta el rellano. Le dio un toque en el otro hombro, apuntó hacia las escaleras y le pidió que se mantuviese en silencio poniendo un dedo delante de los labios y manteniéndolo en esa posición hasta que estuvo convencido de que Davies había asimilado las instrucciones.

Davies no sufrió ningún percance bajando las escaleras, ya que adoptó la misma técnica de precaución que habían usado al subir. El doctor previó el éxito inminente y estaba a punto de seguirlo cuando volvió a echar una mirada a Molly al pasar delante de su habitación. Sintió cómo se le tensaba todo el cuerpo; la frecuencia cardíaca le incrementaba bruscamente, la tensión arterial se le disparaba y un gruñido feroz le crispó el rostro, que dejó de ser atractivo... ¿Debería castigar a la zorra? Por supuesto, debería castigar a la zorra. No había hecho otra cosa que ponerle obstáculos una y otra vez.

Inesperadamente, Molly despertó sobresaltada y estaba a punto de gritar al ver al intruso vestido de forma extraña que se inclinaba sobre ella cuando este abandonó todo tipo de precaución y elevó la pesada linterna por encima de la cabeza. Le dio de lleno con ella en la frente, usando toda su fuerza y peso para maximizar el impacto. El primer golpe la dejó aturdida y al borde de la inconsciencia. El segundo le rompió los huesos de la nariz, provocando que salpicase sangre por las fosas nasales destrozadas y saliese a chorros. El doctor la golpeó repetidamente, una y otra vez. Continuó aporreándole hasta

que la cara de la mujer quedó completamente destrozada, irreconocible y ensangrentada.

Davies se había quedado paralizado al pie de la escalinata, escuchando horrorizado los ruidos que provenían de la planta superior... En ningún momento se había contemplado un asesinato como parte del plan.

A pesar del temor creciente de Davies, de algún modo consiguió reunir el coraje necesario para gritar: —¿Qué hostias está pasando ahí arriba? Tenemos que salir de aquí ya.

Galbraith se quedó quieto, como si acabase de salir de repente de un trance, y se alejó del escenario sangriento como si nada hubiese ocurrido. Se había quedado sin aliento, jadeaba y sudaba con profusión, pero sonreía de oreja a oreja. El ruido ya no revestía ningún problema, y con la adrenalina entrando a tropel en sus venas bajó a saltos a la planta inferior con gran energía, bajando los escalones de tres en tres, hasta que trastabilló con el último peldaño y se estrelló contra el suelo duro de baldosa roja. La mezcla de dopamina y endorfina de su organismo le sirvió de analgésico extremadamente efectivo, y se levantó del suelo con aparente facilidad, antes de abrir la puerta principal con la llave que estaba en la propia cerradura.

Galbraith se apartó a un lado para dejar que Davies saliese antes. Empujó a su cómplice varias veces en la espalda para incitarlo a darse prisa mientras recorrían el camino hacia la furgoneta. Davies captó el mensaje inmediatamente y caminó lo más rápido que pudo, con el doctor pisándole los talones y mirando fijamente a su prisionero inconsciente mientras babeaba como un perro rabioso.

Davies abrió de una patada la oxidada cancela negra metálica que separaba el camino de entrada de la acera y corrió a la parte trasera de la furgoneta, donde se quedó esperando un breve instante hasta que el doctor abrió las puertas traseras. Davies estaba en el proceso de dejar con cuidado a Anthony en el suelo del vehículo cuando el doctor gruñó: —Lanza dentro al maldito renacuajo, Gary. ¡Tíralo dentro! No tenemos tiempo para hacer el imbécil. Es hora de irse, hombre.

Galbraith ya estaba en el asiento del conductor cuando Davies abrió la puerta del acompañante y se sentó a su lado. El psiquiatra giró la llave de contacto; el motor encendió, pero no arrancó. Aporreó el salpicadero con el dorso de la mano derecha... "¡Arranca, cabrón, vamos, arranca!".

Lo intentó por segunda vez y en esta ocasión el motor se puso en marcha chisporroteando con desgana. Con pericia y rapidez, en tres sencillas

maniobras ya estaba en la carretera solitaria pisando a fondo el acelerador de camino a la calle Eden.

Iba sonriendo todo el trayecto, aunque mantenía los ojos pendientes de la carretera mientras hablaba con su compañero. —He esperado un montón de tiempo para que llegara este momento, Gary. Un montón de tiempo. Ya casi hemos acabado, pero no hay que perder de vista el balón todavía. Tienes que permanecer centrado. ¿Me oyes? —Aporreó el salpicadero con la palma de la mano para enfatizar en ese punto—. Aún queda trabajo pendiente. Una vez tengamos al renacuajo a salvo en su nuevo hogar, podrás relajarte. ¡No antes!

Davies empezó a gimotear como un cachorrillo al que separan de su madre, pero no respondió.

El doctor apretó los dientes y resistió la tentación de darle un puñetazo... Este hombre era de lo más patético. —Venga, Gary. Lo has hecho bien, hombre. No te preocupes. Podrás irte a tu casa en cuanto metamos a este pequeño mocososo en la mía.

Davies se sintió un poco mejor durante un rato. Pero unas simples palabras no iban a ser suficientes.

Había escaso tráfico en las calles a esas horas de la mañana, por lo que avanzaron a buen ritmo a pesar de las peligrosas placas de hielo que, de vez en cuando, se encontraban en el asfalto negro, a las que el doctor hacía caso omiso. Davies no había abierto la boca desde que habían salido de la casa del niño, pero consiguió preguntarle si podía encender la radio. Se sintió ridícula y desproporcionadamente satisfecho cuando Galbraith aceptó.

Davies rompió su silencio por segunda vez cuando giraron para entrar en la calle Eden, esta vez por una necesidad imperiosa. Le temblaba la voz por los nervios mientras siseaba. —Tenemos un puto coche de policía detrás.

Oleadas de dolor penetrante y despiadado le atravesaron el cerebro como relámpagos constantes, y los platillos de una batería resonaban en su cabeza como si trataran de ahogarle los pensamientos. Se arañó el cuero cabelludo con una mano... "Vamos, hombre. Céntrate, céntrate". Davies era incapaz de sumar dos más dos. Era a todas luces evidente. Este hombre era una babosa, un roedor, un gusano con intelecto infrahumano. Tendría que salir del paso él mismo. Nadie iba a hacerlo en su lugar.

Conducía el coche patrulla un joven aspirante a agente de policía en período de prueba que llevaba solo dieciocho meses de carrera, que debía pasar de la más absoluta ingenuidad a la experiencia, después de haber abandonado sus estudios de formación profesional prematuramente para unirse

a la policía local. Esa había sido una noche tranquila, y el oficial de policía Kieran Harris, con número de placa 143, estaba buscando algo que hacer que rompiera la monotonía potencialmente soporífera de la vigilancia policial en las zonas rurales a esas horas tan tempranas. Se puso en contacto con la sala de control por la radio bidireccional del coche, solicitó al centro informático nacional de la policía que comprobase la matrícula de la furgoneta, y sopesó si debía detener o no al vehículo para inspeccionar los documentos del conductor antes de recibir respuesta.

Barajó la idea de permitir al conductor seguir su camino sin trabas, pero estaba todavía en la fase de su carrera en la que ejercer su autoridad legal seguía siendo una novedad. Encendió las luces azules, y puso los intermitentes para indicar que iba a adelantar, sin molestarse en darle más vueltas al asunto.

Mientras el coche patrulla rebasaba a la furgoneta, tanto Galbraith como Davies se estaban quitando con desesperación los guantes quirúrgicos y rasgando los petos de papel. El facultativo acababa de arrojar el suyo por detrás del asiento cuando el oficial de policía Harris se detuvo justo delante de la furgoneta.

Galbraith pisó el freno, se apartó a la cuneta, sacó la jeringuilla, colocó la aguja en su sitio y preparó con rapidez otra inyección. —Si este niño se acerca a la puerta trasera de la furgoneta, sal y dale rollo. Distráelo y déjame a mí el resto. No la jodas, Gary. Al mínimo desliz, la muerte va a ser la menor de tus preocupaciones.

Davies asentía, pero sus ojos le contradecían... Lo decía en serio. El muy pirado lo decía en serio. Quizá que los arrestasen no era tan mala opción bajo esas circunstancias. Al menos así acabaría con todo. Sobreviviría. ¿Podría, tal vez, advertir al puto madero de algún modo? Eso le vendría bien luego en el juicio. Pero, espera, ¿y si Galbraith aun así conseguía clavarle la aguja?

El oficial de policía apagó el motor, se puso la gorra y se acercó a la puerta del conductor de la furgoneta justo cuando el doctor estaba bajando la ventanilla con la manivela para recibirlo.

—Buenas noches, agente, ¿qué puedo hacer por usted?

—Su nombre, por favor.

El psiquiatra respondió sin girar la cabeza hacia el oficial. —Wayne Fisher.

—¿Cuál es el propósito de su viaje, señor Fisher?

—No creo que sea asunto suyo, agente.

—Permiso de conducir, seguro y certificado de la ITV, por favor.

Galbraith se aferró con más fuerza al volante. —Tengo la documentación en casa.

—Sala de control al oficial de policía 143, conteste, por favor.

El oficial de policía novato dio un paso hacia adelante, se inclinó sobre la puerta de la furgoneta y metió un poco la cabeza por la ventanilla abierta. —Tengo que hablar con la central. Por favor, quédense en el automóvil.

—Oficial de policía 143 a base, adelante, por favor.

—La matrícula está registrada a nombre de Wayne Fisher. Está fichado, pero no está en búsqueda y captura. No hay ninguna denuncia de robo de la furgoneta. Repito, no se ha denunciado el robo.

El oficial de policía Harris volvió a guardar la radio en el bolsillo superior de la chaqueta azul marino del uniforme, y sacó un bolígrafo y un pequeño talonario de multas de color beis. —Voy a emitirle una denuncia HORT1, señor Fisher. Le obliga a presentar su documentación en la comisaría de policía que usted prefiera en un plazo de cinco días. En caso de que no acuda en este plazo incurrirá en una falta contra la ley de circulación viaria.

El médico aceptó una copia del formulario cubierto a mano por el oficial. —¿Hay algo más que pueda hacer por usted, agente?

—Puede continuar, señor Fisher. Pero no se olvide de presentar su documentación.

Galbraith y su tembloroso colaborador permanecieron en silencio, anonadados, mientras observaban cómo se alejaba el policía novato en el vehículo oficial. El doctor decidió que el destino había intervenido para permitirle continuar con su importantísimo trabajo. Davies, por el contrario, tenía un conflicto interno. En parte, sentía alivio... Aunque, por otra parte, habría preferido una celda a una relación continuada con el psiquiatra.

El doctor Galbraith siguió su camino y aparcó justo delante de su impresionante mansión de tres plantas... La comodidad parecía tener más peso que cualquier riesgo en potencia debido a la nocturnidad y la partida reciente del coche patrulla.

Davies arrastró el cuerpo inconsciente de Anthony por los pies para sacarlo de la parte de atrás de la furgoneta, se lo cargó al hombro, subió los escalones de granito y esperó frente a la puerta principal mientras el doctor revolvía detrás de los asientos para recuperar los guantes, los petos destrozados y los demás artículos que habían llevado. Galbraith bajó con la bolsa de deporte en una mano y la llave de su casa en la otra.

Cynthia Galbraith se había despertado bruscamente por el alboroto, y estaba oteando entre las cortinas de su habitación en el momento en que su marido abría la puerta principal y le cedía el paso a un hombre a su residencia georgiana con algo al hombro... ¿No era un niño lo que llevaba el hombre? ¿Por qué iban a traer a un niño a casa? ¿Podría ser que hubiera sufrido un accidente? Debería bajar a ayudar, ¿no? No, si estaba herido, ya estaba en buenas manos. Y a su marido, con toda seguridad, no le agradaría que ella se entrometiese.

Regresó a la cama y se quedó completamente quieta, escuchando atentamente para encontrar cualquier indicio que pudiese explicar el motivo por el que un desconocido había traído a su casa a altas horas de la madrugada a un niño pequeño de pelo corto despeinado y en pijama. Su confusión se incrementó aun más cuando oyó el inconfundible sonido de desplazamiento del vestidor estilo Gales de la cocina... ¿Tendría el niño alguna relación con el trabajo de su marido? Eso tenía que ser. ¿Qué otra explicación podría haber?

Siguió tumbada, incapaz de dormir y sollozó en silencio amortiguando el sonido con la almohada, e intentando desoír los pensamientos cada vez más insidiosos que le invadían la mente atormentada.

El doctor Galbraith estaba exultante y bajó brincando los peldaños de cemento que llevaban al espacioso sótano blanco. Davies lo siguió de modo mucho menos entusiasta, con el estímulo constante del médico resonando en sus oídos: —Vamos, vamos, hombre. Tráelo dentro. Trae aquí al renacuajo. Arrójalos al suelo.

Davies siguió sus instrucciones y dio vueltas esperando con ansia la siguiente orden. Galbraith se quitó la ropa ensangrentada y la arrojó al lado del fregadero antes de frotarse las manos sucias y las uñas con el fin de limpiarlas lo mejor que pudo. Cuando quedó satisfecho, centró sus esfuerzos en Anthony, que respiraba de modo superficial, pero no se había movido ni un milímetro. El doctor le administró una segunda dosis del sedante para asegurarse de que su prisionero no se despertaba antes de tiempo y le dio una fuerte patada en las costillas para confirmar que seguía inconsciente. El cuerpo de Anthony se agitó visiblemente debido a la fuerza del golpe, pero no reaccionó.

Galbraith tiró la jeringuilla al suelo y le ordenó a Davies que la metiese en la bolsa de deportes, además de la ropa sucia, para su posterior eliminación. Davies quería garantías de que el psiquiatra no tomaba la decisión de que él

también debía formar parte de la destrucción de las pruebas mientras recogía todo con respeto servil nacido del temor.

Davies se preocupaba sin motivo, al menos de momento. El doctor Galbraith había decidido que, a pesar de sus indudables limitaciones, Davies le podía ser útil... El protocolo que había establecido con posterioridad a la muerte del anterior mocoso requería un gran cantidad de esfuerzo físico. ¿Por qué no hacer uso continuado del pelagatos?

Veinte minutos después, el cuerpo sin sentido de Anthony estaba colgado de los mismos grilletes de acero que habían mantenido bien sujeta a la anterior víctima del sótano. En cuanto le puso la sonda de alimentación, fue consciente de que estaba completamente agotado por el trabajo nocturno... Necesitaba ir a dormir ya.

Galbraith se giró hacia Davies con gesto de sincero pesar. —Lamento decirte que el renacuajo tendrá que esperar hasta mañana, Gary. Va a necesitar tiempo para recuperarse de la anestesia. ¿Para qué podría valer un niño inconsciente? ¿Qué me dices? De ninguna utilidad. Este mocoso debería estar despierto del todo por la mañana. Puedes pasarte por aquí a las once, cuando haya pasado yo un rato entreteniéndolo a nuestro huésped a solas. Estoy seguro de que no me negarás ese pequeño placer. Ya tendrás tu oportunidad; no te preocupes en ese sentido. Estamos juntos en esto, Gary. —Hizo una pausa mientras miraba a Anthony y admiraba el resultado de su trabajo. De repente, apartó la mirada—. Pero todavía tenemos tareas imprescindibles que hacer antes de que te vayas a casa. Trae la bolsa.

Mientras seguía al doctor para salir del sótano hacia la aparente normalidad de la cocina familiar, Davies estaba lidiando contra la violencia desahogada de los crímenes de su nuevo jefe, como ya le había ocurrido antes a Sherwood... Divertirse un rato estaba bien, pero esto se le había ido de las manos. ¿Debería chivarse? No era demasiado tarde, ¿no? El chaval todavía estaba vivo, después de todo. Y no había visto nada. ¿Cómo iba a hacerlo? Seguro que aún podrían dejarlo libre y salir bien parados.

Se detuvo, reflexionando si proceder o no llevado por sus dudas. Pero, un momento, debía ser precavido. ¿Cómo reaccionaría el doctor si le sugería que liberasen al niño después de tantos esfuerzos? Lo más probable es que perdiese los estribos.

Davies agitó la cabeza, pensativo... En realidad, no valía la pena arriesgarse.

Apartó de la mente la situación delicada del niño y se centró en beberse el

café soluble dulce y caliente que el doctor le había preparado, y se comió una tostada con mantequilla recién hecha.

Galbraith estampó sobre la mesa de repente su taza vacía con un estrépito que hizo añicos el silencio reinante. —Es hora de volver al trabajo, Davies.

—Sí, doctor.

El médico cruzó a grandes pasos la cocina hacia la puerta de cristal de doble batiente que llevaba a la terraza interior y al jardín de atrás. —Bien, Gary, chico, trae la bolsa. Vamos a por queroseno y cerillas.

Davies lo siguió al sombrío jardín tapiado de la parte trasera de la propiedad, contento de que la noche estuviese llegando a su fin. El doctor miró la hora y decidió que era lo bastante temprano para quemar las pruebas de sus crímenes sin correr el riesgo innecesario de que hubiese ojos fisgoneando detrás de las cortinas corridas que observasen con curiosidad desde las viviendas cercanas. Le pidió a Davies que vaciase la bolsa en un contenedor de basura metálico que estaba abollado y se hallaba al fondo del jardín con césped perfectamente cuidado, fuera de vista de las casas adyacentes, y echó la mitad de la botella del catalizador sobre el contenido. Encendió una cerilla y la tiró dentro del contenedor, provocando que las llamas estallasen al instante y cobrasen vida entusiasmadas. Levantó la bolsa de deportes y la arrojó al fuego, mientras contemplaba fascinado durante varios minutos como saltaban y bailaban las brasas, antes de quedar reducidas a un brillo intenso de color naranja que elevó una humareda negra y acre al aire de la madrugada.

Galbraith dio la espalda al espectáculo, consciente de repente de que Davies seguía allí. —Seguro que estarás contento de oír que hemos acabado por esta noche, Gary. Puedes irte a casa. Ya me pondré en contacto contigo cuando te necesite, si se da el caso. Espera mi llamada. Una cosa más: asegúrate, sin el más mínimo género de duda, de que pones toda tu ropa en la lavadora justo cuando llegues a casa. ¡Apesta! Quema los zapatos. Vete ya. ¿No me has oído, Gary? Vete.

—¿No me había dicho que viniese por la mañana?

—¿Tienes problemas de oído, Davies? Te acabo de decir que me pondré en contacto contigo cuando te necesite, si se da el caso. No me gusta tener que repetir todo lo que digo.

Gary Davies asintió, aceptando confuso el acuerdo. Lo miró con cara de sorpresa y preguntó: —¿Y qué pasa con el cortavidrios?

—Déjalo aquí, Gary. Quiero que te vayas, joder. Y asegúrate de que no te ve nadie salir de aquí.

Cuando ya se daba la vuelta para irse, el doctor lo sujetó por el hombro derecho. —Más te vale mantener en secreto todo lo ocurrido esta noche. ¿Me oyes? ¡En secreto! Recuerda que eres tan culpable como yo. —Le clavó el dedo en el pecho con agresividad—. Si algún día traes a la policía a mi puerta, me lo pagarás caro. Te lo garantizo.

Davies se dio prisa en salir de la mansión que ahora ya le resultaba conocida, y, obediente, oteó la calle con ojos nerviosos que miraban hacia todos los lados al modo de un niño al que le acaban de enseñar el código de seguridad vial... Todo estaba en silencio. No se movía nada. El mundo exterior parecía ajeno a su existencia.

Una vez a solas, Galbraith se fue directo a su dormitorio y puso el despertador para las diez en punto antes de meterse en la cama... Dormir era una molestia necesaria que le interrumpía el trabajo; no obstante, era esencial si quería dar lo mejor de sí mismo.

Mientras se quedaba dormido, se imaginó a sí mismo enterrando el cortavidrios bajo su rosaleda favorita y visualizó con regocijo el proceso de ver despertar a Anthony de su sueño inducido químicamente.

El doctor Galbraith se despertó con el estridente tono de su despertador, tal como había planeado, el domingo nueve de febrero, y saltó de la cama con la energía y elegancia de un hombre mucho más joven que él. Babeaba al pensar en lo que le traería el día... Iba a ser un día importante. ¡Un día memorable! En breve, le presentaría al pequeño mocososo su nuevo hogar.

Pasó por el baño, realizó su rutina regular de ejercicios físicos, se vistió con ropa cómoda y bajó corriendo al sótano, anhelando con entusiasmo lo que, sin falta, ocurriría a continuación.

Entró en el sótano rebosando un entusiasmo creciente y se aproximó a Anthony, convencido de que iba a disfrutar del terror de sus ojos. En su lugar, se detuvo y miró fijamente a su prisionero... Tendría que estar despierto. ¿Por qué no lo estaba? ¿Por qué cojones no estaba despierto el renacuajo?

Le abofeteó con fuerza en la cara, pero nada..., ni un atisbo de vida. Corrió al lavamanos, llenó de agua fría una taza y se la arrojó al niño a la cara. —Despierta, maldito mocososo. ¡Joder, despiértate!

El doctor se agarró la cabeza cuando los cimbales empezaron a resonar con estrépito, con explosiones que le estallaban en los oídos y le hacían temer a cada momento que se le haría añicos el cráneo... ¿Por qué no estaba despierto? El maldito mocososo debería estar despierto.

Se puso a llorar y un reguero constante de lágrimas saladas le recorrió la cara taciturna. El sufrimiento era lo que más le excitaba. ¿Para qué le servía un niño inconsciente?

Agitó la cabeza con agresividad, intentando con desesperación silenciar la palpitación reverberante que le presionaba y le machacaba cada milímetro del cerebro... "¡Céntrate, hombre, céntrate! No hace falta entrar en pánico. No entres en pánico". Era demasiado pronto para eso.

Puso en orden las ideas y se acercó al botiquín con frontal de cristal que tenía sujeto a la pared del fondo de la sala. Volvió al lado de su víctima y le inyectó con prisa un antagonista opioide... Debería servirle. Tenía que servirle.

Se cayó de rodillas... No funcionaba. Nunca le había fallado. ¿Por qué cojones no funcionaba?

El doctor Galbraith se desplomó en el suelo, sollozando sin control, y se hizo un ovillo con las manos apretando con fuerza las orejas. Empezó a gritar cada vez más alto, hasta que le dolió la garganta... Era el peor momento de toda su vida.

Capítulo 29

¡Nunca más! No era la primera vez que se lo decía a sí misma, pero esta vez iba en serio. Le dolía moverse, hasta le dolía respirar. Tenía un incómodo sabor ácido persistente en la boca por los vómitos de esa noche, y sentía la garganta como si hubiese bebido un cóctel de alambre con púas. Era como tener la gripe, pero autoinducida. Una cosa era segura: su madre no iba a sentir la menor compasión hacia ella cuando se diese cuenta de los signos delatores de una noche de juerga desmedida.

Siân Mailer trató de entrar por la puerta lateral, esperando colarse en su casa sin que su madre se diese cuenta y darse una ducha rápida en el baño de la planta baja antes de ir a su dormitorio de adolescente para dormir la borrachera... Estaba cerrada con llave. ¿Por qué lo estaba? Su madre generalmente la abría a primera hora para dejar salir a la gata.

Dio la vuelta hacia la puerta principal y se tapó los ojos por los rayos de sol que atravesaban las nubes grises. Llamó a la puerta con desgana... No hubo respuesta. Vaya racha llevaba: su madre debía de haber salido.

Se agachó con rigidez para buscar la llave debajo del felpudo negro de goma... No estaba en su sitio. Qué raro. Mamá dejaba una llave ahí últimamente.

Empujó la puerta con fuerza con la palma de la mano por la frustración, esperando que estuviese cerrada, pero en vez de eso se abrió de golpe.

Siân se detuvo un momento antes de entrar en el recibidor y se preguntó si su madre aparecería en cualquier momento desde cualquier dirección con una previsible expresión de desaprobación en su mirada. Gritó a viva voz: — Mamá.

No recibió respuesta... Parecía que tenía la casa para ella sola. ¿Por qué no aprovecharlo? Quizá una ducha la haría sentirse algo mejor. No le haría sentirse peor, eso estaba claro.

Se dirigió al aseo de la planta baja y se detuvo, de camino, en la cocina para encender la radio y tomarse dos aspirinas efervescentes. Iba tarareando el último éxito melódico de Culture Club cuando abrió la puerta del baño, pero se quedó de repente en silencio cuando vio la ventana sin el marco. Su sorpresa inicial se transformó con rapidez en preocupación y luego en pánico.

Siân recorrió a toda prisa las demás salas de la planta baja llamando a su madre y a su hermano, una y otra vez...¿Dónde estaban? ¿Dónde narices

estaban? ¿Por qué se había ido de juerga? No debería haber tardado tanto.

Se quedó de pie frente a las escaleras mirándolas fijamente, luego a la puerta principal y de nuevo a las escaleras... ¿Debería subir? ¿Qué se iba a encontrar? ¿Y si había alguien arriba? Tenía que encontrar a su familia.

Se detuvo varias veces mientras subía por las escaleras, pero arriba de todo. Cruzó despacio el rellano sin detectar el hedor a excremento y empujó la puerta del cuarto de baño con la mano temblando... Vacío. "No corras, Siân. No corras".

Se calmó un poco y de forma pausada se acercó al dormitorio de su madre. Al mirar por la puerta abierta no podía creer lo que estaba viendo. Le fallaron las rodillas y se desplomó en el suelo sujetando la cabeza con ambas manos, mientras comprendía que la masa sanguinolenta que estaba contemplando era el rostro de su madre. Se puso de pie con dificultad, escupió la bilis y se sonó la nariz sobre la alfombra antes de obligarse a entrar en la habitación, paso a paso, hasta llegar al lado de su madre. "No estés muerta, mamá. Por favor, no estés muerta".

Siân observó los rasgos desfigurados de su madre y se temió lo peor. Tenía toda la cara hinchada, magullada y recubierta de sangre negra coagulada. La nariz parecía gravemente fracturada, le sobresalía un hueso blanco debajo de la piel seccionada, la zona justamente inferior al ojo izquierdo estaba hundida y parecía un cráter debido a la rotura del hueso de la mejilla, el labio inferior estaba desgarrado y le colgaba sobre la barbilla y tres de los dientes frontales yacían sobre la alfombra de lana multicolor que estaba al lado de la cama de matrimonio. Molly estaba completamente irreconocible para su propia hija... "Por favor, no estés muerta, mamá. Por favor, Dios, no dejes que se muera. No volveré a salir nunca más si la dejas vivir. Por favor, que esté viva".

Siân se inclinó sobre la cara de su madre con las lágrimas calientes empapándole su hermoso rostro. Apoyó la mano derecha con dulzura en el hombro de su madre y la sacudió con cuidado. —¡Mamá! ¡Mamá! Despierta, mamá. Por favor, despierta.

Se secó las lágrimas... El pecho se movía. ¿Se movía? Sí, sin duda se movía. Respiraba. "Mamá respira. Gracias, Dios. Respira".

Molly gruñó ligeramente, lo que provocó que surgiesen burbujas de sangre oscura y de saliva rosada de la boca deformada, pero fue incapaz de hablar. No estaba consciente del todo, pero hacía lo imposible por comunicarse. Movía la boca, pero el movimiento no se convertía sonido. En la mente,

gritaba: "¡Anthony!".

Siân miraba fijamente la boca ensangrentada de su madre... "Mamá está tratando de decir algo. Sí, sin duda, estaba tratando de decir algo". ¿Qué sería?

Se quedó tensa un par de segundos en un intento de leer la mente de su madre, y en ese momento se le ocurrió, por lo que salió corriendo hacia la habitación de su hermano pequeño... No estaba en la cama. ¿Por qué no estaba? No se veía sangre. Eso tenía que ser bueno. Pero ¿dónde estaba?

Siân empezó a llorar... ¿Estaría escondido? Sí, eso era. Probablemente estaba escondido.

Abrió de par en par las puertas del armario y luego se tiró al suelo para mirar debajo de la cama... ¿Dónde estaba? "Por favor, que Tony esté a salvo. Por favor, por favor, Dios, haz que esté a salvo".

Se le tensó el pecho y le costaba respirar... Tenía que conseguir ayuda. Era urgente que pidiese ayuda.

Siân gritó mientras bajaba corriendo a la planta inferior: —No tardaré, mamá. —Fue al recibidor para usar el teléfono... nueve-nueve-nueve, eso era: nueve-nueve-nueve. "Responded. Apurad, por favor. Apurad, por favor".

—Emergencias, ¿qué servicio necesita?

"Oh, gracias a Dios". —Necesito una ambulancia y a la policía. Es muy urgente. Alguien ha atacado a mi madre y mi hermanito no aparece por ningún lado. No está.

—Dime tu nombre y dirección, por favor.

Siân proporcionó toda la información que le fue solicitando la operadora del servicio de emergencias.

—¿Estás en esa dirección en este momento?

—Sí, sí, por favor, apúrense.

—La ayuda ya va en camino, Siân. Ya sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero, por favor, intenta mantener la calma. ¿Quieres que me quede hablando contigo hasta que llegue la policía o la ambulancia?

Siân se quedó callada unos segundos mientras pensaba en ello... Era una oferta tentadora. ¿Y si el atacante regresaba? No, su madre la necesitaba.

—¿Sigues ahí, Siân? Puedo quedarme contigo si quieres.

—No, gracias. Tengo que subir. Mi madre está sola. Por favor, que no se retrasen.

—La ayuda está en camino; tu madre se va a sentir muy orgullosa de ti.

Siân se sentó en la alfombra manchada de sangre al lado de su madre e

hizo lo imposible por sonreír. —La ayuda está en camino, mamá; no tardarán. Todo va a ir bien. Te lo prometo. Aguanta, mamá. Por favor, aguanta.

A los diez minutos de haber llamado a emergencias, llegó una ambulancia a la entrada de la vivienda con la sirena a todo volumen y las luces azules parpadeando. Siân vio, aliviada, desde la ventana del dormitorio como un médico de mediana edad y un ayudante mucho más joven se acercaban corriendo por la entrada. Siân se encontraba a medio camino bajando las escaleras para abrirles cuando el mayor de los dos hombres llamó a la puerta y gritó lo más alto que pudo a través del hueco del buzón: —Hola, es la ambulancia.

Siân abrió la puerta al instante y chilló mientras se daba la vuelta y volvía a subir las escaleras: —Aquí arriba.

Los dos hombres hicieron lo posible por ocultar la impresión que les produjo la visión de las graves heridas de la cara de Molly, a pesar de su larga experiencia con todo tipo de emergencias médicas. Mientras el médico tranquilizaba a Siân diciendo que todo iba a ir bien, aunque en su interior lo dudaba, su ayudante siguió sus instrucciones y fue corriendo a la ambulancia a por un collarín, una camilla, un tubo y máscara de oxígeno.

El médico apoyó la mano un momento en el hombro de Siân—. Me llamo Dai. ¿Te parece bien que te tutee, Siân?

—Sí, claro.

—Voy a necesitar tu ayuda, Siân. ¿Crees que sabrás hacerlo?

—Dime qué tengo que hacer.

Le sonrió para tranquilizarla. —Siéntate en la cama con tanto cuidado como puedas y mantén la cabeza de tu madre completamente quieta.

—¿Pero no le dolerá?

—No te voy a mentir, Siân, puede que le duela un poco, pero es importantísimo. Tenemos que ser muy cautelosos por si tu madre tiene alguna lesión en la médula espinal. ¿Crees que me vas a poder echar una mano?

Siân se sentó en la cama al lado de su madre y siguió las instrucciones.

—Muchas gracias, lo estás haciendo muy bien. Voy a comprobar la respiración, el pulso y la tensión arterial de tu madre.

—Se va a poner bien, ¿verdad?

—Tenemos que llevar a tu madre al hospital lo antes posible, cariño, pero se pondrá bien... —Sonaba más confiado de lo que realmente se sentía.

El otro hombre volvió rápido con la camilla. —¿Quién demonios hizo

esto?

—No lo sé. No había nadie en casa cuando me la encontré así. ¿Estás seguro de que mi madre se va a poner bien?

Dai Rees pensó con cuidado lo que iba a decir. —Nosotros haremos todo lo posible para que tu madre esté lo más cómoda posible y para ingresarla urgentemente en el hospital —dijo con el tono y acento amable y reconfortante del este de Gales... No debería hacer promesas que no podría cumplir. Lo sabía. Pero, en ocasiones, la tentación era demasiado grande para resistirse a ella—. Tu madre se pondrá bien. ¿Cómo se llama?

—Molly, se llama Molly.

El médico sonrió hacia Molly, enmascarando lo mejor que pudo el horror que sentía al ver lo que le habían hecho. No estaba seguro de si ella lo podría oír, pero le habló como si así fuese. —Ahora mismo te voy a poner un collarín, Molly. Es solo por precaución. No tienes de qué preocuparte. Estás en buenas manos. Te ingresaremos en el hospital antes de que te des cuenta.

Molly era ligeramente consciente, en un plano onírico, de lo que estaba ocurriendo e hizo el amago de sonreír para responder a su amabilidad, pero el rostro casi no se movió. Lloró con lágrimas silenciosas.

Siân empezó a estremecerse cuando vio que los dos hombres levantaban a su madre hacia un lado con un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y deslizaban con cuidado la camilla debajo del cuerpo traumatizado. Cuando la habían retirado de la cama, Siân finalmente perdió el control y gritó. —Mi hermanito ha desaparecido.

Dai Rees, que tenía dos hijas adolescentes, quería ayudar... Pero ¿qué podría decir? Si el niño había desaparecido, había desaparecido. Nada que dijese él ahora iba a cambiar ese hecho. Se obligó a sonreír con cansancio y dijo: —¿Tienes a alguien a quien llamar, Siân? ¿A tu padre, quizá?

Antes de que pudiese responder, los pensamientos aciagos de Siân se vieron interrumpidos de repente por una voz femenina desde el recibidor gritando: —Hola, policía.

La agente de policía Bethan Williams llegó a la parte superior de la escalinata justo cuando los dos hombres salían del dormitorio con Molly bien sujeta a la camilla. Miró con detenimiento la cara de Molly y se apartó rápido a un lado para dejarlos pasar... Había preguntas importantes que hacerle, pero era evidente que eso iba a tener que esperar.

Mientras los médicos bajaban a su paciente por las escaleras para llevarla a la ambulancia, la agente de policía gritó: —¿A dónde la lleváis?

El médico respondió sin mirar atrás. —Al South Wales General.

—Gracias. Iré en cuanto pueda.

Siân miró a la policía con ojos suplicantes. —Quiero ir con mamá, pero mi hermano...

—Tú debes de ser Siân Mailer, ¿llamaste tú al 999?

—Sí.

—Tu madre está en buenas manos. Tengo que hacerte unas cuantas preguntas, si te parece bien.

Siân asintió. —La ventana del baño de abajo está rota y él no está.

—¿No está? ¿Quién no está?

Siân volvió a sollozar. —Mi hermanito, Anthony, so... solo tiene siete años. Por... por favor, tiene que encontrarlo.

"Mierda, esas no son buenas noticias". ¿Por qué demonios no le habían informado de eso? —Haremos todo lo humanamente posible para encontrar a tu hermano cuanto antes. Bajemos para esperar a los oficiales del departamento de investigación criminal. Deberían llegar en cualquier momento. Te llevaré al hospital con tu madre en cuanto lleguen. Vamos, te prepararé una taza de té y hablaremos un rato en el salón. Estaremos más cómodas.

—De acuerdo.

La oficial de policía encendió el calentador de agua y esperó a que hirviese. —¿Cómo te gusta el té, Siân?

—No me importa mucho ahora mismo.

—¿Azúcar y leche?

—Solo leche.

Le pasó a Siân la taza. —Venga, vayamos a sentarnos al salón. Es importante que constatemos los hechos lo antes posible. Nos ayudará a encontrar a tu hermano. ¿Entiendes lo que te digo?

Siân se sentó y sorbió el té caliente. —Supongo.

—¿Cuándo viste por última vez a tu madre y a tu hermano hasta que te encontraste a tu madre en ese estado?

Siân inspiró hondo antes de responder... Eso era muy importante; tenía que contarle todo bien—. Me... me tomé un té con mamá y Tony a las cuatro, ayer por la tarde. Estaban en el salón mirando algo en la tele cuando salí porque había quedado con mis amigas a las cuatro y media.

La policía sonrió. —¿Los volviste a ver antes de irte?

Siân bajó la mirada a su taza. —No, tenía prisa por llegar a casa de mi

mejor amiga. Mamá me despidió desde el salón cuando me iba y me preguntó a qué hora iba a volver, pero no le respondí. Ojalá lo hubiera hecho.

—Tiempo pasado, con pena recordado.

Siân levantó la mirada con gesto de confusión, pero no respondió.

La agente de policía hizo una mueca... ¿Cómo podía haber dicho algo tan estúpido? —No podías saber lo que iba a pasar, Siân. Estoy segura de que tu madre lo entenderá. Repito lo que me dijiste para que quede claro: saliste de casa a las 16:30 de ayer y tu madre y tu hermano se encontraban perfectamente bien. ¿Es correcto?

Siân asintió. —Sí.

—¿Y no los volviste a ver hasta que te encontraste a tu madre sobre las once y media de la mañana?

—Sí, se lo dije a la mujer del te... teléfono. La puerta principal estaba abierta cuando llegué y la ventana del baño estaba rota. Busqué a mamá y a Tony, y encontré a mamá arriba. ¿Cuándo va a empezar a buscar a To... Tony? ¿No debería estar buscando a Tony?

—Los detectives están de camino. Llegarán en cualquier momento. Esta información es importantísima. Cuanto más les pueda contar cuando lleguen, mejor. Nos ayudará a encontrar a tu hermano. ¿Lo comprendes?

—Sí, claro que sí.

—Ahora echaré un vistazo al baño. Pero, antes, necesito que me digas el nombre completo y fecha de nacimiento de tu hermano.

—Anthony Mailer, cumplió los siete en diciembre.

—¿Qué día de diciembre?

—El día dos, tomamos tarta de cumpleaños y té, y vinieron algunos de sus amigos.

—Debió de haber estado bien. ¿Vive alguien más en esta casa?

—Papá antes vivía con nosotros, pero conoció a otra mujer hace unos meses y se fu... fue.

—¿Tu hermano y tú todavía lo veis?

—Sí, papá vino con nosotros al psiquiatra de niños. Creo que mamá y papá acabarán volviendo a estar juntos. Al menos, mamá parece creerlo.

—Tu madre debió de enfadarse mucho cuando descubrió la aventura de tu padre. —Era una afirmación más que una pregunta, por lo que continuó sin esperar respuesta—. ¿Discutían mucho tus padres?

—Su... supongo.

—¿Te ha pegado tu padre alguna vez o a Anthony o a tu madre?

—¡No, nunca! No es de esos.

—Está bien, lo siento. Tenía que preguntarlo. ¿Crees que Anthony podría estar con él?

—Supongo que es posible, pe... pero lo dudo. Creo que papá iba a venir a vernos esta tarde.

La agente de policía Williams tomó nota de la dirección provisional de Mike Mailer y dijo: —¿Se te ocurre algún otro sitio donde podría estar Anthony, como en casa de un amigo, por ejemplo?

—Lo du... dudo. Tony no ha salido mucho con sus amigos desde que se fue papá. —Frunció el ceño—. ¿Podemos irnos ya al hospital, por favor?

—No tardaremos, Siân, te lo prometo, pero esto es importante. Hazme una lista de todos los amigos de Anthony. Podría ayudarnos a encontrarlo.

Siân le proporcionó la información que supo darle.

—Está muy bien, gracias, Siân. ¿Tienes alguna foto reciente de tu hermano?

Siân fue a por un retrato sin enmarcar que le habían hecho en el colegio pocas semanas antes y se lo dio. Anthony estaba sonriendo en la fotografía, pero su mirada reflejaba tristeza.

—Gracias, Siân. Nos será de gran ayuda. Ahora llévame al baño.

La agente de policía Williams oyó el motor del Vauxhall Cavalier, que era el vehículo que se utilizaba como coche de camuflaje en el cuerpo de policía del Departamento de Investigación Criminal, frenando justo delante de la vivienda pocos minutos después, y reconoció a sus dos colegas de paisano desde la ventana del salón cuando ya se acercaban por el camino de cemento. Le pidió a Siân que esperase en el salón mientras recibía a los dos detectives en la puerta principal. —Inspector Gravel, sargento Rankin, me alegro de verlos.

Les mostró el evidente punto de acceso, les explicó a grandes rasgos la información recopilada hasta su llegada y les presentó a Siân, que seguía sentada en el salón esperando con ansia algún avance significativo.

El inspector de policía Gravel saludó a Siân con una simple inclinación de cabeza y nada más. No había tiempo para formalidades cuando estaba en juego la vida de un niño. —Hablemos fuera, Bethan. Rankin, quédese con la chica. Mire a ver si le saca algo que nos sea de utilidad.

La agente de policía Williams cerró la puerta y miró al inspector con curiosidad. —¿Qué ocurre, inspector?

—Quiero que se lleve usted a la joven para que acompañe a su madre. Póngase en contacto conmigo tan pronto como la señora Mailer esté en condiciones de responder preguntas. Es esencial hacerlo cuanto antes. Las opciones de encontrar al niño con vida disminuyen con cada hora que pase. En cuanto esté consciente, hable con quien sea que esté a cargo y no acepte un no por respuesta. No se ponga en contacto con el señor Mailer bajo ninguna circunstancia. Por cierto, eso es válido también para la joven. Déjeme a mí. Necesito estar seguro de a qué nos enfrentamos antes de interrogarlo.

—Eso le va a resultar duro a Siân, inspector.

—Soy plenamente consciente de ello, gracias, agente. El padre podría estar implicado. No hay que dar nada por sentado. En cuanto lo descarte, usted será la primera en saberlo. ¿Le parece bien?

La agente de policía Williams tragó saliva. —Sí, inspector.

—Ya lleva en su puesto el tiempo suficiente para saberlo. Usted es agente de policía, no asistente social, no lo olvide.

Bethan Williams regresó al salón, lanzó una mirada a Rankin que valía por un millón de palabras, le pasó un brazo con cariño por los hombros a Siân y la llevó hasta el coche oficial. —Ven, Siân, vayamos a ver cómo está tu madre.

El inspector Gravel y el sargento, con muchos años de experiencia, realizaron una búsqueda meticulosa por todo el inmueble tan pronto como la agente de policía Williams y la adolescente se hubieron ido de la vivienda. Era una posibilidad muy remota, pero el inspector había encontrado una vez el cadáver de un bebé en un cajón de una cocina y fue una dolorosa lección que nunca podría olvidar. Inspeccionaron cada habitación, rebuscaron en las alacenas, en los armarios, bajo las camas y en el desván, pero no encontraron nada fuera de lo común, excepto un pequeño trozo de cristal en el suelo del dormitorio de Anthony. Eso los desconcertó durante un rato... ¿Podría tener alguna relevancia?

Lo consultaron brevemente y decidieron que la respuesta era casi seguro un rotundo *no*.

Capítulo 30

Cuando llegaron Siân y la agente de policía Williams al hospital South Wales General, Molly seguía en el ajetreado servicio de urgencias del hospital esperando a que la ingresasen en el área general de traumatología para que la diagnosticase un cirujano especialista en reconstrucción facial. No obstante, iba a tener que seguir esperando, ya que el personal había tenido que contactar por teléfono con el cirujano, porque estaba en su casa disfrutando de la tarde de domingo con su familia.

Tanto la agente de policía Williams como Siân deseaban hablar con Molly, aunque cada una por diferentes motivos. Las dos trataron repetidamente de hacerle entablar conversación, pero la combinación de sus heridas con la morfina que le habían suministrado para aliviar el dolor provocaba que su respuesta se limitase a sonidos incomprensibles en lugar de palabras. Finalmente, abandonaron todo intento de comunicarse con ella y esperaron en completo silencio.

Unos quince minutos después, un celador joven y delgado, recubierto de múltiples tatuajes tan malos que parecía haberlos hecho él mismo, se acercó para trasladar a Molly a la zona de traumatología. La agente de policía y Siân lo siguieron de cerca. Siân estaba cada vez más desesperada por hablar con su padre y le parecía que las explicaciones de Williams por las que todavía no era posible hacerlo eran difíciles de comprender... Ni siquiera ella misma parecía creerse sus propios argumentos.

Al llegar a la sala, dos enfermeras del servicio de traumatología de uniforme azul claro pasaron a Molly de la camilla a una cama, mientras el celador se quedaba observando. La enfermera jefe de sala volvió a hacer una solicitud urgente por segunda vez para tener un diagnóstico rápido de un cirujano especialista, y les aseguró que Molly estaba todo lo cómoda que le permitían las circunstancias actuales. El cirujano llegó sorprendentemente rápido y decidió, como era de esperar, que era esencial y urgente realizarle una cirugía de reconstrucción facial. La complicadísima operación se organizó para esa misma tarde. Lo único que podían hacer Williams y Siân era esperar, observar cómo pasaban los minutos en el reloj de pared que estaba frente a la cama de Molly y abrigar esperanzas.

Capítulo 31

El inspector Gravel cerró de una patada el cajón de su archivador por la frustración, y se recostó en su silla de oficina con los dedos anchos cruzados detrás de la cabeza... Había hecho lo que tenía que hacer, había seguido los reglamentos pertinentes, él mismo los había redactado, joder. Pero ¿qué había conseguido? Joderlo todo, nada más.

Cerró los ojos, separó las manos, agachó la cabeza y se dio golpecitos en la frente con los dedos índice y corazón de la mano derecha... ¿Qué se había dejado? ¿Había algo en lo que no había pensado? ¿Algo que no había abarcado?

Abrió los ojos enrojecidos, se los frotó con el reverso de las manos, se bebió un gran trago del café ya frío, y repasó la evolución de la investigación, o más bien la ausencia de avance, bajo su mente analítica... Había organizado el escenario para que la policía científica inspeccionase la vivienda en búsqueda de posibles pruebas, un rudimentario código de buenas prácticas para los casos complicados, pero no habían encontrado nada de utilidad exceptuando unas cuantas huellas de calzado ligeras pero distinguibles sobre la tierra semicongelada de la parte posterior del edificio de piedra.

Sonrió con desgana... No era gran cosa, pero era mejor que nada. Se había puesto en contacto con los peces gordos y había hecho gestiones para conseguir recursos adicionales, pero seguían sin ser suficientes. Rankin estaba llamando a todos los hospitales cercanos y a los amigos y familiares de Anthony. Estaba colaborando con eficiencia y velocidad, como siempre. El agente de policía Hawkins estaba recopilando información relativa a todos los criminales conocidos en la zona que representaban una amenaza para los niños o tenían antecedentes relevantes por violencia. Eso llevaría tiempo. Todos los agentes disponibles estaban realizando indagaciones puerta por puerta y buscando en las áreas colindantes. Él mismo les había dicho dónde tenían que buscar: edificios anexos, como garajes y cobertizos; contenedores, como cubos de la basura y tanques de agua, y cualquier otro lugar donde se pudiese esconder Anthony o, Dios no lo quisiera, en los cuales un criminal podría ocultar el cadáver de un niño. Llevaban horas investigando. Parecía que iban a tener que cruzar los dedos. La descripción de Anthony se había distribuido a todos los jefes de operaciones de las comisarías de la región. No había dejado cabos sueltos y lo que necesitaba ahora era un descanso.

Gravel se aflojó la corbata estampada y desabrochó el botón superior de la camisa, cada vez más sobada... Tendría que dejar que su equipo se ocupase del trabajo con la esperanza de que apareciese alguien con algo que valiese la pena. Tenían que hacer su trabajo y él debía concentrarse en el suyo. Él era su superior, no su canguro, joder. Tendrían que interrogar al padre del niño a lo largo del día. Las comprobaciones de su historial no habían aportado nada significativo. La única condena de Mike Mailer había sido por posesión de cannabis a los diecinueve años cuando estudiaba en la universidad de Cardiff. Eso era todo: ninguna denuncia por violencia, ni por malos tratos, nada.

El inspector suspiró... Era probablemente una pérdida de tiempo. El padre no parecía ni de lejos sospechoso, pero no eran corrientes los secuestros de niños por desconocidos. Aunque no podían descartar nada antes de tiempo. Esas cosas tenían la mala costumbre de regresar de vez en cuando para morderle el culo a uno. Tenía que someterlo a interrogatorio. ¿Por qué no ponerse ya con ello?

El inspector Gravel se sacó la tarjeta de identificación del bolsillo interior de su vieja chaqueta gris de Tweed, a la que le tenía cariño, antes de llamar con fuerza con los nudillos a la puerta de June Mailer. Tanto June como su hijo estaban en la planta de arriba: June ordenando sin necesidad su exiguo armario, colocando cada cosa en su sitio, todo alineado, en un proceso interminable; y Mike se estaba cambiando de ropa en su habitación de la infancia arreglándose con mucha anticipación para ir a comer esa tarde con su familia. Mike se puso unos vaqueros limpios Levis 501, de un azul desgastado, y cerró la cremallera, para bajar corriendo a abrir la puerta.

Se quedó mirando la cara del desconocido... Desprendía un indudable aire de autoridad, tenía aspecto de importante, a pesar de la ligera apariencia desaliñada y un inconfundible tufo a olor corporal. Y parecía preocupado. Más que nada, parecía preocupado.

El inspector sostuvo su identificación a plena vista. —Soy el inspector de policía Gravel, de la policía local. ¿Señor Mailer? ¿Señor Mike Mailer?

Mike sufrió un dolor repentino en las tripas cuando los intestinos se le acalambraron y retorcieron... ¿De qué puñetas iba esto? Algo tenía que ir mal. Estaba seguro de que los inspectores no llamaban a la puerta de nadie a menos que fuese algo grave.

—¿De qué va esto, inspector? ¿Ha ocurrido algo?

—Es mejor que hablemos dentro, señor Mailer. Tengo que hacerle unas

cuantas preguntas.

Mike luchó para controlar sus emociones. —¿Le ha ocurrido algo a alguien de mi familia?

El inspector Gravel lo miró con frialdad. —Pasemos al interior, señor Mailer. Podemos hablar aquí o en la comisaría de policía. Usted elige.

Mike iba a quejarse, pero la firmeza del inspector, tan seguro de sí mismo, frustró sus instintos naturales. Hizo lo posible por calmarse... Discutir no parecía una buena idea. —Pase, inspector, podemos hablar en la salita. ¿Le apetece un té o un café? —¿Por qué narices había preguntado eso?

—No, gracias, señor Mailer. Siéntese y empecemos.

Mike siguió sus instrucciones.

—Señor Mailer, ¿dónde estaba usted entre las dieciséis treinta de ayer y las once y media de esta mañana? Sea concreto, por favor.

—Estoy empezando a preocuparme de verdad, inspector. ¿Hay algo que debería saber?

—Cíñase a la pregunta, señor Mailer. Cuanto antes me responda, antes sabrá el motivo que me ha traído aquí.

—De acuerdo, mensaje recibido. Estuve en casa toda la tarde, cambiando el alicatado de la cocina de mi madre, y a las siete y media quedé con un amigo para tomar unas pintas.

June Mailer empezó a bajar despacio las escaleras justo cuando el inspector Gravel estaba a punto de hacerle otra pregunta. —¿Es su madre a quien estoy oyendo acercarse, señor Mailer?

Mike asintió.

—¿Podrá confirmar su coartada?

Mike puso mirada de incredulidad. —¿Coartada? ¿Por qué iba a necesitar una coartada?

—Responda a la pregunta, señor Mailer.

Mike inspiró hondo y contestó afirmativamente justo cuando abría June Mailer la puerta de la salita y lo observaba con expresión de perplejidad en el rostro extremadamente arrugado.

—Es el inspector de policía Gravel, mamá. Quiere hacerte unas preguntas.

—¿A mí?

—Sí, mamá.

Se quedo estática en el pasillo, boquiabierta, y sin decir nada más hasta que el inspector Gravel rompió el breve silencio. —Señora Mailer, ¿dónde estuvo usted desde las dieciséis treinta de la tarde de ayer?

—No salí de casa en todo el día.

—¿Estuvo usted sola, señora Mailer?

—No, Mikey estuvo todo el día cambiándome los azulejos. Hizo un trabajo magnífico. Si quiere, puede pasar a verlo.

—¿Su hijo no salió de casa?

June Mailer miró a su hijo, buscando cruzar su mirada para saber qué responder.

—Sé sincera, mamá. No tengo nada que ocultar.

La anciana sonrió... Por supuesto que no. —Salió a tomarse unas cervezas sobre las siete, más o menos. ¿Fue a esa hora, Mikey?

Mike asintió confirmando su respuesta.

—Gracias, señora Mailer, me es muy útil. ¿A qué hora regresó?

June Mailer pensó un par de segundos. —Me fui a la cama después de las noticias de las diez. Mikey no había vuelto y no lo oí llegar, para ser sincera.

—Muchas gracias, señora Mailer. Si no le importa, querría hablar a solas con su hijo. Cierre la puerta de la sala al salir, por favor.

La mujer se retiró con desgana a su cocina recién alicatada de muebles desgastados, preocupada por su hijo mientras se tomaba su enésima taza de té del día.

—Señor Mailer, ¿salió usted aproximadamente a las siete de la tarde?

—Sí, más o menos a las siete y diez. Quedé con un amigo en el club de rugby a las siete y media.

—¿Su amigo lo podrá corroborar?

Mike asintió—. Sí, sin problema.

—Dígame su nombre, dirección y demás datos de contacto, por favor.

—Phillip Beringer, número ocho de Glan Yr Ystrad, planta tercera. Puedo ir a mirar su número de teléfono, si quiere.

—¿Phillip Beringer, el gerente de servicios sociales?

Mike asintió.

—El mundo es un pañuelo. Ya tengo su número. ¿A qué hora exacta salieron del club? Me importa un comino que fuese después de la hora permitida para beber alcohol. Necesito que sea sincero conmigo.

—Compartimos un taxi a las dos menos veinte. El taxista me dejó aquí alrededor de las dos antes de llevar a Phil a su casa.

—¿El taxi le dejó a usted antes?

—Sí, tal como le he dicho.

—¿Y qué hizo luego?

—Estaba completamente borracho, no se lo voy a negar. Me desplomé en la cama y me levanté esta mañana más o menos a las diez a beber un vaso de agua y comer un sandwich de beicon.

—¿Puede corroborarlo su madre?

—Como ya le dije, estaba dormida cuando llegué. Pero estaba levantada y limpiando cuando bajé por la mañana.

—¿Dónde está su coche?

—Está todavía en el club. Tenía pensado ir a por él más tarde aprovechando que iré a comer con mi mujer e hijos, ya que me queda de camino.

El inspector había oído lo suficiente... Mike Mailer no era el hombre a quien estaban buscando. —Señor Mailer, lamento decirle que tengo pésimas noticias para usted. No hay una forma fácil de decírselo: su esposa resultó agredida en casa. Está ingresada en el South Wales General. Su hija está allí acompañada de una de nuestras agentes de policía.

Mike contrajo el rostro. —¿Qué? ¿Agredida? ¿Cuándo? ¿Se va a poner bien?

—Ha recibido contusiones muy graves en la cabeza, señor Mailer. Tendrá información más detallada cuando hable con los médicos. Su coche está en el aparcamiento del club de rugby, ¿es correcto?

Mike asintió con la angustia reflejada en la cara.

El inspector se puso de pie y se acercó a la puerta. —Lo llevaré al hospital. No creo que sea buena idea que usted conduzca en este momento. Es mejor que deje el coche donde está, por ahora.

—Gracias.

—¿Sabe usted dónde está su hijo, señor Mailer?

Mike, que ya estaba intentando mantener la calma, se sintió a punto de derrumbarse. —¿Anthony? No, ¿por qué lo dice? ¿Dónde puñetas está?

El inspector abrió con la llave las puertas del coche. —No hay forma de endulzarlo. No conocemos el paradero de su hijo desde ayer por la tarde. ¿Podría estar con amigos o familiares?

A Mike se le combaron las piernas y se cayó a la acera.

Gravel lo agarró por el brazo y le ayudó a subirse al asiento del copiloto. —Tenemos a todos los agentes disponibles buscando a su hijo en este momento. Vayamos al hospital. Podemos hablar de camino.

—Hablé con él por teléfono ayer sobre las seis y comentamos los resultados de fútbol. Estaba entusiasmado porque Swansea había ganado.

Estaba perfectamente bien. ¿Está seguro de que no se equivoca?

—Lo siento. Hasta este preciso momento, su hijo está desaparecido. ¿Amigos y familia?

—Mi padre murió hace unos años y los padres de Molly viven en España. Te... tengo que ponerme en contacto con sus amigos...

—Uno de mis mejores agentes lo está haciendo en este momento. Le prometo que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.

—Me extrañaría mucho que estuviese con algún amigo, a decir verdad. No ha salido mucho últimamente, y sabía que yo iba a ir esta tarde. Estamos muy unidos, ¿sabe? Estaba feliz de poder verme en casa. Quería que jugase con él al Monopoly. —Se puso de repente pálido—. Tendría que haber estado allí. Tendría que haber estado allí para protegerlo.

—Centrémonos en encontrarlo. Ya habrá tiempo de sobra para lamentarse cuando esté sano y salvo. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿No hay novedades? —Sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

—Hacemos todo lo que podemos. Es cuestión de tiempo.

—¿Tiene alguna idea de quién lo hizo? Si ese cabrón le hace daño a Tony, juro que lo mato.

—Todavía no, pero llegaremos hasta el fondo, le doy mi palabra. Venga, vayamos a ver cómo se encuentra su esposa.

Mientras cruzaban corriendo el abarrotado aparcamiento del hospital en un intento inútil de evitar empararse con el chaparrón que caía, Mike no tenía el más mínimo control de los pensamientos, que se atropellaban unos a otros, y no bajó el ritmo hasta que llegó a la sala Cilgeran en la segunda planta del modernista edificio de cemento.

Siân se puso de pie de un salto en el instante en que vio a su padre entrando en la sala de espera, se le echó a los brazos abiertos y estuvo a punto de hacerlo caer mientras lo abrazaba con fuerza. Se sujetaron entre sí como si sus vidas dependiesen de ello.

Unos treinta segundos después, Mike se liberó del abrazo desesperado de su hija y le dijo: —Hola, cariño. Ya estoy aquí. Todo va a ir bien. ¿Ya conoces al inspector?

Siân asintió. —Estuvo en casa antes.

—¿Ya te han dicho algo los médicos, cariño?

—La verdad es que no, papá. Están operando a mamá, eso es todo lo que

sé. ¿Quién pudo haberle hecho eso? —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Pensé que estaba muerta. Cuando la encontré, digo. ¿Se pondrá bien?

Mike se puso de frente a su hija, apoyó las manos sobre sus hombros y la miró directamente a los ojos... No tenía ni idea de si Molly se iba a poner bien, ni siquiera si iba a sobrevivir, pero su hija no quería oír sus dudas ni sus preocupaciones. Tenía que ser fuerte por una vez en su triste vida. ¿Cómo lo expresaría Mo? Tenía que madurar. Eso era. —Por supuesto que sí, cariño. ¡Mamá es una luchadora! Lo sabes tan bien como yo.

Siân lo volvió a abrazar, incluso con más fuerza esta vez, y de repente se apartó—. ¡Papá!

—¿Sí, cariño?

—¿Y Tony?

Mike intentó permanecer inquebrantable, pero no consiguió evitar que la ansiedad se le reflejase en la cara. —Lo siento, cariño. La policía aún no lo ha encontrado, pero lo hará pronto. Eso es cierto, ¿a que sí, inspector?

El inspector Gravel asintió con poco convencimiento. —Estamos haciendo todo lo que podemos para localizar a tu hermano, Siân. Tenemos a todos los agentes disponibles en el caso.

No era exactamente la respuesta que Mike habría deseado... Pero quizá era lo mejor que podría ofrecer el inspector bajo esas circunstancias.

—Quédate con los policías un rato, cariño. Tengo que preguntar cómo está tu madre. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Mike encontró a la jefa de sala organizando los turnos del personal en un pequeño despacho que compartía con otra colega. Mike se quedó plantado bajo el dintel de la puerta esperando con impaciencia creciente hasta que la mujer levantó los ojos del papeleo y descubrió que estaba allí. —¿Puedo hablar con usted, por favor? Soy el marido de Molly Mailer. La ingresaron a mediodía.

—Yo estaba aquí cuando la trajeron, señor Mailer. ¿Qué desea saber?

Mike inspiró hondo y esperó poder mantenerse calmado el tiempo suficiente para hacer las preguntas que deseaba que le respondiese. —¿Le pareció muy grave? ¿Cree que mi esposa saldrá de esta?

La jefa de sala Thomas frunció el ceño. —Tiene conmoción cerebral y contusiones faciales severas, señor Mailer. Lleva algo más de una hora en quirófano y me parece que aún tardará un rato en salir. El doctor Faulks es un cirujano excelso, pero es una tarea complicada y la operación puede requerir bastante tiempo. Sabremos mejor cómo sale todo una vez que la señora Mailer

esté de regreso en planta.

—Gracias por su sinceridad. Se lo agradezco. ¿Sabría decirme más o menos cuánto tiempo tardaré en poder verla?

—A su esposa la trasladarán a la sala de reanimación después de la operación, señor Mailer. Yo no contaría con poder verla en al menos dos horas más, si estuviese en su lugar. Hay una cafetería en la planta baja, si lo desea. Lo siento mucho, pero no hay nada más que le pueda decir en este momento.

Mike se quedó allí, con la mirada perdida, esperando que la mujer dijese algo positivo en el último momento.

La jefa de sala bajó la mirada al papeleo de su escritorio... ¿Por qué no se iba? Los familiares siempre parecían querer más información de la que ella tenía posibilidad de ofrecer.

Levantó la cabeza y lo miró inexpresiva. —¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor Mailer?

—Me quedaré esperando en la sala de espera con mi hija. ¿Podría avisarnos en cuanto podamos visitar a mi esposa, por favor?

—Lo haré, señor Mailer. Perdone, debo trabajar. Los turnos no se hacen solos.

Mike hizo una pausa antes de entrar en la sala de espera... "Crece, Mike, pórtate como un adulto". Ya había decepcionado a su hija lo suficiente para el resto de su vida.

Siân corrió hacia él en cuanto abrió la puerta. —¿Sabes algo, papá?

Mike le agarró la mano a su hija entre las suyas antes de responder. —Volverá a planta en unas dos horas, cariño. Lo único que podemos hacer es esperar.

El inspector Gravel se puso de pie. —Será mejor que me ponga en marcha. Hay muchos asuntos que debo organizar. Espero de todo corazón que la señora Mailer se recupere del todo. Le mantendré informado de cualquier avance significativo en el instante en que ocurra. Tan pronto conozcamos el paradero de Anthony, usted será el primero en saberlo.

Mike asintió y le dio las gracias.

El inspector le estrechó la mano a Mike con firmeza, se despidió de Siân con un movimiento de cabeza apenas perceptible, y se volvió hacia la agente de policía Williams. —Póngase en contacto conmigo en cuanto despierte de la anestesia la señora Mailer, Bethan. Es fundamental que hablemos con ella lo

antes posible. Lo que tenga que decirnos podría ser crucial.

Capítulo 32

El agente de policía en período de prueba Kieran Harris levantó las solapas de la gabardina azul marino del uniforme para resguardarse de las inclemencias del tiempo, y llamó a la puerta de la casa adosada de ladrillo rojo de los años sesenta, situada casi enfrente de la vivienda de la familia Mailer... Hasta el momento, sus investigaciones no le habían resultado útiles. Tenía la esperanza de que le cambiase la suerte.

Harris volvió a llamar con los nudillos y esperó... La luz estaba encendida. Podía oír que la emisora Radio 4 estaba puesta en algún lugar de la casa. ¿A qué se debía la demora? Tenía frío, estaba empapado y le daban escalofríos. ¿Debería marcharse y probar en la siguiente puerta? No, tenía que hacer bien su trabajo. Era importante. Tenía que seguir las órdenes reglamentarias.

Dio pisotones y palmadas enérgicas con las manos heladas dentro de los guantes de cuero negro en un intento vano de entrar en calor y volvió a llamar con fuerza por tercera vez.

La anciana de ochenta y siete años Rachel Evans no tenía la movilidad de sus años jóvenes. Dependía para caminar de un andador, por lo que esperaba que su visita siguiese allí cuando consiguiese llegar hasta la puerta y abrirla... Por suerte, sí estaba allí. —Hola, joven. No esperaba a la policía. —Sonrió y se le vieron los dientes rotos y manchados que al menos eran suyos—. No viene a arrestarme, ¿verdad, joven?

Al oficial de policía Harris le parecía haber oído esa broma ya unas mil veces, pero sonrió de todos modos. —Estamos llevando a cabo investigaciones en la zona y hablando con todos los posibles testigos. Querría hacerle unas cuantas preguntas, si le parece bien. ¿Quiere que le enseñe mis credenciales?

La señora Evans negó con una mirada traviesa. —Así está bien, joven. Ya veo que es agente de policía e incluso parece lo bastante joven para ser mi nieto. ¿Por qué no entra y se toma una taza de té en el calor de la casa? Me da la impresión de que le vendría muy bien.

Él le sonrió con simpatía mientras pensaba que la anciana le recordaba a su abuela por parte de madre. —Lo siento, no tengo tiempo para tomarme un té ahora, pero puede que venga en otra ocasión. Me gustaría que me dijese si vio algo sospechoso o fuera de lo habitual entre las cuatro y media de la tarde de

ayer y las once y media de esta mañana. Piénselo con detenimiento, por favor; cualquier dato podría ser relevante.

—No lo creo, joven. ¿Está seguro de que no quiere entrar a tomarse un té y un trozo de bizcocho? Es casero.

El oficial de policía Harris se comprometió mentalmente a visitarla de nuevo cuando tuviese tiempo. —De verdad que lo siento; me encantaría, de verdad, pero tengo que continuar con la investigación. Me quedan muchas casas por visitar.

La señora Evans pareció alicaída. —Muy bien, de acuerdo, joven. Ya sabe que espero su visita sin falta.

—Vendré. Hasta pronto.

—Hasta pronto, joven. No se olvide de hacerlo.

Mientras se alejaba y se ceñía la ropa de abrigo para resguardarse de la lluvia intensa, la anciana lo llamó con voz vacilante: —Ahora recuerdo algo, joven. Vi una furgoneta vieja delante de la casa de los Mailer. Era por la noche y me pareció que era un poco raro.

El oficial de policía Harris sintió como si un relámpago le hubiera atravesado el cuerpo. —Creo que me tomaré esa taza de té, después de todo.

Kieran Harris siguió a la anciana en su paso lento hacia la salita, donde cada pieza de mobiliario anticuado parecía un obstáculo a su avance. Cuando al fin llegaron a su destino, la señora Evans sonrió de oreja a oreja. —Siéntese en el sofá, joven, mientras le traigo el té y un trozo de bizcocho esponjoso. Lo hice ayer por la mañana con un montón de mermelada de fresa.

¿Podría librarse si se negaba? Lo más probable es que no; además, una bebida caliente y algo que comer no le harían ningún daño. —Se lo agradezco mucho.

—¿Leche y azúcar, joven?

—Solo un chorro de leche, por favor.

Mientras la mujer se desplazaba con lentitud y paso vacilante hacia la cocina, estaba hecho un manojo de nervios... ¿Iba a ser él, un agente novato, quien resolviese este caso tan notorio? Seguro que le iba a venir bien. Es cierto que no había encajado demasiado bien en la comisaría, pero esto cambiaría las reglas del juego. Pasaría de villano a héroe en un abrir y cerrar de ojos.

En el tiempo que estuvo sentado, rodeado de paredes forradas de madera, de muebles marrones y recuerdos desgastados, esperando con impaciencia el regreso inminente de la anciana, se imaginó a sí mismo entregando al inspector

Gravel la información vital que los llevaría a la detención del autor del ataque violento y el rescate que salvaría la vida de Anthony Mailer forma espectacular... Era un pensamiento agradable. Quizá, solo quizá, se convertiría en algo más que una fantasía con la que alimentar su ego.

Para su alivio, la señora Evans regresó de la cocina con un bastón de aluminio de hospital en una mano, y una taza encima de un plato en precario equilibrio en la otra. La anciana sonrió por los nervios. —Ya llego, joven.

Harris se levantó del asiento... ¿Se iba a caer? No lo descartaba.

Se acercó a ella rápido. —Deje que yo lo lleve.

—Está bien, joven. Ya soy mayor, como ve. Cumpliré ochenta y ocho años en julio. Se me hace raro. La vida pasa volando. Ponga su té sobre la mesilla, joven, y vaya a por mi taza y el bizcocho a la cocina. Encontrará platos en la alacena que está encima del refrigerador.

Harris regresó con una bandeja con todo lo que le había pedido uno o dos minutos después.

—Así está muy bien, joven. Ahora, deje ahí la bandeja y relajémonos. Oh, vaya, se ha olvidado del cuchillo para el bizcocho, joven.

Harris volvió a la cocina... "Cuenta hasta diez, Kieran. Cuenta hasta diez".

—Muchas gracias, joven. ¿Por qué no se corta un buen pedazo mientras le cuento lo que vi?

El agente sacó una libreta pequeña y un bolígrafo de plástico amarillo del bolsillo del uniforme. —Cuénteme con exactitud lo que vio, señora Evans, tómese el tiempo que necesite, por favor. Cualquier cosa que me diga podría ser de gran relevancia.

La señora Evans dejó la taza sobre el plato y miró al policía con evidente orgullo. —Lo haré, joven. ¿Por dónde empiezo? A ver, déjeme pensar. Me fui a la cama alrededor de las nueve. No hay nada que valga la pena ver en la tele ahora. No conseguía dormirme, así que me tomé una pastilla para dormir, solo una. A veces, lo hago. En mitad de la noche, no sabría decirle qué hora era, desperté porque necesitaba ir al retrete. Hacía mucho frío. Miré por la ventana de mi dormitorio para ver si estaba nevando. Ese hombre del tiempo tan guapo, el de la barba, dijo que podría nevar.

"Al grano. Por favor, al grano". —¿Y qué vio, señora Evans?

—A ver, fue muy raro, joven. Como ya le dije, miré por la ventana, mi dormitorio está justo de frente a la casa, ya sabe, y había una furgoneta grande y blanca justo delante de la casita del señor y de la señora Mailer, una pareja adorable. Me pareció bastante raro. A ver, a usted también se lo parecería

¿no? Ahí en plena noche.

—¿Por qué le pareció que era algo fuera de lo normal?

—Nunca había visto esa furgoneta en la calle. Y luego pasaron cosas aún más raras. Salieron dos hombres de la casita. Estaban vestidos de blanco de arriba abajo. Recorrieron el camino tan panchos. Cómase el bizcocho, joven, me queda mucho más en la alacena.

El oficial de policía Harris le dio otro mordisco grande y lo bajó con un buen trago de té.

—¿Qué tal está el bizcocho, joven?

—Muy rico, gracias, señora Evans.

La anciana estaba radiante. —¿Le apetece otro trozo, joven?

—Ahora mismo no, señora Evans. Gracias. Me encantaría, pero tengo que continuar si no quiero tener problemas con mi jefe.

—Vaya. Yo no querría eso, joven. A ver ¿qué era lo que quería preguntarme?

Ya eran horas. —¿Me podría describir la furgoneta, señora Evans? Es muy importante.

La anciana pareció preocupada al principio, pero unos segundos de reflexión después volvió a sonreír. —Lo haré lo mejor que pueda, joven.

Harris tuvo la firme sospecha de que no le iba a gustar la respuesta, pero aun así hizo la pregunta : —¿Sabría decirme la marca y el modelo de la furgoneta, señora Evans?

—Lo siento, pero no. No sé mucho de furgonetas ni nada de eso. ¿Es eso un problema, joven?

—Así está bien, señora Evans, me está siendo de mucha ayuda.

—Muchas gracias, joven.

Esta iba a ser un imposible. —¿Vio la matrícula?

—No, lo siento, no le estoy sirviendo de mucho, ¿verdad? ¿Le apetece otra taza de té, joven?

—Ahora mismo no puedo tomarme otra, gracias. ¿Sabría decirme algo más de la furgoneta? Lo que sea.

—A ver, déjeme pensar. No sabría decirle. Estaba muy oxidada, pero no creo que eso sea relevante.

El oficial de policía sintió que la adrenalina le inundaba todo el cuerpo... Él había parado a una furgoneta con esa misma descripción. Había solicitado una comprobación de la matrícula en la central de la base de datos. ¿Podría ser el mismo vehículo? ¿Era demasiado bonito para ser verdad?

Se serenó y continuó. —¿Y los dos hombres, señora Evans? ¿Me los podría describir?

—Haré lo que pueda, joven. Pero estaba muy oscuro, como sabe. Como ya le dije antes, eran dos: uno era bastante alto y de buena complexión, y el otro era justo lo contrario, bajísimo. No quiero parecer cruel, joven. Y lo más extraño de todo: iban vestidos de blanco de la cabeza a los pies.

—¿De blanco? ¿Está segura?

—Sí, joven.

—Eso me sirve de mucho, de verdad, señora Evans. ¿Por casualidad le vio las caras?

La anciana se entristeció. —No, joven, estaban demasiado lejos para eso. Y además no llevaba las gafas. Lo siento. ¿Le he servido de algo, joven?

El oficial de policía Harris sonrió con dulzura. —De mucho, señora Evans, ha sido de muchísima utilidad. Pero piénselo bien. ¿Hubo algo más que le llamase la atención. Lo que sea.

—A ver, déjeme pensar. Sí que hubo algo, joven. El bajo llevaba algo en el hombro. Podría ser una alfombra o algo parecido. La arrojó en la parte posterior de la furgoneta antes de arrancar. ¿Estaban robando, joven?

Valía la pena preguntarlo. —¿Podría ser un niño lo que llevaba, señora Evans?

—¿Un niño? ¡Seguro que no! —Hizo una pausa—. Bueno, sí que podría ser un niño, me imagino que sí.

Harris asintió. —Muchísimas gracias, señora Evans. Ha sido extremadamente útil. Alguien del Departamento de Investigación Criminal querrá venir a hablar con usted para pedirle una declaración completa. ¿Le parece bien?

La anciana no se había sentido productiva en años, así que estaba encantada. —Será un placer, joven. Estaré feliz de ayudar. ¿Le apetece otra taza de té y algo más de comer antes de salir al frío? No le vendría mal alimentarse un poco mejor, joven.

Harris se puso de pie dispuesto a marcharse. —Me encantaría, señora Evans, pero de verdad que me tengo que ir ya. Muchas gracias por su colaboración.

¡Qué lástima! Bueno, al menos recibiría otra visita en breve. Era algo que esperaba con ganas. —Pero usted volverá a visitarme, ¿no es así, joven?

La miró cuando ya se iba y le respondió que lo haría... Tenía intención de cumplir su promesa.

A medida que recorría la corta distancia hasta la vivienda aneja, el oficial de policía iba dando brincos... Podría ser que hubiese ganado la lotería de la investigación. Su información era potencialmente importante, eso no tenía vuelta de hoja. Pero ¿debería avisar por radio y ponerse en contacto con el inspector? Puede que sí, puede que no. Esa información ofrecería un mayor impacto en la reunión de intercambio de información, estaba seguro.

Se imaginó a sí mismo recibiendo un coro de aplausos de los colegas que hasta ese momento no lo tomaban en serio... ¿Podría esperar hasta las siete en punto? Por supuesto que podía. ¿Dónde estaba el daño?

Capítulo 33

La enfermera jefe Thomas se acercó a la sala de espera con una sonrisa fugaz que se endureció en cuanto abrió la puerta de la sala. Mike apretó la mano de Siân, temiendo lo peor aunque deseando lo mejor... En ocasiones, una mirada podía provocar esa reacción.

Con voz entrecortada, que resonó con inquietud y emoción, Mike preguntó. —¿Cómo está?

—Si viene a mi despacho, señor Mailer, le explicaré todo lo que pueda.

Mike se puso de pie para seguirla, pero se detuvo abruptamente cuando Siân dijo: —Quiero oír lo que tenga que contar, papá. Es mi madre y yo ya no soy una niña.

—Muy bien, cariño, me parece justo. —Miró a los ojos de la enfermera mientras asentía... Siân tenía derecho a saber la verdad por muy dolorosa que pudiese ser. Y, de ese modo, él no sería el portador de malas noticias.

La enfermera también asintió y eligió sus palabras con cuidado. —La señora Mailer está en cuidados intensivos. La operación de reconstrucción facial transcurrió con normalidad, pero me temo que ha habido alguna complicación. El doctor Faulks acudirá a explicárselo tan pronto como pueda.

Mike y Siân respondieron a la vez mientras la agente de policía Williams subía la mirada, plenamente consciente de que estaba invadiendo el dolor de la familia. —¿Alguna complicación? ¿Qué tipo de complicación?

Thomas se puso nerviosa de repente. —Lamento no poder decirles nada más por el momento. Haré lo posible para que el doctor Faulks venga lo antes posible a hablar con ustedes.

Mike pasó el brazo alrededor de los hombros de Siân para dar y recibir apoyo mutuo... ¿Por qué estaba siendo tan evasiva la enfermera? O tan cauta. Ocultaba algo. ¿Qué sería lo que no les decía?

Lo volvió a intentar de nuevo. —¿Seguro que no nos puede decir nada más?

La enfermera murmuró unas disculpas inaudibles y salió apresurada de la sala sin decir nada más.

El tiempo transcurrió de forma lenta y desmoralizadora para los que esperaban a que el cirujano hiciese su aparición. Cuando por fin lo hizo, se quedó bajo el dintel de la puerta a unos diez pasos de Mike, de Siân y de la agente de policía, y su mirada se dirigió a la lejanía en lugar de cruzarla con la

ansiosa de ellos. Cuando empezó a hablar, Mike notó que tenía acento de sur de Inglaterra y modulación de lo que estimaba educación privada privilegiada. —Señor Mailer, estoy convencido de que le complacerá que le informe de que la operación quirúrgica a la que se ha visto sometida su esposa ha transcurrido relativamente bien dada la gravedad de sus contusiones. A medida que transcurran las semanas, las cicatrices físicas irán curando, y sus rasgos se asimilarán en gran medida a los que tenía con carácter previo al ataque. No obstante, se encontraron algunas dificultades a lo largo de la operación y será necesario esperar para ver cómo se encuentra cuando finalmente se despierte de la anestesia. —Una vez dicho esto se giró para irse.

Mike inspiró hondo... ¿Cómo? ¿Dificultades? ¿Qué puñetas implicaba eso de ‘dificultades’? ¿Se creía ese gilipollas condescendiente que la información que había dado era suficiente?

Se puso de pie y gritó: —Espere un momento.

Se acercó hacia el cirujano, al que se veía sorprendido al interpretar la actitud de Mike como descaro.

—¿Qué puñetas quiere decir con ‘dificultades’?

El doctor Faulks se tensó. —Como ya le he hecho saber, las contusiones faciales de la señora Mailer se restablecerán con el tiempo. En todo caso, sufrió politraumatismo craneoencefálico durante la agresión, por lo que casi seguro habrá sufrido algún trastorno cerebral. Generalmente, los pacientes se recuperan de este tipo de traumatismos a medida que remite la tumefacción. No obstante, lamento comunicarle que el caso de la señora Mailer presenta un cuadro bastante más complejo.

Mike regresó a su silla para consolar a su hija... "Ya volvemos a las andadas". —¿Complejo? ¿A qué se refiere?

El cirujano miró hacia el techo, desplazó el peso con intranquilidad de un pie al otro, y se aclaró la garganta antes de responder: —La señora Mailer sufrió un proceso cardíaco durante la intervención. Es lamentable, pero ocurre de vez en cuando.

Mike negó con la cabeza con incredulidad. —¿Un proceso cardíaco? ¿Se refiere a un ataque al corazón?

—Así mismo, señor Mailer. La señora Mailer fue resucitada con éxito, a pesar de haber dejado de respirar por un tiempo. Su cerebro no recibió su parte de oxígeno y puede haber resultado dañado irrevocablemente a consecuencia de ello. No hay forma de saberlo a ciencia cierta en tales casos. Como ya le he informado, lo único que tenemos que hacer es estar a la espera.

La evaluaré de nuevo con el servicio de neurología a su debido tiempo.

—¿Está diciendo que murió?

—Su corazón se detuvo durante casi tres minutos, señor Mailer. Hay que esperar para ver como evoluciona.

"Por favor, ponte buena, Mo. Por favor, Dios, haz que salga de esta". —
¿Po... podemos ir a verla, doctor?

—No encuentro ninguna razón por la que no puedan hacerlo, señor Mailer. La encontrará en la sala de cuidados intensivos. No obstante, no deposite grandes esperanzas, por favor. Es demasiado pronto para que ella pueda comunicarse. Ahora debo continuar, tengo más pacientes. ¿Alguna pregunta más?

Mike agitó la cabeza con desaliento, sin decir nada más.

La agente de policía Williams había oído lo suficiente para saber que era inútil preguntar cuándo iba a ser posible entrevistar a Molly... Sería una larga espera, si es que llegaba a ocurrir alguna vez.

Mientras veía como se alejaba el cirujano, a Mike le asaltaron cientos de preguntas en su mente agitada. Quería dar una pataleta y chillar como un niño malcriado... Pero ¿de qué le iba a servir? Cada cosa a su tiempo, paso a paso. Ese era el modo de llevar a buen término esta situación. Ir a ver a Mo y después pensar en Tony. "Sé un adulto, Mike. Aunque solo sea por Siân, pórtate como un adulto"—. Vamos, cariño. Vayamos a ver a mamá.

Capítulo 34

El inspector Gravel vació su jarra favorita, que era negra y blanca y tenía el escudo del club de rugby Neath, levantó la manga de la chaqueta y miró el reloj Casio... Solo faltaban diez minutos hasta la reunión de valoración y no tenía una mierda qué contar a su destacamento.

Evaluó los hechos relevantes por enésima vez, buscando algo positivo. ¿Se había dejado algo? ¿Había algo que no había hecho? ¡Como si fuese tan sencillo! Los secuestros por desconocidos eran poco comunes, pero este parecía uno de esos casos. No tenían por dónde tirar a menos que descubriesen algo con rapidez. ¡Joder! No les estaba yendo bien. Las opciones de localizar a Anthony Mailer con vida disminuían a cada minuto.

Agarró un lápiz, lo rompió por la mitad y lanzó los trozos a la pared... No iba a ser fácil levantar la moral del equipo.

Cuando entró en el centro de coordinación pocos minutos después, el inspector Gravel hizo un intento de desprender una confianza que no sentía. Echó una ojeada por toda la sala, satisfecho de que todos los oficiales estuviesen preparados y esperándole, exceptuando a Bethan Williams, que no contaba con que asistiese.

El parloteo ruidoso se detuvo repentinamente cuando llegó al fondo de la sala y levantó la mano para llamar la atención. Contó por encima los recursos limitados que tenía bajo su mando y juró para sus adentros... No eran suficientes, pero tendría que aguantarse. Esa era la maldición de las comisarías pequeñas de los pueblos.

Se podría haber oído la caída de un alfiler cuando empezó a hablar. — Bien, agentes, escuchen con atención. —Y soltó un chascarrillo para reducir la tensión—: Porque pasaré la lección al final. —Todos se rieron. Lo necesitaban.

Alzó la mano abierta por segunda vez y la sala se volvió a quedar en silencio. —Escuchen. Hay que ponerse serios. Siân Mailer encontró a su madre herida y descubrió que su hermano había desaparecido aproximadamente hace siete horas y media. El tiempo se nos va, agentes. En este tipo de investigación es imprescindible conseguir resultados rápidos para tener éxito. Molly Mailer está en el hospital South Wales General. Ha sido sometida a cirugía y Bethan me mantendrá informado de cuando se la va a

poder interrogar, si es que se puede hacer. No me voy a crear demasiadas ilusiones. No creo que suceda en breve. Por lo que tengo esperanzas de que ustedes me puedan ofrecer algo. Anthony Mailer sigue desaparecido. El ataque sobre la señora Mailer fue una agresión despiadada y con ensañamiento. Es altamente probable que el mismo autor, o autores, secuestrase a Anthony. No hace falta que les diga qué significa eso. Tenemos que encontrarlo ya. —Hizo una pausa para respirar y luego continuó—. Compartamos con los demás lo que hayan descubierto. Clive, arranque. ¿Ha encontrado algo en los hospitales o entre los conocidos del niño?

El sargento Rankin negó con la cabeza. —No hay nada, lo lamento, inspector.

—¿Qué? ¿Nada de nada?

—Nada.

—Agente Hawkins, ¿y los delincuentes sexuales?

—He arrancado bien, inspector, pero tenemos localizados a más de trescientos pedófilos contando solo el condado. Estoy comprobando los *modus operandi* para acortar la lista, pero ya sabe que eso lleva tiempo. Hasta el momento, no he hallado ningún sospechoso que destaque. Y tenemos que fijarnos también en los ladrones, por supuesto. En los últimos tiempos, ha habido robos en viviendas con ataque a los residentes. También habrá que investigar por ese lado.

—Gracias, George, concéntrese en los delincuentes sexuales por ahora, y tráigame la lista completa a las nueve de la mañana. Lo discutiremos para ver si tenemos algo.

El agente de policía Hawkins asintió... Iba a ser una noche larga.

El inspector Gravel se giró hacia donde estaba la policía científica. —¿Han encontrado algo relevante?

—No tenemos nada nuevo, lo lamento, inspector. Creo que podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que quien lo haya hecho tiene conocimientos forenses.

—Bien, ya sabemos lo que no encontraron; ahora comparta con todos las buenas noticias.

—Así lo haré, inspector. Como ya sabe, encontramos huellas de calzado en la parte posterior del edificio. Dichas huellas parecen ser impresiones recientes que llevan al punto de acceso evidente. Salieron de la vivienda por otro sitio, probablemente por la puerta principal. Hay huellas de dos tamaños distintos: un par del número 42 y el otro del 45. La profundidad de las huellas

nos sugieren que el asaltante con calzado del número 42 tiene un peso considerablemente mayor que el otro. Lamento decir que eso es todo lo que tenemos.

El inspector Gravel asintió. —No nos ofrece ningún sospechoso, pero tenemos por donde empezar. Si consiguen alguna huella interesante, una vez excluidas las evidentes, háganmelo saber de inmediato. Gracias, Ben.

—De nada, inspector.

—Bien, prosigamos. El equipo de rastreo, ¿tienen algo para mí?

Los agentes del equipo se miraron entre sí de reojo, pero ninguno respondió.

—Vamos, oigámoslo.

Una agente con muchos años de antigüedad en el servicio de policía, sentada al fondo, respondió por los demás. —Nada, inspector.

—¿Qué? ¿Nada en absoluto?

—No, inspector, el perro encontró un rastro en la parte posterior del edificio, pero lo perdió en la carretera justo frente a la entrada de la vivienda.

—Muy bien, ampliaremos la búsqueda en cuanto amanezca. Les quiero a todos de vuelta a las cinco en punto. Hablaré con el comisario y le pediré más efectivos para que les ayuden. Continuemos. El equipo de indagación puerta por puerta, ¿tienen algo de lo que informar?

El oficial de policía Kieran Harris se sentó en el borde de su silla... Ahora sí. Este era su momento estrella.

Se aclaró la garganta con teatralidad, y levantó la mano como un alumno entusiasta en el aula, aunque la bajó con rapidez cuando toda la sala se rio a carcajadas... No esperaba que fuese a ocurrir eso.

El inspector Gravel lloraba de la risa, como los demás... Pero ya estaba bien. El novato había sufrido algunos problemas para adaptarse, pero mostraba un interés prometedor que merecía la pena estimular.

Dio unas cuantas palmadas fuertes. —Volvamos al asunto, agentes. Tenemos que proseguir. A ver, ¿qué es lo que nos tiene que contar?

Harris tragó saliva.

—Vamos, chaval, no sea tímido. Estamos todos en el mismo bando.

"Ya está, Kieran. Este es tu momento". —Inspector, tengo algo de lo que informar... —La gloria era inminente. Ya no se reirían más.

Sacó la libreta de notas del bolsillo derecho de la chaqueta y pasó páginas dándose aires hasta la que importaba, que ya había marcado previamente con un sujetapapeles grande. Hizo aspavientos señalando sus anotaciones, se

aclaró la garganta ruidosamente y empezó: —Gracias, inspector. A las 17:30 interrogué a la señora Rachel Evans de 87 años en su casa del barrio Rose, situada casi enfrente de la vivienda de los Mailer.

—Vamos, chaval, no está en un juicio. Vaya al grano, joder. ¿Qué le contó la pobre mujer?

El novato inspiró a pleno pulmón, hinchó el pecho y continuó: —La señora Evans me informó de que en la madrugada de hoy vio una furgoneta blanca y grande, recubierta de óxido, aparcada justo delante de la casa de los Mailer. No supo decir la hora exacta y tampoco conoce el modelo del vehículo.

El inspector Gravel sabía que la respuesta iba a ser negativa antes de hacer la pregunta. —¿Vio la matrícula?

—No, inspector. Se lo pregunté, pero no la vio.

—Ya me imaginaba que era pedir demasiado. Vamos, ¿algo más?

—La señora Evans vio a dos hombres saliendo de la casa y montándose en la furgoneta. Uno de los hombres llevaba algo al hombro. La mujer dijo que podría ser un niño.

—La descripción, ¿tiene la descripción?

¿Cómo podía haberse olvidado de la descripción? Tragó saliva. —Eso es lo más extraño, inspector, dijo que estaban vestidos de arriba abajo de blanco, incluso la cabeza.

El inspector parecía confuso. —Muy bien, ¿eso es todo?

—Dijo que uno de los hombres era alto y musculoso y el otro bajo y con algo de sobrepeso. El más bajo transportaba lo que podría haber sido el niño.

Harris se reclinó en su silla esperando una salva de aplausos.

—Eso está genial, pero ¿por qué puñetas no me lo dijo antes? Cada minuto cuenta, chaval. Tiene una puñetera radio, ¿no? Úsela, joder.

El inspector hizo una pausa breve para ordenar las ideas. —Muy bien, Clive, ya ha oído lo que ha dicho el chaval. Acuda inmediatamente a casa de la señora para que le preste declaración completa. Hawkins, revise el sistema, mire a ver si alguno de los delincuentes sexuales locales poseen o tienen acceso a una furgoneta blanca que coincida con la descripción. Esta podría ser la oportunidad que necesitamos. Voy a estar en comisaría una o dos horas más y luego podrán localizarme en mi casa a cualquier hora, si me necesitan.

Se volvió hacia el oficial de policía Harris, que hacía lo imposible por evitar su mirada acusadora. —No quiero que nadie más cometa el mismo error que este chaval. Descuelguen el puñetero teléfono o usen la radio inmediatamente si descubren algo útil.

Toda la sala le respondió a coro: —Sí, inspector.

El inspector Gravel estaba a punto de dar por finalizada la reunión cuando el novato levantó la mano por segunda vez. En esta ocasión nadie se rio. —Inspector, hay algo más. No sé si es relevante.

Más valía que fuese bueno. —Vamos, suéltelo.

Harris volvió a abrir su libreta de bolsillo y buscó con desesperación la página pertinente. —A las cuatro menos diez de la madrugada paré en la carretera Eden una furgoneta que coincide con la descripción que nos dio la señora Evans.

—Joder, estas cosas hay que contármelas. Bien, dejémonos de echar broncas. ¿Tuvo oportunidad de comprobar la matrícula?

—Requerí la comprobación de la central PNC. El dueño tiene historial de falsedad documental, pero no está en busca y captura en la actualidad.

—¿Cuál es su nombre?

—Fisher, Wayne Fisher. Le emití una HORT1.

—¿Inspeccionó la furgoneta?

Harris se puso pálido de repente. —La verdad es que no se me pasó por la cabeza, inspector.

—No se preocupe, lo hizo bien.

La débil sonrisa que cruzó el rostro del joven agente se convirtió con rapidez en un ceño fruncido... Esto no lo iban a encajar bien. —Inspector, tengo que informarle de que había un segundo hombre en la furgoneta con Fisher.

—¿Un segundo hombre?

—Sí, inspector.

El inspector Gravel agitó la cabeza descontento. —¿Me equivoco si supongo que no estaban vestidos de blanco?

El novato se puso colorado. —No, inspector.

—¿Podría describirme al segundo hombre?

—No, inspector.

—¿Se fijó en él?

—Lo lamento, estaba oscuro y el pasajero no giró la cabeza hacia mí. Yo estaba pendiente de comprobar la documentación del conductor. No se me ocurrió pensar en ese momento que era importante.

—No se martirice. No podía saber que era relevante. Esas cosas parecen fáciles a posteriori. Lo ha hecho bien, siga así, agente.

Capítulo 35

El inspector Gravel le pasó a Rankin una jarra desconchada que contenía hasta el mismo borde whisky barato y aguado que compraba en la tienda de la esquina. —Muy bien, Clive, amigo mío, nos conocemos desde hace mucho tiempo; ¿tú qué piensas?

El sargento dio un trago largo al whisky e hizo una mueca cuando la bebida alcohólica de malta le quemó la garganta. —Es una posibilidad remota, jefe, pero puede ser un golpe de suerte. Hay demasiadas coincidencias: misma descripción, misma noche, una ciudad pequeña, poco tráfico. Supongo que es posible.

El inspector rellenó ambas jarras y sacudió la cabeza. —¿Qué puñetas hacía Wayne Fisher en la carretera Eden a esas horas de la madrugada? Tú has tratado con él no hace mucho. ¿Qué piensas de todo esto?

—No estoy seguro, jefe, tiene bastantes antecedentes por robo y hurto sin violencia, y es reincidente en todo tipo de delitos menores; sin embargo, no tiene ninguna denuncia concerniente a agresiones a menores, que yo sepa. Vale la pena echar un ojo, pero no lo veo, si quieres que te diga la verdad.

Gravel se reclinó en su asiento y apoyó los pies sobre la mesa. —Bien, Clive, tengo un par de ideas a las que les estoy dando vueltas, pero está claro que le tendremos que hacer una visita a nuestro amigo el señor Fisher por la mañana. Tal como lo veo, no tenemos nada que perder, joder. Consigue una orden de registro y quedemos para las cinco de la mañana. Ahora larguémonos a casa a dormir.

El sargento Rankin se levantó, contento por la oportunidad de ver a su familia, al fin... El trabajo policial solía conllevar dificultades para mantener relaciones estrechas.

Se volvió hacia el inspector cuando se marchaba y, sin querer, le rozó en la cabeza con la mano al despedirse. —Así lo haré, jefe, hasta mañana.

En cuanto salió del despacho Rankin, el inspector Gravel derramó el resto del whisky de su jarra en una maceta, cerró la puerta de una patada y levantó el auricular del teléfono... ¿Dónde puñetas tenía el número de casa de Trevor Simpson?

Buscó en su agenda... ¿Trevor Simpson? ¿Trevor Simpson? Sí, ahí estaba. Marcó el número... "Apúrate, Trevor, responde al puñetero teléfono".

—Inspector Simpson.

—Hola, Trevor, soy Grav. Ya era hora. Perdona que te moleste en tu casa, colega, pero ya sabes cómo funciona esto.

—Claro que lo sé, Grav, no habrá paz para los malvados. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Podría estar equivocado, Trevor, pero ¿te suena que se haya mencionado a Wayne Fisher como participante en vuestra investigación de la red de pedofilia?

—La verdad es que fue de un modo bastante impreciso, Grav. Solo lo mencionó una vez una niña y no estaba segura de su identidad. La descripción que nos dio no concuerda con varios de sus rasgos físicos. Puede estar implicado o no. Tengo mis dudas. Necesitamos mucho más para poder acusarlo.

—¿Pero hay alguna posibilidad?

—Bien, supongo que la hay. No lo he descartado por completo. ¿Por qué lo preguntas?

—En realidad es un tiro al aire, Trevor. ¿Conoces el caso Mailer en el que estoy trabajando, el de la madre con traumatismos graves y el niño de siete años desaparecido?

—Sí, claro, Grav. ¿Pero qué relación tiene Fisher con él?

—Dudo que la tenga, a decir verdad, Trevor. Pero vale la pena tenerlo en cuenta. No tengo una mierda hasta ahora. Una ancianita que vive justo enfrente de la escena del crimen ha declarado que vio una furgoneta blanca aparcada en el exterior de la vivienda cuya descripción coincide con la de Fisher la noche del secuestro.

El inspector Simpson se rio a carcajadas. —Ya sabes que hay muchas furgonetas blancas en los alrededores, Grav. Parece un tiro a la desesperada.

—Uno de nuestros agentes en periodo de pruebas hizo una comprobación con la central. La furgoneta de Fisher circulaba por la carretera Eden de madrugada. La descripción coincide: una furgoneta grande y blanca, oxidada, en las horas del suceso y había alguien más en el vehículo.

—¿Alguna idea de quién era?

—No.

—¿No tenéis su descripción?

—Nada que nos sea de utilidad.

—¿La carretera Eden? Eso está muy apartado del territorio habitual de Fisher. ¿Carretera Eden? ¿Carretera Eden? Me suena demasiado.

—Vamos, Trevor, céntrate, joder. Suéltalo ya. Tengo que irme a casa a

dormir.

Hubo unos segundos de silencio antes de que el inspector Simpson respondiese. —Probablemente no sea nada, Grav, pero Galbraith, el psiquiatra, vive ahí.

—No me gustan las coincidencias, Trevor.

—Oh, vamos, Grav, no veo a Fisher y Galbraith como amigos, ¿y tú?

Grav se rio. —Ahí llevas razón, Trevor. No creo que tengan mucho en común.

—Mira, Grav, la investigación a la red de pederastia está avanzando con rapidez, sorprendentemente. Este asunto ha progresado a mayor velocidad de la que cabía esperar. Da la casualidad de que esta tarde hablé con la fiscalía. Tenemos lo suficiente para arrestar a cinco de los sospechosos hasta el momento: cuatro hombres y una mujer. Fisher no está en la lista de momento y no está previsto que se le detenga a menos que aparezcan nuevas pruebas. No obstante, Galbraith es uno de ellos. Aún tenemos unas cuantas entrevistas pendientes con testigos menores de edad que se celebrarán mañana y se grabarán en vídeo. Con suerte, nos llevarán a más arrestos. La partida todavía no ha acabado, Grav. No voy a tener todos los datos hasta que revise toda la investigación conjunta y compruebe lo que tenemos. Se ha convocado una nueva reunión de organización en la sede de los servicios sociales el martes a las dos de la tarde para decidir, entre otros asuntos, la sincronización de las detenciones. ¿Puedes aplazar cualquier acción contra Fisher para después de ese día? En el improbable caso de que esté involucrado, no querría que ninguno de los sospechosos se huelan que vamos a caer sobre ellos antes de tiempo.

—¡No me jodas, Trevor! La verdad, no me gusta nada. Sé que es una posibilidad remota, pero si Fisher tomó parte de algún modo en el secuestro del niño y yo lo jodo todo por esperar un par de días, no va a sentar muy bien, ¿no crees? Es una pregunta retórica, por cierto. La madre puede no salir de esta.

—Muy bien, Grav, entiendo tu postura, pero no nos vamos a poner de acuerdo. Mira, ¿y si hablamos los dos con el comisario por la mañana? Suele llegar sobre las ocho y media. Él puede tomar esa decisión, privilegios del cargo. Le va en el sueldo, después de todo.

—Tengo una maldita reunión informativa programada para las cinco de la mañana, Trevor. Tenía previsto hacerle una visita a nuestro amigo, el señor Fisher, a primera hora de la mañana justo después de la reunión.

—Me temo que tendrá que esperar, Grav, por muy tentador que sea. Esperemos a ver qué piensa el comisario y actuaremos en consecuencia. ¿Te parece bien?

El inspector Gravel agitó la cabeza. —Supongo que tendré que aguantarme, Trevor. Me debes una puñetera pinta.

El inspector Simpson sofocó la risa. —Me parece justo, Grav. —Hizo una pequeña pausa—. Sigues siendo tan deslenguado como siempre, ¿no? ¿Tu madre nunca te lavó la boca con lejía?

—Que te jodan, Trevor. Hasta mañana.

El inspector Gravel colgó el teléfono con brusquedad y le dio una patada a la papelera con tal fuerza que cruzó el despacho y chocó contra la pared de enfrente casi a la altura del techo. Se volvió a sentar en la silla giratoria, resopló con desaliento y levantó una pila de papeles llena de buenas intenciones que tenía sobre la mesa. La volvió a dejar en la bandeja de plástico de color naranja casi de inmediato... Necesitaba darse una ducha. Le hacía falta dormir. El papeleo podía esperar.

Se levantó con intención de irse a casa, pero decidió hacer una última llamada antes. La centralita del hospital contestó tras una espera sorprendentemente breve y respondió una alegre voz femenina. —Buenas tardes, hospital South Wales General.

—Buenas tardes, pásame con la UCI, por favor.

En esta ocasión, el teléfono sonó bastante tiempo antes de que alguien contestase. —Habla con Cuidados Intensivos. ¿Qué desea?

—Buenas tardes, soy el inspector Gravel, de la policía local. Una de mis agentes está de servicio en esa planta. ¿Podría hablar con ella, por favor?

—La última vez que la vi estaba en la sala de espera. ¿Quiere que le pase un recado?

—Prefiero esperar a que se ponga, gracias.

Unos cinco minutos después, oyó la voz conocida de la agente Williams. —Hola, inspector.

—Hola, Bethan, ¿alguna novedad?

—Tengo buenas noticias, inspector. Iba a llamarlo ahora mismo. La señora Mailer volvió en sí durante un breve instante hace quince minutos. Los médicos parecen más optimistas que antes, aunque, debido a la medicación y a sus lesiones, entra y sale de la inconsciencia una y otra vez.

—¿Tuviste oportunidad de hablar con ella?

—Solo un poco, inspector, antes de que la enfermera me lo impidiese. No

resultaba fácil entenderla, pero me pareció que preguntaba por Anthony. Para ser sincera, no me atreví a contarle la verdad. Ya tiene bastante con lo que lidiar por ahora.

—En algún momento, habrá que decírselo, agente, pero supongo que, por ahora, eso puede esperar. ¿Dijo algo útil?

Se había dirigido a ella por su rango en vez de por su nombre. No estaba satisfecho. Era un callejón sin salida. —Hay algo más, inspector, pero no le veo mucho sentido.

—Escúpelo ya, Bethan. Ha sido un día larguísimo.

—Lo que decía la señora Mailer no parecía tener mucho sentido. Ni siquiera sé si merece la pena que se lo cuente, pero ahí va. Farfullaba palabras incoherentes que no parecían tener conexión entre sí, pero parecía que trataba de decirme algo que ocurrió durante la pequeña fracción de tiempo en que estuvo despierta antes de que la atacasen. Cree haber visto la cara de su atacante antes de perder el conocimiento.

El corazón del inspector volaba. —¿Lo pudo describir?

—Ahí es donde todo se pone más raro. Parecía repetir una y otra vez lo mismo antes de volver a perder el conocimiento. Yo creo que debía de estar confusa o soñando.

—Joder, Bethan, suéltalo de una puñetera vez. ¿Qué decía?

—Doctor David Galbraith. No sé si sabe, inspector, es un apellido escocés.

—Sí, lo sé, Bethan. No soy un ignorante a pesar de los rumores.

—Lo siento, inspector, no era mi intención insinuar...

—Si estuviese en su lugar, yo no acabaría esa frase, agente. Quédese ahí esta noche. Mandaré a alguien que le dé el relevo por la mañana, para que pueda comer algo, descansar y cambiarse de ropa antes de regresar. Si la señora Mailer dice algo más, lo que sea, llámeme a mi domicilio, sea la hora que sea. ¿Tiene mi número?

—Sí, inspector.

—No comente con nadie lo que ha dicho la señora Mailer por ahora, Bethan. No es tan descabellado como parece.

Capítulo 36

—¡Buenos días a todo el mundo! Me alegra ver que han sido puntuales, aunque una gran mayoría tenga un aspecto de mierda. —El inspector Gravel esperó una respuesta, que se limitó a unos pocos gemidos sin entusiasmo... Era demasiado temprano para las bromas, por muy bien intencionada que fuese su procedencia, y a pesar de ser un superior.

El inspector sonrió, de todos modos, y continuó: —No me cabe ninguna duda que les alegrará saber que ha habido algunos avances positivos en el caso. Una vez dicho esto, les recuerdo que Anthony Mailer sigue desaparecido. Y encontrarlo, sobre todo, encontrarlo con vida, sigue siendo nuestra máxima prioridad. Este es un trabajo muy importante, agentes. Está en juego la vida de un niño. No tenemos tiempo que perder, así que escuchen con atención. Cada uno de ustedes tiene que tener más claro que el agua cuáles son sus funciones.

Señaló hacia un mapa del área que había preparado para la reunión. Dio unos golpecitos con el dedo índice sobre una X grande y negra pintada en el centro del mapa con rotulador de tinta indeleble. —Esta es la ubicación exacta de la casa de los Mailer. La escena del crimen, si lo prefieren. —Volvió a dar golpecitos sobre el mapa—. Este primer círculo, el rojo, señala el área que rastreamos ayer. Estoy seguro de que son plenamente conscientes de que no conseguimos nada significativo ayer, con lo que la búsqueda de hoy cobra más importancia. Seguiremos con la batida hasta que encontremos algo. Esta tarea no es glamurosa ni apasionante, pero es esencial. Estamos inmersos en un procedimiento consolidado y metódico que obtiene resultados. Recuérdenlo.

Devolvió su atención al mapa, que estaba sujeto a la pared detrás de él. —Este otro círculo más amplio, el pintado en azul, enmarca los límites de la nueva área que batirán hoy a los que se ha asignado esa tarea. Para que quede claro, volveremos a rastrear el terreno que ya cubrimos ayer y, a continuación, extenderemos la búsqueda al comprendido dentro del círculo azul. Familiarícense con el mapa antes de salir. El sargento Thomas será el responsable sobre el terreno de la supervisión de los agentes encargados del rastreo. Si no encontramos nada hoy, haremos lo mismo mañana y pasado mañana hasta que lo hagamos. Les alegrará saber que son afortunados, ya que les he conseguido transporte. —Sonrió como respuesta a la ovación sarcástica y esperó con impaciencia a que los agentes de la patrulla de búsqueda

estudiasen a fondo el mapa y se marchasen. Les estaba llevando tanto tiempo que gesticuló en dirección al sargento.

—¿Sí, inspector?

—Llévese el puñetero mapa, sargento, y vayan a estorbar a otro lugar mientras lo examinan. Yo tengo que proseguir.

—¡Sí, inspector!

—Bien, los demás continuarán con las pesquisas casa por casa. El sargento Rankin les dará órdenes más concretas una vez hayamos acabado esta reunión. El joven oficial Harris consiguió pruebas muy útiles ayer. Esperemos que hoy podamos hacer lo mismo. Si un novato lo puede hacer, cualquiera puede. —Hizo una pausa para la carcajada general inevitable—. Clive, si hace sus gestiones desde aquí, hablaré con usted más tarde. Recuérdenlo todos, si descubren cualquier cosa potencialmente relevante, lo que sea, informen al sargento Rankin, que a su vez se pondrá en contacto conmigo. Bien, eso es todo por mi parte. ¿Alguna pregunta? No, entonces, lárguense de una vez y encuentren a Anthony Mailer.

El sargento Rankin lo miró con un gesto de perplejidad en el rostro. —¿Podemos hablar en privado?

El inspector asintió. —Vayamos a mi despacho, Clive. Los demás váyanse a tomar un café rápido en la cafetería. Va a ser un día muy largo.

—No te molestes en sentarte, Clive. Tenemos que ponernos en marcha sin demora.

—¿Qué ocurre con Fisher, jefe? He conseguido la orden de registro.

Mientras el inspector le relataba a grandes rasgos las conversaciones de la pasada noche, Rankin agitaba la cabeza con incredulidad... Llevaba el tiempo suficiente en la policía para saber que las investigaciones podían cambiar de rumbo con rapidez, pero en este caso parecía que una investigación se entrometería en otra distinta con potenciales consecuencias graves. —Ya sé que hay pocas probabilidades, Grav, pero... ¿y si Fisher tiene al niño? Si lo demoramos y se va todo a la porra, ¿en qué posición nos deja?

—A mí tampoco me gusta esta situación, Clive. Pero no puedo hacer una mierda. Sabré algo más cuando haya hablado con el comisario. Ahora lárgate para ponerte con la búsqueda casa por casa.

—De acuerdo, jefe, pegaré un grito cuando encontremos algo de utilidad.

El inspector Gravel se dispuso a adelantar papeleo sin apartar el ojo del reloj. A las 8:15 exactas levantó el auricular del teléfono. —Trevor, soy Grav. ¿Has valorado con más detenimiento nuestra discusión de anoche?

—No he cambiado de opinión, Grav.

—Entonces nos vemos delante del despacho del comisario en diez minutos.

Los dos inspectores avezados se hallaban tensos delante de la puerta de su superior como colegiales asustados a la espera del jefe de estudios. El inspector Gravel llamó con los nudillos sin convicción y aguardó respetuosamente a que el comisario respondiese.

El comisario jefe Graham Chapman había llegado a trabajar más temprano que de costumbre. Tenía esa semana a sus suegros en casa, que vivían en Devon y estaban de vacaciones, y él se había aprovechado del trabajo como excusa fácil para escapar de casa. Sabía que su esposa se lo tendría en cuenta en el futuro, pero se autoconvenció de que merecía la pena. Sonrió al oír el golpecito en la puerta... Era un buen día para estar en el trabajo. —Pasad y tomad asiento, chicos. Supongo que es urgente o habríais concertado una visita. No os preocupéis, ¿qué puedo hacer por vosotros?

Los dos hombres se miraron entre sí y ambos esperaron a que el otro mostrase sus cartas.

—Vamos, chicos, por Dios. ¿Qué os detiene? Trevor, empieza tú, por favor.

El inspector Simpson empezó a explicar a grandes rasgos los aspectos más importantes y las prioridades potencialmente conflictivas de las dos investigaciones que se solapaban. Sin embargo, antes de que tuviese la opción de contar demasiado, el comisario intervino, como era su costumbre. Era un misterio. Su eficiencia y la dedicación plena a su cargo redundaba en que casi nada de lo que ocurría en el distrito le tomaba de sorpresa. —Trevor, permíteme que te corte. Soy consciente de los hechos. He leído la documentación y he visto los registros informáticos. Déjame que lo resuma, pero interrúmpeme si me equivoco en algo. —Los tres hombres sabían que eso no iba a ocurrir—. En primer lugar, la investigación de la red de pedofilia es la máxima prioridad y va a aparecer en primera plana en los periódicos, en la televisión y en los demás medios de comunicación. Sin duda alguna, no nos quedará más remedio que tratar con la desagradable prensa amarilla, que creará morbo. Ya conocéis a esos parásitos: si encuentran el más leve atisbo

de crítica, nos machacarán. Tenemos que hacer todo bien y que se note que lo hemos hecho bien. Tenemos pruebas contundentes para detener y acusar a cinco sospechosos hasta el momento. Creo que esos son los datos de la fiscalía, ¿me equivoco, Trevor?

—Es correcto, comisario.

—La situación podría mejorar a medida que progreseemos. O, al menos, es lo deseable. Me da la impresión de que lo tenéis todo bajo control. No podemos comprometer la investigación; hay demasiado que perder. El inspector jefe no se sentirá contento. Todos los arrestos deben ser coordinados a la perfección para no dar la mínima posibilidad de destrucción de pruebas o injerencia con los testigos. No debería ser necesario que os lo dijese. Es evidente.

—Sí, comisario.

—En segundo lugar, tenemos a un chaval de siete años desaparecido y el intento de asesinato de su madre. No hace falta que diga que es también un caso de alta prioridad. La vida del niño podría estar en peligro. Comprendo tu dilema, Grav. No obstante, este asunto de Fisher es pura especulación. La testigo es anciana y miope, estaba oscuro y se había tomado una pastilla para dormir. No es lo que se dice el testigo más fiable, estoy seguro que estás de acuerdo conmigo. Cualquier abogado defensor medianamente decente te lo echaría abajo, y lo sabes. Por otra parte, sabemos que la furgoneta de Fisher fue vista en la carretera de Eden la misma noche. Una de las niñas de la investigación de la red pedófila mencionó a Fisher, si bien su descripción no fue del todo precisa y no tenemos nada más para corroborar sus acusaciones. No tenemos ninguna certeza. Por lo tanto, no tenemos lo suficiente para detenerlo en la primera redada. La situación podría cambiar, por supuesto, a medida que avanza la investigación. Pero no podemos basar nuestros planes en posibilidades.

El inspector Gravel negó con la cabeza, descontento, pero el comisario no había acabado.

—No te rindas tan pronto, Grav. Encontraremos la forma de sortearlo si usamos la imaginación. Me doy perfecta cuenta de que Galbraith reside en la carretera Eden y que ambos hombres están implicados en diverso grado en la red. Puede ser relevante, pero puede que no. Por el momento, no tenemos nada que nos sugiera que uno de los dos tenga retenido Anthony Mailer. En esta etapa, no conocemos la identidad del segundo hombre de la furgoneta de Fisher, pero estoy seguro de que estaréis los dos de acuerdo en que Fisher y

Galbraith parecen muy improbables compañeros de alcoba. Dicho esto, existe una posibilidad remota que no nos podemos permitir dejar pasar. Lo que sugiero es esto: el doctor Galbraith será arrestado a la misma hora que los demás principales sospechosos, hora que está pendiente de concretar en la reunión de planificación de mañana. Propongo que sea a primera hora de la mañana del jueves. —Comprobó el calendario de mesa—. Cae en día trece. Cada comando irá acompañado de oficiales especializados en rastreo, con perros, siempre que sea posible. Peinaremos cada vivienda y edificios aledaños a fondo. Eso en lo que respecta a Galbraith. Ahora, a por Fisher. Como ya he dejado claro, no tenemos lo suficiente contra Fisher que justifique arrestarlo en la primera redada. No quiero que se detenga a ese cabrón y que salga libre sin cargos. Eso no serviría de nada. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos inspectores aceptaron la explicación del comisario, que continuaba con su monólogo. —No obstante, Fisher ostenta un largo historial de antecedentes por fraude que conocéis a la perfección. Estoy seguro de que debe de haber algún asunto pendiente que nos proporcione base legal para hacerle una visita, de modo que registrar su propiedad y los vehículos que posea estuviese plenamente justificado. Hazlo hoy mismo, Grav. Aunque no encuentres nada de qué acusarlo, al menos podrás echar un vistazo y decidir qué estaba haciendo en la carretera Eden a esas horas de la madrugada. No hagas ninguna mención relativa a los niños en este registro. ¿Comprendes por dónde voy?

—Sí, comisario.

—Antes de que os vayáis, chicos, recordad que esta conversación no ha tenido lugar. ¿Está claro?

Ambos asintieron a la vez.

—Marchaos, chicos. Acudid los dos a la reunión de mañana. Mantenedme informado de todas las novedades. Nos guste o no, los próximos días serán decisivos para nuestro futuro profesional. Cerrad la puerta al salir.

—¿Qué sacas de todo esto, Grav?

—Podría haber sido mucho peor, Trevor. ¿Cómo puñetas lo hace? Sabe lo que estoy pensando antes que yo mismo.

—Ni idea, Grav. Hasta luego.

—Hasta luego, Trevor.

—Clive, estoy de nuevo en el despacho. Fisher ha vuelto a las andadas. Vamos a buscar artículos robados.

—Lo pillo, ¿pero no...

—Lo sé, Clive. No me hagas preguntas para que no te tenga que mentir. Ven a las diez para ir a hacer una visita a nuestro amigo Fisher.

—Buenos días, jefe, ¿tenemos tiempo para un cafecito antes de irnos? Hace un frío de mil demonios fuera.

—No veo por qué no, Clive. Voy a enchufar la cafetera. Supongo que traes la orden de registro.

Rankin señaló el bolsillo de la chaqueta con el índice confirmándolo.

Gravel sirvió el café hirviendo y añadió leche y azúcar. —Aquí tienes, chaval, tómatelo ya. En cinco minutos tenemos que estar en marcha. ¿Hay alguna novedad de la que no esté enterado?

—De momento, no, jefe. A ver si tenemos más suerte esta mañana.

El inspector apuró el café, dejó la taza sobre el escritorio y se puso de pie. —Ojalá, Clive. Ojalá.

El inspector sacó un llavero del cajón de su escritorio y se lo lanzó a Rankin. —Yo estoy reventado, Clive. Conduce tú.

Veinte minutos más tarde, Clive Rankin maniobraba para pasar con el vehículo de camuflaje por la entrada del terreno cerrado con verjas de madera pintadas de gris del desguace caótico de Wayne Fisher. Se veían vehículos de todo tipo destrozados y apilados de cualquier modo por todo el recinto, además de un gran barracón de chapa negra ondulada y oxidada al fondo del terreno que usaba como oficina y taller, donde pesaba el metal y el dinero cambiaba de manos. La furgoneta blanca Ford Transit de Fisher estaba aparcada justo delante del barracón.

Fisher supo que el vehículo que se aproximaba pertenecía a la policía mucho antes de reconocer a los dos oficiales que iban en él. Los insultó a gritos, pero se acabó resignando al darse cuenta de que eran los lamentables gajes del oficio... Las visitas periódicas por parte de la policía eran un inconveniente, pero una parte inevitable de su trabajo.

Echó una ojeada rápida a su terreno y sonrió satisfecho... Por lo que parecía, en esta ocasión, y sin que sirviese de precedente, no tenía ningún objeto robado en sus instalaciones más allá de los trozos de metal de chatarra

virtualmente indistinguibles que serían imposibles de identificar. No parecía que hubiese nada de qué preocuparse.

Fisher se aproximó con decisión al vehículo policial justo en el momento en que Gravel y Rankin salían de él y cerraban las puertas. —Señor Gravel, señor Rankin, es un placer tenerlos aquí una vez más. ¿Qué puedo hacer por ustedes, amables caballeros?

El inspector le echó una mirada acusadora. —Deje de tocarnos las pelotas, Fisher. No estoy de humor.

—No se ponga así, señor Gravel. Para mí, siempre es un placer colaborar con la policía.

El inspector se giró hacia Rankin. —Si está tratando de lamerme el culo, lo está haciendo de pena. —Dio unas zancadas hacia Fisher y le clavó el dedo índice en el pecho, lo que provocó que el irlandés perdiese el equilibrio y cayese hacia atrás—. Nos han llegado noticias de que tiene artículos robados en sus instalaciones, Wayne. ¿Hay algo que nos quiera contar antes de que echemos un vistazo? Hacerme perder el tiempo no va a redundar en su beneficio.

Fisher se puso de pie y se sacudió la tierra. —¿Artículos robados? No, no hay nada de eso, señor Gravel. Ahora mismo, me estoy portando bien.

—Nos encantaría pasar aquí toda la mañana pendientes de sus chascarrillos de mierda, Wayne, pero tenemos mucho trabajo. —Dio un paso más, pegó la cara a dos centímetros de la de Fisher y lo miró fijamente a los ojos—. En los últimos días, han desaparecido de muchas iglesias de la zona las cañerías del tejado, que habían sido arrancadas. Eso me ha puesto muy triste. Mi intención es atrapar a todo cabrón que haya participado. Vamos a inspeccionar su terreno y, cuando hayamos acabado, revisaremos su oficina y, a continuación, echaremos una ojeada a su furgoneta. Si hay algo que podamos encontrar, lo encontraremos. ¿Hay algo que nos quiera contar? Este es el mejor momento.

De repente, Wayne Fisher se dejó de sentir tan seguro de sí mismo... Generalmente eran los agentes de policía los que hacían los registros; rara vez, los sargentos, pero los inspectores de policía nunca hacían el trabajo sucio. Para eso tenían gente a su mando. ¿Qué hostias estaba pasando?

Se le empezó a acelerar el corazón... ¿Por qué estarían allí realmente? Por la chatarra, fijo que no. ¿Para qué hostias habría usado Galbraith la furgoneta?

Gravel y Rankin perdieron dos horas buscando sin éxito cualquier detalle que les llevase a Anthony Mailer, o a cualquier otro niño, ya que estaban, por

si alguno había estado en las cercanías de la chatarrería. No obstante, ambos percibieron que Fisher se había puesto tenso, incluso nervioso, cuando inspeccionaron la furgoneta. Revisaron a fondo cada milímetro del vehículo, pero no encontraron nada, lo que ya de por sí era significativo. El exterior de la furgoneta estaba mugriento y oxidado, pero el interior estaba completamente imaculado. Era evidente que alguien se había tomado la molestia de dejarlo impecable.

Fisher no tenía ni idea de por qué el doctor Galbraith había insistido cientos de veces en que limpiase el interior de la furgoneta mientras él lo supervisaba: no se lo había preguntado... Era mejor no saber la respuesta a muchas preguntas.

—Muy bien, Wayne, vamos a confiscarle la furgoneta para que la científica la pueda revisar a fondo.

El estómago de Fisher hacía saltos mortales... No le convenía tanta atención policial. —Vamos, señor Gravel. No han encontrado nada, ¿verdad? Yo no he tenido nada que ver con la mierda esa de las iglesias y necesito la furgoneta para mi trabajo, no me jodan.

—¿Qué hacía en la carretera Eden en la madrugada del domingo, Wayne? Yo me lo pensaría bien antes de responder, si estuviese en su lugar. No estoy de humor para seguir aguantando gilipolces.

Fisher estaba a punto de echarse a llorar... ¿Qué hostias podía responder? Se le tenía que ocurrir algo ya. —Tiene que haber algún error, señor Gravel. Me tomé un par de tragos, puse la televisión y caí redondo en el sobre toda la noche. No salí de casa.

El inspector se rio con desdén. —Vamos, vamos, sé que es capaz de poner mejores excusas. Un oficial de policía le hizo parar, Wayne. Buscó la matrícula en la base de datos y le exigió que le enseñase la documentación del vehículo. Así que vuelva a intentarlo.

Al rostro de Fisher parecía que se le había drenado la sangre... ¿Qué hostias podía responder a eso? Podía confirmar que estaba conduciendo. Podía inventarse cualquier mierda que explicase de dónde venía. Podía intentar engatusarlos. Tenía esa opción. Pero ¿qué hostias había hecho Galbraith? Ese hombre era un psicópata. Le podía haber implicado en algo en lo que no querría tomar parte. Estaba en un callejón sin salida. —Mire, señor Gravel, no estoy para gaitas. Tengo toda la documentación en la oficina y estoy encantado de enseñársela siempre que la necesiten. Puedo ir a por ella ahora mismo, si les sirve de ayuda.

—¿Qué hacía en la carretera Eden, Wayne?

—Necesito la furgoneta para trabajar, señor Gravel. Deme un respiro, por favor.

—Se lo vuelvo a repetir, Fisher. ¿Qué estaba haciendo usted en la carretera Eden? Nos lo puede explicar aquí o en comisaría: usted decide.

Fisher empezó a temblar cuando la bravuconería previa se le derritió como si fuese un cubito de hielo a pleno sol de verano... Encubrimiento de robos o hurtos era una cosa, pero esto tenía pinta de ser más grave. ¡Muchísimo más grave! Fuese lo que fuese, no quería ser partícipe en ello. No decir nada. Esa era la única opción que tenía: no decir nada.

—Estoy esperando. Deje de tocarme las narices. Estoy perdiendo la paciencia a paso acelerado, maldito chorizo.

Silencio.

—Había otro hombre en la furgoneta, Wayne. ¿Quién era?

—No sé de qué hostias me está hablando.

—Iba otro hombre con usted en el asiento del acompañante cuando le pararon, Wayne. Lo vio el agente. ¿Quién era?

Silencio.

El inspector Gravel se dio la vuelta y se alejó porque temía arremeter contra el sospechoso. —¡Ya está bien! Ponle las esposas, Clive. Mete a este capullo en el coche. Echaremos otro vistazo a este estercolero y registraremos su casa de camino a comisaría. Llama por radio a la científica para que vengan a por la maldita furgoneta.

El sargento Rankin condujo hasta la comisaría mientras que el inspector Gravel iba en la parte de atrás insistiendo en hacer a Wayne Fisher las mismas dos preguntas: "¿Qué hacía en la carretera Eden?" y "¿Quién iba con usted en la furgoneta?".

Fisher se pasó todo el trayecto en un silencio hermético... Parecía la decisión más razonable.

El inspector era plenamente consciente de que esa era una competición de pesca con escaso cebo... A menos que tuviesen un golpe de suerte, el trabajo de esa mañana no iba a servir una mierda para ayudar a encontrar a Anthony Mailer ni para llevar a la justicia al que atacó a su madre. Era posible e incluso probable que estuviesen perdiendo el tiempo. Un tiempo que no les sobraba precisamente.

Capítulo 37

—Fisher sigue pidiendo que se le autorice a llamar por teléfono, jefe.

El inspector Gravel agitó la cabeza y resopló con desdén. —Ese gilipollas parece conocer el sistema jurídico tan bien como yo.

—Eso parece.

—Deja que haga la llamada, Clive. Y, después, enciérralo y que se aguante un rato.

—¿Sabemos algo del inspector Simpson?

—Todavía no. Lo voy a llamar para ver cómo avanza la organización de la redada. ¿Por qué no te vas a tomar una taza de té a la cafetería? Te avisaré cuando esté listo para interrogar a Fisher.

Wayne Fisher miró atrás y hacia los dos lados de la sala antes de levantar el auricular del teléfono. A menos que la pasma tuviese algún improbable dispositivo de vigilancia de tecnología punta oculto era seguro hacer la llamada.

La mano planeó por encima del disco... ¿Cómo era el número de Galbraith? ¿Era 596 o 956? ¡956! Ese era. Marcó con prisa y esperó el tono de llamada.

Cynthia Galbraith respondió al teléfono casi al instante y parecía haberse quedado sin aliento cuando dijo: —Dígame, ¿quién llama, por favor?

—Mi nombre es Fisher, Wayne Fisher, soy amigo de su marido. Tengo que hablar con él.

—Nunca le he oído mencionar su nombre, señor Fisher.

—¿Está en casa?

—Sí, pero no le gusta que le interrumpan, señor Fisher.

¿Qué hostias le pasaba a esa mujer? —Es urgente, señora. Le interesa oír lo que tengo que decir. Solo dígame quién está al teléfono, por favor.

Cynthia se dio cuenta de repente de que tenía el pelo pegado a la frente... ¿Y si era urgente? El hombre parecía enfadado por alguna razón que no comprendía. Tal vez eran asuntos de hombres. Quizá tomar nota del recado era la mejor opción—. De verdad que no quiero interrumpirlo mientras trabaja, señor Fisher. Si conoce a mi esposo, como afirma, sabrá que no lo agradece precisamente. ¿Puedo darle yo el recado?

—Esto no puede esperar, señora Galbraith. No sé cómo hacer para que le

quede claro. Esta llamada es extremadamente urgente. Tengo que hablar con él ahora mismo, por favor.

—Supongo que le puedo preguntar si quiere hablar con usted.

—Eso sería estupendo. Por favor, hágalo.

Cynthia se quedó tensa a la entrada del mundo secreto de su marido, con la mirada fija en los peldaños grises de cemento prohibidos, y por primera vez en su vida se atrevió a descender por ellos, paso a paso, con decisión, despacio, hacia la puerta de seguridad blanca de acero del fondo. Dudó al llegar hasta la puerta, y su instinto le tentó a retirarse y refugiarse en la seguridad relativa de la cocina. No obstante, después de unos segundos en que se apremió a actuar, llamó con los nudillos en el metal frío, con delicadeza al principio, como deseando que no la oyese, aunque aumentó la intensidad, más y más, hasta que la oyó.

Cuando Galbraith abrió la puerta, se quedaron los dos como estatuas silenciosas, con la mirada centrada intensamente entre sí durante unos diez segundos hasta que Cynthia apartó la vista. Cuando el doctor levantó el puño para pegarle, ella saltó hacia atrás con rapidez y levantó los brazos en actitud defensiva antes de espetar: —Wayne Fisher está al teléfono. Insiste en que es urgente. Lo siento, dijo que tenía que interrumpirte.

El psiquiatra se detuvo en seco... ¿Por qué cojones se ponía Fisher en contacto con él? Más le valía que fuese importante.

Bajó el brazo sin golpearla y empujó a Cynthia para subir las escaleras.

Al principio, Cynthia no se movió, pero luego dio un paso con decisión hacia delante... ¿Podría asomar la cabeza por el marco de la puerta y echar una ojeada a la sala prohibida que brillaba con intensidad? Sería revelador. Pero, ¿y si regresaba y la pillaba curioseando? Tal grado de peligro era impensable.

Se dio la vuelta, subió los peldaños volando, mucho más rápido de como los había bajado hacía uno o dos minutos, y trató de convencerse de que había tomado la decisión correcta... Le gustase o no, no había forma de ignorarlo: algo iba mal. Algo iba muy pero que muy mal.

—¿Fisher? Soy el doctor Galbraith; estoy ocupado. ¿Qué cojones quieres?

Wayne Fisher estaba empezando a preguntarse si haberse puesto en contacto con el doctor Galbraith había sido una buena idea, al fin y al cabo. —

Estoy en la comisaría de policía, doctor. Me han enchironado porque sospechan que he vendido objetos robados.

—¿Y qué cojones tiene eso que ver conmigo, hombre?

—Se han llevado la furgoneta, doctor. Nunca lo habían hecho. Andan tras algo. Me han hecho preguntas que yo no puedo responder.

La presión y el ruido le hacían estallar la cabeza... Su mundo se estaba desmoronando. El renacuajo seguía inconsciente y ahora esto. Debería haber convertido en chatarra ese maldito trasto. ¿Por qué no lo había pensado antes?

—Ni se te ocurra mencionar mi nombre, Fisher, o te mato. ¿Me has oído? — Colgó el teléfono con tanta brusquedad que astilló el auricular de plástico rojo.

Wayne Fisher sintió que las piernas le flaqueaban y la cabeza le daba vueltas... No era una amenaza falsa. Ese hombre era peligroso. Ni de coña le iba a contar algo a los maderos.

Galbraith regresó al sótano y se sentó en el suelo embaldosado con las piernas cruzadas y la cabeza gacha... ¿Por qué no le había dado el puñetazo a la zorra? Seguro que le habría aliviado en cierta medida la presión, ¿no? Sí, claro que sí. Y necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir. Rectificaría su descuido en algún momento del día, pero ese placer en concreto tendría que esperar. Había decisiones más urgentes que tomar. Decisiones que no se podían demorar más.

Notó cómo se le humedecían los ojos mientras revivía los hechos recientes en la mente... Había dedicado un montón de tiempo y esfuerzo al secuestro y encierro del maldito renacuajo. Había preparado planes exhaustivos y al detalle con sus intenciones exactas. Ahora tendría que aceptar la asquerosa realidad de que sus planes tan preciados podrían no hacerse realidad. Era una carga casi imposible de soportar.

Se puso en pie y se dedicó a andar de un lado para otro, retorciendo las manos y tirándose del pelo corto y negro... Si la policía estaba husmeando, como había afirmado Fisher, quedarse pasivo no era una opción. Tenía que ser proactivo. Tenía que recuperar el control. Podía esperar lo que hiciera falta hasta que el renacuajo recobrara la consciencia; esa posibilidad le proporcionaba ventajas evidentes. Pero ¿sería lo más sensato si la policía lo estaba acorralando? Podría ser que se le estuviese agotando el tiempo.

Agitó la cabeza con agresividad. Quizá valía la pena esperar dos días o tres días a lo sumo. Tal vez resultase suficiente para salir bien parado. Puede

que sí o puede que no. Solo cabía tener esperanzas. O podía cortar por lo sano matando al maldito renacuajo y destruyendo las pruebas. Esa era la salida más sensata ¿no?

El psiquiatra apretó la cabeza con las dos manos al aumentar la presión intracraneal y se le desfiguraron los rasgos. Tenía sentido mantener con vida al mocoso otras 48 horas, pero ni un minuto más. Sí, sí, era lo lógico. Tenía sentido. Cuarenta y ocho horas, estuviese consciente o inconsciente, luego tendría que morir.

Capítulo 38

—Trevor, soy Grav. ¿Cómo te va?

—No me va mal, gracias. ¿Qué puedo hacer por ti, colega?

—¿Vuestra parte de la investigación ha avanzado?

—Sí, las entrevistas van bastante bien, por lo visto. Hemos conseguido pruebas nuevas que nos serán útiles para corroborar las acusaciones previas y determinar algunas más. Puede que tengamos lo suficiente para imponer nuevos cargos e incluso para nuevos arrestos. Tendré que repasar las grabaciones a conciencia y tantear a la fiscalía antes de llegar a las conclusiones finales, como es natural, pero tiene muy buena pinta, Grav. Galbraith está metido hasta el fondo en la trama. Debería acabar entre rejas por un montón de tiempo, si todo va bien.

—¿Si todo va bien?

—Tenemos más que suficiente para inculparlo, pero conseguir una condena es un asunto completamente diferente. Tiene una gran reputación, es un cabrón muy retorcido y los testigos son niños muy pequeños. No tenemos ni idea cómo reaccionarán a los interrogatorios de la defensa.

—Sí, ya veo por dónde vas, Trevor. Si por mí fuese, clavaría a ese pederasta a un árbol por las pelotas. ¿Y respecto a Fisher?

—No tenemos nada aún, Grav. Fisher va a tener que esperar. Tal como lo llevamos, no tenemos casi nada contra él. ¿Vosotros tuvisteis suerte?

—La jodimos. No encontramos nada que nos pueda interesar ni en la chatarrería ni en su vivienda, y ha mantenido la boca cerrada a cal y canto a pesar de la presión a la que lo hemos sometido, ya sabes. La culpa la tienen los malditos programas de televisión sobre investigaciones. Ahora, todo criminal se cree un maldito abogado. No abren la boca.

—He tenido que tratar con Fisher multitud de veces a lo largo de los años. Lo conseguimos enchironar durante tres largos años por atraco a mano armada porque tuvimos suerte. Generalmente, va a lo fácil. No se complica la vida; por eso, creo que este no es su estilo.

—Está acojonado por algo o por alguien. Se lo hemos hecho pasar fatal, pero consiguió quedarse en completo silencio durante casi dos horas. Suele decir muchas gilipolleces y no soltó ni una maldita palabra.

—¿Y qué sabes de la furgoneta?

—Los chicos de la científica la han estado inspeccionando a fondo esta

tarde. El interior estaba immaculado. Como si fuese nueva, fueron sus palabras. Ningún rastro de vida. Ni siquiera la más ligera huella de dedos, exceptuando las mías y las de Rankin. ¡Joder! Nuestro amigo el señor Fisher está hasta el cuello, pero no tenemos nada contra él.

—Unas veces se gana y otras se pierde, Grav.

—Algún día lo atraparemos.

—Ojalá. ¿Cómo va la investigación de los Mailer? ¿Contáis con encontrar pronto al niño?

—Estamos en un callejón sin salida. Estoy empezando a pensar que si Fisher estuvo fuera de casa esa noche fue pura coincidencia. Como tú mismo dijiste, hay muchas furgonetas blancas en circulación.

—Sabías de sobra que era un tiro al aire.

—No te equivocas, Trevor. Si conseguimos encontrar al crío con vida será de puto milagro.

Capítulo 39

Después de horas interminables de sueño inducido por los medicamentos acompañado de periodos breves de confusa duermevela, la anestesia estaba, al fin, remitiendo. Molly se hizo consciente de repente de lo que la rodeaba, sin estar segura de si las imágenes terroríficas que le venían a la cabeza eran recuerdos de hechos reales o pesadillas provocadas por su subconsciente.

Abrió los ojos amoratados e hinchados y vio los rostros familiares de Mike y Siân que le sonreían. Trató de corresponderles, pero el esfuerzo resultó demasiado doloroso. Consiguió discernir que Mike estaba llorando y sintió como sus lágrimas cálidas le caían sobre la cara cuando se inclinó para besarla en la cabeza con cariño.

—Hola, Mo, nos alegramos de tenerte de vuelta, mi amor. Has estado pendiente de un hilo por un tiempo.

Los ojos de Molly saltaron de un lado a otro por toda la habitación... ¡Tony! ¿Dónde estaba Tony? Ojalá pudiese hablar. Ojalá pudiese gritar su nombre.

Una y otra vez, intentó hablar, sin conseguirlo. Mike tuvo claro qué trataba de decir, pero temía que la cruda realidad fuese a resultar una carga demasiado fuerte para que la soportase cualquiera de ellos. Acercó la oreja a la boca de su esposa deseando estar equivocado; sin embargo, el débil susurro distorsionado era inconfundible: —¿Y A-n-t-h-o-n-y?

Mike se volvió a poner recto, y miró a Siân con expresión de profundo desaliento... ¿Qué se suponía que debería decir ahora? ¿Cómo le podría contar algo que sabía de sobra que le iba a romper el corazón? Parecía razonable hacer caso omiso de las insinuaciones bajo esas circunstancias, ¿o no?

Después de un momento interminable de silencio, lo único que consiguió fue decir: —Por ahora, concéntrate en ponerte bien, mi amor. Podemos hablar cuando te encuentres mejor.

Los ojos de Molly ardieron con furia interna... ¿Qué estaba intentando ocultar ese inútil? Algo ocurría, sin duda. ¿Y si sus sueños eran recuerdos? ¡Anthony! ¿Dónde estaba Anthony?

Empezó a gemir lastimosamente, y, a pesar del dolor, a pesar de las heridas, a pesar de la inquietante opresión en el pecho, levantó los brazos y agarró a Mike con firmeza de la camisa con las dos manos. Se lo acercó de un

tirón brusco y le balbuceó con dificultad una única palabra casi inaudible: — ¡V-e-r-d-a-d!

Lo soltó y se desplomó en la cama, agotada por el excesivo esfuerzo, al tiempo que Mike se tambaleaba hacia atrás, aturdido por la intensidad de su reacción... Molly quería una respuesta. Necesitaba respuestas. Pero él no iba a ser quien se las diese.

—Di algo, papá.

Mike desvió la mirada hacia su hija sin responder, y salió disparado, de repente, hacia la puerta. Se cruzó al final del pasillo con la enfermera jefe Thomas justo cuando ella entraba en esa ala del hospital en dirección contraria. —Vaya despacio, señor Mailer. Esta es una instalación hospitalaria, no un circuito de carreras.

Mike pasó corriendo a su lado, con la cabeza gacha y los ojos centrados en el linóleo, sin detenerse.

La agente de policía Williams lo siguió, y pronto se le unió Siân, que estaba decepcionada, aunque no sorprendida del todo por la reacción de su padre. —Deténgase, señor Mailer, ¿a dónde va? Su familia lo necesita aquí.

No obstante, Mike no dejó de correr hasta que llegó al aparcamiento, donde se sentó en el bordillo de la acera, que estaba frío y húmedo, y se encendió un cigarrillo e inhaló la mezcla de químicos tóxicos hasta lo más hondo de los pulmones agitados... Amaba profundamente a Mo, así que ¿por qué había vuelto a decepcionarla una vez más? Y justo cuando más lo necesitaba. ¿Qué demonios? Esperaría veinte minutos y regresaría a la habitación. Con un poco de suerte, Bethan o Siân ya le habrían contado la cruda realidad.

Siân sujetó la mano de su madre y miró suplicante a la policía, que se acercaba a la cama. Molly desvió los ojos de una a la otra y cruzó la mirada con ambas por turnos... La policía estaba allí. No lo había soñado. La habían atacado en su propia habitación. Un hombre la había atacado. Un hombre con ojos azules. Pero ¿y Tony? Dios, ¿y Tony? Tenía que saber la verdad. ¿Por qué nadie le contaba la verdad? Estaba segura de que la realidad no podía ser tan terrible como su imaginación desbocada.

La agente de policía acercó una silla a la cama, se sentó y le ofreció media sonrisa que se desvaneció rápido... Aquí viene. —Señora Mailer, ya hemos hablado antes, aunque usted no estaba del todo consciente. ¿Recuerda algo de nuestra conversación?

Molly negó con la cabeza despacio, acompañada de una mueca.

Iba a ser una noticia espantosa para la pobre mujer. ¿Y si fuese uno de sus hijos? No quería ni pensarlo. Se obligó a sonreír por un instante. —Es una buena noticia tenerla de vuelta, señora Mailer. Yo soy la agente de policía Williams, Bethan Williams. Por favor, llámeme Bethan. Estoy segura de que quiere saber qué es lo que está ocurriendo punto por punto.

Molly asintió una vez y volvió a gesticular.

—Señora Mailer, no hay una forma fácil de explicárselo. Alguien la agredió en su casa. Usted estaba en su habitación en aquel momento. Siân la encontró y llamó al 999. ¿Consigue recordar algo que nos ayude a encontrar al hombre que se lo hizo? Lo que sea. Incluso el detalle más insignificante podría ser vital.

Molly sintió pánico... Las imágenes que tenía en la mente eran reales. Eran cien por cien reales. ¿Dónde estaba Anthony? ¿Por qué nadie le hablaba de Anthony?

Molly hacía lo imposible por hablar, pero a la agente solo le llegaban sonidos farfullados, incomprensibles y distorsionados: era más ruido blanco que palabras.

La agente de policía miró inquisitivamente hacia Siân esperando una aclaración, pero esta agitó la cabeza con tristeza. La hinchazón de la boca de Molly había aumentado y había vuelto a sangrar por el esfuerzo por comunicarse, y aun así Siân no conseguía entender nada.

Williams asintió... Era hora de usar la imaginación. —Está bien, señora Mailer, le prometo que le contaré todo lo que pueda, pero le ruego que me dé un minuto.

Recorrió con prisa el pasillo y regresó pronto con un bloc de notas de gran tamaño y un rotulador negro que había adquirido en el pequeño quiosco del hospital. Sostuvo la mirada de Molly. —No consigo entender lo que me trata de decir, Molly. ¿Se ve capaz de escribirlo?

Molly asintió, apoyó el bloc en una mano y sujetó con fuerza el rotulador con la otra. Le temblaba la mano por la furia a medida que escribía las palabras que había estado intentando pronunciar hasta la desesperación unos minutos antes: "¿DÓNDE ESTÁ ANTHONY?".

Bethan Williams respondió despacio, haciendo lo posible para que no le fallase la voz por la emoción. —Molly, no existe un modo fácil de decirle que no sabemos dónde está su hijo. Lo lamento. Yo también tengo hijos y no soy capaz de imaginar lo terrorífico que tiene que ser oír semejante cosa. Sin

embargo, toda la comisaría lo está buscando y confiamos en encontrarlo pronto... —No debería haber dicho eso. Podía ser verdad o no. Hasta podría estar muerto.

Molly escribió en la segunda página: "¿SE LO HA LLEVADO ALGUIEN?".

La agente de policía dirigió la mirada a Molly, a pesar de la tentación de apartarla... Iba siendo hora de ser completamente sincera. La pobre mujer merecía saber la verdad por muy dolorosa que fuese. —Sé que no le va a resultar fácil oírlo. Pero tiene derecho a saberlo. —Hizo una pausa... ¿Cómo explicarlo? ¿Y qué más daba? No tenía sentido intentar endulzar la verdad en este caso—. Es posible, aunque no estamos seguros, de que la persona o personas que la atacaron secuestrasen a su hijo.

Molly tragó saliva para frenar las ganas de vomitar.

La policía apoyó la mano en el hombro izquierdo de Molly para reconfortarla y trató de forzar una sonrisa compasiva que no consiguió materializar. —¿Vio u oyó algo que nos sirva de ayuda? ¿Recuerda algo del hombre que la atacó? El aspecto que tenía, a qué olía, qué ruidos hacía, qué dijo, alguna marca distintiva. Lo que sea.

Molly dudó... Los recuerdos parecían tan reales. Aunque podría ser que la mente le estuviera haciendo una mala jugada.

Después de un momento de silencio contemplativo, garabateó: "Recuerdo sus ojos, solo sus ojos".

—¿Qué le ocurría a sus ojos?

Molly gesticuló y escribió: "Azul penetrante, llamativo. Estoy segura de que ya los había visto antes.

—¿Quién fue? ¿Quién la atacó?

Se lo pensó un breve instante por el temor a desorientar la investigación, pero decidió fiarse de su instinto. Pasó una nueva página del bloc y escribió con rapidez y en letra grande: "DR. DAVID GALBRAITH". Se lo entregó a la policía con la mano extendida, y observó al detalle su reacción... No se estaba riendo ni negaba con la cabeza. A lo mejor, no era tan ridículo, después de todo. ¿Era una buena actriz y trataba de complacerla? Sí, era probable que fuese eso.

—Ya mencionó a ese hombre antes, pero necesitaba estar segura de que sabía lo que decía. Estaba medio adormecida la otra vez. Ya sé que le va a resultar muy difícil, pero, por favor, intente descansar. Me voy a poner en contacto ahora mismo con el oficial al cargo de la investigación para

informarle de que lo que me acaba de decir. Sin duda, querrá que haga una declaración completa lo antes posible.

Molly pasó de página en la libreta y escribió de nuevo en mayúsculas con letra tan grande que ocupó toda la página: "¡¡ENCUENTREN A MI HIJO!!".

Capítulo 40

El inspector de policía Trevor Simpson se estaba abriendo paso a través de las pilas aparentemente interminables de documentos pendientes de tramitar, tratando de ponerse al día en un intento admirable, aunque inservible, de mantener la mente al margen de la próxima reunión de planificación entre las distintas agencias de protección de menores. Apartó la documentación con rabia a un lado y miró la hora... Menos mal que ya le quedaba poca espera. El caso estaba interfiriendo en todos los aspectos de su vida. ¿Cómo podían esos cabrones hacerle eso a los niños? ¿Cómo soportaban ese trabajo los asistentes sociales a todas horas? No le extrañaba que muchos acabasen bebiendo. No le extrañaba el humor negro que, en ocasiones, rozaba el límite. No le extrañaba que Pam sufriese náuseas después de hablar con las víctimas. Y, aun así, se había negado a que la apartasen del caso. Eso era dedicación. Tal vez debería habérselo ordenado.

El inspector marcó el número directo de Mel Nicholson y esperó impaciente a que respondiese. Nicholson estaba revisando extensos expedientes de protección infantil, satisfecho por tener algo que lo distrajese. Los resultados de las entrevistas de esa mañana y la actividad intensa que seguiría a la reunión de primera hora de la tarde le pesaban demasiado, por lo que le alegró oír la voz conocida del inspector al otro lado de la línea cuando levantó el auricular. —Hola, Mel, soy Trevor, ¿cómo te va por el mundo de los servicios sociales? ¿Listo para esta tarde?

—Tanto como me es posible.

—Te puedo pasar a recoger, si eso te ayuda, colega. De ese modo, podríamos conversar sobre el caso en el trayecto.

—Sí, no veo por qué no, Trevor, aunque yo necesito llegar allí unos diez minutos antes de la hora, ¿te parece bien?

—No hay problema.

—¿Cómo han ido las entrevistas?

—Mejor de lo esperado, por lo que parece, Mel. Ya hablamos luego. Paso a por ti a la una y veinte.

—Gracias, Trevor, hasta luego.

Nicholson colgó el teléfono y se recostó en su silla con los ojos cerrados para intentar relajarse. Se visualizó en una cálida playa caribeña bañada por el sol con un mar azul claro y transparente chocando contra la orilla arenosa

rodeada de verde. Aunque no duró. Nicholson suspiró, se resignó a lo inevitable, a medida que su breve fantasía se iba desvaneciendo y la realidad se imponía una vez más... Tal vez, después de que finalizasen con el caso, podría llevarse a su familia allí un par de semanas. Siempre lo había deseado.

Sonrió... ¿Por qué no hacer realidad su fantasía?

No obstante, se le borró la sonrisa de la cara tan rápido como había aparecido... El dinero, ese era el motivo. Su salario no alcanzaba. Tendrían que volver a ir de acampada al norte de Francia, tanto si quería como si no.

Nicholson amagó una risa, y sacó un expediente del archivador metálico gris que estaba en una esquina del despacho... A trabajar. La reunión de esa tarde sería casi seguro la más importante de su carrera. De su resultado dependía mucho. El futuro de una gran cantidad de niños estaba supeditado al éxito o fracaso de los acuerdos a los que se llegasen. Tenía que lidiar con la presión. Tenía que hacerlo bien.

Se rascó la nariz y trató de concentrarse en el papeleo con entusiasmo vacilante... ¿Por qué aparecían más y más montones de impresos y expedientes sobre su escritorio cada vez que salía del despacho?

Decidió dedicarles la media hora que le quedaba antes de irse a presidir la reunión de protección de menores en el South Wales General... Sería idílico haber aprovechado la mañana preparando la reunión de la tarde, pero su carga de trabajo no le permitía ese lujo.

Agachó la cabeza y se puso a ello.

Capítulo 41

El inspector Simpson agitó su tarjeta de identificación delante de la cara del asistente metomentodo que estaba en la entrada del aparcamiento del edificio de servicios sociales, y entró con el coche sin esperar a que le invitase a pasar. Estaba a punto de bajar del vehículo oficial del departamento de investigación criminal cuando vio a Nicholson estacionando su vieja berlina verde oscuro, un Volkswagen Golf diesel, en el espacio reservado cercano a donde él estaba. El director de los servicios sociales deseaba poder regalarse cinco minutos a solas para tomarse una taza de café y un sandwich antes de que lo recogiese, pero aceptó la derrota cuando vio la cabeza de Trevor Simpson asomando por la ventanilla del conductor, y oyó su voz grave llamándolo por el nombre. —¡Mel! Date prisa, colega. Vas a tener que ir detrás. Conoces a Grav, ¿no?

Nicholson abrió la puerta y se sentó en la parte de atrás del coche. — Claro que sí, ¿cómo te trata la vida, Grav?

—No me puedo quejar, gracias, Mel. Ando bastante liado.

El inspector Simpson encendió el motor con el primer giro de la llave, salió marcha atrás de la plaza de aparcamiento estrecha, y de un volantazo experto salió con el coche a la calle.

—Te agradezco que me lleves, Trevor. ¿Qué novedades hay en las entrevistas conjuntas? Intenté que Phil me pusiese al corriente, pero estaba enfrascado en un caso.

—Como ya le dije antes a Grav, en general tiene muy buena pinta. En este momento, se están haciendo un par de entrevistas más, de modo que tendré que revisar las grabaciones antes de llegar a las conclusiones definitivas. Sin embargo, parece que estamos progresando. El doctor Galbraith podría estar bajo llave durante bastante tiempo, por lo que parece.

—¿Hay algo en concreto?

—Ya teníamos bastante para acusarlo, pero parece que está mucho más involucrado en la red de lo que habíamos creído. —Hizo una breve pausa—. Ese hombre es un maldito cabrón. Algunos de los niños aún llevaban pañales, joder. Dos críos lo describieron matando animales delante de ellos: perritos, gatitos, corderitos y otros cachorros. Por lo visto, los sujeta en alto por el pescuezo y los raja de arriba abajo con un instrumento que, por su descripción, parece un bisturí de cirujano. Ese desgraciado les decía a los niños que les

haría lo mismo a ellos si alguna vez contaban algo. Si lo piensas, es sorprendente que hayan abierto la boca algunos de ellos. A las reuniones de la red las llaman "club de mascotas". ¿Te lo puedes creer? ¡Club de mascotas, joder! Por lo que parece, Galbraith fue el que inventó el nombre. Como te dije, es un maldito cabrón.

Ni Nicholson ni Grav respondieron... ¿Qué se podía responder ante tal depravación?

El inspector Gravel acabó rompiendo el silencio penetrante. —Los equipos de investigación lo han hecho cojonudamente al convencer a esos niños de que pueden sentirse seguros aunque denuncien. Bajo estas circunstancias..., ya sabéis a qué me refiero. Ahora nos toca a nosotros. Tenemos que hacerlo a la perfección: siguiendo estrictamente el protocolo, sin olvidarnos de ninguna coma, ni el más mínimo error.

Sus dos acompañantes le ofrecieron su aprobación incondicional, y desviaron a continuación la conversación hacia el rugby, un tema relajado y cercano que les apasionaba a los tres. Durante el resto del trayecto, conversaron sobre los jugadores de la selección galesa. Era el método probado que tenían para conservar la cordura, un recordatorio de que la vida transcurría con normalidad mientras ellos se enfrentaban, día tras día, a todos esos aspectos que la sociedad decidía ignorar. Todos ellos habían comprobado en sus trabajos que el ser humano tenía una capacidad infinita para la maldad. Decidieron olvidarlo por un rato.

El viaje transcurrió con relativa rapidez y llegaron a su destino unos minutos antes de lo previsto. El parking ya estaba abarrotado, ocupado por los demás asistentes que también llegaron temprano, por lo que a Trevor Simpson le llevó bastante tiempo encontrar donde aparcar y lo hizo en un descampado embarrado próximo a la entrada del enorme edificio victoriano. Los tres hombres salieron del coche, pisando con cuidado para evitar los múltiples charcos. Cuando llegaron a la entrada, se encontraron con Phillip Beringer, del cual Grav comentó en voz alta—. Está hecho una mierda. —Beringer se había pasado la mañana supervisando dos entrevistas bastante traumáticas relacionadas con la investigación conjunta, lo que nunca resultaba sencillo. Se estaban llevando a cabo entrevistas similares a testigos en un segundo local de otra parte del condado. Beringer había tenido en cuenta la opción de posponer la reunión de esa tarde, pero al final decidió que no se podían retrasar más las medidas de protección... Cuantas más pruebas consiguiesen, mejor les vendría, pero cada día que pasaba los niños se encontraban en serio peligro.

No había ningún pretexto posible que justificase el retraso un segundo más de lo necesario. Había llegado el momento de ponerse en acción.

Nicholson abrió la sesión dando las gracias a los asistentes por su presencia y presentándolos a todos, a pesar de que eran los mismos de la reunión que había tenido lugar diecinueve días antes... Era un ritual conocido y reconfortante que desempeñaba un gran papel, aunque pareciese absurdo, para mitigar las preocupaciones inevitables que acarreaban sus funciones.

—Trevor, creo que vendría bien que explicases a grandes rasgos los asuntos que vamos a tratar. No me gustaría que alguien se quedase con dudas de la tarea titánica que nos traemos entre manos.

—Me parece bien, Mel. —Extrajo una libreta de su maletín de plástico negro Sampsonite y la miró de reojo un momento antes de continuar—. Un número amplio de hombres depredadores sexuales y unas pocas mujeres bajo su influencia operan una red de pedofilia en el área sudoeste de Gales. Los niños nos han descrito que se los llevaban de noche a un paradero lejano y rural, que de momento no hemos localizado, en la parte posterior de una furgoneta blanca tipo Transit o lo que podría ser un camión de ganado. Aproximadamente, llevaban de unos veinte a treinta niños en cada viaje, apilados en la parte de atrás de uno de los dos vehículos. Narran haber sido agredidos sexual y físicamente por sus propios padres, por miembros cercanos o lejanos de sus familias, por amigos de sus parientes y por desconocidos. Algunos de los adultos traían consigo más niños en sus vehículos. Nuestros testigos conocían a algunos de esos niños, pero a otros muchos, no. Por lo que nos han explicado, esto viene ocurriendo desde hace bastantes años. Sospechamos, por tanto, que durante este tiempo, han sido cientos los niños víctimas de la red. Por ahora, nos estamos centrando en los niños que están en peligro en este momento, aunque iremos ampliando nuestro radio de acción a su debido tiempo. Estoy seguro de que estarán de acuerdo en esta línea de acción. Hemos realizado investigaciones exhaustivas basadas en la información proporcionada por varias víctimas que ya están bajo el cuidado de las autoridades locales o que ya estaban colaborando con los trabajadores sociales. Los miembros de la red provienen de todos los estratos sociales, desde desempleados y obreros sin estudios hasta profesionales con prestigio en cargos con poder. Los servicios de inteligencia insinúan que algunos agresores sexuales de los alrededores se han ido uniendo a la red por medio de miembros conocidos que ya pertenecían a ella. Otros de los que se han

unido provienen de todo el Reino Unido debido a alianzas que han ido formando mientras cumplían condena en prisión, o, lo que resulta paradójico, en programas de terapia de agresores sexuales del servicio de libertad condicional. Algunos depredadores sexuales se han trasladado al área y otros viajan para cometer los crímenes. Los miembros de la red abusan de sus propios hijos, de los hijos de los demás miembros y de otros niños de la comunidad en situación de vulnerabilidad. Violan de modo individual y en grupos, compartiendo las víctimas cuando les place. La edad de las víctimas va desde recién nacidos hasta niños y niñas preadolescentes de diez u once años. Los obligan a guardar silencio por medio de engaños, presión emocional, amenazas de violencia y agresiones reales. En algunos casos, la brutalidad es extrema. Varios sospechosos ya habían sido investigados anteriormente. Algunos de esos niños ya están en el servicio de protección de menores. Sin embargo, ninguna de las investigaciones previas habían descubierto que esos casos eran la punta de un iceberg gigantesco. Muy pocos acusados han sido procesados con éxito hasta este momento por delitos graves. Con su ayuda, esto está a punto de cambiar. —Cruzó la mirada con Nicholson—. La escala y naturaleza de este caso son nuevas para todos nosotros. Es inevitable que haya tensiones. No obstante, si mantenemos el interés de los niños por encima de todo lo demás, no nos desviaremos mucho de nuestro cometido. En otras partes del país, han tenido problemas graves por errores en las pruebas. Tenemos que asegurarnos de que aprendemos de esos errores, y lo hacemos correctamente. Muchos niños dependen de nosotros. ¿Tienen alguna pregunta?

Nadie dijo una palabra.

A lo largo de la hora siguiente, Simpson y Beringer hicieron un resumen de los datos concretos de la misma investigación desde diferentes perspectivas, aunque complementarias. Beringer se centró en los aspectos civiles del caso en relación a la protección de los menores, mientras que el inspector Simpson se concentró, sobre todo, en los aspectos criminales.

Nicholson se sintió propenso a aplaudir cuando acabaron la presentación tan bien preparada, aunque resistió la tentación. —Muchas gracias a los dos. A menos que alguien desee añadir algo o hacer alguna pregunta, creo que podemos continuar para decidir el camino a tomar. Tengo constancia de que Trevor y Phil han debatido largo y tendido antes de esta reunión y han colaborado con los altos cargos, como procede. ¿Cuál de los dos quiere empezar?

Ambos hombres cruzaron la mirada mientras el inspector Simpson guardaba la libreta en el maletín. —¿Quieres llevar la voz cantante esta vez, Phil?

Beringer asintió... ¿Por qué no? —La fiscalía ya ha autorizado cinco arrestos: cuatro hombres y una mujer. Da la impresión de que las entrevistas posteriores han reforzado estos casos y han generado nuevas pruebas fiables que conllevarán dos arrestos más, ambos varones.

El inspector Simpson lo interrumpió. —Tendremos la confirmación como muy tarde esta noche.

—Gracias, Trevor. Se arrestará a los sospechosos simultáneamente mediante equipos de dos detectives que irán acompañados por otros dos agentes de uniforme con formación especializada en búsqueda de pruebas físicas. Los arrestos tendrán lugar de madrugada para asegurarnos el elemento sorpresa de los que salgan temprano de casa para ir al trabajo. Los oficiales de policía y los trabajadores sociales de protección de infancia entrevistarán a los hijos de los sospechosos en una de las instalaciones del condado. Las entrevistas se grabarán en vídeo. A continuación los examinarán en el hospital South Wales General dos pediatras forenses de gran experiencia y reputación: la doctora Sue Chandra y el doctor Nick Dali. Se hará una exploración a los niños y niñas para buscar enfermedades de transmisión sexual, incluida la infección por VIH. Sabemos que al menos uno de los adultos implicados ha dado positivo, un varón con un largo historial de consumo de drogas por vía intravenosa. Un equipo de especialistas de los servicios sociales trasladarán y acompañarán en todo momento a los niños de sus casas a las salas de entrevista y al hospital. Ya hemos buscado diversas familias de acogida apropiadas.

Nicholson sonrió con efusividad. —Gracias, Phil, conciso como siempre. —Eché un vistazo a toda la sala—. ¿Alguien tiene alguna pregunta ¿No? Entonces, vayamos concluyendo. Gracias a todos por su tiempo. Sé que todos ustedes están ocupados. El jueves estaré aquí todo el día por si alguno de ustedes necesita ponerse en contacto conmigo, así que no duden en llamarme por teléfono. Para eso estoy. Miren como lo miren, el jueves va a ser un día de gran trascendencia.

Capítulo 42

El miércoles doce de febrero a las 12:53, empezó a sonar el teléfono del inspector de policía Gravel justo cuando estaba a punto de salir de la oficina para tomarse un anhelado rollito de beicon y huevo frito, en la espantosa cafetería de la sede central de la policía. Durante un par de segundos, pensó hacer como que no había oído la insistente llamada, pero se rindió con desgana y levantó el auricular en el quinto tono.

—Hola, inspector, soy June, de recepción.

—¿En qué la puedo ayudar, agente?

—Tengo a un joven conmigo que quiere hablar con alguien sobre abusos a menores.

—¿Un joven? ¿De qué edad?

—¿Cuántos años tienes, Rhodri?

—Diecinueve.

—Tiene diecinueve, inspector.

—Dile que tome asiento, y quédate pendiente de él. Lo veré dentro de dos minutos.

Gravel sonrió y abrió la mano para saludar mientras se acercaba al escuálido adolescente de piel de alabastro que lo estaba esperando con evidente nerviosismo. —Soy el inspector de policía Gravel. Por favor, llámame Grav. Encantado de conocerte.

El chico se quedó tenso, intentando sonreír, mientras aceptaba el apretón de manos con una firmeza sorprendente.

—¿Está libre la sala de entrevistas, June?

—Sí, señor.

—Sígueme para que podamos hablar en privado.

—Bien, gracias.

—Toma asiento.

—Gracias.

—Bien, empecemos por lo básico. Dime tu nombre completo, hijo.

—Rhodri Griffiths.

—¿No tienes un segundo nombre?

—No.

—¿Y tienes diecinueve años?

—Sí.

—¿Eres de la zona, Rhodri?

—En la actualidad, vivo en Florida, pero nací en esta parte del mundo.

—¿Y qué te llevó a Estados Unidos?

—Mi padre es catedrático de Economía en la universidad de Florida. Nos fuimos para allá cuando tenía diez años.

—¿Te gusta ese sitio?

—Sí, está bien.

El inspector Gravel empujó una libreta y un bolígrafo hacia el chico—. Si escribes tu dirección completa y el resto de tus datos de contacto, Rhodri, podremos ir más rápido.

El adolescente agarró el boli y el papel y empezó a escribir. —Bien, sin problema.

—Entonces ¿qué te ha traído de vuelta a Gales, hijo?

—Hemos venido a Tenby a visitar a mis abuelos.

—Muy bien, Rhodri. ¿Por qué necesitas hablar con la policía?

—Lo oí hablar por la radio.

—¿De quién estamos hablando?

—¡De Galbraith!

El inspector Gravel se incorporó en su asiento. —¿Quién es Galbraith?

—Es un psiquiatra infantil.

—¿De modo que oíste hablar a este tal doctor Galbraith por la radio y decidiste hablar con la policía?

—Sí, supongo que no tiene mucho sentido, si se cuenta así.

—No mucho.

—Hace unos días estaba mi abuelo escuchando la emisora Radio Wales y entrevistaron a Galbraith. Reconocí su voz en cuanto la oí. Fue como volver a los siete años. Mi primer impulso fue apagar la radio y tratar de encerrar otra vez en mi mente lo que ocurrió como si fuese un mal sueño, pero en ese momento dijo que seguía tratando niños. Seguro que le va a parecer absurdo, pero no lo había pensado antes...., que se lo podría hacer también a otros niños, vamos. Me centré en mí mismo y traté de seguir con mi vida. ¿Eso me hace parecer egoísta?

—¿Estás diciendo que Galbraith te hizo algo cuando tenías siete años, hijo?

—Sí, creo que a lo que me hizo ustedes lo llaman abusos deshonestos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que era Galbraith?

—Mi hermano mayor se quedó paralítico en un accidente haciendo montañismo en Snowdonia. No supe aceptar la realidad. Mi médica de cabecera me recomendó a Galbraith.

—Lamento lo de tu hermano, hijo. ¿Cuántas veces viste a Galbraith?

—Por suerte, solo dos veces; le dije a mis padres que no quería volver y ahí se acabó todo.

—¿Me estás diciendo que te agredió sexualmente en su clínica?

—Sí, en la segunda cita, después de convencer a mi madre de que no hacía falta que se quedase.

—¿Lo volviste a ver en algún otro sitio? En cualquiera.

—No.

—¿Se lo contaste a alguien de aquella?

—No.

—¿Y eso por qué?

—No creía que me fuesen a creer. —Quedó en silencio y apartó la mirada —. La verdad es que me sorprende que no se haya reído de mí y me haya echado de aquí.

—Este tipo de acusaciones siempre nos las tomamos en serio.

—¿Entonces me cree?

El inspector asintió. —No me preguntes el motivo, pero, sí, te creo.

—Gracias, no se imagina lo mucho que significa para mí.

—Por favor, antes de responder a la siguiente pregunta, piénsatelo muy bien, Rhodri.

—De acuerdo.

—¿Estás dispuesto a poner una denuncia formal?

—Sí.

—¿No tienes dudas?

—Ninguna.

—¿Y te sientes preparado para prestar declaración en un juicio si conseguimos llevar a Galbraith a los tribunales?

—Tuve pesadillas y recuerdos recurrentes durante años. Ese cabrón me robó la infancia. Quiero que la gente sepa lo que hace.

—¿Sabes que vas a tener que explicar en detalle todo lo que te pasó?

—Sí, lo sé.

El inspector Gravel se puso de pie. —Voy a por los formularios de denuncias. Estaré de vuelta contigo en dos minutos.

Capítulo 43

El inspector Gravel comprobó la hora en su reloj digital a las 05:58:37 el jueves trece de febrero... Hora de ponerse en marcha.

Bajó la cremallera del plumífero malva, del que sus subordinados se burlaban a sus espaldas diciendo que le hacía parecer el muñeco de Michelin a tope de esteroides, y abrió la puerta del acompañante del coche de camuflaje.

Asintió hacia Rankin, que ya estaba en el asiento del conductor cuando se subió, y saludó con media sonrisa a las dos policías uniformadas sentadas detrás. —Buenos días. Ya es la hora, chaval, arranca. Quiero llamar a la puerta de Galbraith exactamente a las seis y media. Los demás equipos de arresto harán lo mismo. No quiero que ese cabrón tenga la más mínima oportunidad de destruir pruebas o levantar el auricular del teléfono para avisar a otros depredadores sexuales. Echaremos la puerta abajo si hace falta. ¿Tenemos novedades sobre la perra rastreadora?

Rankin se frotó los ojos cansados y bostezó sin disimulo. —El adiestrador de perros nos estará esperando allí, jefe. Le dije que le patearías el culo si llegaba un segundo más tarde de lo debido.

Durante el resto del camino mantuvieron una charla intrascendente para relajar la tensión hasta que, por fin, Rankin se adentró en la carretera Eden unos quince minutos más tarde.

El inspector volvió a mirar la hora en su reloj. —Hemos llegado, Clive. La vivienda de Galbraith está a medio camino. Detente unas cuantas casas antes; nos han sobrado casi cinco minutos. ¿Ves señales de la perra?

Rankin aparcó el Cavalier en una plaza muy pequeña, y oteó hacia los dos lados de la avenida bordeada de árboles... ¿Dónde demonios estaba? —Aún no, jefe.

—Va a llegar un poco justo.

En el preciso instante en que Rankin pensaba una respuesta adecuada, localizó la furgoneta blanca de la policía que usaba el adiestrador de perros a través del espejo retrovisor... ¡Menos mal! —Está a punto de pasar por nuestro lado, jefe.

El inspector Gravel bajó del coche, señaló hacia un hueco libre tres vehículos más allá del suyo, y dio golpecitos en la ventanilla del conductor.

El oficial de policía Rob Lawler la bajó con la manivela. —Perdón,

inspector, he estado levantado toda la noche por culpa del bebé.

—No te preocupes, Rob, ya estás aquí, y eso es lo importante. —Se subió la manga. Eran las 06:28:59—. Vamos, tenemos que entrar ya.

El inspector Gravel señaló hacia el Cavalier, y luego hacia la vivienda antes de dirigirse al número sesenta y seis de la carretera Eden con cuatro agentes y una *Welsh springer spaniel* blanca y marrón, que venía brincando por la acera rezumando una energía inagotable, a pocos pasos detrás de ellos.

Gravel observó la esfera de su reloj y esperó a que pasasen los últimos segundos antes de llamar con fuerza con los nudillos a la lustrosa puerta negra de la mansión con su engañosa personificación de respetabilidad de clase media próspera. Continuó llamando cada vez con mayor intensidad con el borde del puño hasta que abrió la puerta unos segundos más tarde Cynthia Galbraith con los ojos inflamados y la boca abierta como un pez fuera del agua.

El inspector alzó la orden de detención para que pudiese verla. —¿Señora Galbraith? ¿Es la señora Cynthia Galbraith?

Cynthia estrechó los ojos, cerró la boca de embobada y dijo: —¿Qué desean?

—Soy el inspector de policía Gravel. Hemos venido para hablar con su marido, señora Galbraith. Díganos dónde se encuentra, por favor.

Cynthia no se movió ni un milímetro. Se mantuvo firme como un portero de discoteca obstinado y miró al inspector Gravel con aire resuelto. —No, les puedo dejar pasar. A mi marido no le gusta que le molesten. Y mucho menos a estas horas de la mañana. Ni siquiera he tenido ocasión de acabar de prepararle el desayuno. Tendrán que pedirle una cita.

—Apártese, señora Galbraith.

Cynthia dio un paso atrás, pero, en lugar de hacerse a un lado para dejar pasar a los agentes, trató de cerrar la puerta dando un portazo, aunque lo que hizo fue aporrear con violencia la rodilla derecha del inspector, que había dado un paso de frente y colocado el pie a la altura de la puerta.

El sargento Rankin se echó hacia delante de inmediato y apartó la puerta sin miramientos con ambas manos, lo que provocó que Cynthia trastabillase hacia atrás y se diese un trallazo contra el suelo de baldosa con un eco apenas audible que le pareció particularmente interesante a la perra.

El inspector Gravel se frotó la pierna con una mano mientras entraba en el recibidor esquivando a la mujer... Si Galbraith estaba despierto, le estaban dando demasiado tiempo.

El inspector se giró, se agachó y le ofreció a Cynthia la mano para que se levantase. La ayudó a ponerse de pie mientras el resto de los agentes irrumpían en el vestíbulo.

—Sé que tiene hijas, señora Galbraith. Le voy a ofrecer la última oportunidad para que nos diga dónde está su marido antes de que empecemos a inspeccionar todas las salas de la vivienda hasta que lo encontremos. ¡Ahora, señora Galbraith! ¿Dónde está su marido?

De repente, Sarah y Elizabeth aparecieron en la parte superior de las escaleras llamando a su madre mientras Cynthia sopesaba qué hacer... ¿Por qué estaban en su casa estos desconocidos inoportunos? ¿Tendría relación con el niño que había visto traer a su casa? ¿No era ese el inspector de policía desgredado y de mediana edad que se veía sentado al lado de aquel padre desconsolado que suplicaba el regreso de su hijo de siete años en las noticias de anoche? Miró a sus hijas y luego al inspector Gravel, y de nuevo a sus hijas, antes de dar la espalda a los policías y dirigirse hacia las escaleras. Justo cuando apoyaba el pie en el primer escalón, dijo sin mirar atrás: —Anoche durmió en su estudio. Es la segunda puerta a la derecha al final de ese pasillo.

—Quédese con ellas hasta que lleguen los servicios sociales, Pam. Llévatelas de aquí. Rankin, acompáñeme. El resto que empiece a inspeccionarlo todo en cuanto arrestemos a Galbraith.

En esta ocasión Gravel no llamó a la puerta. Abrió la puerta del estudio e irrumpió dentro. Se quedó mirando con incredulidad al doctor Galbraith, que estaba despatarrado en una silla reclinable con los ojos cerrados y la boca abierta, de la que caía un hilillo de baba hacia la barbilla sin afeitarse.

El inspector gruñó... La televisión estaba encendida, pero no había nada en pantalla. ¿Estaría muerto? No, estaba durmiendo. ¡Increíble! A pesar del estrépito, seguía dormido.

Lo sujetó por el antebrazo con un agarre firme, lo sacudió enérgicamente y voceó: —Despierte, Galbraith, es la policía.

El médico despertó de repente y valoró con rapidez la situación mientras el inspector lo obligaba a ponerse de pie... "Céntrate, hombre, céntrate". Había sido precavido. Todo lo que podría incriminarlo estaba en el sótano. No estaba todo perdido. Era posible que esos sujetos no encontrasen al maldito mocoso.

Se aferró la cabeza con agitación... Lo único que tenía que hacer era recuperar el control y aprovecharse de su intelecto superior.

Se irguió todo lo alto que era y se abrochó los pantalones antes de responder. —Por favor, acepten mis sinceras disculpas, caballeros. En ocasiones, tengo problemas para dormir y me tomo pastillas. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El inspector Gravel afianzó aun más su agarre, provocando que el médico se quejase... Era culpable. Este cabrón era culpable. Todo inocente preguntaba qué estaba ocurriendo y se declaraba inocente. —Está bajo arresto, Galbraith. —Le advirtió, y luego se giró hacia Rankin—. Póngale las esposas, sargento.

Galbraith giró la cabeza y miró al inspector directamente a los ojos. —Debe tratarse de un error.

El inspector le sostuvo la mirada... Seguro que sentaría genial romperle los dientes a este maldito cabrón. —¿Tiene algo que decir en su defensa, Galbraith?

—Usted no sabe quién soy yo.

—Sé perfectamente quién es usted, maldito cabrón engreído. Mis agentes van a inspeccionar cada milímetro de este lugar de mierda y usted irá a la cárcel, Galbraith. ¿Sigue sintiéndose tan seguro de sí mismo?

El médico apartó la mirada y pestañeó repetidamente mientras Rankin le echaba las manos hacia atrás, primero una y luego la otra, y le ponía las esposas en las muñecas con firmeza. —No soy capaz de comprender la razón de su hostilidad. Pueden buscar todo lo que deseen. No hay nada que encontrar.

El inspector Gravel echó un vistazo por toda la sala despacio con ojos curiosos... Le había dado la impresión de que al muy cabrón le había fallado por un momento la autoconfianza al mencionar la búsqueda. Fue una fracción de segundo, pero algo creía haber percibido.

—¿Lo llevo al coche, jefe?

—Ya lo hago yo, Clive.

El inspector sujetó al doctor por la parte posterior de la camisa y lo empujó fuera del estudio y por todo el pasillo a tal velocidad que Galbraith tuvo problemas para llevar el paso. Lo empujó durante todo el tiempo y le impelía a continuar dándole un toque en la espalda con el hombro si ralentizaba la marcha.

Cuando llegaron a la puerta principal, Gravel se detuvo con brusquedad y gritó hacia el interior de la vivienda. —Rankin, traiga ese ordenador para que los técnicos le echen un ojo. Pam, quédese con la señora Galbraith y las niñas,

de momento. El transporte de los servicios sociales está en camino. Quiero que registren esta casa de arriba abajo. Cada puñetero milímetro. Si encuentran cualquier cosa interesante, lo que sea, quiero saberlo al instante. ¿Ha quedado claro?

Después de la respuesta a coro "¡Sí, inspector!", este empujó al doctor para que saliese de la casa, lo llevó a la fuerza por la escalinata de granito hasta la calle en la madrugada apacible, y lo arrojó dentro de la parte posterior del vehículo oficial con tal fuerza que rebotó sobre el asiento acolchado como un guijarro en el agua, y se estampó en la puerta del otro lado. El sargento Rankin colocó el ordenador en el maletero y arrancó, mientras el inspector se sentaba al lado de su prisionero en la parte de atrás.

Rankin tomó la ruta a la que el inspector se refirió como "escénica", y les llevó casi una hora recorrer el corto trayecto de regreso a la comisaría de policía de Caerystwyth. El inspector Gravel se apretó contra el médico y le habló directamente al oído, prácticamente rozándolo. —Se va a hundir, Galbraith. Se va a hundir en la mierda durante mucho mucho tiempo. Lo van a adorar en la prisión. Los vigilantes no protegen a los de su calaña de los demás reclusos. Hacen la vista gorda, doctor. Los presos comunes le arrancarán las pelotas. ¿Estoy en lo cierto, sargento?

—Así es, inspector, le romperán los dientes y usarán su boca para desahogarse.

—Y tanto, sargento. Eso es lo que les ocurre a los violadores que no tienen protección. Pero nosotros podríamos ayudar de algún modo, ¿no es así, sargento?

—Bueno, supongo que sí, inspector, pero tendría que merecernos la pena. ¿Qué tiene que decir, Galbraith? ¿Deberíamos ayudarlo?

El doctor se agitó, empezó a sufrir tics nerviosos, a parpadear y a sudar como si estuviese luchando para mantener la compostura. —No tengo ni la más remota idea de qué va todo esto. Si de verdad se creen que sus intentos manifiestos de intimidarme para que admita sus acusaciones absurdas van a tener éxito, les confirmo que están completamente equivocados.

El inspector se giró en su asiento y acercó tanto la cara a la del médico que las frentes de los dos se rozaron. —¿Hay algo que nos quiera contar, Galbraith? Si nos ayuda, nosotros lo ayudaremos a usted. Podríamos hablar con el juez. Podríamos facilitarle la vida en la cárcel. ¿Es eso correcto, sargento?

—Así es, inspector, si colabora.

—¿Entonces, qué me dice, doctor? ¿Se va a poner las cosas fáciles a usted mismo?

Galbraith cerró los ojos un momento y los volvió a abrir deliberadamente despacio. —Caballeros, ustedes dos parecen tener la impresión errónea de que soy algo que no soy. Me he pasado toda mi carrera ayudando a niños en crisis. Habría pensado que eso era algo digno de ovación. No tengo ni la más mínima intención de decir ni una palabra más hasta que tengamos un interrogatorio formal y todo se esté grabando de modo oficial.

El inspector Gravel se alejó del doctor y se acomodó en su sitio. —Llémoslo a la comisaría, Clive. Por lo visto, el doctor Galbraith no quiere hablar con nosotros.

El sargento Rankin estacionó en el ya abarrotado *parking* de la comisaría, y observó a su superior mientras arrastraba al doctor fuera del vehículo y lo obligaba a caminar por el cemento en dirección a las celdas. Cerró el coche con llave, siguió a los otros dos hombres a la sala de custodia y sostuvo la pesada puerta de acero mientras el inspector empujaba al doctor dentro de una celda empapada de orina e iluminada únicamente por una sencilla bombilla de cuarenta vatios que bañaba la sala de una deprimente tonalidad amarillenta. El doctor perdió el equilibrio, trastabilló y se dio contra la pared opuesta con un ruido sordo, antes de caer al suelo. El inspector entró en el recinto de cemento y se arrodilló al lado del psiquiatra, que gemía en silencio. —Lánzame la llave, Clive.

Rankin rebuscó primero en un bolsillo del pantalón y luego en el otro hasta que por fin encontró la llavecita entre la calderilla. Se la arrojó sin esfuerzo a su jefe, quien la atrapó con facilidad con una mano.

El inspector Gravel volteó al médico, que estaba sobre un costado, y lo puso de frente antes de abrir las esposas y devolvérselas con un nuevo lanzamiento al sargento, quien seguía de pie ante la puerta de la celda.

Gravel miró fijamente a los ojos del prisionero sin pestañear. —Lo voy a dejar a solas para que reflexione. De ese modo, se dará cuenta de lo que le espera en el futuro. Yo, de usted, aprovecharía el tiempo con inteligencia. Reflexione sobre lo que le he dicho. Ayúdenos, y la situación para usted mejorará. Puede eludir nuestras preguntas todo el tiempo que quiera, pero no le conviene. Soy yo quien tiene el control ahora, doctor. ¿Hay algo que quiera decir en su defensa?

—Estoy versado en relación a las normas sobre pruebas, inspector, y ya he dejado perfectamente claro que no tengo ni la más mínima intención de decir

nada más hasta que se lleve a cabo el interrogatorio oficial. En ese momento, mi inocencia resultará evidente, incluso para un hombre de su limitado nivel intelectual. Y presentaré una denuncia relativa al trato deplorable al que he sido sometido tanto por usted como por su subordinado. De eso puede estar seguro.

—Está sudando, doctor. ¿Está empezando a sentir la presión?

—Para su información, estoy empezando a tener fiebre. Sería recomendable que me proporcionaran dos analgésicos, si tienen alguno a mano.

—Haga lo que quiera, Galbraith. Usted no es el único pervertido de mierda al que hemos arrestado esta mañana. Alguno cantará. Siempre lo hacen. Usted va a ir a la cárcel. Solo queda saber por cuánto tiempo y lo que le ocurrirá una vez esté allí. Piénselo, doctor. Y piénselo bien.

El psiquiatra logró enderezarse y agitó la cabeza con desdén... ¿El control? ¿A quién creían que iban a engañar estos gilipollas? Si hubiesen encontrado al maldito renacuajo, ya se lo habrían hecho saber hace tiempo.

El inspector Gravel cerró de un portazo la puerta de la celda al salir. —Vamos, Clive, me apetece un rollo de beicon con mucha salsa. Nos vemos en la cafetería dentro de diez minutos.

Gravel llamó marcando con una mano mientras se rascaba el puente de la nariz con la otra... "Joder, respondió al maldito teléfono".

—Hola, residencia de los Galbraith.

—¿Residencia de los Galbraith? ¿Eres tú, Pam?

—Sí, inspector.

—No me jodas, Pam. Por un segundo, me pareció que te habían contratado como mayordoma.

—Lo siento, inspector, ¿qué desea?

—Quiero que me pongas al día, Pam. ¿Cómo va todo?

—Los asistentes sociales tardaron en llegar más de lo esperado. Están en este momento con la señora Galbraith y las niñas, inspector. Parece que están a punto de irse. La señora Galbraith le está poniendo los abrigos a sus hijas ahora mismo.

—¿Te ha dicho algo? ¿Algo útil?

—Espere un segundo. Están a punto de salir por la puerta. —La agente de policía las despidió con la mano y sonrió a Elizabeth cuando la miró mientras salía de la vivienda.

—Ya puedo hablar, inspector, se han ido.

—¿Y?

—No es por lo que haya dicho, inspector, sino por cómo estaba. Es más que evidente que vive aterrorizada por ese hombre.

—¿De Galbraith?

—Sí, ya lo he visto más veces: mujeres seguras de sí mismas que acaban doblegadas por hombres manipuladores y dominantes que las maltratan. No creo que haya salido de esta casa sin supervisión en años. Me sorprendería mucho que nos contase algo.

—Quizá tengamos suerte. ¿Qué me puedes decir de las niñas?

—No han abierto la boca. Me da miedo pensar lo que hayan podido soportar en esta casa.

—¿Cómo va el registro?

—Deme un minuto, inspector. Voy a preguntarlo.

"Ya estoy aquí, han acabado ahora mismo con el estudio. Han sacado todo e incluso han levantado la tarima flotante, pero no han encontrado nada todavía. Ahora van a empezar con la sala de estar de al lado. Es una mansión enorme, inspector, así que va a ir para largo.

—No te equivocas. Como ya has acabado de hacer de canguro, puedes echarles una mano a los demás. Dile a Rob que me confirme si fue a recoger los artículos de Anthony Mailer que nos ofreció su padre para la perra de rastreo.

—¡Rob! El inspector quiere saber si pasaste antes a recoger lo que nos ofreció el señor Mailer.

—Sí, si el niño está aquí, lo encontraremos.

—Ya le he oído, gracias. Dile a Rob que quiero que deje la perra a su aire y que esté pendiente de si descubre algo. Cada segundo es valioso.

—Así se hará, inspector.

—Sin dilación, Pam. Estaré en la cafetería de la comisaría los próximos veinte minutos, más o menos. Asegúrate de ponerte en contacto conmigo de inmediato si hay noticias.

Capítulo 44

La *spaniel*, ágil y joven, olfateó cada milímetro del larguísimo pasillo. Con su derroche de energía y entusiasmo, la cola tiesa hacia arriba y con el hocico húmedo e hipersensitivo contraído buscó el olor tenía como objetivo entre una gran infinidad de efluvios fascinantes que la podían distraer.

Su adiestrador iba en todo momento detrás de ella animándola a proseguir. —Vamos, chica, busca, busca. —Llevaba en la mano la pelota de tenis amarilla favorita de la perra, lo que hacía que recordarse en todo momento la recompensa que la esperaba si conseguía culminar con éxito su misión—. Vamos, chica, busca, busca.

De repente, la perra perdió todo interés en la pelota y se quedó alerta como si se concentrase en la enorme cocina de la vivienda.

—¿Qué pasa, chica? ¿Hueles algo? —Levantó la pelota con el brazo estirado hacia arriba y sonrió—. Así me gusta, chica, busca, busca.

En ese momento, la perra parecía más interesada en la pelota que en el olor y saltaba una y otra vez entre las piernas de su adiestrador.

El agente se insultó a sí mismo en voz alta... Había distraído al animal justo en el peor momento.

Guardó la pelota en el bolsillo del pantalón, metió la mano en su guerrera y sacó la camiseta roja de Anthony de una bolsa de muestras transparente, antes de agacharse y sostenerla a unos centímetros del suelo para que la *spaniel* la olfatease todo lo que quisiera. —Así, muy bien, chica, busca, busca.

La perra dio la vuelta con entusiasmo renovado en su caza y entró en la cocina en alerta máxima. Dio una vuelta rápida por toda la sala, olisqueando cada recoveco en busca del olor pertinente. De repente, perdió el interés en la periferia de la cocina y centró toda su atención en el suelo embaldosado de la parte central de la estancia donde había caído una gota de saliva de la boca abierta de Anthony mientras Gary Davies lo llevaba hacia los peldaños del sótano.

La perra supo al instante que había conseguido su primer objetivo. Se sentó, levantó la cabeza con orgullo y ladró una vez, como le dictaba su entrenamiento de rastreo.

Su entrenador le entregó su recompensa a la ansiosa *spaniel*. —Buena chica, buena chica.

Se giró hacia la puerta del pasillo y gritó: —La perra ha localizado algo

en la cocina. Quedaos donde estáis de momento, necesito saber si puede rastrear el olor.

Enganchó la correa al collar de cuero negro de la perra, le acarició la cabeza con firmeza, y caminó despacio por toda la cocina, permitiendo que el entusiasta animal llevase la delantera. —Así, chica, busca, busca.

La *spaniel* olfateó todos los muebles, los fogones, la nevera, la despensa, el aparador..., sin resultado. Ella intentaba una y otra vez regresar al centro de la habitación, al lugar de su gran triunfo, pero su entrenador tiraba de ella en todas y cada una de las ocasiones.

Una de las agentes del equipo de registro apareció bajo el dintel de la puerta, sin llegar a entrar en la cocina. —¿Qué pasa, Rob? ¿Hay suerte?

—Estoy convencido de que el niño ha estado aquí, pero no creo que siga en este lugar. Mientras vosotras dos registráis los armarios y el resto de la cocina, yo me llevaré a la perra al jardín. Es posible que hubiesen cruzado la vivienda con el niño de los Mailer para llevarlo al invernadero.

—Si es así, lo más probable es que esté muerto.

—Podrías tener razón, Pam. Lo único que podemos hacer es seguir buscándolo.

Capítulo 45

—Ponme otro de tus exquisitos rollitos de beicon, por favor.

—Un rollito de beicon en marcha. ¿Otro café?

—Sí, disfrutemos de la vida un poco.

—Me parece que te buscan, Grav.

—Lamento interrumpirlo, inspector.

—¿Qué puedo hacer por usted, agente?

—Ha llamado Pam. Ha dejado recado de que le devuelva la llamada con urgencia.

El inspector apartó el plato a un lado y se puso de pie de un salto. — Gracias, agente. Es agradable verlo haciendo algo útil para variar.

—Gracias, inspector.

Gravel se giró hacia Rankin, quien le hacía compañía en el desayuno desde hace unos minutos y se estaba acabando un sandwich de tomate y queso de aspecto poco apetecible. —Creo que es el momento de que tener otra charla con el doctor, Clive. Ya le debe de haber dado vueltas al coco en este tiempo. Vete a por él al calabozo. Me reuniré contigo en la sala de interrogatorios en cuanto haya hablado con Pam.

—A sus órdenes, jefe.

"Vamos, Pam. Responde al maldito teléfono". —Hola, Pam, soy el inspector Gravel. ¡Por fin! ¿Qué me tienes que contar?

—Es la perra, inspector, encontró un rastro en la cocina. Hace eso de sentarse y ladrar cuando encuentra lo que busca. Es muy astuta, de verdad. Rob dice que no recuerda que alguna vez se haya equivocado.

—¿Y en algún otro sitio?

—¿Perdón?

—El rastro, si la llevó a algún otro lugar... —Se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

—No, solo en la cocina.

—¿Ha probado Rob en el jardín?

—Está justo ahora allí, inspector, pero de momento nada.

—¿Hay alguna señal de excavaciones recientes o cualquier otra tarea en el terreno?

—La verdad es que no.

—¿Qué puñetas significará eso?

—Rob encontró una herramienta de bricolaje enterrada bajo un parterre, pero no cree que tenga relevancia.

—¿Qué tipo de herramienta?

—Un pequeño instrumento cortante con mango de plástico. A Rob le parece un cortavidrios.

—Podría ser relevante o no ser nada.

—Sí, eso es justo lo que pensamos.

—Pero ¿está seguro Rob de que Anthony estuvo en la casa?

—Sí, inspector, no tiene la más mínima duda.

—Registrad todo metódicamente, Pam, cada esquina, cada hueco. Arrancad el suelo si hace falta. Si Anthony Mailer está en esa vivienda, quiero que lo encuentren ya.

Capítulo 46

El doctor Galbraith miraba fijamente a Gravel y a Rankin, que estaban al otro lado de la pequeña mesa de la sala de interrogatorios, y cruzaba la mirada con ambos por turnos mientras esperaba a que alguno rompiera el opresivo silencio... ¿A qué cojones estaban esperando? ¿Por qué tanta demora? ¿Por qué no le hacían más preguntas?

De repente, el ruido blanco ensordecedor de su cabeza quedó en silencio y los músculos faciales se le relajaron considerablemente... Los muy tontos aún no habían encontrado el sótano. Era la única explicación lógica.

Sonrió con confianza renovada. —¿Tienen alguna pregunta más, señores, o ya han llegado a la conclusión de que esta es una farsa ridícula?

El inspector Gravel frunció el ceño. —Espero que no esté insistiendo en su inocencia, doctor.

Galbraith negó con la cabeza con lentitud. —Me parece increíble que ambos consideren que un hombre como yo, un hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida adulta ayudando a niños con problemas y a sus familias, podría ser culpable de esos actos criminales tan aberrantes. Yo soy completamente inocente de los crímenes de los que me acusan. Todo este proceso es una auténtica patraña. ¿Cómo iba a confesar algo que no he hecho?

El inspector lo miró con incredulidad. —Ya ha oído la carga de la prueba que tenemos contra usted, Galbraith. Cuatro niños han declarado en vídeo en detalle las numerosas ofensas sexuales recibidas. Una quinta víctima, ahora adulto, ha hecho una denuncia por escrito. La investigación prosigue y no tengo ni la más mínima duda de que identificaremos a más víctimas. Y algún sospechoso hablará. Por su bien, le aconsejo que colabore. Acepte la realidad, doctor. Es la última carta de la baraja.

—Ahora que lo pienso, puedo comprender por qué creen que soy culpable. Pero, con el debido respeto, están tratando una situación extremadamente compleja de una forma demasiado simplista.

El inspector Gravel sonrió con hastío... "Vaya imbécil condescendiente". —Estoy deseando oírlo.

—Existen varias hipótesis que podrían explicar en gran medida estas acusaciones absurdas. Y, al fin y al cabo, ¿qué pruebas tienen? Cuatro críos parloteando de presuntos hechos, que no tienen la más mínima credibilidad, en un lugar desconocido en un tiempo pasado sin concretar. Un hombre joven que

denuncia porque le viene a la mente una agresión de hace unos cuantos años. Un joven con historial de problemas psiquiátricos no es precisamente el más fiable de los testigos, ¿no están de acuerdo?

—Las pruebas me parecen lo bastante sólidas, Galbraith.

—¿Cuándo aprenderán ustedes? Lo he comprobado una y otra vez a lo largo de los años: agentes de policía con exceso de celo que llegan con precipitación a conclusiones equivocadas y hombres inocentes acusados de crímenes atroces. ¿No han aprendido nada de los sucesos de Cleveland y Orkneys? Pseudoprofesionales bienintencionados, aunque equivocados, pueden inocular recuerdos falsos en las mentes vulnerables de los niños. Cualquier reputado profesional del ramo les diría lo mismo. Las preguntas capciosas pueden tener como resultado la absorción de desinformación, lo que nos lleva a errores judiciales en potencia. Es bastante habitual en este tipo de casos que los niños digan exactamente lo que los investigadores de los servicios sociales y de la policía quieren que digan. Lo único que hacen es repetir lo que han ido asimilando como resultado de las preguntas capciosas e imprudentes, en lugar de evocar sucesos reales. Sus alegaciones son fantasía prefabricada, y nada más.

—Los cinco testigos mencionaron su nombre, Galbraith.

—Como ya he declarado más de una vez, no sé nada de ninguna habitación blanca, y me es totalmente ajeno ese edificio que usted describe como granja de forma tan poco convincente. ¿Se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de que alguien con un gran resentimiento hacia mí me haya robado la identidad?

Durante un breve lapso, la sombra de la duda cruzó la mente del inspector Gravel. —Buen intento, Galbraith, pero ya no engaña a nadie. Los cinco testigos le han descrito a la perfección.

—No queda fuera de lo corriente que las víctimas acusen a una autoridad de confianza antes de identificar al verdadero agresor, por miedo a las represalias.

—Cada vez suena más desesperado, Galbraith.

—Están cometiendo un gran error.

—No lo creo. Tenemos pruebas de sobra para acusarlo. Le voy a dar la última oportunidad para que colabore. ¿Dónde está el niño?

—¿Qué niño? No tengo ni la más remota idea de quién me está hablando. Tal vez me sería útil que fuese más concreto.

El inspector apretó los puños bajo la mesa. —Anthony Mailer. ¿Dónde

está Anthony Mailer?

—¿Anthony Mailer? Anthony es paciente mío, pero ustedes ya lo saben. ¿Por qué piensa que iba a conocer yo su paradero? Me enteré de que había desaparecido cuando vi un reportaje sobre su presunto secuestro en las noticias de la tarde en la BBC de Gales. Como es natural, estoy profundamente preocupado por su bienestar. Es un asunto terrible. ¿Han interrogado ya al padre? Lo conocí durante la terapia y creo que sería recomendable.

—¿Dónde lo tiene, Galbraith?

El doctor Galbraith emitió un resoplido exagerado. —¿No se lo he dejado perfectamente claro una y otra vez? Parece que tengo que repetirlo, a pesar de mis comentarios anteriores. No tengo ni la más remota idea de por qué cree que yo debería conocer la respuesta a esa pregunta tan descabellada. Creo que es usted quien está cada vez más desesperado, inspector. ¿Ya no puede con tanta presión, caballero?

—¿A dónde lo llevaron?

—¿Y cómo se supone que yo voy a saberlo? ¿Cree que soy adivino?

—Tenemos razones para creer que Anthony Mailer estuvo en su casa, Galbraith.

El psiquiatra sonrió con desdén. —¿Razones para creer? El propio enunciado de su argumento implica un elemento de duda significativo en su acusación. Considero que el mejor consejo que se le podría dar es que dejase de perder el tiempo interrogando a un hombre inocente e intentase localizar a Anthony antes de que sea demasiado tarde.

—Molly Mailer lo vio en su casa segundos antes de que la agrediese con tanta saña. Ella lo reconoció, Galbraith. Ha hecho una declaración a ese respecto. Y se encontraron sus huellas en la parte posterior de la vivienda.

—¿Me toma por estúpido? No sea tan ridículo. Ya se lo he explicado con claridad meridiana; pero lo intentaré de nuevo, vista su evidente falta de capacidad intelectual. La señora Mailer ha sufrido un traumatismo craneal severo. ¡Lo que lamento! Le tomé un gran afecto durante el tratamiento a su hijo. Lo que tiene que entender es que el cerebro nos juega malas pasadas cuando estamos sometidos a una tensión extrema. La memoria tiene tendencia a trastornarse y mezclarse con sueños e incluso con alucinaciones en este tipo de casos. La anestesia y los medicamentos para el control del dolor pueden provocar complejas anomalías similares. Le puedo asegurar que cualquier neurocirujano o psiquiatra competente le explicaría que las acusaciones de esa mujer no son en absoluto dignas de credibilidad. Y lo que está claro es que no

se aceptarían como prueba fidedigna en un tribunal. Y las huellas..., por un momento, casi me olvido de las huellas. —Sonrió y esperó un par de segundos antes de continuar hablando—: Me imagino que sabrá que hay un montón de gente con el mismo tamaño de pie que yo. Si fuese a implicarme en un crimen de tal magnitud, yo habría previsto usar calzado del tamaño equivocado. Es una precaución tan evidente que salta a la vista. Lamento mucho decepcionarlo, inspector, pero así son las cosas. ¿Encontró alguna prueba forense en mi morada? ¿Algo que le sugiera que el niño estuvo allí alguna vez? ¿Nada de nada? Creo que no, sino ya me lo habría dicho hace tiempo.

El inspector Gravel aporreó la mesa con el puño derecho... El muy cabrón tenía razón. En lo que respectaba a los Mailer, la habían cagado del todo.

—Debe intentar calmarse, inspector. Exaltarse de esa manera no es nada bueno para un hombre de su avanzada edad y de complexión gruesa. Pero le diré una cosa como médico que usted entenderá. Ese desafortunado joven podría estar encerrado en algún sitio, a solas en la oscuridad, hambriento y deshidratado, aterrorizado y encadenado a un radiador o al armazón de una cama. O podría estar en un ático o en un edificio deshabitado, por ejemplo. Si es así, no va a durar mucho. Son puras conjeturas, ya sabe.

—¿Es esa una especie de confesión enrevesada, doctor?

El doctor sintió como se le hinchaba el pene con sangre mientras se recreaba en la escena y la exageraba en la mente. —¿De dónde saca eso? Solo estoy intentando llamar la atención sobre las posibles consecuencias de que usted fracase en la resolución del trance de Anthony por no gestionarlo con el apremio requerido. Sería algo así como un tratamiento de choque para mi paciente, por así decirlo. ¿Cuánto tiempo le queda para salvarlo, inspector? ¿Una hora? ¿Dos? ¿Tal vez, tres horas? Incluso podría ya estar muerto. Vaya tragedia sería, sobre todo, porque está perdiendo su escaso tiempo y recursos en interrogar a un hombre inocente. El tiempo sigue su curso, inspector: tictac, tictac. —Ahuecó la mano alrededor de la oreja—. ¿Oye el reloj, inspector?

El sargento Rankin sujetó el brazo de Gravel y lo contuvo cuando este se puso de pie y apagó la grabadora. —No dejes que este cabrón te saque de tus casillas, Grav.

El doctor Galbraith sonrió con desdén. —Controle ese genio, inspector. Debido a su actitud tan poco razonable, creo que debería solicitar la presencia de un abogado.

—¿Ahora sí lo quiere?

—Si no es demasiado pedir.

—Ya nos encargamos nosotros.

—Y creo que es una gran ocasión para que me traigan algún refrigerio. Estoy seguro de que alguno de ustedes, funcionarios públicos a mi servicio, sabría preparármelo.

Capítulo 47

—Pásame con Phillip Beringer, por favor, es urgente.

—¿Grav?

—Sí.

—Soy Phil, creía que reconocía tu tono melodioso. ¿Qué necesitas, amigo?

—¿Se ha entrevistado ya a las dos niñas de los Galbraith?

—Están en ello ahora mismo. De momento, no tenemos nada, la verdad.

—¿Nada?

—Sienten terror hacia su padre, eso es más que evidente, pero no tenemos nada en concreto, nada que lo incrimine.

—Muy bien, Phil, ¿puedo pedirte un favor?

—Si está en mi mano, lo haré, ¿de qué se trata?

—¿Estoy en lo correcto al creer que puedes hablar con las personas encargadas de la entrevista sin tener que interrumpirla?

—Sí, por supuesto, una de ellas lleva un auricular. ¿Qué necesitas?

—Quiero saber si alguna de las niñas vio a un niño pequeño en la casa en los últimos días. A un niño de siete años, pelirrojo y con el pelo corto. Esto es importantísimo, joder. Da la impresión de que Anthony Mailer estuvo en la vivienda de los Galbraith.

—Ya lo pillo, Grav. Me pondré en contacto contigo de inmediato si conseguimos algo útil. Antes de que cuelgues, tengo que decirte que no creo que encontremos ninguna justificación para someter a las niñas a un reconocimiento médico a menos que se descubra algo más. Voy a hablarlo con Mel para ver qué piensa, pero dudo que tenga una opinión diferente a la mía.

—Bueno, yo no estaría tan seguro, Phillip. Las acusaciones contra su padre son serias de cojones.

—Hablo con Mel ahora mismo y te devuelto la llamada en cuanto pueda.

—Puedo llamarlo yo mismo. Una cosa más y te dejo en paz: te voy a mandar a alguien para que interrogue a la señora Galbraith. De momento, como testigo, aunque eso podría cambiar según se desarrolle la investigación.

—Sin problema, Grav, me aseguraré de que haya una sala libre.

Capítulo 48

La agente de policía Myra Thomas se presentó a Cynthia con un apretón de manos flojo, y la apremió a entrar en un despacho pequeño y desordenado en el departamento de protección de menores del centro de servicios sociales. — Tome asiento, señora Galbraith, voy a por algo caliente para las dos antes de que empecemos. ¿Prefiere té o café?

—¿Iba, de verdad, alguien a prepararle a ella un té?—. Té, por favor, sin leche ni azúcar.

—Relájese, señora Galbraith. Estaré con usted en dos minutos.

Thomas abrió la puerta empujando con el pie y le ofreció a Cynthia un plato y una taza. —Aquí tiene, señora Galbraith. Empecemos.

Cynthia se frotó los ojos y esparció por la mejilla la máscara de las pestañas, que con tanta meticulosidad se había aplicado esa mañana.

—¿Qué le ocurre, señora Galbraith?

—Ha sido usted muy amable.

—Ha tenido un día complicado. Es normal que se sienta conmovida. Cualquiera lo haría bajo sus circunstancias.

—He visto a mis padres. Vinieron a por mis hijas después de las entrevistas. No los había visto desde el día que me casé. Las niñas ni siquiera los conocían.

—¿En serio? ¿Desde hace cuánto está casada?

—Algo más de siete años.

—¿Sus padres viven muy lejos?

—No, al final de la calle.

La agente parecía perpleja. —Entonces, ¿por qué no los había visto?

—Mi marido me lo prohibió.

—¿Él le impidió que los viese?

—Sí.

—¿Siente temor hacia su esposo, Cynthia?

Cynthia Galbraith asintió de forma sutil, pero respondió: —Él no quería que yo hablase de eso.

—El doctor Galbraith está en prisión preventiva. Ya no le puede hacer daño.

Silencio.

—Necesitamos su ayuda, Cynthia.

—¿De verdad?

—Hay un niño desaparecido. Un niño de siete años que se llama Anthony, pelirrojo y con el pelo corto. A su madre la atacaron y a él se lo llevaron de su casa. Fue una agresión con ensañamiento. Creemos que su marido tiene algo que ver con su desaparición. ¿Usted ha visto al niño, Cynthia? ¿Nos puede ayudar a encontrarlo?

Cynthia cerró los ojos llorosos y empezó a balancearse repetidamente en la silla... ¿La agradable policía se estaba refiriendo al niño que aquel desconocido había llevado a su casa en medio de la noche? ¿Podría ser pelirrojo? Lo tenía corto y puede que fuese rojizo. Era difícil saberlo por culpa del resplandor anaranjado de las farolas de la calle. Su marido estuvo presente todo el tiempo. Debería saberlo todo. Tal vez, él podría contar todo lo que quería saber la agente. Quizá tenía relación con el trabajo de su marido. Le había repetido miles de veces lo importante que era. Jamás se le debía interrumpir. ¡Jamás! Sí, eso era. Con toda probabilidad, lo mejor sería no decir nada.

—¿Señora Galbraith?

Silencio.

—Tenemos razones para pensar que Anthony está en grave peligro. Le estoy hablando de la vida de un niño. ¿Puede ayudarnos a encontrarlo?

Silencio.

—Míreme, señora Galbraith. Abra los ojos, por favor.

Cynthia abrió los ojos con la mirada perdida.

—Se lo voy a volver a preguntar, señora Galbraith. ¿Estuvo Anthony Mailer en su casa?

Silencio.

—¿De qué tiene miedo, señora Galbraith? Si sabe algo, lo que sea, debe decírmelo.

Cynthia cerró los ojos otra vez, plenamente consciente de la sombra acusadora de su marido planeando sobre ella como un espíritu malévolo omnipresente... Tal vez, debería contarle a la agradable policía lo que había visto. Ella quería, de verdad que quería. Tal vez, debería seguir sus instintos. Se sentiría bien ayudando.

Abrió la boca y estuvo a punto de hablar, pero lo reconsideró... ¿Qué diría su marido si volvía a hacer lo incorrecto? ¿Qué le haría? Seguro que, si tenía al niño, sería por alguna razón de gran relevancia. Él era un hombre

importante con una gran responsabilidad profesional. Tal vez, lo mejor era no decir nada, antes que decir o hacer otra vez lo incorrecto.

—¿Sabe algo del asunto, señora Galbraith? ¿Puede ayudarnos a encontrar a Anthony?

Cynthia cruzó los ojos con la mirada suplicante de la agente por un momento fugaz, y agitó la cabeza con vehemencia.

La agente de policía Thomas perseveró durante unos veinte minutos más antes de aceptar con desgana la derrota... Si Cynthia Galbraith sabía algo, lo que parecía bastante improbable, no se lo iba a contar. ¿Qué era lo que había insinuado el inspector Gravel? Que si no quería pasarse el resto de su carrera dirigiendo el tráfico más le valía conseguir que Cynthia hablase. Algo así le había dejado caer. Tenía una forma suave de decir las cosas. Quizá lo mejor sería llevar a Cynthia a casa. Era la última carta de la baraja. A veces, a los testigos les costaba menos hablar cuando estaban sentados al lado del entrevistador en vez de enfrente. Era menos formal y no intimidaba tanto. Un viaje en coche era ideal. El contacto visual en ocasiones era un impedimento para conseguir una conversación productiva en lugar de una ayuda. Valía la pena intentarlo. Había mucho que ganar y nada que perder.

Sonrió y apoyó la mano en el hombro de Cynthia para reconfortarla. —Voy a llamar por teléfono para enterarme de si mis colegas han acabado de registrar de su vivienda. La llevaré a casa lo antes posible. ¿Le parece bien, Cynthia?

Cynthia asintió.

Thomas sacó un rotulador rojo de la bandolera de cuero negro de su uniforme. —¿Me puede decir el número de teléfono de su casa?

Capítulo 49

El inspector Gravel subió la mirada y levantó la mano para saludar al sargento Rankin cuando vio que entraba en su despacho, mientras proseguía con su llamada. —¿Así que no encontraron nada?

—Como ya le dije, la perra...

—Ya sé lo de la perra, agente. Pero que un perro perciba un olor no vale como prueba. No puedo llevar a un puñetero perro a testificar, ¿no cree?

—¡No, inspector!

—¿Y registraron el desván?

—Sí, inspector.

—¿Está segura?

—Sí, incluso hicimos subir al perro una vez.

El inspector exhaló sonoramente. —Es suficiente, Pam. Si el niño estuvo allí, ya se lo han llevado. Necesito que investiguen si Galbraith posee más propiedades. Podría tener algo a nombre de su esposa. Póngase en contacto con el ayuntamiento. Si no tengo noticias tuyas en una hora, daré por hecho que no ha encontrado nada de utilidad.

—Muy bien, inspector. Me pongo con ello.

—Hágalo. Espere, tengo algo más antes de que cuelgue.

—¿Sí?

—Voy a mandar ahí a los chicos de la científica en cuanto hayan acabado para ver si ellos pueden encontrar rastros de sangre en algún sitio. ¿Cuánto tiempo le queda al equipo de registro para acabar?

—Media hora como mucho, inspector. Están recogiendo en este momento.

—Gracias, Pam.

Colgó el auricular del teléfono. Lo volvió a levantar al instante y esperó a que diese tono de llamada. —Dame un minuto, Clive, tengo que hacer un par de llamadas más.

El sargento Rankin sonrió. —Ha llegado el abogado de oficio, jefe, un niño arrogante recién salido de la universidad.

—Joder, menos mal. Dame un segundo.

Marcó el número y esperó.

—Departamento de protección a la infancia, dígame.

—¿Eres tú, Mel? Quería hablar con Phil, pero tú me vales.

—¿En qué te puedo ayudar, Grav?

—He estado hablando antes con Phil sobre las hijas de Galbraith. Creo que se les debería realizar un examen médico. Galbraith es un maldito cabrón y ha tenido acceso libre a sus hijas durante toda su vida, maldita sea.

—No te lo voy a discutir, Grav. No sé a dónde quiere llegar Phil con esto, a decir verdad. Iré a hablar a lo largo del día con los abuelos maternos y lo dejaré organizado para mañana temprano, si estás de acuerdo. Yo creo que las niñas ya han tenido suficiente por un día.

—Gracias, Mel, eres muy amable. ¿Sigue Myra Thomas contigo?

—Sí, todavía está con la señora Galbraith, por lo que sé. ¿Quieres hablar con ella?

—Sí, gracias.

—Estoy contigo en un segundo, Clive. Ya casi estoy.

—Dígame, inspector.

—¿Ha habido suerte, Myra?

—Aún no me he rendido, pero creo que no sabe nada de nada.

—Siga intentándolo, agente. Pregúntele si Galbraith posee alguna propiedad más: oficinas, viviendas, garajes, incluso alguna caravana. Cosas de ese tipo. He pedido a Pam que se informe en el ayuntamiento al respecto. Llámeme a la comisaría inmediatamente si encuentra algo. Yo estaré interrogando a Galbraith durante las próximas dos horas. Si tiene algo, asegúrese de pasarme el recado con extrema urgencia.

—Solo para que me quede claro, inspector, ¿quiere que se le interrumpa?

—Sí, eso es justo lo que acabo de decir, Myra. Ahora, póngase a ello.

El inspector colgó el teléfono y resopló. —No estamos avanzando, Clive. Vamos a tocar la última tecla con Galbraith antes de acabar la jornada.

—¿Qué tiene en mente, jefe?

—Tenemos suficientes pruebas para acusar a este cabrón por las actividades de su organización: abusos deshonestos, ultraje contra la moral pública e incluso un par de violaciones, ¿no es así?

—Así lo veo yo.

—Pero en lo que respecta a los Mailer, la hemos jodido del todo, ¿correcto?

—Eso parece.

—Démosle otra vuelta a todo lo que podemos demostrar por ahora:

revelémosle de forma gradual las pruebas que tenemos en su contra hasta que caiga en la cuenta de que sus divagaciones caen en saco roto. Puede que esté listo para ofrecernos algo a medida que incrementemos la presión y la cruda realidad se ciña sobre él. Que tenga al abogado de oficio delante puede que incluso actúe en nuestro favor a ese respecto.

—Eso espero, jefe. Informaré al abogado de que vamos a empezar.

El doctor Galbraith ofrecía respuestas desdeñosas a las preguntas cada vez más afiladas de los dos agentes a lo largo de la primera media hora, mientras el joven abogado de oficio pronunciaba palabras esporádicas de consejo y precaución. Sin embargo, a medida que se incrementaban las pruebas, la cortesía forzada del psiquiatra se fue diluyendo, y empezó a crisparse y a sufrir espasmos, además de sudar y pestañear rápido, con lo que el abogado, cada vez más angustiado, estaba boquiabierto sin saber qué hacer.

Después de algo más de una hora, el inspector Gravel consideró que era el momento perfecto para llevar a buen puerto su posible ventaja. Aporreó la mesa con la palma de la mano, se puso de pie y señaló al psiquiatra con un dedo acusador, mientras que el abogado novato luchaba consigo mismo para evitar ponerse visiblemente emotivo. —Esta es su última oportunidad para colaborar, Galbraith. Va a ir a prisión. La única duda es durante cuánto tiempo o lo que pueda ocurrir mientras está allí. Le aconsejo que reflexione con calma su respuesta a mi siguiente pregunta. Estoy seguro de que su abogado estará de acuerdo.

Al tiempo que el jovencísimo abogado de oficio asentía, el inspector Gravel hizo su última pregunta. —¿Dónde está Anthony Mailer?

El doctor cruzó los brazos con indiferencia y bajó la mirada a la mesa. —¿Cuántas veces se lo tengo que decir? Ya le he repetido hasta la saciedad cuál es mi postura. No tengo ni la más mínima intención de llegar a ningún acuerdo oficioso con usted ni con nadie más, de hecho. Rebato en su totalidad las absurdas acusaciones que han cargado contra mí, y continuaré negándolo lo mejor que sea capaz. Ya se lo he dicho más de una vez y se lo repito: yo no tengo nada que ver en absoluto con la desaparición de Anthony Mailer.

—Como quiera, doctor. Se ha acabado el interrogatorio. Vamos a presentar la acusación contra él, Clive.

Capítulo 50

—Ya son menos cuarto, jefe. Deberíamos ponernos en marcha. Galbraith va de primero.

—Gracias, Clive, ¿está bien mi corbata?

—Niquelada. Nos vemos a la hora de comer para tomarnos una cerveza rápida. Te toca pagar.

—Seguro que habré llegado mucho antes. Lo de Galbraith debería ser una simple formalidad. Se le confirmará el auto de prisión y estará de camino a la penitenciaría de Swansea a las once como muy tarde.

El inspector Gravel entró con confianza en la sala del juzgado de primera instancia justo a tiempo para ver al psiquiatra subirse al banquillo y quedar de frente a los tres jueces de paz de la localidad. Parecía algo desaliñado y sin afeitarse, con una imagen bastante diferente a la falsa respetabilidad profesional con la que tenía contumbre de presentarse ante el mundo.

El inspector entró en la tribuna de los testigos, levantó la *Biblia del rey Jacob*, prestó juramento y presentó los datos esenciales del caso. Nunca se había sentido tan relajado en toda su vida... La sala del juzgado era conocida, los hechos parecían hablar por sí mismos: Galbraith era un peligro público, eso era evidente a todas luces. Ordenarían su prisión preventiva en espera de juicio de los Tribunales de la Corona de Swansea o de Cardiff. ¿Qué otra conclusión razonable podría existir?

Gravel prestó poca atención cuando el inepto abogado de oficio del doctor Galbraith empezó solicitando libertad bajo fianza, citando el buen carácter del psiquiatra, la posición social y el elevado prestigio profesional... Estaba seguro de que los magistrados no iban a caer en ese pedazo de mierda, sobre todo, a la vista de la naturaleza detestable de los cargos que había contra él.

El inspector quedó anonadado cuando se retiraron los tres magistrados para reflexionar sobre la solicitud... ¿Sobre qué mierdas había que reflexionar?

Lo que no sabía el inspector es que dos de los tres magistrados conocían al doctor. Para ser más precisos, uno lo conocía de verdad: su auténtico carácter, qué era y qué hacía; y las otras dos magistradas creían que lo conocían, pero no era así.

El reverendo Jones, el presidente de la sala, era un párroco retirado con

poco más de setenta años que compartía los intereses criminales del acusado y era un miembro activo de la comunidad pedófila de la zona. La señora Mary Price, por el contrario, era profesora de historia en uno de los dos institutos de secundaria del pueblo. Era una buena persona pero un tanto ingenua, que había tenido tratos de poca importancia con el psiquiatra relacionados con su trabajo... Había escuchado con atención las acusaciones, pero no le entraba en la cabeza la idea de que un hombre tan galante como el doctor Galbraith, tan encantador y excepcional, que siempre tenía tiempo para charlar y preguntarle por su familia, hubiese hecho algo malo, a pesar de las presuntas pruebas que la policía decía haber recopilado.

Cuando regresaron los tres magistrados a la sala, todos, salvo el doctor Galbraith, que miraba con intensidad y expectación al reverendo, preveían sin duda que iría a prisión a espera de juicio. La sala quedó en silencio cuando el reverendo Jones empezó a hablar en voz tan baja y monótona que el inspector tuvo que hacer esfuerzos para oírlo a pesar de gozar de excelente capacidad auditiva.

—Hemos debatido y reflexionado a fondo sobre la naturaleza de los cargos. Elevaremos el caso para ser juzgado por el Tribunal de la Corona. Lamentablemente, no hay otra opción a ese respecto. En estos casos, lo habitual es dejar al acusado en prisión preventiva por razones de seguridad pública.

El inspector se inclinó hacia adelante, atento... ¿De qué puñetas iba esto?

El reverendo Jones continuó. —No obstante, en este caso hay consideraciones excepcionales a tener en cuenta.

Gravel se desplazó al borde de su asiento... ¿Excepcionales? ¿De qué puñetas estaba hablando?

—El doctor Galbraith es un hombre de carácter inmejorable. Es un individuo de gran prestigio, intachable y de alta posición social que cumple un papel esencial en nuestra comunidad. Nos ha servido desinteresadamente durante muchos años. Tienen mucho que agradecerle incontables niños trastornados y sus desgraciadas familias. Por lo tanto, se le concede la libertad bajo fianza a condición de que mantenga informada a la policía una vez a la semana de su paradero.

El inspector negó con la cabeza despacio... Ese tipo era un gilipollas.

El reverendo Jones miró directamente al psiquiatra. —Doctor Galbraith, tengo la obligación de informarle de que no se puede acercarse a ninguno de los testigos, aunque en su caso estoy seguro de que tales restricciones son

completamente innecesarias.

Gravel no se podía creer lo que estaba oyendo... A lo largo de su carrera, había sido testigo de decisiones absurdas, pero esta se llevaba la palma.

Se levantó de su sitio con los brazos levantados. —¿Qué puñetas están haciendo?

El reverendo Jones fijó la mirada acusadora en él... Aunque no era frecuente, algún acusado imprudente había desafiado su autoridad en público, pero nunca la policía.

Centró la mirada inflexible en el inspector Gravel y gruñó: —Tenga cuidado, inspector. Recuerde a quién se está dirigiendo. Una palabra más y le acuso de desacato.

El inspector Gravel se mordió la lengua y se dirigió a la salida musitando obscenidades para sí mismo... La decisión estaba tomada y él no podía hacer una mierda.

Mientras salía, decidió no prestar atención a la sonrisita altanera del doctor Galbraith y su solicitud alegre para que lo acercaran a su casa al acabar la vista.

El inspector aceleró el paso hasta que salió del juzgado y llegó a la calle, que estaba abarrotada por ser día de mercado, con el ajetreo de compradores animados por las rebajas de invierno... Necesitaba beber algo. Con urgencia.

Caminó hacia el pub más cercano, pidió un *brandy*, y se lo bebió de un trago, al que le siguió otro, que consumió de forma similar. Dejó el vaso vacío sobre la barra y salió corriendo del pub hacia la oficina de Correos de Caerystwyth... Necesitaba una cabina de teléfono.

¡Joder! Había alguien usándola. Pero al menos funcionaba. ¿Debería esperar? No, no tenía tiempo que perder.

Golpeó con fuerza en el cristal con los nudillos de una mano hasta que la persona que estaba dentro se giró hacia él con ira y le hizo un corte de mangas. El inspector abrió la puerta con brusquedad y miró con frialdad al adolescente, al que se le había evaporado la bravuconería de repente. —Policía. ¡Salga!

Joder, ¿cuál era el número? Revisó la guía telefónica, revolvió con apremio en los bolsillos en busca de calderilla, marcó y esperó... Conteste, vamos, conteste al puñetero teléfono.

Cynthia se aproximó al teléfono con aprensión... "Por favor, que no sea él. Por favor, que no sea él".

Levantó el auricular y susurró vacilante: —¿Diga?

—¿Señora Galbraith, es usted?

Silencio.

—Cynthia, soy el inspector de policía Gravel, hablé con usted en su casa el otro día.

—Me acuerdo.

—Cynthia, no tengo la costumbre de hacer algo así, pero las circunstancias son excepcionales.

La mujer aferró el teléfono. —¿Sabe mi marido que está usted llamando?

—No, Cynthia, no lo sabe, y eso es bueno. Ya ha acabado su comparecencia en la vista previa. Se enfrenta a cargos extremadamente graves, pero le han concedido fianza.

—¿Fianza?

—Significa que tiene libertad para volver a casa, Cynthia. Por favor, escúcheme con atención. No tiene mucho tiempo. Debe comprender que su marido es un hombre muy peligroso. Ha sido acusado de delitos verdaderamente graves contra los niños. Por favor, salga de ahí mientras tenga la oportunidad. ¿Por qué no se va a casa de sus padres? Sus hijas ya están allí. Debería...

Cynthia dejó de escuchar el resto del alegato apasionado del inspector Gravel. Decidió que ya había oído demasiado y colgó el teléfono justo en el instante en que su marido estaba subiendo a un taxi y dándole al taxista la dirección de su casa.

Cynthia se sentó a la mesa de la cocina. Apoyó la cabeza entre las manos y se quedó mirando el aparador durante casi cinco minutos antes de decidirse a hacer algo. Sacó la llave de la puerta blindada de uno de los cajones con dedos temblorosos y apoyó el hombro en el lateral del aparador para usar su escaso peso y fuerza con el fin de conseguir desplazarla poco a poco. Se quedó de frente a la puerta parcialmente suelta, jadeando, urgiéndose a ponerse en marcha. De repente, dio un paso adelante, aferró la manija de la puerta y la abrió. Observó los escalones de cemento fatídicos y dudó unos segundos... Podía salir corriendo todavía. Seguía siendo una de sus opciones, ¿no? No era demasiado tarde. Pero ¿y si el niño estaba ahí y necesitaba su ayuda? No, esta vez no; no había vuelta atrás, esta vez no.

Cynthia dio un primer paso vacilante, se detuvo brevemente en la escalinata pensando en retirarse a pesar de su reciente determinación, y bajó corriendo hasta el fondo para no permitirse tener tiempo suficiente para cambiar de opinión. Trató de introducir la llave en la cerradura, se le cayó al

suelo, la recogió y lo intentó otra vez... Las manos le temblaban demasiado. No iba a conseguir abrirla si no se tranquilizaba.

Metió la llave en la cerradura con la mano derecha mientras la estabilizaba con la izquierda... Estaba funcionando. Sí, estaba funcionando.

Se oyó un chasquido metálico cuando consiguió girar la llave dentro de la cerradura... "Ya está, Cynthia. ¡Ya está!". Lo había hecho. Estaba abierta. Sí, estaba abierta.

Una pequeña parte de su ser deseaba que la puerta permaneciese cerrada, pero no era así, de modo que la empujó despacio, milímetro a milímetro y oteó en la oscuridad con mirada penetrante y temerosa... Estaba oscuro, demasiado oscuro para ver algo. Tal vez, no había nada malo. Tal vez, podría dar la vuelta y salir corriendo.

Negó con la cabeza con decisión... No, esta vez no; esta vez no saldría corriendo.

Deslizó la mano por el marco de la puerta buscando un interruptor de la luz... Lo había. Sí, lo había.

Lo encendió en su tercer intento, lo que provocó que la cegase un tubo fluorescente demasiado brillante. Cerró los ojos firmemente, como defensa ante el repentino brillo eléctrico intenso, y dio un paso adelante antes de volver a abrirlos y echar un vistazo al espacio blanco y brillante.

Al principio, no vio al niño pequeño colgado en la pared a la izquierda de la puerta ni tampoco los instrumentos de tortura ni el gancho metálico para la carne que estaba suspendido del techo. La primera impresión que ofrecía era de una clínica fría y extraña, por lo que, a pesar de la pestilencia a excrementos humanos, se sintió tranquila con la apariencia científica y de laboratorio de la habitación... Tal vez, la gente estaba equivocada. Tal vez, su marido era un incomprendido en un lugar de un criminal.

Dio otro paso adelante con confianza renovada, y paseó la mirada despacio por toda la sala parpadeando. Cuando vio al niño demacrado por primera vez se quedó estática y con la mirada fija, deseando con desesperación que el horror que estaba ante ella fuese un producto de su imaginación y no la cruda realidad. Caminó hacia él y le tocó con suavidad en la mejilla derecha... Era real. Eso no era trabajo. No era ciencia. Su marido era un monstruo. No había forma de negar la atrocidad que había cometido.

Cynthia apoyó la mano con delicadeza sobre el pecho desnudo de Anthony y la mantuvo allí... ¿Se lo estaba imaginando? ¿Sería que no quería reconocer que estaba muerto? No, era un latido. ¡Era débil, pero era un latido, sin duda!

Gracias a Dios, estaba vivo. No había duda de que el niño estaba vivo.

Impulsada por un arranque frenético, luchó con celeridad para liberarlo de los grilletes de metal hasta que se le rompieron las uñas cuidadas y le sangraron las puntas de los dedos. Pero sus esfuerzos fueron vanos. Se tiró al suelo y lloró... Aunque pusiese todo su empeño, no iba a ser suficiente, por más que lo intentase. E incluso, en el supuesto caso de que consiguiese bajarlo, que parecía una causa perdida, no sería capaz de llevarlo hasta la puerta y mucho menos subirlo por las escaleras. No tenía la fuerza requerida.

Se volvió a poner de pie... Necesitaba ayuda. Tenía que ir a pedir ayuda.

Se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras sin mirar atrás... ¿Por qué narices no le había dicho al inspector lo que sabía cuando tuvo la oportunidad? Se lo debería haber dicho. Parecía tan evidente. ¿Por qué no se lo dijo?

Cynthia oyó la voz burlona de su marido en la cabeza... "Niñata estúpida. Niñata estúpida. ¿Por qué no eres capaz de hacer nada bien?".

Entró en la cocina, pero se detuvo de repente y escuchó con atención, deseando que el oído le estuviese traicionando... La llave en la cerradura. ¡La puerta principal se estaba abriendo! La puerta se cerraba de un portazo. Se oían pasos en las baldosas del recibidor. Estaba de vuelta. Oh no, ¡estaba de vuelta! Podía correr. Podía esconderse. Podía intentar apaciguarlo. "Tranquilízate, Cynthia, no te dejes llevar por el pánico".

Inspiró hondo varias veces y recordó la imagen del niño colgando de los grilletes de metal negro ensangrentados en aquel lugar espantoso: el infierno que su marido había creado... No se acobardaría. No saldría corriendo. No. ¡Esta vez no!

Oía los pasos del doctor más y más cerca. Cada vez más cerca. Y entonces apareció: tensando y relajando los músculos, aflojando los hombros fornidos y transformado las manos en armas temibles. La miró fijamente y luego al aparador abierto, y de nuevo a ella... La zorra había abierto la puerta. ¡Increíble! Se había atrevido a abrir la puerta.

Dio un paso hacia ella, gritando: cada vez más alto, más y más alto, tanto que a ella le dio la impresión de que las propias paredes temblaban.

—¿Qué cojones has hecho, zorra mojígata?

Cynthia bordeó la encimera, milímetro a milímetro, paso a paso, con precaución... Ya estaba allí, casi había llegado. "Vamos, Cynthia, ya está".

Y en ese momento se movió con rapidez, como un velocista en la salida, y agarró con apremio un cuchillo de filetear de 23 centímetros del soporte de

madera para cuchillos que estaba sobre la superficie brillante de granito negro. Se acercó gradualmente hacia la entrada del sótano sin darle la espalda, sujetando el cuchillo por delante con ambas manos, que aferraban con firmeza el mango.

El doctor Galbraith entrecerró los ojos, succionó las mejillas, gruñó como una bestia feroz y, de repente, se abalanzó sobre ella, la golpeó de refilón en un lado de la cabeza mientras ella le intentaba dar en vano una estocada con el cuchillo. Cynthia trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio y chocó contra el marco de la puerta antes de caer hacia delante y derrumbarse en el suelo.

El doctor se acercó a ella, echó la pierna derecha hacia atrás y le dio una patada en el costado, cerca de la axila, con toda su fuerza, antes de pisarle el cuerpo bocabajo y avanzar hacia el primero de los peldaños del sótano.

Cynthia jadeó sin resuello y, aturdida, consiguió elevar el cuerpo magullado y ponerse a cuatro patas a pesar de tener dos costillas rotas mientras mantenía la vista borrosa centrada en la espalda ancha y musculosa del psiquiatra. Gateó hacia adelante con celeridad hasta que lo alcanzó, levantó la mano derecha y le hundió el cuchillo en la parte posterior del muslo izquierdo con toda la fuerza que le permitió su cuerpo maltrecho, llegando hasta el hueso con la afiladísima punta de la hoja.

El doctor chilló como un mono aullador demente, tanto por la impresión de que Cynthia se atreviese a hacerle eso como por el dolor agudo. Soltó una cox con la pierna herida y le dio un taconazo fuerte en la cabeza, mientras ella le sujetaba las piernas para impedir que siguiese avanzando.

Cynthia gritó. Estaba aturdida, mareada, como si le flotara la cabeza, pero no lo soltó. Cuando él consiguió liberarse y levantó el pie para estampárselo en la cabeza, Cynthia lo sujetó por los bajos de los pantalones, alargó el brazo libre y le volvió a clavar el cuchillo lo más hondo que pudo por segunda vez en el mismo muslo. Él se giró sobre los talones con agilidad, zafándose de su débil sujeción, y le dio un rodillazo en la cara que la dejó casi inconsciente. Miró el cuerpo de su esposa postrado bocabajo y saboreó el momento.

El doctor Galbraith cruzó la cocina cojeando y sacó un paño blanco de un cajón de la cocina, se hizo un torniquete en el muslo por encima de las dolorosísimas heridas y regresó hacia los escalones arrastrando la pierna, que chorreaba sangre y le empapaba los pantalones hechos a medida. Se sujetó la cabeza con los dedos con angustia, cavilando... Había llegado la hora de matar al maldito renacuajo. Había llegado el momento de destruir las pruebas. Obligaría a esa zorra entrometida a que lo ayudase en esa última tarea y luego

la mataría a ella.

Justo cuando se estaba aproximando al último escalón, Cynthia se arrastró hasta conseguir ponerse de pie, con las piernas contoneándose. Trastabilló varias veces mientras se dirigía a las escaleras y le llevó dos minutos llegar al fondo, aunque sujetaba el cuchillo con firmeza con la mano derecha.

Cuando, por fin, consiguió llegar al sótano vio a su marido delante del botiquín, cargando una jeringuilla con un líquido claro, girándose y avanzando con rapidez hacia Anthony con un gesto de decisión en el rostro.

Cuando Cynthia se le acercó dando traspiés con el cuchillo a la espalda, él se detuvo, consciente de repente de su presencia y sorprendido por su determinación renovada.... Tal vez, debería rehacer su tesis en algún momento en el futuro. La zorra tenía espíritu a pesar de la inutilidad de su existencia. Interesante, patético pero interesante.

Se volvió a centrar en el presente, cruzó la mirada con ella y sonrió. — Has elegido el momento oportuno, querida. Has llegado justo a tiempo para ver morir a este pequeño cabrón. Y, luego, una vez que me hayas ayudado a deshacerme del cuerpo, llegará tu turno. Sospecho que, para ti, bien podría demostrar ser una liberación deseada, querida. Pero no me entiendas mal, no morirás rápido. Me tomaré mi tiempo y sufrirás. Sí, sí, sufrirás. Pero no te preocupes, querida, eso queda para más tarde.

Cynthia arrastró una pierna hacia adelante y luego la otra, una y otra vez hasta que llegó al lado de su marido justo cuando estaba a punto de inyectar la aguja en el abdomen hinchado del niño. Parecía ajeno a su presencia cuando sujetó el cuchillo con las dos manos, lo agarró con firmeza, lo alzó por encima de la cabeza y se lo clavó en la espalda con toda la fuerza que le permitieron sus escasos 52 kilos.

Al doctor se le cayó la jeringuilla, avanzó dando tumbos, resbaló en el suelo sucio, chocó contra la pared justo al lado de las muñecas engrilletadas de Anthony y se golpeó la cara contra las baldosas blancas. Cynthia se sentó sobre él, aferrándose a la vida. Él estaba anonadado y lento de reflejos, por lo que Cynthia aprovechó la oportunidad. Levantó el cuchillo por encima de la cabeza por segunda vez y lo bajó en picado hacia el hombro derecho con toda su fuerza, dejándoselo inservible.

Cynthia extrajo el cuchillo, se puso de pie lentamente y se quedó de pie sobre el cuerpo incapacitado del hombre que le había provocado tanto dolor y pesar... ¿Estaba muerto? Lo estaba, ¿no? Seguro que sí.

Se arrodilló a su lado y consiguió reunir las fuerzas necesarias para darle

la vuelta y ponerlo bocarriba. Miró fijamente el rostro que parecía sin vida durante un par de minutos antes de atreverse a acercarse para buscarle el pulso... ¿Se había acabado todo? ¿De verdad que se había acabado? Seguro que sí. Pero tenía que asegurarse. Le gustase o no, tenía que asegurarse.

En el momento en que se agachaba y acercaba la cabeza a la de él en busca de alguna señal de respiración, abrió un ojo de repente, luego el otro y se dirigió a su lóbulo izquierdo mostrando la dentadura blanca. Ella reaccionó a tiempo, echándose hacia atrás, lo que provocó que el ataque de su marido se quedase corto por poco. Él estiró los brazos para tratar de agarrarla del cuello, pero ella se puso de rodillas, volvió a levantar el cuchillo por encima de la cabeza con las dos manos y lo bajó con fuerza. Repitió el gesto una y otra vez. Cuando ya no se reconocía en él en absoluto al hombre que la había atormentado, dejó de apuñalarlo y se tiró al suelo, empapada de sangre y extenuada, al lado del cadáver.

Mientras estaba allí, en aquel terrorífico lugar, en aquel monumento al mal, jadeando por falta de oxígeno, Cynthia cayó en la cuenta... Se había acabado. Era verdad: se había acabado.

De pronto, todo el temor que había sentido desapareció, y en aquel instante sintió calma... Ella estaba a salvo. El niño estaba a salvo. Ya no vivía el monstruo y su mundo era ahora un lugar mejor.

Cynthia no era consciente del dolor ni del arma que aferraba firmemente con la mano derecha mientras subía las escaleras, cruzaba la enorme cocina y entraba en el vestíbulo. El estrépito que montó el cuchillo al caerle al suelo de baldosas le sobresaltó justo en el momento en que levantaba el auricular y marcaba el número de urgencias.

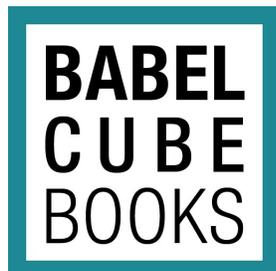
Entró a trompicones en el salón, se dejó caer al suelo cerca de una antigua vitrina de roble y se atrevió a girar la llave del armario con los dedos empapados en sangre. Notó que ya no le temblaban. Sacó su disco favorito de la colección que no había visto, y mucho menos escuchado, en años, y se volvió a poner de pie tambaleándose. Extrajo el disco de vinilo de la funda colorida, levantó la tapa de plástico del tocadiscos, colocó el disco con suavidad en el plato, esperó que la aguja hiciese contacto con el vinilo y subió el volumen. Se sentó sobre la mullida alfombra de lujo con vitalidad renovada y escuchó encantada el glorioso recopilatorio arrollador con las canciones visionarias de Bowie mientras esperaba a que llegasen los servicios de emergencias.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com